



BEGOÑA PRO URIARTE

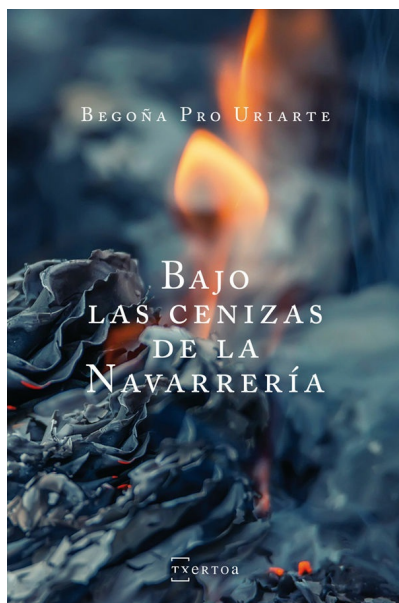
BAJO
LAS CENIZAS
DE LA
NAVARRERÍA

[TXERTOa

BEGOÑA PRO URIARTE



Nació en Iruñea, en 1971. Licenciada en Ciencias de la Información, apasionada de la Edad Media, es autora de la saga de aventuras *La chanson de los Infanzones*, ambientada en la Navarra de los siglos XII y XIII, bajo los reinados de Sancho el Sabio y Sancho el Fuerte. Ganadora de diversos certámenes literarios, también ha publicado un libro de relatos, *La trovera del Runa* (Pamiela, 2015).



Desde su exilio en Calahorra, los caballeros navarros vencidos en la guerra de la Navarrería de 1276 ni olvidan ni perdonan. Los ocho años que han transcurrido desde entonces, no han contribuido a restañar las heridas. Lo han perdido todo: sus bienes y sus tierras han sido confiscados y sus apellidos han quedado marcados con el infamante calificativo de banido. Mientras luchan por preservar su estatus en Castilla, el reino que les prometió ayuda frente a los franceses y que les abandonó en el último momento, los desterrados no dejan de mirar a Navarra, a la espera de una señal que les permita regresar y recuperar todo aquello que les fue arrebatado.

Pero lo que llega a Calahorra no es la ansiada señal, sino la noticia de que su líder, García Almoravid, ha sido apresado y ejecutado. En medio del abatimiento y acechado por las sombras de la traición, su hermano Fortún decide pasar a la acción, y no duda en utilizar todos sus recursos, particularmente a su hija Johana y a su hijo Martín, para que los Almoravid recuperen el lugar que una vez ocuparon en el viejo reino.

PORTADA: **UNAI ARANA**
DISEÑO DE COLECCIÓN: **UNAI ARANA**

© BEGOÑA PRO URIARTE
© TXERTO A - COLECCIÓN NARRATIVA
I.S.B.N.: 978-84-7148-590-8

TXERTO A
PORTUETXE, 88 BIS, 20018 - DONOSTIA
TEL. 943 310 267 - TXERTO A@TXERTO A.EUS
WWW.TXERTO A.EUS

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Producción del ebook: booqlab.com

BEGOÑA PRO URIARTE

BAJO
LAS CENIZAS
DE LA
NAVARRERÍA

[TXERTO]A

El 22 de julio de 1274 falleció el rey Enrique I de Navarra, apodado *el Gordo*. Su hija y heredera, Juana, tenía apenas dieciocho meses de edad. Castilla y Aragón movieron ficha enseguida para hacerse con la corona navarra. El reino se dividió entonces en dos bandos. Por un lado, los que se alinearon con los aragoneses, cuyo adalid fue Pedro Sánchez de Monteagudo, señor de Cascante, que pretendían desposar a Juana con el heredero de Aragón. Y, por otro, los partidarios de estrechar lazos con los castellanos, a través de un matrimonio con el heredero de Castilla. Esta facción fue liderada por García Almoravid, señor de la Cuenca y de las Montañas. En una hábil jugada, Blanca d'Artois, la reina viuda, tras hacer jurar vasallaje a todos los nobles del reino, huyó con su hija a la corte francesa. Allí, su primo Felipe III *el Atrevido* las acogió. Sin contar con la nobleza navarra, en contra de lo que establecía la costumbre, Felipe III y Blanca decidieron comprometer a Juana con el segundo hijo del rey francés (futuro Felipe IV *el Hermoso* de Francia y I de Navarra). Poco después, Aragón se desentendió de la lucha, al tener que atender problemas internos, y desapareció de la escena. Pero la facción de García Almoravid, que tenía su propia guerra por la hegemonía dentro de Pamplona y que seguía contando con el respaldo castellano, no dio su brazo a torcer. Los intentos del gobernador Eustache Beaumarchais por pacificar el reino no solo no cuajaron, sino que terminaron provocando una sangrienta guerra civil que se dirimió en el verano de 1276 sobre la Navarrería, uno de los núcleos que constituían Pamplona, conocido como *la Ciudad* y enfrentado a *la Población* de San Nicolás y *al Burgo* de San Cernin. Poco antes de aquel verano, viendo que el asunto se le iba de las manos, Beaumarchais pidió ayuda a Felipe III y este envió a Robert d'Artois al mando de un ejército. Por su parte, García y el obispo de Pamplona solicitaron socorro a su aliado el rey castellano Alfonso X, y este mandó a sus tropas, que se acuartelaron en el monte de El Perdón. Las fuerzas francesas tomaron posiciones en los alrededores

de Pamplona. García Almoravid y el resto de nobles que lo seguían se vieron atrapados en la Navarrería. Al conocer que los castellanos no pensaban pasar de El Perdón para socorrerlos, tomaron una decisión inaudita. Huyeron de la Ciudad de noche, dejando a sus habitantes desamparados, tras asegurarles que los castellanos llegarían por la mañana y animarles a festejarlo. Al amanecer, los eufóricos navarros se encontraron con la huida de sus líderes y el inminente asalto de las tropas francesas. Estas entraron en tropel y arrasaron la Navarrería, ayudados por los otros dos burgos de Pamplona, San Nicolás y San Cernin. Sin el apoyo prometido y, tras una noche de juerga, los moradores de la Ciudad se defendieron como pudieron. Pero los franceses terminaron por derribar las débiles defensas hostigando el viejo burgo hasta reducirlo a cenizas. Los cabecillas de la revuelta que habían permanecido en Pamplona fueron encardelados y ejecutados. Los que huyeron perdieron todas sus posesiones y fueron condenados al destierro, marcados de por vida con la palabra *banido*. De todos ellos, solo uno regresó a Navarra. Esta es su historia.

EL CASTIGO DE UN *BANIDO*

Se remanga la camisa hasta el pecho y observa la contusión estrecha y alargada justo sobre sus costillas. Aprieta los dientes, resentido, y deja que la tela cubra de nuevo sus delgadas carnes, mientras se cerciora de que yelmos, escudos, espadas, cotas de malla, flechas, arcos y ballestas ocupan el lugar que les corresponde dentro de la sala de armas. Lleva ya un largo rato aplicado en esta tarea y tiene ganas de concluir. Se demora un instante en colocar el último almófar. Su mano izquierda absorbe la frialdad de las anillas con que está elaborado; la diestra, permanece oculta dentro de su guante. Suspira con fastidio y se gira para encarar la puerta. No se sorprende al verlos allí. Es parte del ritual de los últimos meses. Solo cambia el lugar y la hora. Se queda quieto, esperando... ¿un milagro? Sus labios se preparan para iniciar una mueca irónica que se esfuma cuando Juan Alfonso mueve sus largas piernas. Un nudo invisible agarrota sus extremidades. «En medio de tantas armas y sin poder usar ninguna, no vaya a ser que, encima, me acusen de provocación», piensa. Su tez se torna lívida. El maestro de armas ha sido ya suficientemente duro con él, incrustando sin piedad su vara contra su pecho. Por inútil, le ha dicho, por no saber sujetar un arma. La mueca de Juan Alfonso lo pone alerta. Por nada del mundo quiere recibir más golpes. Cierra fuertemente los párpados. Es un iluso al creer que, al volver a abrirlos, las dos siluetas que taponan la salida de la sala de armas se habrán marchado. Agacha ligeramente la cabeza, rendido a la evidencia. Alvar Díaz se adelanta con pasos rápidos. Inicia una serie de mandobles precisos y golpes bruscos. Ante su embate, caen los escudos, las espadas, los yelmos, las cotas de malla, las flechas, las ballestas y los arcos, que con tanto desnudo Martín ha colocado en su sitio. El estrépito se clava en sus oídos, pero también en su pecho, que sube y baja alocado, haciendo que siniestras ráfagas dolorosas se esparzan por su cuerpo. Juan Alfonso se acerca a él y le agarra

de la camisa.

–Eres un descuidado, *banido*¹ –le espeta encima de su rostro.

«Soy Martín Almoravid de Elcarte».

–¿Murmuras algo, *banido*?

Le tiemblan los labios, mientras trata de repetir mentalmente su nombre. Quiere abstraerse de lo que sucede alrededor. «Soy Martín Almoravid», se dice de nuevo.

–Algún día aparecerán por aquí los hombres del gobernador de Navarra y os pasarán a cuchillo. Y, ¿sabes qué, *banido*? –hay un instante en que el odio pasa de pupila a pupila–. Ese día seré muy feliz.

El golpe que recibe en la boca de su estómago coincide con el derribo del último de los escudos, por lo que su grito de dolor se lo traga el sonido metálico. Sus rodillas tocan el suelo de golpe. Un sonido gutural de ahogo surge de su garganta al tratar de respirar. Escucha las risas de sus agresores. El salivazo con que le obsequia Juan Alfonso se queda colgando de sus cabellos ondulados. Su hermano, Alvar Díaz, le propina una patada en los riñones al pasar a su lado y le empuja hasta hacerle caer al suelo. Martín se queda hecho un ovillo. Las risotadas de sus agresores desaparecen poco a poco de la sala, pero no de su cabeza. Aprieta fuertemente los puños. No se echa a llorar porque la rabia cubre todo su ser. Sus ojos negros lanzan chispas brillantes al aire rancio de aquel lugar, donde las armas se esparcen por los rincones más insospechados, amontonadas unas sobre otras en un aglomerado más propio de un campo de batalla, que de una sala de armas. Martín mira con desgana la obra de arte de sus agresores. Dolorido, se pone de rodillas. Debe comenzar de nuevo la tarea, no sea que venga Capa Larga.

–¡Martín!

«Demasiado tarde».

–¡Haragán! Te he dicho mil veces que contengas tu rabia. ¿Crees que arremeter contra las armas te va a hacer mejor caballero? Ese pronto tuyo acabará por molestar a algún gran señor y terminarás herido de muerte en algún camino. Y te auguro que eso será lo mejor que te va a pasar. Deberías mostrar un poco más de respeto por las personas que te han acogido y te están formando, sin que les obligue nada.

Las palabras del maestro de armas salen cual espumarajos de su boca. Martín trata de defenderse, pero sabe que de nada servirá culpar a Juan Alfonso, o a Alvar.

–Ordenarás las armas y, cuando acabes, vendrás a verme.

Martín se levanta, pero no se atreve a mirar a su maestro a los ojos. Sus hombros se inclinan hacia delante y sus brazos caen cual largos son. El silencio es espeso y cruel.

–No te he oído.

–Ordenaré las armas, maestro, e iré a veros –dice sumiso.

Antes de retirarse, Capa Larga lo mira con recelo y cierta rabia. «Le haré entrar en razón o recibirá su merecido –piensa mientras sale por la puerta–. De cualquier forma, en cuanto tenga ocasión, volveré a insistirle a su tío para que me descargue de esta tarea o me pague más. ¿Acaso no ve que Martín nunca será un buen guerrero? Le haré ver la incapacidad de su sobrino para manejar cualquier tipo de armas». Al pensar en eso suda profusamente y se lleva la mano a la garganta. En realidad, aunque pretenda fingir indiferencia con respecto a García, odiaría tener que hablar con él de ese tema, o de cualquier otro. No le gustan ni su mirada cruel, ni sus ademanes de superioridad. Que haya pensado en él para formar militarmente a su sobrino no deja de ser una contrariedad. Antes habría preferido que le arrancaran la lengua. Pero García Almoravid paga bien.

Martín eleva su mirada hacia el techo oscuro. Por alguna rendija se cuela un rayo de luz. La sala está hecha un desastre. No llegará a comer a su casa. No llegará a ver alimentarse al ternero junto a su hermana. No llegará... Ordena las armas todo lo deprisa que su maltrecho cuerpo le permite, sin importarle demasiado cómo quedan. Cuando concluye, mira hacia la puerta de nuevo, temeroso de que Juan Alfonso o Alvar lo estén esperando y tenga que volver a empezar de nuevo. Pero no hay nadie. El hueco de la puerta está expedito. Se coloca su túnica con cierta parsimonia. El rictus de su rostro revela su agitación y su dolor. Esconde su mano izquierda bajo el guante de piel suave y entrecruza los dedos de sus manos para ajustarse bien las prendas. Con paso tenso se dirige hacia el umbral. Lo cruza despacio, temeroso aún de un mal encuentro. Una racha de viento empuja sus cabellos hacia atrás. La negrura de sus ojos se intensifica al escrutar el edificio que se erige ante él y observar la vida que se desarrolla entre esos muros, y de la que su tío García se ha empeñado en que forme parte. Sin embargo, él siempre se ha sentido extraño en Castilla. No es un mal sitio, y sus gentes son gentiles y esforzadas –a excepción de Juan Alfonso y de su hermano–, pero se siente fuera de lugar. Una sensación que, sin saberlo, le ha transmitido su tío García.

Sin pensar mucho en su situación, se encamina hacia la fortaleza y pregunta por el maestro de armas. Capa Larga lo recibe en la austeridad de su habitación. Dentro huele a rancio y a vómito. Las habladurías dicen que el maestro se embriaga por las noches; que, al caer la tarde, se encierra en sus aposentos y bebe hasta quedarse dormido. Por el aire viciado que le rodea, Martín bien puede dar por ciertos los rumores.

–He concluido la tarea que me habéis encomendado.

–Espero que así sea, Martín.

El maestro se queda en silencio. Su mano masajea su rostro cubierto de una tupida barba. No parece demasiado viejo. Todavía conserva el color natural de sus cabellos, sin indicios de canas. Sin embargo, las arrugas que rodean sus ojos y que orlan su frente le hacen parecer mayor de lo que en realidad es.

–Comprendo que tu situación aquí no es fácil –Capa Larga trata de ser condescendiente, algo que Martín odia–, pero debes adaptarte. Estás retrasado en el manejo de todas las armas. Tus compañeros te superan en todas las disciplinas. Pareces siempre perdido, eres un inepto con la espada y con la lanza, no atinas en el blanco con la ballesta, sobre el caballo pareces una torpe mujerzuela... Y ni siquiera veo que te esfuerces por avanzar en algo. Dime, Martín, ¿qué pretendes con esa actitud? Así nunca llegarás a ser caballero.

–Si me dejarais utilizar...

–¡Basta! No quiero oír hablar más de ello. Harás lo que yo te mande.

A Martín le asquean las palabras de Capa Larga. No le gustan ni sus modales ni sus métodos. Asiste al castillo obligado por su tío, aunque no entiende por qué insiste tanto. Aprende muchísimo más cuando es el propio García quien lo adiestra en el manejo de la espada.

–Sin embargo –continúa Capa Larga–, en consideración al abad de Alfaro, tu tío Juan Almoravid, que se preocupa especialmente por ti, y a la insistencia de tu otro tío, García, quien tiene puestas en ti altas expectativas, ignoro el porqué, te daré otra oportunidad.

Martín aguarda. Aunque el maestro se ha callado, bien sabe que todavía no ha terminado con él. La tensión flota en el ambiente. El muchacho está alerta y, aunque no quiere escuchar lo que Capa Larga va a decir, no le sorprende el contenido de sus elocuentes palabras.

–Desnúdate de cintura para arriba.

Esta vez, Martín sí clava su mirada en su interlocutor. La pupila de sus ojos se confunde con su iris salvajemente negro, pero eso no resta intensidad a su expresión, sino todo lo contrario. El muchacho hace como le manda su maestro. Muestra sus carnes desnudas –lienzos de pasados golpes, en los que pronto se dibujarán nuevos–, y deja caer sus manos enguantadas en un gesto de rendición. Capa Larga le permite mantener sus guantes puestos, una concesión que respeta sin hacer preguntas, tal y como le prometió a García.

–Vuélvete.

El sonido vibrante de la vara calienta el aire de la estancia y choca contra su espalda. El sonido se transforma en dolor. Aprieta los dientes, se muerde los labios, sus ojos amenazan con verter decenas de lágrimas. Pero de su boca no sale ni un solo lamento. El maestro piensa que ha sido demasiado blando y descarga un golpe más fuerte sobre sus carnes. Martín se tambalea. Las paredes de la habitación amenazan con doblarse sobre él, pero se mantiene firme. Aguanta hasta el tercer golpe, que le hace encorvarse y caer a cuatro patas. Un leve quejido involuntario se despega de su garganta. Se recrimina por ello. Se levanta y vuelve a ofrecer su espalda al maestro.

–Puedes retirarte.

–Gracias, señor –arrastra las palabras, conteniendo su furia.

–Recogerás las armas durante toda la semana –le recita antes de retirarse.

–Es un justo castigo, maestro.

Martín agarra su camisa y su túnica y sale de la estancia. En cuanto se aleja del recinto, echa a correr para alcanzar la calle Mayor. Corre en una exaltada furia que le hace trotar ajeno al dolor y a la humillación. Tuerce a la izquierda, alejándose del bullicio de las tabernas. Desea llegar cuanto antes al lugar donde residen y... Y entonces se da cuenta de que su tío García no estará allí. Se siente abandonado, hueco, vacío. El dolor se le viene encima de golpe, cual lúgubre manta en un día de intenso calor. Se detiene de súbito y se deja caer al suelo en una esquina, agotado y enfermo de soledad. Su tío se ha ido sin despedirse y nadie sabe nada de su paradero. No es raro que García se ausente de Calahorra. Lo extraño es que no haya dejado dicho adónde iba, ni cuántos días estaría ausente. Empieza a pensar que algo malo le ha podido pasar. Jamás se ha ausentado sin despedirse de él. ¡Ojalá regrese pronto! Daría todo lo que tiene por llegar a casa y encontrarlo allí, por poder cruzar su espada con él o escuchar sus historias. Espera largo rato sentado en el suelo, mientras la gente pasa a su lado y lo mira de reojo. Le cuesta ponerse

en pie, dolorido y aterido. Se coloca la camisa y la túnica y camina renqueante hacia la casa que han alquilado al deán don Pedro Ximénez de Aibar, en el barrio de Santa María, y en la que han establecido su residencia. Ve el humo saliendo de la chimenea y la boca se le hace agua. Está hambriento. Sin embargo, enseguida se percata de aquel caballo de potentes patas, brioso y magnífico, que no pertenece a su familia. Le ataca un rayo de felicidad; tal vez su tío haya regresado. Echa a correr de nuevo, pero algo lo detiene. Recuerda las palabras del prepotente Juan Alfonso de Haro, hijo del teniente de Calahorra del mismo nombre. ¿Y si es verdad que el gobernador de Navarra ha enviado a sus hombres para matarlos? Sus latidos se aceleran y sus pasos se detienen. Mira alrededor. Todo parece tranquilo, pero su tío le ha enseñado a leer en el aire, a interpretar el instinto de los animales, a escuchar aquello que transporta el silencio, a anticipar el peligro... Sus ojos se mueven nerviosos. Ve a su hermana en el lateral de su hogar, dando de comer a las gallinas y se acerca a ella. Nada parece presagiar una amenaza.

—¡Johana!

—Llegas tarde, Martín Almoravid de Elcarte. Madre ha preguntado por ti.

—¿Quién es el visitante?

La muchacha se encoge de hombros.

—Un correo.

—¿Solo uno?

Johana lo mira como si se hubiera vuelto loco.

—¿Cuántos hombres crees que se necesitan para traer un mensaje?

—¿Y qué clase de mensaje trae?

—Yo qué sé, Martín. Si tanto te interesa, ¿por qué no entras en casa?

Martín deja a su hermana y a las gallinas y se dirige hacia la puerta. Observa el caballo y su gualdrapa, tratando de identificar al visitante como amigo o enemigo. Aguza el oído, pero de dentro no sale sonido alguno y, sin embargo... «Cuando tu corazón se acelere y sientas vibrar el aire, es que la batalla se aproxima. Cuando sientas tu pecho aplastado... mal augurio, Mano y Media». Martín gira su cabeza. Sabe que aquellas palabras no han sido pronunciadas, que no son sino un recuerdo que su mente saca a relucir. Sin embargo, parece como si su propio tío las estuviera pronunciando junto a su oído. Sacude la cabeza para sacárselas de encima y abre la puerta de su casa.

—¡Padre!

No tiene tiempo de nada más. Como si no lo hubiera visto, su progenitor

lo empuja, haciéndose sitio por el hueco de la puerta y se marcha sin escuchar la llamada de su esposa, ni la de su hijo. En la mano lleva el mensaje que acaba de recibir.

¹ *Banido*: Desterrado.

EL VENENO DEL PASADO

La cueva es pequeña; tan pequeña que parece más bien un agujero en la barriga de la colina. Pero es fresca y pasa desapercibida. Un lugar tranquilo en el que meditar. La descubrió poco después de llegar a aquellas tierras como un desheredado, un *banido*, un apestado. La halló durante un largo paseo que emprendió para hacerse a la idea de cuántas leguas abarcaba la zona en la que tendrían que morar. El inclemente sol de aquel día le llevó a guarecerse allí durante un largo rato. Desde entonces, visita aquel sitio con asiduidad porque, en el fondo, pisar el suelo de Resa es como estar en Navarra. Fortún Almoravid pasa allí largas horas sin que nadie sepa de su paradero. A veces escribe, otras... simplemente, permanece en silencio.

Se refugia en el interior. Siente una espina atascada en su garganta que no va ni para adelante ni para atrás. Y esa espina le impide incluso respirar. Da varios pasos en su reducida cueva, cual animal enjaulado. Tiene los músculos de su cara en tensión y la carta que acaba de recibir, estrujada dentro de su mano izquierda. Fortún se lleva la diestra hacia la empuñadura de su espada, pero la retira al darse cuenta de que no tiene a nadie con quién batirse, a nadie a quien lanzar la pesada losa de la noticia que acaba de recibir, a nadie sobre el que descargar su impotencia. Se detiene agotado. Cierra los ojos y de ellos escurren las primeras lágrimas. No lloró cuando le comunicaron que su nombre aparecía en la lista de los *banidos* a los que se les confiscaban sus bienes y se les obligaba a abandonar el reino de Navarra. Tampoco cuando dejó atrás sus posesiones en las Montañas y en Tierra Estella. Y ahora... no entiende por qué reacciona así. Tal vez sea porque, aunque todavía no es consciente, percibe la finitud de la vida, la caducidad de la existencia. Y le entran prisas. O, quizá, porque, al mirar atrás, se da cuenta de que muchas de las personas que han compartido su vida no son ya sino sombras de recuerdos

informes. Y esas ausencias duelen por injustas y crueles. Su hermano fue el único señor que se mantuvo fiel hasta el final en la misma decisión que adoptó el primer día. El único que se atrevió a desafiar el poder de los Capeto. Lástima que Francia y Castilla decidieran dirimir sus desavenencias en Navarra. A ninguno de los dos bandos le importaba realmente cuál sería el destino del pequeño reino.

Mira al cielo y después a la tierra. Es como estar en el infierno. Se guarda la misiva dentro de su túnica. Enciende el fuego con la yesca que siempre tiene preparada y dedica los siguientes instantes a contemplar las pequeñas llamas que surgen tímidas, movidas por el viento de aquel mediodía. Se sienta en el rudo taburete que tiempo atrás llevó hasta allí en una vieja mula, y apoya sus codos en la pequeña mesa que le sirve para escribir. Deja que su cabeza resbale por el hueco de sus brazos y se ahoga en sus propios sollozos. «Debí haberlo supuesto. García era un hombre de impulsos». Algo dentro de él le dice que, de todas formas, no hubiera podido detenerlo, que su hermano no le habría escuchado, que ya tenía su decisión tomada. Pero es difícil abstraerse de la culpabilidad que uno siente en el momento en que a sus manos llega una noticia así. Levanta la cabeza. La naturaleza se pinta borrosa ante él, modificada por el efecto de sus ojos llorosos. Se inclina y ataja una bandolera que contiene todos los útiles necesarios para escribir. Coge un trozo de pergamino, prepara la tinta y la pluma y se coloca ante el papel en blanco. Nada puede escribir. Es como si su mente se hubiera vaciado. Su mano también parece reacia a obedecerle. Mira al frente. Un águila vuela rasa, acariciando las puntas de los arbustos, hasta encontrar a su presa. Inmensa, vencedora, se eleva después en vuelo majestuoso. Los ojos de Fortún resbalan hasta el pergamino y, entonces, su mano se mueve.

Debí sospecharlo cuando pasaban los días y no recibíamos noticias vuestras. Si pretendíais convertirnos en un mártir... dudo mucho que lo hayáis conseguido. Antes bien habéis satisfecho los deseos de todos vuestros enemigos, que os querían muerto y bien muerto. Hoy se emborracharán para celebrarlo. Y tal vez yo también lo haga para ahogar mis penas. Hubiera preferido que me lo echarais en cara a habérselo llevado a la tumba. Tal vez sea esa vuestra manera de hacerme purgar mis culpas. ¿Serviría de algo maldeciros ahora por ello? ¡Ojalá me hubierais maldecido a mí! ¡Ojalá hubierais encontrado las palabras para ajustar las

cuentas conmigo! Y aun sabiendo que os dirigíais a la muerte... no dijisteis nada. Me regalasteis vuestro silencio. Y partisteis en el sigilo de la noche, como un ladrón —o como el fantasma que ya erais—, aunque habíamos decidido intentarlo todos juntos. Quiero ver la Navarrería por última vez, recuerdo que me dijisteis hace tiempo, cuando bien sabíais que no había nada que ver. Intento comprenderos. Tal vez llegue a hacerlo. Sabéis cuánto añoro mi reino y el resentimiento que arrastro desde que nos confiscaron nuestras heredades. El orgullo siempre fue el blasón de vuestro carácter y fuisteis fiel a él hasta el final.

¿Qué voy a hacer yo? No lo sé, García. Por mucho que me lamente, nada detendrá el transcurrir del tiempo, ni hará que vos, mi hermanastro, mi hermano, regreséis a esta tierra, ni a ninguna otra. Don García Almoravid, el Joven, ha muerto. Esa es la verdad. Vos, el señor de la Cuenca y de la Montaña, habéis entregado vuestra vida en la prisión de Toulouse. Así nos lo ha notificado el mensajero que ha llegado a Calahorra poco antes de la hora tercia del día vigésimo tercero del mes de noviembre del año del Señor de 1284, y que nos ha enviado Martín Sánchez de Piedrola. Me gustaría saber si cumplisteis vuestro sueño de ver la Navarrería antes de morir, o si fuisteis apresado sin daros tiempo a acariciar las murallas de Pamplona. El mensajero no ha sabido decirnos este punto o, tal vez, se lo haya callado. Conociéndoos como os conozco, apostarí a que lo conseguisteis.

Mi alma está atormentada por la noticia, García. ¿Por qué tuvisteis que ser tan obstinado? ¿Por qué no compartisteis con nosotros vuestras intenciones? ¿Por qué os escabullisteis en el silencio de la noche? Siempre creísteis que la suerte algún día cambiaría para nosotros. Que llegaría, no solo el perdón, sino el reconocimiento. Os equivocasteis. Estoy seguro de que nadie salió a recibirnos con gritos de júbilo; más bien eran espadas lo que os aguardaba al cruzar la frontera. Me duele pensar que quizá hubiera podido convencerlos para que os quedarais. Tal vez, de ese modo, ahora estaríais sentado aquí, junto a mí, y no abandonado de todos en una tumba sin nombre. Aguardad. No creo que hayan sido tan amables. Tal vez vuestra carne repose en el estómago de algún perro agradecido.

Siempre me dijisteis que yo sabría salir adelante, que me sería fácil adaptarme a este lugar, o a cualquier otro, que era un superviviente nato. ¿Era vuestra manera soterrada de reprocharme que a última hora me pasara al bando de los vencedores? Pero ni del brazo de Beaumarchais conseguí librarme del destierro. Eso siempre os hizo gracia. No a mí. ¿Hice mal? Nunca me lo reprochasteis. Ni siquiera lo mencionasteis. 1276 fue un año maldito.

Fortún eleva la pluma. Una gota negra como sus ojos se derrama sobre el pergamino, poniendo su propio punto. El caballero relee lo escrito. Con cierta furia, coge el pergamino, lo arruga y lo regala a las llamas. Las letras se retuercen antes de entregarse al fuego. Se marchitan sin terminar de corromper los sentimientos que transportan. Se queda largo rato absorto en las llamas. De haber metido en ellas las manos, no sentiría mayor dolor que el que su corazón carga. Es un día otoñal en el calendario; una jornada invernal para su alma. Un enorme crespón negro enturbia su entendimiento. En este instante, siente que ya nada importa en el mundo.

–¡Fue en Sevilla –le grita a la naturaleza que lo rodea–. Allí engendrateis la idea de regresar aunque fuera sin nosotros, ¿verdad? –la pregunta se sostiene en el aire como el planeo de un ave de rapiña–. Después de haber estado junto a Alfonso X, de haber puesto vuestro nombre como confirmante en el documento del pasado 10 de enero, prendió en vuestro corazón el empeño de volver a pisar suelo navarro. ¿Cuál fue la causa que os animó a llevarlo a cabo sin nosotros? ¿Sin garantías? Tuvisteis todo el camino para meditarlo. Me dijisteis que estabais cansado. Lo achaqué a las duras jornadas vividas junto al rey castellano. Pero os referíais a otros menesteres. Estabais cansado, sí, cansado de vivir mientras el pueblo que un día acaudillasteis lleva ya muerto ocho años. ¿Acaso pensasteis que, al escapar vos de la Navarrería, los franceses tendrían piedad de los moradores de la Ciudad²? ¡No conocíais a Robert d’Artois! ¡No lo conocíais! O tal vez sí lo conocíais. ¡Y abandonasteis a los moradores de la Navarrería a su suerte! Yo vi la rapiña en aquella jornada. Le pedí a Beaumarchais que me dejara contener a los vándalos que asaltaron la catedral. Un esfuerzo vano. Lo saquearon todo. No dejaron piedra sobre piedra. Incluso el mausoleo de nuestro rey Enrique³ fue profanado. ¡Todo por llevarse un oro que no existía!

Casi se ha quedado afónico de tanto gritar. Abrumado, Fortún pisotea el fuego hasta apagarlo, sale de la cueva y comienza a vagar por los alrededores. No le importa el hambre, ni la sed que abrasa su garganta, ni la oscuridad que anuncia el final de aquel día. Un Almoravid ha muerto.

Se deja caer de rodillas, con la noticia retorciéndose en su pecho. Después de un rato se levanta. Brazos en jarras, se coloca con un pie en Castilla y otro en Navarra, en un reto al destino. «Solo existe una razón, Fortuño, solo una». Los recuerdos de los últimos días se atropellan en su mente. «Soy el único escollo que se interpone entre vos y Navarra. No os concederán el perdón

mientras yo viva». Fortún Almoravid sacude la cabeza. Ahora entiende el significado de aquellas palabras. El relincho de su caballo llama su atención. Le cuesta regresar a la realidad. Los acontecimientos han caído en su mente como caudal de río desbordado.

² La Ciudad: Hace referencia a la Navarrería, uno de los burgos de Pamplona en el siglo XIII. Los otros eran La Población de San Nicolás y El Burgo de San Cernin. Durante un corto periodo de tiempo existió otro burgo, el de San Miguel, que fue absorbido por la Navarrería.

³ Se refiere a Enrique I, apodado *el Gordo*.

LA ESPERA EN LAS SOMBRAS

No puede dar crédito a lo que acaba de saber. Martín echa la cabeza hacia atrás hasta tocar con ella la pared. Está sentado en el último escalón, con su vista fija en la puerta de la entrada. Ha estirado su pierna izquierda, mientras que la derecha descansa doblada sobre el penúltimo peldaño. Su brazo derecho se apoya lánguido sobre la rodilla y los dedos de su mano zurda tamborilean sobre la madera del suelo. El incesante movimiento apenas eleva sonido alguno, amortiguado por la gruesa piel de los guantes con que oculta sus extremidades. De la cocina asciende un intenso aroma a verduras, junto con el ruido de la cuchara de madera al golpear contra las paredes y el fondo de la olla, que está puesta al fuego. Martín se imagina a su madre detrás de la cocinera, controlando su trabajo, con el morro torcido y sus manos apoyadas sobre sus caderas.

Johana sale de su habitación. Martín escucha sus pasos. Aunque ella trata de amortiguarlos, los crujidos de la madera la delatan. La muchacha se sienta al lado de su hermano y coge su mano derecha, atrapándola entre las suyas. Siente la suavidad de la prenda que la cubre y el calor que escapa de ella. Aquellos son los guantes preferidos de su hermano. Un regalo de su tío García; a quien a su vez se los regaló su esposa María de Marigny.

–Es tarde.

–Vendrá –replica Martín sin retirar su vista de la puerta.

Johana dirige también sus ojos hacia allí, a pesar de que es difícil distinguir las siluetas y las formas.

–Ya sabes que cuando padre se va... es difícil prever su retorno.

–Esta vez regresará pronto –asevera el muchacho–. Madre está preparando comida.

–Ha avisado a Juan y a Juana y también a Vidaurre. Y espera su llegada. La prepara por ellos.

–Padre vendrá. Estará aquí enseguida.

Johana lanza un suspiro y se calla ante la seguridad con que su hermano ha pronunciado la frase. Este separa su mano derecha de las de su hermana y se aparta el cabello de la cara. Johana clava entonces sus ojos en él. Apenas son visibles sus marcados rasgos Almoravid, que marchan a mitad de camino entre la adolescencia y la madurez. Le ve frotarse la nariz y le parece que sus ojos brillan humedecidos.

–García era... –comienza ella. Pero no sabe cómo continuar.

Un leve cambio en la postura de Martín pone de manifiesto la tensión que el muchacho acumula en su cuerpo.

–Alguien se acerca a la casa.

–¿Estás seguro? No oigo nada.

La puerta se abre poco después, de golpe. Martín estira el cuello. Una ligera corriente roza su rostro. Johana se levanta.

–¡Teresa! –la voz de Juan González de Baztán llena el espacio que la noticia de la muerte de García ha dejado en la casa.

–En la cocina –la voz de su madre suena sin afecto. García jamás ha sido santo de su devoción y nunca ha tratado de disimularlo. Odiaba que Martín compartiera tantos momentos con su tío.

Martín observa las tres figuras que se manifiestan en la entrada. La primera de ellas corresponde a don Juan de Vidaurre, la segunda pertenece a Juan González de Baztán y, pegado a él, distingue a Juana Almoravid –la hija de García–, quien parece a punto de derrumbarse. La puerta se cierra y los tres visitantes desaparecen en la oscuridad.

–¿No bajas? –le pregunta Johana, volviéndose a sentar.

Martín deja que su cabeza descanse de nuevo contra la pared. Desea bajar. Quiere estar cerca de Juana y decirle cuánto lo siente. Ella es la única que puede comprender su dolor. Pero su padre no aprobaría su presencia en aquella reunión de adultos. «Todavía eres pequeño». ¡Pequeño! En realidad, tiene edad suficiente para calzar espuelas de plata –incluso de oro–, pero nadie en su familia cree que él pueda llegar a convertirse en caballero. Y ni siquiera él sabe si quiere intentarlo. La única persona que creía en él... está muerta. Su padre ya le ha insinuado en los últimos meses su intención de que deje de asistir al castillo de Calahorra junto con los hijos de los nobles. Tiene la certeza de que ha hablado con el deán don Pedro Ximénez de Aibar en un par de ocasiones, a escondidas de García. Aunque no sabe muy bien si para

concertarle un matrimonio satisfactorio o para tantear si alguien como él puede ser válido para iniciar una carrera eclesiástica. En estos momentos en que la presencia de la muerte es tan palpable, igual da una cosa que la otra. Si ya no está García, ¿qué más da su futuro? «García –piensa abatido–, ¿por qué os dejasteis coger? Vos siempre decíais que llegaría a ser un caballero de honor, que muchos segundogénitos Almoravid habían sido grandes mesnaderos –su boca se abre en una mueca irónica–. Yo no soy un segundón, sino un tercerón y, además...». Desvía su mirada de la puerta unos instantes y la clava en su mano derecha. Siente un dolor intenso en las puntas de sus dedos. Aprieta los dientes y cierra los ojos. Ese dolor... no hay forma de mitigarlo porque en realidad... no existe.

Martín mueve su cuello de repente y se pone en pie. Johana se sobresalta.

–Viene padre.

La muchacha frunce el ceño cuando poco después se abre la puerta y Fortún aparece en el umbral. A menudo se pregunta si su hermano tiene un sexto sentido, algo que compense su...

–Chis –le chista Martín, interrumpiendo sus pensamientos e iniciando el descenso–. Vuelve a tu habitación, Johana.

–¿Qué pretendes, Martín Almoravid de Elcarte? –le pregunta ella algo ofendida por echarla de su lado.

Los dos hermanos siempre se han llevado muy bien. Es la primera vez – que Johana recuerde– que Martín no la incluye en sus planes. Siempre han sido cómplices. Siempre les ha unido algo más que la simple relación de hermanos. Seguramente porque han tenido una vida más o menos itinerante y porque la desconfianza ha avanzado a una con ellos.

Martín se mueve como un gato sobre los peldaños.

–Esta vez será mejor que no me acompañes, hermana –le pide al intuir su movimiento detrás de él–. Regresa a tu habitación.

–¿Por qué? –la súplica acompaña a la pregunta.

–Necesito saber exactamente qué le ha ocurrido a García.

–Esperaré aquí. Yo también quiero saber qué le ha ocurrido a nuestro tío.

Los dos hermanos se miran sin verse.

–¿No te irás, verdad?

Un instante de silencio antes de que las voces de ambos suenen al unísono.

–... como que me llamo Teresa Artal de Alagón.

Johana ríe bajito. Martín sonríe. Así es como su madre termina muchas de sus frases.

–Está bien –claudica él–. Pero no te muevas de aquí.

Martín desciende los escalones y se coloca lo más cerca que puede de la puerta que su padre acaba de cerrar.

UNA FAMILIA DE LUTO

Cuando Fortún Almoravid entra en la cocina, todos se giran hacia él. Doña Teresa hace salir a la cocinera y el ambiente se tensa. Fortún sostiene la mirada de Juana. El dolor está marcado a fuego en su semblante y tiene esa expresión que conservan las personas envueltas en una desgracia. La dama lo mira con cierta súplica. Sabe qué ha ocurrido, pero parece conservar ciertas esperanzas, como si todavía existiera una posibilidad de que su padre esté vivo, mientras Fortún no confirme lo contrario.

–Lo lamento, Juana.

La mujer se encoge y reprime un sollozo como puede. Teresa se acerca a ella y la acompaña hasta una de las sillas. Juana agradece el apoyo y se deja abrazar. Fortún invita a los dos hombres a sentarse también y Teresa pone el puchero sobre la mesa. Ella misma sirve las verduras en cuencos y los reparte. Luego se sienta al lado de Juana, algo apartadas de los hombres.

–Es cierto, entonces –pronuncia Juan González de Baztán entre dientes.

–Vosotros mismos podéis comprobarlo –les dice extendiendo hacia ellos la misiva que ha recibido.

Los dos hombres dejan los cuencos sobre la mesa y juntan sus cabezas para leer. El mensaje es bastante escueto y no da muchos detalles.

–¿Es fiable? –pregunta Juan González de Baztán. Ante sus palabras, Juana, su esposa, estira el cuello.

–Creo que Martín Sánchez de Piedrola es una fuente fiable. No se hubiera arriesgado a mandar la nota sin haberse cerciorado antes de su veracidad.

Las aletas de la nariz de Juan González de Baztán se ensanchan en un gesto de indignación.

–¿Y su cuerpo? –pregunta Juan de Vidaurre.

Los tres hombres se miran unos instantes. Fortún desvía su mirada hacia su sobrina y Vidaurre marca un escueto signo de afirmación con un golpe de

cabeza. Es cierto, piensa el *banido*. ¿Para qué regodearse en detalles macabros delante de Juana? ¿Para qué sopesar la posibilidad de que García haya sido enterrado, cuando bien saben todos que Beaumarchais ni siquiera habría barajado esa posibilidad? Algo dentro de Juan de Vidaurre se remueve. ¿Un aviso? ¿Un presagio?

—¿Cómo ha podido ocurrir? —pregunta Juan de Baztán en un claro tono de rebeldía.

Fortún se levanta. La sangre le hierve.

—¡Alguno de vosotros debía saber algo de las intenciones de García! —dice con tono exaltado, mirando al de Baztán.

El aludido se levanta también. Lejos de estar calmado, su rostro muestra un rictus de enfado. Algo del genio de su padre se entrevé en sus movimientos.

—No la toméis con nosotros, Fortún. A nosotros nada nos dijo.

Un silencio abrasador estrangula el aire de la cocina. El crepitar del fuego se intensifica.

—No entiendo por qué no nos hizo partícipes de su plan, por qué no nos incluyó en él —se lamenta Almoravid—. La idea era regresar juntos a Navarra. Conseguir que se atendieran nuestras reivindicaciones.

—Es tarde ya, Fortún —las palabras de Vidaurre cargan con un hondo lamento—. El rey de Francia⁴ no nos perdonará mientras haya quien le recuerde nuestros pecados. Para él solo somos una molestia. Todavía me extraña que no haya mandado a nadie para aniquilarnos.

—Juan tiene razón —coincide Baztán—. Beaumarchais aún conserva los documentos que les hizo firmar a los alcaides de las fortalezas de Navarra donde juraron que no dejarían entrar en ellas ni al rey de Castilla, ni a ninguna de sus compañías, ni a sus gentes, ni a don Gonzalo Ibáñez de Baztán, ni a Juan González, su hijo —o sea yo—, ni a don García Almoravid, ni a don Juan de Vidaurre, ni a sus compañías, ni a ningún otro hombre que sea enemigo de nuestra señora doña Juana, reina de Navarra, ni del gobernador Beaumarchais⁵.

Fortún respira tan hondo que las aletas de su nariz se dilatan hasta hacer parecer su apéndice grotesco. Su cuerpo se inclina ligeramente hacia delante y aprieta los puños.

—¡Os equivocáis! ¡Los dos! No cejaré en mi empeño hasta recuperar lo que se nos arrebató injustamente. Mis posesiones rentaban más de 570

sueldos. Lucharé hasta que me devuelvan los 139 robos de trigo y los 130 de avena y cebada que me corresponden legítimamente. Tenemos que echar a los usurpadores del reino. Navarra está en manos de un rey extranjero que dice ejercer la regencia en nombre de nuestra reina Juana. Y, mientras ella permanece alejada de sus tierras, Felipe solo nos honra con la presencia de gobernadores afectos a su causa cuyo único interés es engordar sus bienes y sus riquezas.

–Deberíais calmaros –le pide su sobrino, mientras Juana mira a todos los hombres desolada.

Fortún no está calmado. Muy al contrario, algo se ha despertado dentro de él. Mueve la cabeza de lado a lado.

–No voy a calmarme, Juan. A vuestro suegro lo han traicionado. Lo estaban esperando. Sabían que iba a regresar a Navarra.

–Es imposible. ¿Cómo podían saber algo que nosotros desconocíamos? – interrumpe el de Vidaurre.

Fortún eleva su ceja izquierda antes de contestar. Se toma su tiempo, recordando.

–Lo habíamos hablado en muchas ocasiones. La última vez que nos reunimos volvimos a barajarlo. García nos enseñó un mapa y con sus dedos fue trazando el itinerario que deberíamos seguir.

–Pero creo que ninguno de nosotros se lo tomó como una posibilidad real.

–Hablad por vos. Yo le creí. Solo que también creí que nos iba a avisar, como prometió. Y parece claro que alguien estaba al tanto de sus pasos, porque Sancho Ortiz de San Millán, el merino de Estella, reclamó a los mesnaderos de Laguardia, de Viana y de San Vicente, y juntos peinaron los puertos de Lapoblación, de Toro y de Herrera durante cuatro días. Allí debieron seguirle la pista. ¿Acaso no os importa que lo acorralaran como a un animal? –escupe Fortún. La congestión es clara en su rostro.

–Habríamos corrido su misma suerte. Y ahora estaríamos muertos. ¿Es que no lo comprendéis? –le dice Vidaurre.

Fortún suspira quedamente. Hay un instante de silencio en el que un escalofrío recorre la piel de los presentes. Miran hacia la puerta temiendo que, de nuevo, haya ojos y oídos indeseados. Alguien debería hablar con el hermano de Fortún, porque está claro que todos sospechan de él. Pero nadie lo dice. Eso es tarea del propio Fortún; que lo haga cuando lo estime oportuno. Se permiten un receso en el que cada cual, inmerso en sus propios

pensamientos, recrea la fuga de García a su manera. Las sospechas van de hombre a hombre, de ojo a ojo. Teresa aprovecha el momento y sirve vino en las jarras. Los dos hombres toman asiento de nuevo, algo más calmados.

—¿Lo prendieron en el monte? —pregunta el de Baztán, tras vaciar su jarra.

El Almoravid mira de reojo a Juana antes de contestar. Su sobrina sigue la conversación con interés. Parece que ha recobrado la calma y que está en ese punto en que uno acepta la realidad, por dolorosa que sea. Su padre no habría esperado menos de ella. Incluso a Fortún le parece que no está realmente sorprendida por el relato de los hechos.

—El mensajero no ha sabido aclararme ese punto. No sé si llegó a Pamplona o si lo prendieron antes. Desconozco también las circunstancias en que lo llevaron a Toulouse y cómo se produjo su muerte.

El silencio retorna a la cocina. Fortún prueba las verduras, pero su mente está lejos de andar concentrada en el cuenco que vacía poco a poco. Juan González de Baztán da un pequeño golpe sobre la mesa. El Almoravid eleva su vista hacia él.

—El rey Alfonso de Castilla, muerto; mi padre, muerto; García muerto. ¿No os dice eso nada? —pregunta el de Baztán.

Exteriormente, Fortún mantiene su pasividad, algo que altera a su interlocutor.

—La muerte se cobra sus piezas todos los días —ironiza.

—Y nos ha perseguido demasiadas veces. Desde lo que ocurrió en la Navarrería...

—Huisteis de allí. ¿Os lo tengo que recordar? —Fortún se exalta de nuevo—. Vuestro padre, vos, mi propio hermano... Orquestasteis una celebración a la que pedisteis que se sumaran todos los habitantes de la Navarrería y os marchasteis en medio del jolgorio. Permitisteis que todos murieran para salvar vuestro pellejo. Les prometisteis que por la mañana llegarían las tropas de Alfonso X de Castilla acampadas en El Perdón, cuando sabíais muy bien que no lo harían. Y, en cambio, aparecieron los franceses sedientos de sangre y riquezas.

—Vos os vendisteis a esos franceses que saquearon y profanaron la Ciudad. Asististeis a la aniquilación de lo más sagrado de nuestro reino al lado de Beaumarchais. Ese que mandó Felipe III de Francia, en nombre de la reina Blanca y de su hija doña Juana, como gobernador.

Las acusaciones se disparan cual flechas en la oscuridad. La noticia ha

exaltado a todos. A Fortún, le confirma en la creencia de que hay que regresar como sea a Navarra. Al resto, la muerte de García parece haberles removido hechos dolorosos del pasado. Así que ninguno está dispuesto a dar su brazo a torcer. Juana se levanta despacio y camina hacia ellos. No mira a ninguno en concreto. En esos momentos, trata de mirar hacia dentro, de agarrarse al recuerdo de un padre que ya nunca más volverá a ver. Siente que algo oprime sus entrañas al pensarlo.

—Mi padre está muerto —es casi como un grito. Algo que necesita decir en alto, algo que sabe va a marcar un antes y un después en su vida—. Tío —dice con un tono más suave—, vos sois ahora el cabeza de familia Almoravid. Tal vez deberíais sopesar la idea de empezar una nueva vida aquí, de olvidarnos para siempre de Navarra. Mi padre decía a menudo que un Almoravid debe estar siempre dispuesto a resurgir de sus propias cenizas. Esto no es Elcarte, ni Aibar, pero estas tierras han estado en manos de los Almoravid desde hace muchos años. Nuestros antepasados fueron tenentes de Calahorra con el rey Sancho IV, y a finales del siglo pasado también nos perteneció esta tenencia, y nuestra tía Theresa es la heredera del señorío Almoravid. Suyas son las tierras de Daroca, Entrena, Fuenmayor, Montes de Moncalvillo, Velilla de la Rad, Medrano, Navarrete y Sojuela. García me dijo muchas veces que aquí también están nuestras raíces y que de ellas debemos sorber para no olvidar quiénes somos.

Fortún se planta delante de su sobrina. Juana conoce muy bien esa cara y su expresión le dice que se ha tomado demasiadas libertades al tiempo de dirigirse a él, tal y como lo ha hecho. Ella misma le ha reconocido como cabeza de la familia y después le ha faltado al respeto.

—Defenderé siempre a mi hermano de puertas a fuera, pero es bueno que recordéis que vuestro padre dijo muchas cosas y muchas de ellas costaron la vida a mucha gente —le dice exaltado.

Juana ve el movimiento de la mano de su tío cuando ya es demasiado tarde. Su mejilla izquierda recibe todo el impacto. La mujer se tambalea y termina cayendo al suelo.

Juan González de Baztán se levanta disparado para atacar a Fortún. Juan de Vidaurre trata de interponerse entre los dos. Los tres hombres forcejean y los puños impactan en carnes, unas veces y, otras vuelan sin lograr su objetivo. Sin embargo, la única que logra imponer la paz es Teresa.

—Los caballeros no pelean en la mesa —dice. Y su voz, de alguna extraña

manera, se escucha por encima de los gritos de los hombres—. La carne se va a enfriar y no voy a consentir que se desperdicie, como que me llamo Teresa Artal de Alagón.

Y, a continuación, pasa con una bandeja llena de carne recién asada por delante de las narices de los hombres y la deposita sobre la mesa. Todos, también Juana, se sientan sin rechistar. Terminan la cena en un profundo silencio, cada uno volcado sobre su comida, casi con miedo de elevar la mirada y encontrarse con la de Fortún. Son momentos tensos. La vorágine de hechos acontecidos casi una década atrás sobrevuela la cocina de aquella casa alquilada. Todo sabe diferente aquella noche. Hasta la oscuridad parece penetrar con mayor virulencia por la estrecha ventana de la cocina, haciendo que las velas habituales resulten escasas para alumbrar el espacio.

Juan González de Baztán se levanta tras darse por satisfecho.

—Creo que debemos irnos —dice, haciéndole un gesto a su esposa.

Juana se levanta contrita. Se despide de sus tíos; besa a Teresa, pero no se atreve a acercarse a Fortún. Su mejilla flamea como si tuviera el fuego prendido en ella. Almoravid se limita a despedirlos con un gesto de su cabeza.

—¿Vienes, Juan?

El de Vidaurre hace un gesto afirmativo. Se limpia la boca con el reverso de su brazo y se une al de Baztán. Fortún los sigue con la mirada hasta que salen de la cocina. Les escucha cuchichear en la entrada, pero no puede entender sus palabras. Gira su cabeza. En ese momento descubre que su esposa lo observa, brazos en jarras.

—Fortuño... —así le llama ella cariñosamente—. Hay algo de lo que deberíamos hablar.

—Ahora no, Teresa. Es tarde —le corta él. Su mente está demasiado ocupada con el asunto de la muerte de su hermanastro como para atender otros.

No es tarde, piensa la mujer. Al menos no más tarde que cualquier otro día. Sin embargo, respeta el silencio de su esposo. Tal vez no sea el momento más oportuno para tratar aquello que le tiene que decir, pero García fue muy explícito sobre ello. Sin embargo, García ya no mora entre los vivos. Se toma su tiempo para inhalar aire y contempla la cocina de reducidas dimensiones en la que pasa tantas horas. Algo ha cambiado. No sabe exactamente qué, pero nota algo distinto en la casa. Tal vez una corriente de aire, o un olor

diferente. No puede identificarlo, pero cuando la puerta de la cocina se cierra de golpe sin que nadie esté cerca de ella, un escalofrío recorre cada poro de su cuerpo. Y en ese instante siente la poderosa presencia de García y le parece que su recuerdo puede ser más peligroso que su persona. Se gira hacia el fuego y llama a la sirvienta. La muchacha entra solícita. Oneca es la única ayuda con la que Teresa cuenta en su destierro. Fortún se levanta despacio. Parece cargar con un peso extra esta noche. Su cuerpo se ha inclinado hacia delante y sus pies se arrastran ligeramente por el suelo. Deja a las mujeres y empuja la puerta de la cocina con la intención de salir de la casa. Una mano detiene su avance. Fortún se encara con la figura que surge de entre las sombras

–¡Vos! –le dice muy serio.

–Yo, ¿qué?

–Sé qué fuisteis vos. Sois el único que podía conocer sus planes. Siempre conspirando entre las sombras.

–Esa es una acusación muy grave, hermano. Y nunca hallaréis pruebas para probarlo.

Fortún lo mira sin creerlo.

–Algún día sabré la verdad y pagaréis por ello –dice con severidad mientras hace ademán de marcharse.

–Yo no he sido, ¿me oís? Pero no voy a ocultar mi satisfacción por su muerte. García hundió a esta familia –una nota de acidez acompaña a las palabras que Iñigo dirige a su hermano.

Fortún trata de zafarse de la mano que aprieta su antebrazo, pero le resulta imposible.

–Nadie os obligó a seguirlo.

–Fue un error del que no dejo de lamentarme, pero no volverá a ocurrir y espero que vos no permitáis que nos dirija también después de muerto.

–No sabéis de lo que habláis, Iñigo.

El aludido ensancha una sonrisa y acerca su rostro al de su hermano. Le habla con los dientes apretados, muy serio; en una actitud que camina entre la locura y el miedo.

–Sé perfectamente de lo que hablo. Será un error regresar a Navarra. No digáis que no os lo he advertido.

–El error sería no hacerlo.

–Tened cuidado. El propio García os pedirá venganza desde el infierno. Y,

¿qué haréis entonces vos?

Fortún da un fuerte manotazo y la mano de Iñigo deja de apretar.

—Os comportáis como un loco. ¿El propio García?

—Nos condenará a todos —le advierte—. Seguíis creyendo en García a pesar de lo que hizo y no sois el único de esta familia que lo hace. Deberíais controlar más a vuestros propios vástagos —Iñigo gira ligeramente la cabeza en ese instante y clava su mirada en el hueco de la escalera donde sabe se esconde su sobrino—. García puede ser mucho más peligroso muerto que vivo. Y no sé por qué, Fortuño, pero tengo la sensación de que ahora más que nunca, deberíais pensar con sensatez.

—¿Vos también? Nuestro sitio está en Navarra.

—¡Deshaceos del fantasma de García cuanto antes. O acabará arrastrándoos con él al infierno! —Iñigo acompaña sus últimas palabras con una fuerte risotada.

⁴ Felipe III *el Atrevido*.

⁵ José M^a Lacarra. Recogido por Javier Zabalo Zabalegui en *Juan Almoravit de Elcarte, un navarro arzobispo de Sevilla (1299-1302)*.

AMARRADO A LA PICOTA

Martín se aprieta contra el hueco de la escalera. Las frases de su tío Iñigo le han dolido casi más que los golpes con que Capa Larga ha cubierto sus carnes aquella tarde. Ve la espalda de su padre desaparecer y confundirse con la negrura del exterior.

–Ahora que no está García, solo eres un muerto viviente. No lo olvides, Martín. La sombra de tu tío, a quien tanto admirabas, ya no está aquí para esconder lo que realmente eres –Iñigo arrastra acidez y crueldad en su discurso.

–Creo que ya es hora de que te acuestes, hijo –la voz de Teresa Artal de Alagón corta el avance de aquel batallón de palabras.

–¿Tiene que defenderte una mujer?

Martín se gira sin hacer comentarios y se escabulle escaleras arriba. Su pecho está agitado. Parece a punto de reventar. En sus carrillos contiene el aire que sus pulmones son incapaces de acoger. Sube los peldaños como si arrastrara un peso en sus tobillos. Siente como algo personal, no solo la afrenta recibida directamente sobre su persona, sino también la que de manera abrupta ha alcanzado a García. Sin embargo, no ha sido capaz de aceptar el reto de su tío Iñigo y vengar la ofensa. Cuando su hermana trata de consolarlo, se siente todavía peor. Con un gesto de rechazo, que deja bien a las claras a Johana que quiere estar solo, Martín se encierra en su cuarto. Está a oscuras, igual que lo está su corazón. Su vida se ha quedado sin guía. Alguien ha apagado la luz sin avisarle, sin darle tiempo a prepararse. Está claro que lleva el pie cambiado y no tiene ni idea de cómo acompasar su existencia a los acontecimientos, por los que se siente arrollado. Se sienta sobre su camastro. Recuerda las conversaciones de sus hermanos mayores, que le hablaban de las grandes comodidades de las que disfrutaron en sus posesiones de Tierra Estella y en el palacio de García en la Navarrería. ¿Qué

le importa a él? Era demasiado pequeño para acordarse de ello. Y, aunque se hubiera acordado, nunca le habría reprochado a García el haberlo perdido, como hacía Íñigo constantemente. No, García no había sido el culpable. La culpa era de Felipe III de Francia, o de su primo, Robert d'Artois, o de Beaumarchais. Pero no de García. Encoge las piernas y se agarra las rodillas con sus brazos. Pronto cambia de postura al darse cuenta de lo que duelen los golpes que ha recibido aquel día. Mira hacia la ventana, cuya negrura es semejante a la que le envuelve en su cuarto; una especie de continuidad de tinieblas. Hasta sus oídos llega el sonido del tímido viento, los últimos graznidos de algún ave, el arbitrario movimiento de las ramas de los árboles cercanos, el correteo de algún roedor inoportuno, pero lo que él busca... está lejos de alcanzar sus oídos. «Habladme, tío. Habladme».

Ha sido una noche larga. No está muy seguro de haber dormido, ni de haber permanecido en vela. Cuando la primera claridad reclama su espacio en el horizonte, Martín nota un vacío inmenso. Está dispuesto a fingirse enfermo, a dejarse llevar por la inacción. Pero la voz de su madre suena implacable. Se excusa mil veces y las mil se las rebate su progenitora, quien le mira los ojos, la lengua, le palpa la frente y le aprieta la garganta hasta casi estrangularlo, para concluir con un «tengamos el día en paz; la muerte de tu tío no debe servirte como excusa para desatender tus deberes. Vas a ir al castillo como que me llamo Teresa Artal de Alagón». Y todo ello recitado de carrerilla. Se ríe Johana entre dientes y él acepta la derrota.

—¿Estás bien, Martín? —le pregunta su hermana cuando sale a la estrecha calle de Calahorra.

Se encoge él de hombros. Es temprano y la mañana, fría. Los dos hermanos se miran unos instantes. Los ojos claros de ella parecen decirle que sabe que le oculta algo.

—Estoy bien —le garantiza él.

—Entonces... sigue así. Y evita a aquellos que te han golpeado en la espalda.

No tiene tiempo de esconder su sorpresa. Es un libro abierto en manos de su hermana.

—He visto las señales cuando te has lavado.

—Padre...

–No diré nada, pero tienes que contármelo. Esta tarde, cuando regreses.

–No hay nada que contar –la frase suena floja, sin fuerza.

–Esta tarde, Martín.

Odia esa faceta de su hermana. Cuando se lo propone, puede ser tan cabezota como su madre. Y parece estar siempre en posesión de la verdad absoluta. Con un mohín de hastío se gira y comienza a caminar.

–¡Cuídate, hermano!

Martín hace un gesto con la mano enguantada, como recomendándole lo mismo a ella, y se marcha. Johana y García eran lo único bueno de su vida. Ahora ha perdido a su tío. Por nada del mundo le gustaría perder a su hermana, pero se siente agobiado por ella. De sus hermanos mayores, ahora en Aragón, apenas tiene recuerdos.

La noticia de la muerte de García se ha adelantado a su propia llegada. El castillo está silencioso y el peso de las miradas directas y de los reojos recae en su persona con fuerza inusitada. No tiene ningún amigo entre aquellos que entrenan con él para, un día, tal vez, llegar a ser armados caballeros. Así que no espera sus condolencias. La voz de Capa Larga –«enciérrate en la sala de armas, bruñe bien todo el armamento y haz un recuento de las existencias»– resuena en el patio interior. Martín se lo toma con calma. Tal vez sea mejor mantenerse alejado de todos. Pasa la mañana bruñendo y ordenando, ordenando, contando y bruñendo. ¿Para qué? Esa es la pregunta que se hace pasada la hora sexta. Para que, al acabar los entrenamientos, sus compañeros tiren todas las armas que han utilizado a sus pies. Cualquiera otro día aquello le habría encrespado los nervios, pero la muerte de su tío parece mantenerlo en un estado de abatimiento constante.

Es tarde cuando Capa Larga llega para pedirle cuentas. Al escuchar unos pasos, Martín escruta la puerta con cierto desasosiego. Antes de verlo, el sonido de una pierna al ser arrastrada ligeramente le alerta de la llegada de su maestro. No tiene de qué quejarse. Ha hecho un buen trabajo. Pero Capa Larga tiene el don de querer –y poder– amargarle la existencia. Y, ese día, despojado del peso de la existencia de García, se siente inmensamente poderoso. Y, por una casualidad de esas que ocurren una vez en la vida, resulta que Martín ha colocado los escudos donde debían ir las ballestas. Y las lanzas, donde debían ir las espadas largas. Y las ballestas donde debían

ir...

—Martín, Martín...

Es doloroso su sonsonete. «Aprenderás mucho de él, Mano y Media». Eso es lo que le dijo su tío. «No teníais ni idea», le reprocha a García en silencio. Se sienta en el suelo. No está dispuesto a recolocar la sala. Tiene hambre. Así que coge en su mano el cuenco que le ha dejado su maestro, «para cuando termines», y se lo zampa sin apenas respirar. Tiene las manos sudorosas dentro de los guantes. Su pelo caracolea allí donde el sudor se ha refugiado. Del exterior llega una corriente cada vez más gélida, conforme el sol desaparece. Se levanta despacio, como si fuera un momento trascendente. «¿Qué pensaríais de esto, García?», pregunta al vacío de la sala. Se marcha, dejando las últimas tareas sin hacer. «¿Qué más da?», piensa. Está claro que Capa Larga da por sentado que sus días de formación bajo su mando han concluido. Y su padre está más interesado en buscarle otra salida. García ya no está para imponer su voluntad. Mira el patio de armas como si diera por sentado que ya no volverá más allí y sale con parsimonia. La tranquilidad con la que ha comenzado el día deja paso a una pincelada de rebeldía. Extiende sus manos delante de él y las examina concienzudamente, como si pudiera ver a través de los guantes que las preservan de miradas indiscretas, y se encamina hacia su casa. Silba, retándole al día a enfrentarse a él. Y el día toma a bien aquel reto... y lo acepta.

En el breve instante que detiene su furia para tomar aire, percibe el sonido de una respiración. Da marcha atrás, pero es tarde y, además, está en inferioridad. Examina la calle. No recuerda haber visto a nadie durante su trayecto y, si hubiera habido alguien, seguramente ya estaría lejos. Está solo a merced de Juan Alfonso y de Alvar. Se acercan a él despacio, reduciendo poco a poco las distancias. Martín separa sus piernas y levanta sus manos a la altura de su barbilla, como medida de protección. Algo que sabe le va a servir de poco. Juan Alfonso hace un gesto con su cabeza y Martín recibe el primer empujón. Eso lleva a otro y este último al primer golpe. Y, sin saber muy bien cómo, en aquel momento en que Martín ha comenzado a rebelarse, acierta con un golpe a la mandíbula de Juan Alfonso.

—¡*Banido!*

El odio que se tienen cuaja entre ambos. A Juan Alfonso no le ha gustado el golpe. De pronto, Martín nota sus brazos bien sujetos por Alvar. Es solo un año mayor que él, pero mucho más fuerte, por lo que sus intentos de liberarse

son inútiles. Ve llegar la empuñadura de la espada de Juan Alfonso y, poco después, todo desaparece.

Su consciencia retorna al ritmo de unas carcajadas. El dolor atrapa su cuerpo como si le hubieran arrojado un cubo lleno de piedras sobre su cabeza. Tira de su brazo derecho y después del izquierdo. Le es imposible moverlos. Está atado, atado a la picota. El dolor da paso al estremecimiento; el estremecimiento, al odio; y el odio, a la humillación.

—¿Buscas esto, *banido*?

Juan Alfonso se acerca y le pone delante el par de guantes con que siempre cubre sus manos. La mandíbula de Martín se tensa. ¿De qué serviría pedirle que se los devuelva si ya han descubierto su secreto?

—Sois cruel —escupe con saña.

—Estás acabado, *banido*. Todos sabrán mañana qué esconden estos guantes y por qué eres un inepto con las armas. Dime, *banido*, ¿te cortaron los dedos por robar?

—¿A vos qué os importa?

—Dime, ¿cómo fue sentir el cuchillo mientras partía tus huesos?

El rostro de Juan Alfonso está muy cerca del suyo, tanto que puede sentir su aliento abofeteando su cara. La ira hace que Martín se sonroje.

—Sois cruel —repite.

—¿No tienes otro repertorio?

Martín agacha la mirada y se revuelve para tratar de soltarse.

—Estás donde te mereces, en el rollo jurisdiccional. Debería dejarte aquí para que las gentes despierten por la mañana y te den tu merecido. Tal vez, incluso consiga que tengas la muerte que te mereces, por agarrotamiento. Pero eso haría desaparecer la diversión, ¿eh, *banido*?

Juan Alfonso se separa de él unos pasos y contempla su figura vejada.

—¿No creéis que es suficiente? —Alvar parece apiadarse.

Por toda respuesta, Juan Alfonso de Haro se limita a sonreír. Contempla durante largo rato al muchacho que ha atado a la picota, donde amarran a los reos para sufrir vergüenza pública. Le pide a Martín que le mire y, cuando tiene su atención, arroja los guantes a sus pies.

—Nos veremos mañana en el patio de armas. Te haré el recibimiento que te mereces —le dice.

Con pasos cortos, rodea la columna y corta las amarras de las manos de Martín. Y sin dar margen a nada más, los dos desaparecen, dejando solo al

muchacho, cuyo pecho sube y baja bajo su camisa, con febril rencor. El silencio martillea sus oídos. Su corazón rebota dentro de su pecho. Se siente desnudo. Y, aunque mira los guantes con deliberada obsesión, es incapaz de moverse. Sus brazos todavía rodean la picota. Está sentado sobre el segundo escalón y la dura piedra del rollo jurisdiccional se le clava en su columna. Sin embargo, permanece quieto. Los dos jóvenes parecen haberse llevado su voluntad con ellos. Una ráfaga de viento se abalanza sobre su rostro. Le parece que la temperatura desciende de golpe. Cierra los ojos. Lejos de calmarse, la furia asciende desde su estómago. Y parece a punto de erupcionar. «¡Maldita sea!». El grito se desliza gutural, enérgico y encuentra el eco de las paredes cercanas. Se levanta de golpe, ciego, enrabiado. Le parece escuchar un sonido. Abre los ojos y escruta la oscuridad creciente. Aprieta los labios. No ve a nadie, pero sabe con certeza que su hermana está cerca. Lo sabe porque el viento arrastra hasta él un suave aroma a mirto. Odia pensar que su hermana lo ha visto todo. «¡Maldita sea!», vuelve a gritar. Se agacha a coger los guantes y entonces se mira su mano derecha, mutilada, a la que le faltan varias falanges de sus dedos, haciendo que estos parezcan cortos y deformes. «¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Maldita sea!». El eco de su voz desaparece poco a poco, mientras camina sin rumbo fijo, sin dejar de recitar su cantinela.

Sus pies le llevan hasta la casa del barrio de Santa María. Sube inmediatamente al cuarto que ocupa y se encierra allí. Se deja caer sobre su camastro, con la espalda apoyada sobre él y su mirada fija en un techo invisible. La oscuridad lo envuelve como una fría manta. En ese momento está enfadado con el mundo. No tarda en escuchar unos pasos, seguidos de unos golpes en la puerta.

—¡Vete!

No hay respuesta, pero Martín sabe que su hermana está detrás de la puerta. Puede escuchar su respiración, incluso percibir su extrañeza. Sin duda, no entiende lo que sucede. Pero el cariño que siente por su hermano le hace acompañarlo desde el otro lado de la puerta.

—¡Vete, Johana!

—Martín... —su voz le llega como un susurro suplicante, pero él no está de humor—. ¿Puedo entrar?

—¡Lárgate! No quiero ver a nadie.

Se comporta como un salvaje, como un maleducado. Sabe que le está

haciendo daño a su hermana, pero es incapaz de parar, de controlarse. La febril sangre Almoravid que corre por sus venas se ha despertado. «Un caballero debe tener temple. Recuerda que lo hablamos, Mano y Media». «Es fácil decirlo cuando no acaban de humillarnos, ¿no creéis, tío?».

No baja a cenar. No sabe, hasta mucho después, que su hermana lo ha excusado, igual que hará a la mañana siguiente cuando no aparezca a la hora del desayuno.

VIEJOS AMIGOS

El teniente de Calahorra está cómodamente sentado a la mesa, con los pies encima de ella, terminando los últimos manjares que ha mandado servir. Recuesta su espalda hacia atrás y se lame las yemas de los dedos mientras en su rostro se dibuja un gesto de satisfacción. «Calahorra no es mal sitio –piensa–. Y el rey debe creerlo hecho a mi medida». Juan Alfonso de Haro, señor de Cameros, sonríe con ironía. Una sonrisa extraña, perdida entre las hebras cobrizas de su bigote y de su barba.

–Fortún Almoravid espera a ser recibido, señor.

–Enseguida bajo.

El noble se levanta despacio. Un sirviente se mueve hacia él con un pequeño recipiente lleno de agua. El teniente de Calahorra sumerge sus manos y las refrota con fuerza. Al sacarlas, el agua escurre hasta el suelo y moja los zapatos del sirviente. Este disimula un gesto de fastidio y le presenta una toalla para que se seque.

–Ya puedes limpiar la mesa.

Se dirige despacio hasta la puerta. El eco de sus zancadas acompaña su caminar estirado. La rigidez de su cuerpo en cada uno de sus pasos exhibe un alto grado de orgullo. Al entrar en la sala cambia su sonrisa sardónica por otra de afecto.

–Me han dicho que habéis vuelto –le dice Fortún encaminándose hacia él–. Me alegro de veros de nuevo por aquí.

–Tengo entendido que no me habéis echado de menos y que os llevabais muy bien con don Sancho Martínez de Leiva –Fortún capta el tono irónico que ha empleado su interlocutor.

–Es un hombre competente –ataja en el mismo tono el navarro–, pero, para seros sincero, no sabe elegir buenos vinos para las cenas que organiza en el castillo.

–Apuesto a que ese era el menor de sus defectos.

–Ciertamente no estaba a vuestra altura.

–Vuestras palabras parten mi corazón –hace un gesto llevándose las manos al pecho y después le invita a sentarse.

–¿Cómo habéis conseguido que el rey Sancho cambie de parecer y os retorne la tenencia de Calahorra?

–Uno tiene sus méritos.

Juan Alfonso hace una seña al sirviente que aguarda en la puerta y este desaparece.

–¿Tiene algo que ver que vuestro primo Lope Díaz III de Haro sea el cuñado del rey Sancho?

El nuevo tenente de Calahorra se toma su tiempo y le pregunta a su invitado si acepta un vaso de vino, justo en el momento en que el sirviente hace su aparición por la puerta. Juan Alfonso espera a que las copas estén llenas y le indica al paje que puede marcharse.

–El rey Alfonso X el Sabio me dio la tenencia de Calahorra. Su hijo Sancho me la arrebató al subir al trono. Un berrinche por haber apoyado a su padre, en lo concerniente a la sucesión. Pero se le ha pasado –dice tratando de quitar importancia al asunto.

Se miran unos instantes y apuran sus copas.

–Siento de veras lo de García –expresa a la par que rellena las copas.

Fortún agacha la mirada unos instantes. Está confuso. La noticia del fallecimiento de su hermano ha levantado en él sentimientos contrapuestos. Juguetea con la copa. Su cabeza niega despacio.

–Una gran pérdida –añade el señor de Cameros–. He hablado con Martín Sánchez de Piedrola.

Fortún deja la copa encima de la mesa y se restriega la cara con las manos, como si necesitara espabilarse. Se pregunta qué es lo que el de Piedrola le habrá contado al señor de Cameros.

–Me gustaría dar el pésame a la familia.

–Ni siquiera he tenido tiempo de decírselo a mi prima Theresa –toma aire. Parece que, cada vez que habla del tema, toma más consciencia de la realidad que esconde aquella noticia. Se siente embargado por una extraña melancolía–. He mandado aviso a Juan Almoravid para juntarnos todos en el señorío Almoravid.

–Me gustaría acompañaros.

—Será un honor.

El señor de Cameros golpea suavemente la espalda de su amigo. Los dos apuran sus copas.

¿Puede un hombre flotar sobre el suelo? Esa es la sensación que Fortún arrastra desde que ha dejado el castillo. Su sombra es una capa melancólica incapaz de ser izada sobre los hombros. Tira de ella el inframundo. Llega a casa arrastrando los pies. Tan distinto del hombre que había sido antes de ayer, que Teresa cree que se trata de otra persona. La mujer no entiende cómo la ausencia de un hombre que ha flirteado con la maldad puede llegar a influir tanto en su esposo. Ciertamente es que García, a pesar de estar derrotado y humillado, nunca se había comportado como tal y siempre había tirado de la familia y la había mantenido a flote. Ve a su esposo en el umbral de la entrada, dudando entre pasar al interior o marcharse de nuevo. Le gustaría saber qué ronda por su cabeza. ¿Estará decidido a regresar a Navarra aunque le pueda suceder lo mismo que a su hermano? ¿O las palabras de Juan de Baztán, Juan de Vidaurre y Juana lograrán que entre en razón? Mira de nuevo a su esposo. Parece un ser errático, sin fuerzas. Teresa desvía la mirada hacia el cofre que tiene encima de la mesa. Lleva todo el día dándole vueltas. No se ha atrevido a abrirlo. Tal vez porque teme quemarse con el contenido o, quizá, porque desea que este se haya quemado y no exista. Sin pensárselo más, solo por quitarse el asunto de encima, llama a su esposo.

Reacciona él como si viera la luz del sol por primera vez aquel día. Dirige la mirada en línea recta hasta hacerla coincidir con la de su esposa. Están solos en la casa. Sus dos hijos mayores hace tiempo que vuelan solos, Martín está en el castillo —o eso creen ellos— y Johana pasea por el pequeño huerto colindante a la vivienda. En cuanto a Iñigo... siempre es difícil saber dónde se encuentra. Fortún entra en la cocina y se sienta con la mirada perdida. Ni siquiera parece haberse percatado del cofre. Teresa le sirve algo de comer. Tal vez con el estómago lleno...

—Fortuño —le reclama ella al ver que no reacciona—. ¿Va todo bien?

Asiente con un leve mohín que dista mucho de confirmar lo que quiere dar a entender. Ella tuerce el gesto y lo contempla, brazos en jarras. «Hombre de impenetrable pensamiento», le reprocha ella en silencio. Discretamente, le acerca el cofre hasta que queda colocado frente a su plato. Fortún, por fin,

alza la mirada interpelando así a su esposa.

–Vuestro hermano, García, me dijo que os diera esto.

–¿Que me dierais esto? –su voz suena ronca, como si no hubiese sido utilizada en mucho tiempo–. ¿Qué se supone que es?

–No lo sé. Solo me dijo que os lo diera si...

–¿Si...?

–Si a él le ocurría algo.

–Si moría, ¿queréis decir?

–Si moría, sí. Eso es lo que me dijo.

–Entonces vos sabíais lo que tramaba –sospecha.

–Vuestro hermano nunca tramaba nada, tan solo actuaba. Y esto me lo dio hace mucho tiempo.

Fortún coloca su mano diestra sobre el cofre de manera lenta. Parece temer quemarse. La cerradura, sencilla y sin llave, cede con facilidad. El contenido no le sorprende. Sobre un grupo de cartas perfectamente ordenadas y atadas con un cordel, hay una nota con la caligrafía de su hermano. «Estas son algunas de las personas que os pueden ayudar y lo que deberíais decirles». Se le escurre una sonrisa incrédula por la comisura de los labios. Así era García. Tal vez Iñigo tenga razón; hasta después de muerto quiere dirigir nuestras vidas. Lo correcto sería soltar una carcajada, pero se contiene. Se levanta con agilidad, mira los rescoldos del hogar amenazando extinguirse, pero en los que todavía brilla el rojo del fuego, y, sin saber muy bien por qué, lanza el legado de su hermanastro sin ningún tipo de miramientos. Después sale de la cocina y se va. Con gran rapidez, Teresa Artal de Alagón mete su mano entre las brasas y empuja el paquete. Una vez en el suelo, lo pisa con insistencia. Antes de cogerlos, se queda mirando aquellos legajos extraídos de las cenizas.

ENCUENTRO ENTRE HIERBAJOS

Martín se levanta de buen humor. Está gratamente sorprendido porque nadie parece haber advertido sus ausencias. Eso le permite disfrutar de una libertad que nunca había imaginado. El día anterior, en vez de dirigirse al castillo, deambuló por los alrededores de Calahorra. Se bañó desnudo en el río, sin importarle la baja temperatura del agua. De esa misma guisa, estuvo espiando a las mujeres que se acercaban a lavar la ropa. Persiguió aves y siguió las huellas de los animales. Incluso robó un buen trozo de pan y algo de fruta. Estuvo allí donde sus pies le dirigieron. Ciertamente pasó algo de miedo al regresar a casa, pensando que Capa Larga habría dado cuenta de su falta en los entrenamientos y su padre podría estar esperándolo para castigarlo. Temió también un encuentro con sus *amigos*. Sin embargo, al regresar a casa, se encontró una vivienda tranquila y silenciosa. Solo su hermana lo había esperado despierta, pero ella tampoco le había dicho nada, por lo que se había ido a la cama tranquilamente.

Así que, cuando se levanta un nuevo día, decide repetir la rutina. Se lava, se viste, saluda a su madre y se despide de ella. Solo Johana parece estar al corriente de su cambio de rumbo, pero se las arregla para evitar sus preguntas directas. Y, así, poco después de que el sol despunte por el este, Martín está ya en los caminos. Es un *banido*, así que decide comportarse como tal. Los *banidos* se echan al monte, cazan y roban. Y, a veces, algunos hombres, como el merino de Estella, forman batidas para darles caza. Él no se va a dejar cazar. Nunca.

Sale pronto de la población y se dirige hacia el río Cidacos, atravesando a toda velocidad el portillo de Santa María. Va bien camuflado. Su delgado cuerpo, envuelto en una gruesa capa, no nueva, pero sí bien conservada. Su cabeza, escondida bajo la capucha. La espada vieja de su tío García, bien amarrada en el lado derecho de su cadera. Y sus manos, ocultas en los

guantes negros. Hace más frío que el día anterior, pero eso no es un obstáculo para sus ambiciones. Se siente como un rey. No tiene quien le sirva, pero no es esclavo de nadie. No tiene caballo, pero tampoco nadie que dirija su vida. No tiene maestro, pero siente que su tío camina con él. Pasa las primeras horas cerca del río, apretujado entre los árboles, esperando que alguna de las mujeres se descalce, o se suba la falda para verle los tobillos. Con un poco de suerte, si el sol platea la superficie, alguna se despojará de su blusa y entonces él se asomará a su ventana. Son sueños felices, simples.

Cuando se cansa, sigue el curso del río hacia el oeste. Se alejan las risas y las voces, pero respira libertad. Se cuelga en la propiedad de un noble y se dirige a las cuadras donde están las vacas. Bebe leche directamente de las ubres. Con el líquido escurriéndosele por la comisura de los labios, salta por la ventana y se seca los labios con la manga. Su rostro exhibe un gesto de placentera felicidad. Nada de recoger armas, nada de enfrentarse a muchachos que no le comprenden, nada de varazos de Capa Larga, nada de sermones, nada de miradas compasivas. Registra la despensa de la siguiente casa que encuentra. Con el acicate de poder ser descubierto, se siente poderoso. Roba unos huevos del corral y un embutido y corre como un poseso cuando el dueño se percata de su presencia. Cuando el hurtado se da por vencido, Martín se esconde entre la hierba que crece alta y fuerte. Se sienta exhausto, pero satisfecho. La mejor de sus sonrisas luce en sus labios. Unos hoyuelos pícaros se han marcado en el centro de sus carrillos y sus ojos chispean luces oscuras de felicidad. Hace un agujero a la cáscara del huevo usando una piedra pequeña y sorbe el contenido. Luego clava sus dientes en el embutido. Se tumba en la hierba. Sus brazos y sus piernas abiertos. No hay nadie en leguas a la redonda. Nadie. Mirando al cielo, se queda dormido.

«Deberías estar alerta». Tal vez es una voz dentro de él. O tal vez el sonido de la acalorada discusión. O, quizá, su instinto de supervivencia. Pero, antes de desperezarse del todo, se da cuenta de que está en peligro. Se gira sobre sí mismo y escucha lo más atento que puede. Apoya los codos y aguza el oído. «¡Juan Alfonso! —se dice— ¿Cómo me ha encontrado?». El corazón le palpita deprisa. La sensación de felicidad y de seguridad es ahora un vago recuerdo de su mente. Está alerta, sus cinco sentidos exploran territorio, palabras y sonidos. Se agazapa lo más que puede, al darse cuenta de que la hierba que lo cubre no es tan alta como le había parecido, ni tan hermosa como pensaba —se trata solo de hierbajos— y de que las voces se escuchan

demasiado cercanas. Juan Alfonso discute con alguien. Y, aunque son dos las voces distintas que llegan a sus oídos, sabe que hay más personas junto a ellos. Les delatan las respiraciones, alguna tos, los relinchos de, al menos, media docena de caballos... Mira alrededor y recula hacia posiciones más retrasadas. Cerca hay varios árboles y decide aproximarse a ellos. Cuando alcanza su posición, se esconde detrás y descansa la espalda. Para entonces, la discusión ha llegado a mayores. Percibe claramente cómo las espadas se desenvainan, cómo el aire se tensa, cómo los sonidos forman una barrera que vibra antes de romperse completamente. Y se quiebra cuando se fragua el primer choque de espadas. Martín aprovecha el desconcierto que se forma al iniciarse el ataque para asomar su cabeza. Le gusta lo que ve. No sabe de qué va todo aquel asunto, pero lo que realmente importa es que Juan Alfonso y Alvar están en minoría. Al parecer, alguien va a recibir de su propia medicina. Duda entre huir de allí o quedarse a ver la deshonra de sus enemigos. Y, después de titubear un poco más, hace algo inaudito. Se lleva la mano izquierda a la empuñadura de su arma, la saca y corre hacia la refriega, escondido bajo su capa.

Son el doble. Martín no los conoce. Si se dan cuenta de que ha llegado, no hacen por demostrarlo. Tiene en sus manos la venganza que siempre ha deseado. Serán cinco contra dos. Y el otro bando parece muy bien preparado para el combate. Va a disfrutar. Duda un poco y a punto está de recibir el primer puntazo sin haber decidido por dónde entrar al combate. Es la espada de Juan Alfonso la que rasga su capa. El arma del de Cameros se queda trabada un instante en la tela. Con saña estira de la capa hasta que la tela se desgarrar y la espada queda libre. Martín salta hacia atrás. «*Su eta gar*, Mano y Media». Sacude su cabeza, tratando de evocar las palabras que García le repetía cuando ambos se entrenaban. «*Su eta gar*», «A sangre y fuego», eso es lo que han dicho decenas de veces los Almoravid al entrar en batalla. Su mente vuelve a recordárselas. Grita para deshacerse de esa voz intrusa y eleva su mano izquierda para iniciar un ataque vertical. Y, de repente, escoge el bando que nunca ha querido escoger. Y, espada en mano, lucha al lado de Alvar y de Juan Alfonso.

Se siente cómodo. Su tío García le ha enseñado a luchar con el brazo izquierdo. Y no lo hace nada mal. Pero es su secreto. En ninguno de los entrenamientos con Capa Larga ha usado esa mano —ni le hubiera dejado—. Nadie en el castillo de Calahorra sabe que es zurdo, forzado por las

circunstancias, pero un buen guerrero zurdo. Así que no teme que sus dos amigos puedan reconocerlo. Nunca ha luchado en un combate de verdad. Y aquella oportunidad, decide, no puede dejarla pasar.

No tiene la sensación de ser más pequeño, ni menos fuerte, ni menos valiente, ni menos adiestrado, que aquellos con los que combate codo con codo. Y, si las cosas van mal, solo tiene que desaparecer. Uno de los atacantes se le viene encima. Él para su estocada con destreza y replica con un giro que permite a su arma rozar brazo y pecho de su rival. Le oye gritar, pero se trata de un sonido lejano, diferente. Lo despacha con una patada y se vuelve hacia el siguiente atacante. Escucha la respiración de Juan Alfonso, colocado a su derecha. Por un instante es como si dominara el tiempo. Se aparta un poco para que el hijo del teniente de Calahorra pueda abrir su defensa y de un salto se precipita sobre su oponente. Este, sin tiempo para reaccionar, viendo que el acero se le viene encima, se queda a mitad de su movimiento, lo que le permite a Martín clavar la punta de su espada en su brazo.

No sabe decir cuánto tiempo lleva manejando su arma, pero una especie de éxtasis recorre su cuerpo. Por primera vez en su vida siente estar donde le corresponde. Entre hierbajos, sí, pero entre combatientes. «¡Más a tu izquierda! ¿No estás viendo el hueco que deja para que entres en el sentimiento de su espada? ¡La distancia, coge la distancia!». Martín se mueve con rapidez y enseguida coge el sitio. Escucha el ruido del acero al chocar contra el acero, los jadeos. Percibe el movimiento de brazos y piernas, de compañeros y enemigos. Se encuentra en su elemento. Pero sabe que la magia desaparecerá en cuanto el combate termine. Y ese momento llega. «No ha estado mal». «¿No ha estado mal? A mí me ha parecido perfecto», le recrimina a su tío. «Pero ahora debes irte». «Irme».

«Cierto –piensa–. Debo irme. Desaparecer de aquí». Echa a correr. Su capa se engancha en un arbusto justo por donde ha sido desgarrada y un pedazo de tela se queda adherida entre las tiernas ramas. Sin percatarse, Martín se pierde entre los hierbajos y los árboles, con la espada todavía en su mano izquierda, teñida ligeramente de rojo en la punta, con la sonrisa en la cara, con el corazón en la garganta y con su pecho henchido de satisfacción.

Juan Alfonso mira a Alvar con gesto interrogativo. Su hermano se encoge

de hombros. Salen tras el desconocido que les ha ayudado, pero enseguida pierden su rastro. Es como si se hubiera desvanecido en el aire. Se encuentran los dos solos en el lugar del combate. Sus oponentes también han desaparecido; mejor dicho, han huido. «¡Que se los lleve el diablo!», desea Juan Alfonso. Sin embargo, está intrigado por saber quién es el guerrero que les ha brindado su ayuda desinteresada.

—¿Lo conocías?

Niega Alvar.

—¿No has visto su enseña?

—La habría visto si la hubiera llevado.

—¿Cómo? ¿No portaba emblema, escudo, blasón?

Se ríe Alvar ante la insistencia de Juan Alfonso.

—Era muy diestro en el manejo de la espada, acaso mejor que vos —le señala a su hermano.

—Será mejor que yo cuando lo demuestre, mientras tanto, es solo un caballero que maneja bien la espada.

—Demasiado bueno para ser zurdo —comenta Alvar, sabiendo lo poco que le gustan a su hermano los que se manejan con esa mano—. Lo habríamos pasado muy mal de no aparecer. Y no os digo nada si se llega a poner al lado de ellos.

—Habríamos podido con todos.

—No fanfarroneéis.

Juan Alfonso escucha y habla, pero su mirada está puesta en el lugar por el que ha desaparecido el joven que ha luchado ocultando su rostro.

—¿Seguro que no le has visto la cara? —insiste.

—Dejadlo ya, Juan Alfonso—le dice su hermano—. Padre nos espera en el castillo.

El aludido envaina la espada y se dirige hacia su caballo. Le gusta tener todo controlado, y no saber la identidad de aquel misterioso guerrero le reconcome las entrañas. Está pensando en eso, cuando algo en unos arbustos reclama su atención. Se acerca. Se trata de un trozo de tela. Acerca su mano a ella y la coge. Su memoria le hace recordar. Al entrar en combate, su espada ha rasgado la capa del joven. «¿Quién sois, de dónde habéis salido y por qué nos habéis ayudado?», se pregunta mientras se iza a lomos de su caballo.

Durante el camino de regreso a Calahorra permanece callado, repasando los hombres que conoce que pueden encajar con la figura del desconocido.

Pero cuanto más piensa en ello, más claro le queda que no conoce a ningún zurdo con esa destreza en el manejo de las armas. Se guarda el trozo de tela dentro de su sobreveste, dándole varios golpecitos con su mano derecha. «Os encontraré».

Martín todavía grita de emoción cuando se acerca a Calahorra. Experimenta un calor diferente dentro de él. Su primer combate de verdad. Su primera experiencia fuera de las paredes del aburrido patio de armas, donde Capa Larga impone sus normas. Se regodea recordando a Juan Alfonso. Seguro que está escamado. Nunca acepta la ayuda de nadie. Es un joven ambicioso, bien colocado en el escalafón nobiliario, descendiente de los señores de Vizcaya y de Cameros, y le gusta recordarlo y que los demás lo recuerden. Le hubiera gustado ver su cara, pero eso habría expuesto la suya a su escrutinio y él quiere permanecer en el anonimato. «Tal vez hoy haya comenzado mi carrera de *banido* –se dice–. De *banido* de verdad».

Entra en Calahorra por el mismo sitio por el que ha salido, y de la misma forma: envuelto en su capa gruesa, escondido en su capucha, con sus manos ocultas en sus guantes negros. Pero se siente diferente al muchacho que dos días antes amarraron a la picota.

EL SEÑORÍO ALMORAVID

Desde lo alto de la cima, asomada al balcón que domina Daroca⁶ y la sierra de Moncalvillo, Theresa Almoravid aguarda la visita de su primo y de su hermano. Conoce la noticia. Ese tipo de nuevas planean sobre los afectados mucho antes de que las palabras lleguen a ser pronunciadas. Fortún le ha enviado un mensajero anunciando su visita para participarle de algo importante. Pero otro mensajero de su hermano Juan ha sido más explícito. García ha muerto. Parpadea varias veces seguidas, rápidas, como hace inconscientemente cuando está nerviosa. Es una viuda no demasiado joven, pero todavía en edad fértil, al mando de un hermoso señorío, propiedad de su familia desde que los cristianos conquistaron esas tierras a los moros. A ella le corresponde ahora preservarlo y enaltecerlo.

La comitiva no tarda en aparecer por el sendero que asciende hacia el castillo. Sus iris azules palidecen. Observa la procesión funeraria que llega a Daroca sin el cuerpo del difunto. Cruza sus brazos sobre el regazo. Una procesión similar le anunció no hace mucho la muerte de su esposo. Le recorre un escalofrío y los ojos se le humedecen. Se regaña por su sensiblería y aprieta fuertemente los labios. Se mete en el castillo, recorrida por un escalofrío del que quiere escapar. Ni siquiera el mantón circular con el que se ha protegido del frío la reconforta. Se asegura de que todo esté listo para el recibimiento y se sienta cerca de la chimenea, entreteniéndose en ver cómo las llamas juegan a morderse. Los invitados tardan en llegar. El sonido de la puerta, preludio de la aparición de los recién llegados, es a la vez calvario y paraíso. Se levanta al ver la figura delgada de su hermano. Juan Almoravid, abad de Alfaro, tiene el semblante serio. Su rostro parece más afilado que nunca. Su nariz, estrecha y larga, se destaca, dándole un aire intelectual. Sus ojos destilan paz y calma, lo que confiere a su expresión fuerza y aplomo. Al verlo, Theresa no puede reprimir un sollozo. Está compungida. Ojalá viniera

a decirle que se han confundido, que la muerte no ha tocado a García. Por la reacción de su hermano, que la atrae hacia sí y la rodea con sus brazos, sabe que ya no hay remedio. La sentencia se ha cumplido tal y como le habían anunciado.

Fortún también se abraza a ella. No es su presencia, sino su voz, la que le hace volver a emocionarse. Fortún y García no se parecían físicamente demasiado, pero el timbre de sus voces era idéntico. El esbozo de una sonrisa aparece en su boca. Los recuerdos se agolpan en su mente y, para su asombro, no son dolorosos. García había sido un hombre violento, obcecado, había arrastrado a otros a un final cruento, había burlado a su propia muerte, abandonando a sus seguidores... Ciertamente, como decía él, su existencia estaba maldita. Pero lo único que le importaba era que esa maldición se quedara en él y no recayera sobre los hombres de su familia.

Al apartarse su primo, se da cuenta de que una tercera persona les ha acompañado. Se le hace conocido, pero no sabe ponerle nombre.

—¿Os acordáis de Juan Alfonso de Haro? —le presenta don Fortún.

—Por supuesto —dice ella cayendo en la cuenta—. ¡Cómo iba a olvidar al señor de Cameros!

El de Haro se acerca a doña Theresa y la toma de las manos.

—Sed bienvenido al señorío Almoravid.

La proximidad entre ambos es tan estrecha que Theresa baja la mirada algo cohibida por la presencia imponente de aquel hombre. Él alarga el momento del saludo. Y ella es consciente de la gelidez de sus propias manos, que contrasta con el calor de las de él, manos fuertes y gruesas, acostumbradas a manejar el acero y llevar las riendas. La dama sonríe con nerviosismo, tratando de zafarse de aquel contacto. Pero el teniente no la suelta hasta que ella lo mira de nuevo a los ojos.

—Supongo que tendréis asuntos que tratar. Encargaré mientras tanto que os preparen un refrigerio. ¿Pasaréis la noche aquí? Para mí sería un honor —dice mirando a su hermano, evitando en todo momento enfrentarse otra vez con la mirada al señor de Cameros.

—La noche está cayendo. Agradecemos vuestra hospitalidad, hermana —dice don Juan Almoravid.

Theresa asiente, se disculpa y se marcha de la sala para dar a su servicio las órdenes correspondientes.

El tenente de Calahorra sigue con la mirada a Theresa hasta que desaparece por la puerta. No aparta la vista de sus nalgas, que se exhiben fuertes y firmes bajo la saya encordada. Le hace gracia su andar de pasos cortos y rápidos. Y se regodea en la observación de su silueta hasta que la puerta se cierra tras ella. Cuando los hombres se quedan solos, el chisporroteo del fuego se escucha con nitidez. Theresa ha dejado preparada una bandeja con copas y vino, y el abad hace los honores. En su niñez había pasado muchos meses en el señorío Almoravid, contemplando y escalando las cumbres de la sierra de Moncalvillo, desde donde se disfruta de unas impresionantes vistas de casi todo el valle del río Ebro. Sirve la primera de las copas y se la ofrece al señor de Cameros. No le pasa inadvertido el temblor de la mano de Fortún cuando le acerca la suya.

—¿Qué os preocupa, Fortuño? —le pregunta como buen lector de almas que es.

El aludido mira a los dos hombres. Desde que supo de la suerte de su hermanastro, anda como perdido. No entiende cómo le afecta tanto aquel suceso. Después de todo...

—No es nada —le asegura Fortún llevándose la copa a la boca. Sin embargo no prueba el vino, se limita a mojarse los labios. Un ademán para evitar hablar de lo que ronda por su cabeza.

Don Juan Almoravid se sienta. Él sí da un trago largo a su bebida antes de hablar.

—García vino a verme poco antes de marcharse.

Fortún se reacomoda en su asiento. El comentario lo ha contrariado. Le da rabia que García hubiera obrado a sus espaldas.

—Se confesó y comulgó y pidió mis bendiciones. Tuvimos una larga charla.

—Deberíais haberme participado de sus intenciones.

—¿Acaso creéis que me declaró abiertamente que iba a partir hacia Navarra?

Un momento de tensión se precipita en la sala. El tenente toma la palabra, suavizando la situación.

—¿Estáis diciendo que no os dijo nada al respecto? —pregunta el de Haro.

—Confesó sus pecados pasados, no sus futuros.

—Pero deberíais haber sospechado algo.

—¿Sospechasteis vos?

Lo cierto es que no. Don Juan Almoravid deja pasar unos instantes de silencio antes de continuar.

–Lo único que os puedo decir es que hizo las paces consigo mismo y con Dios. Su última voluntad fue donar todas sus casas a las Damas de Santa Clara.

–Muy típico de mi hermano, donar algo que no tenía.

–Creo que en eso os equivocáis.

–Supongo que ya no tiene demasiada importancia –declara un escéptico Fortún, a la par que eleva ligeramente su ceja izquierda y balancea la copa, haciendo girar el líquido de su interior.

–Importa a los ojos de Dios.

Fortún se encoge de hombros. No se encuentra en disposición de discutir, ni de argumentar.

–¿Seguís interesado en la política navarra?

–A veces, Gonzalo Garcés de Morentin, Pedro Sánchez de Corella o Martín Sánchez de Piedrola traen noticias –dice cauto. Hay que tener cuidado con el señor de Cameros cuando sus ojos brillan como lo hacen en estos momentos. En sus venas hay más ambición que sangre, o sangre infectada de ambición. En cualquier caso, Fortún se pone alerta.

–Entonces sabréis que el matrimonio entre la reina Juana de Navarra y el delfín Philippe *el Hermoso* de Francia se ha consumado ya.

–Algo he oído.

En esos momentos entra Theresa seguida de un par de sirvientas que portan bandejas llenas de comida.

–Comentábamos la boda de la reina Juana de Navarra. Seguro que vos habéis oído algo.

–No creáis. No suelo recibir muchas visitas en el castillo. ¿Cuándo ha sido?

Theresa se sienta al lado de su hermano. Juan Alfonso queda en diagonal. Cuando le contesta, tiene la sensación de que habla solo para ella. Parece como si aquellos ojos dorados y verdes la arrastraran hacia sí.

–Mediado el mes de agosto. Fue en la catedral de Notre Dame de París. Imaginaos el festín que se organizó.

Juan Alfonso parece estar bastante bien enterado del acontecimiento. Mientras un sirviente enciende velas en el salón, el teniente de Calahorra desgrana aquello que conoce. Con la luz extra, los objetos de la estancia se

muestran más lustrosos y el calor de las llamas ilumina el cutis de Theresa. La dama sonríe ante los comentarios del tenente. Durante la cena, la conversación deriva en otros asuntos. Poco participa de ella Fortún, quien se parapeta en su silencio y se mantiene en él mientras mastica con cierta indiferencia. Parece sumergido en sus propias elucubraciones. Don Fortún se retira temprano a su habitación. Poco después, Theresa se excusa diciendo que debe encargarse de unos asuntos y deja a su hermano y al señor de Cameros conversando al lado de la chimenea.

Nota el cambio de temperatura al salir de la estancia. La tela de su camisa larga se enfría enseguida, igual que la de su saya. Se cruza de brazos y camina seguida de una sirvienta que porta una vela. Cada noche, antes de acostarse, se asegura de que todas las puertas estén cerradas, de que los animales hayan sido atendidos correctamente, de que haya alimentos suficientes en la despensa, de que los depósitos de agua estén preparados... Y, si hay invitados, de que no les falte de nada. Prepara palanganas y toallas con su sirvienta cuando escucha un carraspeo a sus espaldas.

—¡Por María Santísima, don Juan Alfonso! No os he oído venir.

Ensanchando mucho su sonrisa, el tenente se excusa por asustarla. Más repuesta, ella le pregunta si necesita algo.

—Os creía en la cama.

—Es mi ronda nocturna. Debo asegurarme de que todo está en orden.

—Una buena ama.

—Solo alguien que procura que todo esté bien.

Juan Alfonso toma la vela que porta la sirvienta y le asegura que él mismo se encargará de escoltar a la señora a sus habitaciones. La muchacha mira a su ama antes de cabecear ligeramente al ver el consentimiento de Theresa. Saluda, da las buenas noches y se marcha.

—¿Permitís que sea yo vuestro acompañante?

—Os tomáis muchas molestias, señor. No quisiera yo que, siendo mi huésped, vinieseis aquí a trabajar. Después de todo, ya habéis visto que puedo muy bien apañármelas sola.

—Sin embargo, no deberíais despreciar mi solícita compañía. Es noche cerrada y nunca se sabe dónde puede acechar el peligro.

—Como bien habéis podido observar, nunca voy sola.

—¿Una sirvienta? —pregunta entre carcajadas—. No veo cómo puede ella seros útil en caso de un ataque.

Theresa tuerce la boca en un inicio de sonrisa. Nota la respiración del señor de Cameros prácticamente sobre su oreja derecha. Un cosquilleo que le recuerda tiempos pasados.

–Algo que sí sabríais hacer vos, imagino.

Sin decir nada, el tenente le ofrece su brazo y le hace una seña para continuar el camino. Se asoman a la muralla. Un viento suave, pero gélido, les golpea en la cara. Theresa se encoge un poco, algo que aprovecha su acompañante para atraerla hacia sí. Ella se aparta. Es un impulso guiado por cierto temor. Ha sentido su calor muy cerca de ella, una corriente que le ha hecho recelar.

–¿Os incomoda mi presencia?

Amparada por la oscuridad, Theresa esconde su nerviosismo. La actitud de Juan Alfonso la desconcierta. Y su presencia carga de inseguridad su estado de ánimo.

–Si queréis, yo puedo hacer la ronda por vos.

–Es solo... No... Yo... –su cabeza parece incapaz de concentrarse en lo que dice.

El tenente acerca la vela al rostro de la dama.

–Este frío es inusual para esta época del año –comenta él–. Si queréis concluir la inspección, será mejor que os abriguéis.

Va a protestar cuando se encuentra con la capa del tenente sobre sus hombros.

–Sois muy amable –dice.

Caminan por lo más alto de las murallas. El horizonte se extiende en una impenetrable negrura, magnificando la sensación de infinito. Todo está en calma.

–¿Qué guardáis aquí tan celosamente? –pregunta él cuando se paran delante de una puerta enrejada.

Tal vez por el calor con el que se ve envuelta, o quizá porque se está acostumbrando a su presencia, lo cierto es que se siente más segura.

–¿No lo sabéis? Una abominación, Pandora a su lado es un ser de extrema bondad –bromea mientras saca una llave y la introduce en la cerradura.

El señor de Cameros da un salto y empieza a gritar: «¡Me ha mordido! ¡Me ha mordido!». Ella se gira y, sin querer, le da un codazo, a consecuencia del cual, la vela se escurre de las manos del tenente, titila durante unos instantes en el suelo y se apaga. El sonido metálico de la llave al golpear el

suelo es lo primero que se escucha enlazado a la oscuridad. Theresa se queda paralizada, su respiración es lo único que se oye, y solo porque es incapaz de controlarla. Sus pies se han clavado al suelo y siente tanto pánico que no puede moverse.

–Theresa –le susurra él.

La dama nota que algo le roza el brazo y cree que va a desmayarse. Su mente comienza a imaginar cientos de circunstancias horribles y ni siquiera es capaz de darse cuenta de que el tenente está a su lado.

–Theresa.

Al no recibir contestación, el señor de Cameros se mueve y la abraza mientras le pregunta si se encuentra bien. Ella nota su abrazo y toma aire como si se estuviera ahogando.

–¿Qué... qué ha pasado?

–Solo trataba de seguirsos la broma. Porque era una broma, ¿no?

–Sois... sois horrible –dice ella dándole manotazos en el pecho y separándose de él.

El tenente suelta una carcajada. Ella también se ríe. Están en medio de la oscuridad, en lo más alto de la muralla, frente a una puerta que no pueden abrir.

–Theresa, ¿estáis bien?

–Estoy, estoy... realmente enfadada con vos. ¿Cómo se os ocurre...? Tendremos que buscar la llave.

–¿Y dejar escapar esa abominación que me ha mordido la pierna?

–Sois odioso, ¿lo sabéis?

El tenente la coge de la mano.

–Mi imagen nada tiene que ver con lo que realmente soy.

Theresa se vuelve hacia él. Es imposible ver su expresión y ella odia no poder leer sus intenciones. Se mantiene en silencio. Escucha el sonido de los ropajes, lo que le indica que el tenente se mueve. De pronto se encuentra dentro de su abrazo, a la par que una voz grave y baja le dice cuánto lo siente.

–¿Es importante descender por aquí?

–Es la manera más rápida de llegar al ala norte. Suelo dejar esa puerta abierta hasta tarde para que... –duda. Sus labios tiemblan levemente—. Para que puedan introducirse las últimas mercancías.

–Buscaré la llave.

Se agacha y palpa por el suelo. La llave no está demasiado lejos y la

encuentra sin dificultad.

–¿Podréis descender a oscuras?

–Cincuenta escalones en redondo. Un descanso y otros cuarenta y siete.

–Lo tenéis todo controlado.

Ella sonrío. Se cogen de la mano y, pegados a la pared, inician el descenso.

Fortún apoya sus gruesas manos en el alféizar de la chimenea. El fuego se extingue y él no aparta la vista de aquellas cenizas que todavía pugnan por mantenerse envueltas en las llamas. Parpadea varias veces, como si le pesara la vida misma. La estancia está caldeada, pero él siente un frío amargo muy adentro. Está serio. Desvía la mirada hacia los troncos y duda entre satisfacer el deseo del fuego y alimentarlo o dejar morir al más terrible de los elementos. Se gira despacio y se sienta con desgana delante de su escritorio. Coge un pergamino que ha rascado ya varias veces y que ha contenido registros de comptos y lo mira como si estuviera respondiendo a su reto. Toma la pluma, la unta en la tinta y fuerza los labios.

Recuerdo bien aquella jornada, García. Lunes, 27 de agosto de 1274. Terminadas las exequias por el rey Enrique, doña Blanca convocó a las Cortes en la catedral. Había mucha tensión en el reino, pero no sabíamos todo lo que se nos venía encima. El todavía reciente fallecimiento del infante Teobaldico y la propia muerte de nuestro rey pusieron toda la atención en los tiernos hombros de la infanta Juana. Fuimos unos cretinos. Todavía teníamos poder para nombrar gobernadores, para prestar juramento de fidelidad a nuestros reyes, para decidir con quién desposar a nuestra heredera. El destino es cruel, García, y caprichoso. Habría dado igual que Juana se hubiera desposado con el heredero de Aragón, como pretendía don Pedro Sánchez de Monteagudo; con el de Castilla, como pretendíais vos; o con el de Francia, como acordó en secreto la reina Blanca con su primo el rey Felipe III el Atrevido y como ha resultado ser. Nosotros siempre habríamos perdido. Philippe el Hermoso, le llaman. Philippe le Bel. Ese es ahora nuestro rey.

Al comenzar aquel día, creímos que teníamos todo controlado. Al atardecer, don Pedro Sánchez de Monteagudo era el gobernador de Navarra y las Cortes habían decidido estudiar la propuesta aragonesa de desposar a Juana con Alfonso

de Aragón o con el legítimo heredero de su corona. No os recuerdo preocupado. Tal vez pensasteis que aún teníais las riendas de la situación. Pensándolo bien, no era del todo malo que el desgaste se lo llevara el señor de Cascante y no vos. Y cuando la opción de Aragón se quedara estancada, ahí estaríais vos para aportar la solución perfecta. Pero, ¿alguien se preocupó de vigilar los movimientos de doña Blanca? ¿Y las ambiciones de Felipe III de Francia?

Ni siquiera relee lo escrito. Arruga el texto con todas sus fuerzas y lo arroja a la chimenea. Las llamas parecen resucitar y se envuelven en una danza lúgubre. Muy despacio, pone otro tronco encima del pergamino y lo aprieta. Espera pacientemente a que el fuego se reavive y se queda apoyado en el alféizar de la chimenea, viendo cómo se extingue su propio pasado.

⁶ Daroca de Rioja.

EL ROTO DE UNA CAPA

Teresa mira hacia la puerta y se percata de que hace mucho tiempo que no ve a su hijo, de que en los últimos días apenas ha cruzado una palabra con él y de que lleva todo el día fuera. Va en busca de Johana y le pregunta si sabe algo de su hermano. Entre evasivas, ella comenta algo del castillo. La respuesta de su hija no le satisface completamente. Martín nunca se queda allí hasta tan tarde. Una llama de preocupación se prende en su pecho. Martín no es como sus otros hijos. Fortún siempre le ha recriminado la sobreprotección que ejerce sobre él. Constantemente le recuerda que esa no es la forma adecuada de criar a un Almoravid. Pero Martín es un Almoravid diferente. Es un Almoravid que no puede defenderse con una espada. Se parece a sus hermanos en muchas cosas, pero, indudablemente, nunca va a poder ser como ellos. Ella lo ha mantenido alejado del peligro, apartado de las miradas crueles. Se ha opuesto a la decisión de García –porque ella creía firmemente que había sido su cuñado y no su marido quien lo había dispuesto– de que se entrenara en el castillo. Está segura de que ha sido un error, pero no se atreve a decírselo a Fortún. Cada vez que ha intentado hablar con él sobre el futuro de su hijo, este solo le ha dado evasivas y ha desviado la conversación hacia otros derroteros. Ahora que García ha muerto, a su esposo no le quedará más remedio que escucharla. Le han hablado de cierta joven, quinta hija de un noble castellano. No reportará mucha dote, pero dadas las circunstancias... Se lo planteará a Fortún y, como que se llama Teresa Artal de Alagón, esta vez no permitirá evasivas.

Se acerca a la puerta. Pensando en su hijo, sus pasos le han llevado hasta allí. La calle, rendida ya a la oscuridad del anochecer, está vacía. Tuerce la boca. Solo cuenta con una sirvienta y un mozo que se encarga de los trabajos pesados. Se pregunta si sería buena idea prescindir durante un rato de este

último y enviarlo al castillo, solo por asegurarse de que su hijo está bien. Cuando está a punto de dar la orden, Martín atraviesa el umbral.

–Me tenías preocupada. ¿Dónde has estado?

–Como siempre, madre –elude dar más detalles y, con aparente normalidad, se quita la capucha.

–¿Qué le ha pasado a tu capa?

–Nada. ¿Qué le va a pasar?

–Está rota. ¡Le falta un trozo! Parece...

Martín mira la capa. Tal y como dice su madre, está rota en la parte de abajo. Hace memoria. Es cierto, recuerda. La espada de Juan Alfonso se había trabado en ella. Debería habérsela quitado para combatir.

–No pasa nada, madre. Me servirá igual.

–¿No te habrás metido en una pelea? –le pregunta ella, observando sus cabellos, sus manos y pies, con los ojos entornados, como si intuyera que pasa algo raro.

–Me habré enganchado. No tiene importancia, de verdad.

–Lávate un poco y baja a cenar.

Martín pasa como una exhalación por delante de su progenitora, coge lo primero que encuentra en la cocina y sube a su cuarto advirtiéndole que está muy cansado y que no bajará a cenar. Teresa protesta y, tras pronunciar su frase más repetida, Martín no tiene más remedio que claudicar. El joven descubre que no le importa demasiado cenar con su madre y su hermana. Está de un excelente humor y es hasta divertido capear las miradas de las dos mujeres que se preguntan hasta qué punto deben empezar a preocuparse por él.

Esta noche, Martín lleva la aventura prendida en su pecho. Las correrías forman parte de su piel y se siente inmensamente feliz, como si hubiera podido burlar al destino. Más aún, como si fuera el tejedor del mismo destino.

Las primeras luces del amanecer lo arrastran lejos del lugar de los sueños. Se pone los calzones y las calzas, se embute en sus botas y coge la camisa, echándosela sobre los hombros. Coge sus guantes negros y se los sujeta en la parte de atrás entre las calzas y la espalda. El vaho de su respiración resalta la temperatura baja del ambiente. Sale de su pequeño cuarto y se lava en el patio

interior, metiendo la cabeza dentro del barril donde se recoge el agua de la lluvia. Se seca con rapidez y se pone la camisa y los guantes. Inmediatamente, como si la vida se le fuera en ello, coge un poco de pan de la cocina y se lo mete en la boca. Se termina de vestir mientras mastica con fruición, se atusa el pelo con la mano izquierda y se despide desde la puerta.

Camina por las calles vacías del barrio de Santa María con paso decidido. Sale a la calle Real con intención de dirigirse al portillo de las Eras de Abajo y abandonar por allí la ciudad, pero el paso de los primeros vendedores le recuerda que es día de mercado. Se dirige entonces a la puerta de la catedral. Los mercaderes más madrugadores están llenando ya sus puestos con la mercancía perecedera que tratarán de vender aquel día. Se sienta en frente, cubierta su cabeza por la capucha puntiaguda, y deja transcurrir el tiempo, mirando cómo se despereza la ciudad. Al cabo de un rato, la plaza se llena de gentes y Martín decide deambular un rato antes de marcharse.

No es el único que aquel día ha decidido dar una vuelta por el mercado. No se percata de la presencia de Juan Alfonso y de Alvar hasta que choca con el hombro del primero. Al darse cuenta, murmura un perdón apenas percibido y se da media vuelta. Es vital marcharse antes de que su presencia se revele. No está muy seguro de que el amparo de la multitud sea suficiente para eludir una paliza, o una acusación de robo. Así que, por lo que pueda pasar, Martín se aleja de ellos lo más rápido que puede.

El golpe hace girarse a Juan Alfonso. Llama su atención el vuelo de una capa a la que le falta un trozo en la parte de abajo, como si alguien le hubiera dado un tajo y hubiera estirado de la tela. «Como si alguien le hubiera dado un tajo», se dice a sí mismo. Inmediatamente, se lleva la mano al pecho y de debajo de su túnica saca un trozo de tela rasgada y sucia. Frunce el ceño. Sus ojos emiten un destello de luz verde y su cabeza asiente levemente.

—¡Vamos! —le dice a su hermano.

Alvar protesta, y afirma rotundamente que se queda.

—¿Acaso vas a comprar verduras? —pregunta el mayor con ironía.

Se ríe, dando a entender que no busca verduras, sino verduleras. Pero Juan Alfonso, que no quiere perder el rastro del hombre de la capa, tira de él y le obliga a seguirlo.

No le es muy difícil a Martín darse cuenta de que lo siguen. Cuando sale por el portillo de las Eras de Abajo, escucha que le chistan. Lamenta no haberse dirigido hacia su casa, pero ya es tarde. Empieza a correr. Tiene

ventaja y es rápido. Gracias a sus largas piernas, su figura delgada y su arrojo, aumenta rápidamente la distancia. Pero Juan Alfonso tiene los suficientes reflejos como para retroceder, tomar prestado un caballo y salir a galope tras el joven de la capa.

Martín siente el hálito del caballo sobre su espalda. Intenta hacer un quiebro, pero no es lo suficientemente rápido. Juan Alfonso se abalanza sobre él. Por el empujón, se precipita al suelo y rueda por él. Juan Alfonso cae también y, al girar, se aleja un poco de su posición. Martín se levanta raudo y echa a correr. Juan Alfonso se levanta también, saca su espada y sale en persecución del joven de la capa. Mientras corren uno detrás del otro, con ventaja creciente de Martín, Alvar llega hasta el caballo, se monta y sale tras la estela de Juan Alfonso, hasta colocarse delante de Martín. Este no tiene más remedio que pararse. «¡Maldita sea!», se dice al verse atrapado entre los dos jóvenes. No quiere que sepan su identidad. Esa nueva vida que ha adoptado es suya y de nadie más. A nadie debe rendir cuentas sobre lo que hace en sus momentos de gloria. Pero tampoco está dispuesto a terminar atado de nuevo en la picota. «¿Qué hago, tío?». «Sé un Almoravid». Muy lentamente, desliza la espada fuera de su funda, con su mano izquierda.

—¡Idos! —les conmina adoptando una voz grave y una postura defensiva.

Juan Alfonso y Alvar también toman posiciones. Este último tiene además la ventaja de seguir montado en el caballo.

—Solo quiero saber quién sois.

«¿Saber quién soy?», se pregunta Martín algo desorientado. «¿No sabe quién soy? Entonces, ¿por qué me persigue?». «Tiene que ver con el incidente de ayer, ¿es que no te has dado cuenta, Mano y Media?».

Martín trata de pensar a toda velocidad. Jamás reconocería ante Juan Alfonso que él había estado implicado en la lid del día anterior. Estaba completamente seguro de que ese descubrimiento haría muy infeliz al hijo del señor de Cameros y no quería ni pensar en cómo reaccionaría.

—Solo soy un viajero.

—Me gustaría saber quién sois y preguntaros por qué nos ayudasteis ayer.

—No sé de qué me estáis hablando. Solo soy un viajero y estoy seguro de no haberos ayudado ayer, puesto que no estaba aquí.

—¿Qué escondéis?

—Nada, por supuesto.

—Entonces, descubríos. Quiero saber si estoy equivocado.

–Creed mi palabra, señor.

Juan Alfonso se acerca a él. Martín se gira para evitar dar la espalda al caballo, pero Alvar se percata de su movimiento y le cierra la retaguardia.

–No quiero enfrentarme a vos.

–Pues no os quedará más remedio, si no me decís vuestro nombre.

Martín intuye el movimiento del brazo derecho de Juan Alfonso antes de que este se inicie de facto y cruza su espada a media altura para frenar el golpe. Conoce esa maniobra. El heredero de Cameros suele iniciar así sus ataques en los entrenamientos. Juan Alfonso entrecierra los ojos. Martín se queda quieto. «Sé un Almoravid». No se mueve hasta el último instante, cuando la espada de Juan Alfonso ya ha iniciado su descenso. Martín desplaza su mano izquierda solo lo suficiente para dejar que el hierro de su contrincante resbale por el suyo, luego finta y golpea su mano con la parte plana de su espada, eligiendo esa forma a propósito para no herirle. Juan Alfonso retrocede un paso. Nunca nadie ha logrado llegar hasta su mano en un combate.

–¿Quién sois? –su curiosidad va en aumento y también su enfado. Como buen caballero, sabe que su contrincante podía haberle abierto la muñeca y no ha querido hacerlo.

Martín no tiene tiempo de contestar, solo de responder a los lances feroces de Juan Alfonso, a la guerra sin cuartel que ha iniciado su enemigo. Hasta que, en uno de ellos, la capucha resbala de su cabeza y su rostro y su identidad quedan al descubierto.

–¡*Banido!*

El grito retumba en cada una de las piedras y los árboles de alrededor. Es bonito ver la cara de estupefacción de Juan Alfonso durante unos instantes. Aquella sería una de las pocas veces que alguien había sido capaz de sorprenderle en su vida.

–¿A quién has robado esa capa?

–No se la he robado a nadie. Es mía.

«Sé elegante en la victoria. Después de todo, Juan Alfonso es el heredero de Cameros». «Sé qué puedo destrozarle, tío. No me estropeéis este triunfo». «¿Quieres ganarte un amigo o un enemigo, Mano y Media?». Martín emite un sonido gutural, un reproche a esa voz de su tío muerto que se cuele en sus pensamientos y en su vida.

–Eres un ladrón, *banido* –aunque quiere, su voz no suena como una

amenaza sincera.

Martín tiene las piernas separadas y los brazos ligeramente abiertos. Observa atentamente los movimientos de Juan Alfonso y, con el rabillo del ojo, los vaivenes del caballo sobre el que monta Alvar. Está alerta, como también lo está su rival. La tensión se muestra en el rostro afeitado de Juan Alfonso, en sus ojos marcados en tonos dorados y verdes. Se miran, con odio; pero en esa misma mirada hay otra cosa: el inicio o el final de algo.

—¿Por qué? —le espeta el heredero de Cameros.

En el rostro de Martín se marca el inicio de una sonrisa que está pronto a ocultar.

—No sé de qué me habláis.

—Tal vez esto te lo aclare —le dice sacando de su pecho el trozo de tela que le falta a su capa. Hace una bola y se la lanza. Martín la caza al vuelo.

—Eres un maldito embustero. Un maldito mentiroso, *banido*. Tú y yo, a primera sangre.

—No creo que queráis perder el tiempo con un *banido*. Todos aquí sabemos que sois el mejor.

—Vamos, *banido*. Lucha ahora o cada día tendrás que mirar sobre tus espaldas y vigilar cada una de las esquinas.

«No me deja elección, tío. Juan Alfonso jamás habla en balde».

—Nunca jugáis limpio —le replica haciendo un movimiento de cabeza dirigido a Alvar.

El heredero de Cameros dirige su vista hacia su compañero.

—Mi hermano no intervendrá —dice con una amplia sonrisa.

«Miente, García, lo sabéis igual que yo». «Entonces, lucha como un Almoravid. Hazle morder el polvo, Mano y Media».

—¿Qué me dices, *banido*? ¿Primera sangre?

—Primera sangre.

Martín espera a que su contrincante tome la iniciativa. Incrusta su mirada oscura, como la más ciega de las noches, en el rostro de Juan Alfonso y pone atención a cada uno de sus movimientos. «Paciencia. No te precipites. Conoces sus tretas. Él las tuyas, no, por ahora, pero aprende rápido». «Una guardia baja». «Es más alto que tú. No vayas a la mano, estará prevenido». «Una guardia larga, entonces, y a su garganta». «Espéralo, Mano y Media».

Martín mueve los pies para recolocarse respecto de la posición de su oponente. Juan Alfonso es un guerrero frío. Le gusta mostrarse impávido. En

esos momentos ambos luchan con el rostro al descubierto y su frialdad se acentúa. Martín no le va a la zaga. Es más joven, apenas un púber larguirucho y solitario, pero por sus venas corre la sangre más noble del reino de Navarra y de Aragón. Se prepara. Abre los dedos de su mano izquierda y los recoloca sobre la empuñadura de su espada. Se ayuda con la mano derecha. Intuye el movimiento de Juan Alfonso y adelanta su pierna derecha a la vez que mueve su espada hacia delante. «*Su eta gar*». Prepara el golpe, dirigiendo la punta de su espada hacia el cuello de Juan Alfonso. Está tan concentrado que descuida a Alvar, quien le propina con su pie un golpe en el hombro que lo desequilibra, y la punta de su espada pierde el blanco que había preparado. Da un traspié, pero en el último instante logra redirigir el arma. Con todas sus fuerzas, acierta en la parte alta del brazo de Juan Alfonso, pero él también recibe un pequeño corte en la barbilla.

—¡Fullero! —le grita Martín, que en un momento se ve atenazado por el fuerte abrazo de Alvar sobre su pecho.

En la sonrisa de Juan Alfonso se combinan la satisfacción y la furia.

—¿Pensabas rebanarme el cuello?

Martín no aparta su vista de él, mientras recobra el resuello. El heredero de Cameros niega repetidamente con la cabeza.

—¡Suelta la espada! —le increpa.

—Jamás.

—Vaya, *banido*. Has resultado ser mucho peor de lo que pensaba.

Juan Alfonso se ríe en alto y hace un gesto a Alvar. Martín se ve libre de súbito y vuelve a su posición de guardia.

—No pienso luchar más contigo por hoy. Puedes irte —le dice Juan Alfonso, mientras envaina su espada.

Martín le mira a los ojos y comienza a andar hacia atrás, sin darles la espalda, con su arma en la mano izquierda.

—Tendrás noticias mías, *banido*.

Martín echa a correr, perdiéndose entre los árboles más cercanos. Se siente agitado por sentimientos intensos que van desde la euforia hasta la contención, pasando por el miedo y la locura. «No ha estado mal». «Si vos lo decís», piensa mientras se pasa el puño por la herida de la barbilla que sangra levemente.

En la terraza de la casa que los Almoravid tienen arrendada a Pedro de Aibar, se escuchan risas. Johana y Martín han hecho las paces. Sentados en el suelo, los dos hermanos cuchichean acerca de las aventuras de Martín de los últimos días.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No tengo ni idea.

—Has sido un temerario. Imagínate qué hubiera ocurrido si llegas a rozarle el cuello.

—Lo tenía todo controlado —dice él muy convencido, sin poder evitar una suave carcajada.

Se quedan en silencio y ambos miran al cielo. Anochece y el oeste se ha teñido de una franja amarilla-blanquecina que barrunta lluvia. Martín recuesta su cabeza sobre la pared. Están sentados en el suelo, uno al lado del otro.

—Recuerdo cuando García subía aquí con nosotros y nos contaba todas esas historias sobre nuestra familia —comenta Johana.

—Nunca habló directamente de la guerra de la Navarrería.

Johana aprieta con fuerza la falda de su vestido. Por alguna razón desconocida, ese tema le produce vértigo.

—Me pregunto por qué —sigue él.

—Tal vez... quisiera olvidar.

—¿Crees que fue verdad? ¿Crees que García abandonó a su pueblo a su suerte? —es la primera vez que manifiesta una duda así. Siempre se ha mantenido fiel a su tío y a su memoria. Aunque lo ha oído comentar muchas veces en las reuniones de los hombres, nunca ha querido admitir la veracidad de esas palabras.

Johana evita pronunciarse. Se limita a encogerse de hombros. Martín se incorpora un poco hacia delante.

—Sube alguien.

Cuando Juan Alfonso asoma la cabeza, Martín se pone inmediatamente de pie, algo adelantado a su hermana, protegiéndola.

—Vengo desarmado. Vuestra madre no permite espadas en esta casa. Eso nos ha dicho —dice mostrando sus manos desnudas.

Tras él surge la silueta de Alvar.

Martín ayuda a Johana a ponerse de pie y se mantiene cerca de ella. Esta, por la tensión que muestra su hermano, intuye quiénes son los dos jóvenes que han aparecido en la terraza.

–¿Qué tenemos aquí? ¡Un gusano escondido en su agujero!

–¿Habéis venido a pisotearme?

–Te dije que tendrías noticias mías.

–¿Tener noticias, ahora incluye visitas personales? No esperaba que os rebajaseis a visitar a un *banido*.

–¿Lo has visto, Alvar? Hace un par de días estaba atado en la picota y ahora se atreve a desafiarnos.

Juan Alfonso se adelanta unos pasos. Johana recula a la par, pero no puede dejar de mirarlo.

–¿No nos presentas? –le reprende, mirando descaradamente a la joven.

–Esta es mi hermana, Johana.

El heredero de Cameros da dos pasos y se planta enfrente de ella. Da un rápido repaso a toda su persona. Baja ella la cabeza y esconde sus ojos. Puede sentir el fuego que él desprende y se siente atraída como si hubiera perdido su voluntad.

–Creo que no soy de su agrado –dice él, mirando de reojo a Martín–. Tu hermano puede dar fe de que soy un buen caballero.

Johana deja que Juan Alfonso la tome de las manos.

–Es un placer conocerte.

–Vuestra boca dice palabras que vuestro corazón no siente.

–Eres digna hermana de tu hermano. Pero Martín debería recordarte que no es muy grato tenerme como enemigo. Y, sin embargo, soy un amante apasionado.

Johana tiembla como una hoja a punto de desprenderse del árbol, lo que motiva la risa del caballero.

–Vais a asustar a esta bella dama –se escucha decir a una tercera persona que aparece en la terraza. Es un caballero de unos treinta años, de ojos claros y paso decidido–. Soy Ximeno Martínez de Aibar –dice, dirigiéndose hacia Johana. En un rápido gesto, separa las manos de la muchacha de las de Juan Alfonso y las toma entre las suyas–. Te acompañaré abajo. Juan Alfonso y Martín tienen asuntos de los que hablar. Vamos, Alvar.

Johana se deja llevar, aunque no es su deseo. Ella anhela el contacto con aquellas manos que acaba de tocar y de las que Ximeno la ha apartado.

Juan Alfonso y Martín se quedan frente a frente. El suyo es un escrutinio duro y largo. Por fin, el heredero de Cameros pasa su mano por la barbilla y sonrío. Se mueve muy despacio hasta el final de la terraza y coloca sus manos

sobre la tapia que le llega un poco más abajo de la cintura. Contempla las casas del barrio de Santa María. Hacia el norte se dibujan los barrios de San Andrés y de San Cristóbal. Por el oeste asoma la catedral de Calahorra. Una ráfaga de aire levanta un poco sus cabellos cortos.

–Dime cómo ha pasado.

Martín se mantiene quieto en su sitio. Espera hasta que su interlocutor se gira y lo encara.

–¿Dónde has aprendido a combatir así?

–¿Por qué me preguntáis algo que ya sabéis? Me veis entrenar a diario en el patio de armas del castillo de vuestro padre. Estoy a las órdenes de Capa Larga, el mejor maestro de armas de Castilla.

–No estoy aquí para que me cuentes chanzas, Martín. En el patio de armas solo he visto a un muchacho torpe del que todo el mundo se ríe. Y puede que Capa Larga fuera el mejor maestro de armas de Castilla... durante el reinado de Fernando III, o incluso de Alfonso IX, pero ahora no lo es.

–Como bien habéis comprobado, no soy muy diestro con la mano derecha y Capa Larga no permite que en su patio se utilice otro brazo.

–Todo eso ya lo sé –dice perdiendo la paciencia–. Lo que quiero que me digas es quién te ha enseñado a luchar con la izquierda, quién se tomó la molestia de entrenarte a pesar de...

–¿De tener solo mano y media? Mi tío García lo hizo. Él fue quien tuvo la paciencia suficiente para enseñarme a esgrimir una espada. Él nunca se fijaba en lo que no tenía, sino en lo que podía llegar a hacer. Me ayudó a superar esto –Martín ha alzado la voz. Juan Alfonso lo mira divertido.

–Recoge tus cosas. Te vienes al castillo conmigo.

–¿Qué?

–Ya me has oído. Y no te lo voy a repetir dos veces. Te entrenarás con nosotros y te aseguro que vas a suplicar que te devuelva a la disciplina de Capa Larga.

–Mi padre...

–El mío está abajo hablando con él.

Le tiemblan las manos, la barbilla, le tiembla todo el cuerpo. Cuando su hijo entra en el cuarto, Teresa tiene prácticamente todo preparado. Los acontecimientos se han precipitado en la última hora sin que ella haya podido

opinar. Se planta delante de su hijo y se abraza a él. De repente, es como encontrarse delante de otra persona. Le parece más alto, más fuerte, más hombre. Ella siempre le ha mirado a las manos, para ser más precisa, a la mano derecha. Le parecía todavía un niño al que hay que cuidar y proteger. Y de repente, el señor de Cameros, el hijo de este y Ximeno Martínez de Aibar han irrumpido en su casa y todo ha cambiado. Ya no tiene delante a un ser indefenso, sino a un Almoravid que se marcha, igual que lo hicieron antes sus hermanos García y Lope. Y se va para ser un *milites*. Y ella ya no estará allí para protegerlo, para evitarle burlas, chanzas. Se separa del cuerpo de su hijo y lo mira a los ojos, tratando de sonreír a través de las lágrimas que se acumulan en sus párpados. No se sintió así cuando se fue Lope. Ni tampoco cuando se marchó García. Pero ahora tiene un nudo muy dentro y sabe que va a tardar mucho tiempo en soltarse. Martín, sin embargo, no parece asustado. Algo sorprendido, tal vez, pero, por encima de ese pequeño desconcierto, muestra un gesto de absoluto control.

–Se me va a hacer extraño no tenerte en casa.

–Solo voy a estar a unos pocos pasos de vos, madre.

Teresa lo sabe, igual que sabe que esos pocos pasos, en breve tiempo, se convertirán en cientos, miles de pasos.

A la aragonesa, que siempre habla hasta por los codos, no le salen las palabras. Vuelve a abrazar a su hijo. Martín se remueve inquieto. Ella sabe lo poco que le gustan ese tipo de demostraciones, así que lo deja ir. Un sirviente del señor de Cameros se encarga de llevar su equipaje hasta el carro que han traído con ellos. Martín lo sigue. Se despide de su padre con un abrazo formal. Ve a don Fortún asentir levemente. Solo queda Johana. Los hermanos se plantan uno enfrente del otro. Martín le da un beso en la mejilla.

–Estaré cerca –le dice en un susurro.

–Te extrañaré mucho, Martín, pero me alegro por ti.

Se montan en los caballos y, al trote, se alejan por la calle Real. Pasan por delante de la catedral y se dirigen a la puerta del Castillo. Martín atraviesa la entrada y mira hacia arriba. Está serio. Es demasiado pronto para asimilar su cambio de vida.

LA HERENCIA

Tras su apariencia tranquila todavía queda un corazón inquieto. Un espíritu indómito que trata de liberarse. Tal vez había estado demasiados años sujetándolo, ocultándolo. Pero la sumisión no es un rasgo que caracterice su personalidad; como tampoco lo ha sido de la de su hermanastro García. Y ahora que el alma de este ha sido liberada, la de Fortún lucha por salir también de su ostracismo, aunque de otra manera. El viento golpea su rostro con fuerza. Se encuentra frente a las cuevas de Resa. Tiene las bridas de su caballo en la mano y la mirada puesta en Navarra. Sus labios apretados denotan tensión, rigidez, reflexión. Mira el pergamino que tiene en la mano. El aire lo agita mientras lo eleva hasta sus ojos. Es un texto corto. A diferencia de otras veces, no lo ha entregado a las llamas. Lo sujeta con fuerza entre sus dedos. Su mirada se desliza por las líneas sin leerlas. Sabe demasiado bien cuál es su contenido, recién escrito de su puño y letra.

Las llamas que asolaron la Ciudad comenzaron a arder mucho antes, García. Y mucho más lejos de lo que pensábamos. Por muy bien agarrada que creyeráis tener la antorcha, supongo que sabéis que nadie puede dominar del todo el elemento de los infiernos. Las tropas de Alfonso X de Castilla, al mando de su heredero Fernando de la Cerda, penetraron por Logroño y se plantaron en Viana a principios de 1275. Imagino que vos conocíais este movimiento antes de que se ejecutase y estoy seguro de que disteis vuestro visto bueno. Tal vez se os olvidó pactar con los vianeses una fatídica rendición. Quizá contabais con que la ciudad cayera rápidamente ante el empuje castellano. Pero los vianeses resistieron a treinta días de asedio y, después, a otros quince. Ni con tropas de refuerzo lograron los castellanos penetrar en el recinto. No les quedó más remedio que volver grupas con el rabo entre las piernas. Las Cortes siguientes se celebraron en Olite, sin vos, y en ellas todos se rindieron ante tamaña proeza. De esta manera se

le escapó a vuestra causa el apoyo de las gentes de Navarra. Doña Blanca, a petición general, suprimió los doce dineros con que cada casa de Viana debía contribuir a las arcas del reino y a vos no os quedó más remedio que manteneros al margen. Recuerdo el duro golpe que supuso para vos que Corbarán de Lehet y Juan de Vidaurre, vuestros colaboradores, se unieran al manifiesto que solicitaba tal merced a la reina madre doña Blanca.

Vos mantuvisteis un poco más vuestra rebeldía y, en un arrebato de genio, mandasteis un mensajero a Tafalla para quejaros ante el gobernador Beaumarchais del trato de favor que daba al Burgo y a la Población en detrimento de la Ciudad. Y Beaumarchais respondió a vuestra afrenta presentándose en Pamplona. ¿Por qué le desafiasteis a no cruzar Artederreta⁷?

Fortún sostiene el pergamino un instante, dejando que el viento lo zarandee. Luego lo toma con ambas manos y, con todas sus fuerzas, lo empieza a partir hasta reducirlo a los trozos más pequeños que puede. Cuando finaliza, los lanza al aire. La dirección del viento cambia en ese momento. Los fragmentos revolotean en rebeldía y después, empujados por el azote del remolino, vuelan hacia Navarra. El noble les da la espalda y regresa a Calahorra.

Reconoce la voz de Pedro Ximénez. Frunce el ceño. Le ha pedido unos días más al deán para pagar el alquiler. Fortún no lo ha hablado con su mujer, pero las deudas empiezan a acumularse. Y no está acostumbrado a lidiar con ellas, cuando era un quehacer que su hermano García había tomado para sí. Llevan ocho años fuera de Navarra y eso es una losa. Aprieta fuertemente con los dedos de su mano izquierda ambas sienes y se dispone a entrar. La llamada de su hija Johana le hace volver la cabeza hacia la pequeña huerta. La encuentra allí sentada, atrapando los últimos rayos de sol. Desde que su hermano se ha ido a vivir al castillo, se encuentra algo sola. Lo echa de menos, y mucho. Fortún se acerca a ella. Su sonrisa tímida y abierta a la vez le hace sonreír también a él.

—¿Entras? —la invita Fortún.

Johana se levanta mirando al sol que pronto se perderá por detrás de la pared de las casas colindantes. Camina hacia su padre y se agarra a su brazo. Para Fortún es una sensación extraña. Al ver a su hija, que ya le llega al

hombro, siente el tiempo barrer de golpe los años. Ya no tiene rasgos de niña, ni andares de niña, ni modales de niña. Pronto habrá que desposarla... Sacude esos pensamientos de su cabeza y se centra en la voz amable de Johana. Por ahora tiene otros asuntos en la cabeza.

–El deán Pedro ha venido a vernos. Dice que quiere hablar con vos.

Fortún sonríe a su hija.

–Entonces... no le hagamos esperar –Johana tiene el don de apaciguar su alma.

La casa está caldeada. Aquel no ha sido un día especialmente frío, y el fuego está encendido. Fortún mira a Pedro y a su mujer y luego al fuego y a los leños que descansan al lado del hogar. Dos, cuenta. Si las cosas siguen igual, tal vez no tengan para comprar leña para todo el invierno. Cierto que Martín será una boca menos que alimentar. Sin embargo, Fortún no quiere engañarse; su formación no le va a salir gratis. Saluda al deán y le da la bienvenida a su casa; aunque, interiormente, no sienta precisamente satisfacción con la visita. O, más bien, con el motivo que él asocia a esa visita.

–He visto a vuestro hijo en el castillo.

–Todavía no entiendo muy bien ese interés tan personal que han manifestado Juan Alfonso de Haro y su hijo por Martín.

–Algo habrán visto en él, querido Fortún.

Se encoge de hombros el Almoravid, queriendo dar a entender que solo el tiempo lo dirá.

–Supongo que habéis venido a cobrar la renta –dice, mirando no al deán, sino a su mujer. Discretamente, Teresa se excusa y sale de la cocina. Lleva en la cara esa mirada que dice: «sé que queréis hablar a solas con él, pero eso no os libraré de hablar conmigo más tarde».

–Lo cierto –comienza Pedro de Aibar cuando Teresa se ha ido– es que quería comentaros que he comprado la casa de al lado.

–¿Os referís a esa que no tiene entrada ni salida?

–La única de todo Calahorra que no tiene entrada ni salida a la calle –matiza–. Pero, curiosamente, está construida justo al lado de esta. Me la han dejado a buen precio y he pensado que, con unos arreglos, servirá para ampliar esta. Y a vosotros os vendrá bien un poco más de sitio.

Fortún se rasca la mandíbula. Aquella mañana no se ha afeitado y se raspa los dedos con la incipiente barba. Los números le bailan en la cabeza.

–Es un detalle. Pero en realidad no creo que nos haga falta más espacio. Con la marcha de Martín al castillo y la muerte de mi hermano...

–Pero las familias acaban aumentando, Fortún. Hoy se va uno y mañana vuelven tres. Y no os cargaré la diferencia en el alquiler. Después de todo, ha sido idea mía lo de ampliar la casa.

Y sin dar tiempo a réplicas, Pedro de Aibar anuncia que ya es hora de marcharse. Fortún acompaña a su invitado hasta la puerta y se queda allí mucho tiempo después de que la figura del deán desaparezca por la esquina. Está sorprendido por la noticia de la adquisición y porque no le haya pedido el dinero de la renta. Sin embargo, no puede dejar de darle vueltas al pago que deberá ejecutar próximamente. Ha tenido que hacer un desembolso imprevisto para comprar espadas, escudos y otros materiales a Martín. Permanece en el huerto. No hace noche para pararse mucho tiempo a la intemperie, pero necesita un espacio para él solo. Se sienta en el lugar que poco antes ha ocupado Johana y mira al cielo. Al poco, siente la presencia de su mujer al lado.

–¿Algún problema?

–Ninguno, mujer.

–Fortuño, que nos conocemos hace mucho tiempo. Sé que la marcha de Martín ha supuesto una alegría para vos, pero también un quebranto por lo que respecta al dinero. ¿Tenemos problemas? Sabéis que puedo pedir a mis padres...

–Venid aquí –le dice cogiéndola de las manos–. Nos irá bien. No os preocupéis. El dinero es cosa mía –tuerce un poco el gesto al intentar sonreír.

Teresa se sienta a su lado. Y así pasan un largo rato, en silencio. Pero ninguna de sus cabezas descansa. La de Fortún busca la forma de aumentar sus ingresos. ¿Qué haría García en su lugar? ¿Acudiría a préstamos? Por su parte, Teresa también rumia qué hacer. A ella le preocupa la situación económica porque le afecta diariamente en las compras de alimentos y vestidos. Le preocupa no poder alimentar a sus hijos o no conseguir una buena dote para casar a Johana. «Como que me llamo Teresa Artal de Alagón que a esta familia no le ha de faltar un mendrugo que llevarse a la boca. Mañana mismo enviaré un mensajero a mi padre».

A la hora de completas, todavía continúan sentados en silencio. Levantan la vista al unísono al escuchar el sonido de los cascos de un caballo. Teresa se lleva una mano al pecho pensando que puede tratarse de Martín. Fortún no

espera ninguna visita y las visitas nocturnas, piensa, solo traen malas noticias.

Ante la puerta se detiene un jinete de espigada figura. Vacila al quitar el pie del estribo, no muy seguro de encontrarse en el lugar que debería. Mira hacia la puerta apenas iluminada por una antorcha titilante, expuesta a la corriente de aire que se cuele por la calle. Busca en la pared, casi a tientas, la argolla para sujetar las riendas de su caballo y las ata, obligándose después a comprobar el nudo. Se acerca a la entrada, justo en el momento en que una sombra cruza por encima de sus pies. Desvía la mirada hacia su derecha y clava los ojos en la silueta que surge de repente. No parece asustarse.

–Busco a don Fortún Almoravid.

Un breve escalofrío recorre la columna vertebral del aludido. El saludo no es amenazante, pero la voz le resulta extraña. Se trata de un acento extranjero que le es difícil ubicar.

–Lo tenéis delante –dice Fortún con voz relajada, pero la mano derecha puesta en la empuñadura de su espada.

El jinete parece aliviado con la contestación. Sus hombros, tiesos e incómodos hasta ese instante, caen hacia delante relajados, como si se hubiera quitado un peso de encima.

–No ha sido fácil encontraros –le confía en voz baja, apenas un susurro–. Vuestro hermano no fue demasiado preciso con los detalles.

–¿Iñigo os dijo que vinierais aquí?

–No, García.

Hay un instante de silencio, roto por un relincho lejano. El ritmo de su corazón se acelera. Nota una corriente de aire. Una presencia fugaz en la noche.

–Pasad.

El jinete se vuelve hacia su caballo y pide ayuda. Fortún lo sigue algo intrigado, en tensión, esperando, tal vez, una sorpresa desagradable. Sin embargo, el recién llegado se entretiene en soltar las alforjas y desatar lo que parece un saco de dormir. La forma de agarrarlo le indica al Almoravid que pesa bastante, lo que no concuerda con lo que creía estar viendo. De esa guisa, como si llevara un cuerpo pequeño muerto en brazos, entran en la casa.

La luz del fuego, que Teresa Artal de Alagón se encarga de avivar, revela un rostro joven, alargado, en el que resaltan dos ojos vivaces. Sus pupilas se

mueven repetidamente de Fortún a su esposa.

—¿Quién os envía? —le pregunta él a la vez que le invita a sentarse.

El recién llegado deja lo que lleva en sus manos encima de la mesa, con muchísimo cuidado. Parece como si temiera que pudiera romperse.

—Vengo de Espelette⁸. Y, en realidad, y aunque os parezca imposible, me envía vuestro hermano García.

Fortún mira a su esposa y esta enseguida entiende su mirada. O esto lo pasa con un poco de vino, o a Fortuño le va a ser muy difícil digerir esta visita. La mujer se escabulle discretamente y busca a la sirvienta. Le da instrucciones y regresa al lado de su esposo y del recién llegado.

—Mi nombre es Bertrand d'Uhart —se presenta.

—¿Conocisteis a mi hermano?

—Hace mucho tiempo —sonríe al decirlo, como si la afirmación no casara con su apariencia, todavía joven.

—¿Y qué os trae por Calahorra?

—Una promesa. Y no sabéis el peso que me voy a quitar de encima.

—¿Entiendo que es una promesa que le hicisteis a mi hermano?

Bertrand asiente. Sus ojos pierden el enfoque durante unos instantes, como si estuviera recordando.

—¿Y puedo saber en qué circunstancias os conocisteis?

—En realidad... eso no tiene mayor relevancia. Lo importante es lo que os traigo aquí. Si me permitís...

El acento de Bertrand se hace más acusado al pronunciar las últimas palabras, como si le hubiera costado encontrar las adecuadas. Sin esperar la invitación de Fortún, se levanta y, con rapidez, desenvuelve la tela y deja al descubierto un cofre. En ese momento entra la sirvienta y llena las copas. Teresa, al ver lo que acaba de aparecer, coge un vaso y se toma un sorbo largo. Con ese misterioso visitante y estando detrás García, ese cofre puede contener cualquier cosa. Se retira la sirvienta y Bertrand arrastra el arca hasta Fortún.

—García me pidió que le guardara esto hasta que él me lo pidiera. Y me dijo también que, en el caso de fallecer antes de reclamármelo, os buscara y os lo entregara a vos.

—¿Y se puede saber qué es esto?

—Ah, ah. No lo sé. Y, es más, no quiero saberlo —en ese instante se lleva la mano al cuello y saca una llave que lleva colgando de un cordón. La deja

encima de la mesa—. Así que si me disculpáis...

—Faltaría a mi deber hospitalario si os marcharais de esta guisa. Por favor, quedaos en nuestra casa esta noche. Es ya tarde para buscar posada. La sirvienta os preparará algo de comer y os indicará cuál es vuestra habitación.

—Está bien. Acepto vuestra hospitalidad. Seré vuestro huésped esta noche, pero os pido discreción. No debería estar aquí.

—Lo comprendemos. Meted el caballo en el establo. Que tengáis buena noche.

Teresa y Fortún se miran mutuamente.

—¿Qué creéis que contiene?

Fortún se encoge de hombros. Está cansado. Seguramente, por eso nota una sensación extraña en su nuca.

—¿Llamamos a Iñigo?

Teresa mira hacia la puerta. Sospecha que su cuñado no anda lejos. Sin embargo, no da signos de vida. Así que esposo y esposa se quedan solos frente a frente y, en medio de ambos, el arca. Fortún coge la llave que Bertrand ha dejado encima de la mesa y la introduce en la cerradura. El arca se abre con facilidad. Fortún eleva la tapa y el contenido queda expuesto. Dentro hay cientos de monedas.

—¿Cómo es posible? —se pregunta Fortún en alto. Teresa es incapaz de articular palabra.

—Hay una nota —dice la dama aragonesa al cabo de unos largos instantes, y solo después de haberse bebido todo lo que quedaba en su vaso de vino.

Fortún mira hacia donde le señala su esposa. Adherido a la tapa, sobresale un pergamino. Lo desprende con cuidado y lo despliega. García había escrito un breve apunte. «Casad bien a vuestra hija, comprad un buen caballo a mi sobrino Martín y utilizad el resto con cabeza».

—¿Qué dice?

Se ha quedado sin palabras. Hace un esfuerzo para leer en voz alta.

—¿Qué vais a hacer?

—Lo sensato sería deshacernos de él —las palabras no salen de la boca de Fortún, sino de su hermano Iñigo, que parece haber salido de la nada—. Es dinero manchado con sangre. Son monedas marcadas con la palabra traición y ni vos ni García tenéis derecho a hacer uso de ellas.

Fortún se encara con su hermano.

—Hay que pensar con cuidado, Iñigo. Y hay que hacer las cosas con tiento.

Y, no sé por qué, pero me parece que últimamente ni andáis bien de tiento, ni pensáis con cuidado.

—No me parece que seguir las locas ideas de García nos haya llevado a una situación provechosa, ni desahogada. ¿No os dais cuenta de que hasta después de muerto es él quien dirige nuestras vidas? Deshacedos de él. Matadlo, enterradlo. Olvidadlo para siempre. Ese dinero, os lo aseguro, estará mejor fuera de nosotros, de todos. Cualquier cosa que pretendáis comprar con él se volverá en vuestra contra. Y si estáis pensando en regresar a Navarra... más os valdría quemaros con él en el infierno. Si dependiera de mí...

—Pero lo cierto es, Iñigo, que no depende de vos. Y, viendo vuestra actitud, entiendo por qué García me ha enviado a mí esto y no a vos.

—Vos nunca traicionaríais a García, ¿es eso lo que queréis decir?

Fortún aprieta los dientes y se los muestra como un perro rabioso. Está tan airado por las segundas intenciones que enmascara la afirmación de su hermano, que se lleva la mano a la espada.

—Cuidado con lo que hacéis, hermano —le advierte Iñigo—, o me vais a dar la razón mucho antes de lo que deseáis. Si por ese dinero estáis incluso dispuesto a matarme, es que llevo razón.

—García cometió errores, pero siempre ha tratado de corregirlos.

—¡La muerte de cientos de inocentes no se puede corregir! —le grita.

—Si Dios está dispuesto a perdonarnos una y otra vez, si Él nos asegura que acogerá al hijo pródigo, ¿por qué vos os empeñáis en corromper todo lo que García ha intentado enmendar?

—¡Bah! —le dice marchándose de la sala.

Fortún se levanta de su asiento y se lleva la mano a la cabeza, frotándose la nuca. Teresa le pregunta de dónde cree que García puede haber sacado tanto dinero. Silencioso, se dirige hacia el fuego, notando el calor entrar por su cuerpo, conforme se aproxima a él. Acerca su mano derecha a la llama. Su piel se tiñe de un tono rojizo. La mueve sobre las brasas, como si estudiara el fuego y las consecuencias de acercar la carne a él. Y, por fin, estalla en carcajadas.

—¿Qué es eso tan divertido?

—Solo recordaba —trata de decir entre carcajada y carcajada.

Teresa llega a pensar que su marido se ha trastornado. Casi desea que la visita no se hubiera producido y que el arca, que ahora descansa sobre la mesa, nunca hubiera llegado a su casa.

–Fortuño...

Este mira a su mujer y le apunta con el dedo, todavía con la mandíbula desencajada por la risa. Toda la tensión que ha acumulado en la discusión con su hermano Iñigo se ha disipado.

–Creo que García todavía conserva entre sus documentos –empieza algo más serio– esa declaración. Creo recordar haberla visto en los últimos días al revisar sus enseres. Fortún sale de la estancia y va a buscarla. No tarda en hallarla y se la presenta a su mujer.

–¿Qué dice?

Sean quantos esta carta verán et odrán, que yo, don García Almoravit, vengo de manifiesto que devo á vos, me sire Eustace de Biau Marchez... cient libras torneses, las quales yo de vos recibí en dineros contados en presto... E devo dar é pagar los dichos dineros á vos, o á vostro mandamiento, qui esta carta mostrare por vos, toda sazón que á vos ploguiere, d'aqueilla renta que yo debo recibir cada ayño en Campayna, por razon de dona María Maraynni, mi muger, sin otro alongamiento. Data en Pamplona, martes primero ante la fiesta de sant March evangelista. A. D. MCCLXX sexto⁹.

Teresa entorna los ojos.

–¿Suponéis que este dinero es aquel que recibió García en préstamo del propio Beaumarchais y que nunca pretendió devolvérselo?

–No lo sé. Pero no me digáis que no es divertido pensarlo.

⁷ Artederreta, también Carrascal, situado a unos 20 kilómetros al sur de Pamplona.

⁸ Espelette: Ezpeleta (Labourd-Lapurdi). García Almoravid huyó allí tras la guerra de la Navarrería.

⁹ Texto transcrito directamente de *Histoire de la guerre de Navarre en 1276 y 1277*. Anelier de Toulouse. Traducción de Francisco-Michel. Pág. 576.

ENTRE LA ÉLITE

La mirada de Capa Larga le dice que no lamenta ni un ápice ninguno de los episodios que ambos han protagonizado. Y que, aunque ahora utilice el brazo izquierdo y se haya revelado como un buen espadachín, no se arrepiente de ninguno de los castigos a los que le ha sometido. Sin embargo, algo ha cambiado entre ellos. Y no es solo el hecho de que ahora Martín no reciba castigos corporales, ni se tenga que quedar a recoger las armas. Es algo más profundo que ha empezado a surgir y que solo alguien muy perspicaz puede ver representado en la mirada, que pretende ser indiferente, del maestro de armas: respeto.

De cualquier forma, Martín nunca ha estado seriamente preocupado por lo que su maestro de armas pudiera pensar de él y tampoco lo está en este momento. Otras inquietudes ocupan su cabeza. Ansía descubrir qué hay detrás de la puerta que tiene delante. Se ha quedado detrás de Juan Alfonso y de Alvar. Siente sus miradas pícaras, que le lanzan por encima del hombro. Y esas miradas le dicen que esté alerta, porque en cualquier momento le van a hacer una jugarreta. Y él lo está. Alerta y concentrado, absorbiendo cada uno de los instantes que han transcurrido desde que salió de su casa.

–Apuesto a que para sexta¹⁰ nos ha suplicado al menos tres veces que lo devolvamos a la disciplina de Capa Larga –declara Juan Alfonso divertido.

–¿Habéis visto sus piernas? –se mofa Alvar, como si realmente Martín no le estuviera escuchando–. Ni para sostener el cuerpo de una gallina.

Hay risas.

–Tiene tanto miedo que ni se inmuta –vuelve a tomar la palabra Juan Alfonso.

–Creo que se meará en las calzas –comenta Alvar volviéndose y dando un fuerte golpe en su hombro.

Por fin, con mucha ceremonia, Juan Alfonso empuja la puerta. Las

espaldas de sus compañeros no le dejan ver lo que hay dentro. Cuando lo hace, la decepción se asoma a su rostro. Se había imaginado algo grandioso. Una sala enorme, llena de espejos y de armas. Sin embargo, nada más dar un par de pasos, se encuentra dentro de una habitación que nada tiene de especial, salvo las dos espadas cruzadas que ocupan parte de la pared sur, y la cabeza de jabalí, situada justo encima de la puerta.

—¿Buscas al dragón? —le pregunta Juan Alfonso bromeando—. Saca tu espada que pronto llegará.

Martín mira alrededor como si estuviera escudriñando un jeroglífico. Trata de descifrar qué tiene de especial aquella estancia a la que el heredero de Cameros siempre se refiere como sala Le Perche, a saber por qué razón. No tarda mucho en entenderlo. Si el patio de armas es dominio de Capa Larga, aquella sala es territorio del maestro Le Perche. Él elige a sus alumnos y no viceversa. No está allí cuando llegan. O tal vez sí, pensará tiempo después en su cama Martín, mientras recuerde los acontecimientos del día.

No es realmente una aparición, pero Le Perche se presenta de pronto en medio de la sala.

—Señores —es una voz grave, no muy alta. Se hace el silencio—. Hoy nos acompañará Ximeno Martínez de Aibar.

Martín se desentiende de Ximeno, al que ya conoce, y centra su vista en el maestro. El tiempo ha borrado prácticamente el tono rojizo de sus cabellos, que ya escasean en su cabeza. Es un hombre de complexión baja y algo entrado en carnes. Sin embargo, ni lo primero le resta fuerza o destreza; ni lo segundo, agilidad o velocidad de reacción. La espada es una extensión de su brazo, o mejor dicho, de su cabeza, porque domina los tiempos y los espacios. A pesar de su seriedad, Martín descubre que no le falta humor. No le gusta que le llamen maestro y, sin embargo, lo es. No solo en el arte de la esgrima, sino también en el de diversas ciencias y disciplinas. Gusta discutir con sus alumnos y mezcla conocimientos tan variados que hay que estar muy atento para no distraerse y poder seguir el curso de su razonamiento.

Los tres jóvenes se ponen en fila. Le Perche saluda primero a Juan Alfonso dándole la mano izquierda. Lo mismo hace con Alvar. Al llegar a la altura de Martín se queda mirándolo fijamente. El muchacho le sostiene la mirada mientras le tiende la mano.

—Me han dicho que manejas la espada con tu brazo izquierdo.

Martín asiente.

–Entonces... ofrécame tu mano diestra.

Antes de acceder, vacila un poco, enfrentándose al color negro de su guante.

–Vamos, no dispongo de todo el tiempo del mundo.

Por fin, Martín le tiende la mano. Le Perche se la estrecha fuertemente reteniéndola el tiempo suficiente para darse cuenta de la mutilación de sus dedos.

–Bien –dice Le Perche–. Parece que Guante Negro tiene muchas ganas de aprender, así que comencemos.

–¿Qué nos enseñaréis hoy?

–Preparaos para el combate. Quiero ver si estáis dispuestos para presentar batalla o más bien para danzar en la corte.

Alvar, Ximeno y Juan Alfonso se dirigen hacia el armario y abren sus puertas. De allí toman yelmos y guanteletes. Martín los sigue.

–Espero que no te asuste la sangre. Aquí se lucha de verdad y no como en el patio con Capa Larga. ¿Ves aquel rincón de allí? Esa mancha es del anterior muchacho que quiso cruzar aceros con nosotros. Recuérdalo porque le vendrá bien que alguien rece por su alma.

La mirada oscura de Martín no se separa de la de Juan Alfonso. Pero entre ellos ya no corre el odio, aunque sí se puede notar un río de aguas bravas por las que se desliza a espuestas el desafío. Los primeros ejercicios son fáciles. Pero Le Perche enseguida da instrucciones para el siguiente. Martín, dentro de su yelmo, se concentra. El ejercicio no es complicado... si puedes utilizar tus dos manos.

–Ahora viene cuando Guante Negro yerra –sentencia Le Perche.

Martín escucha las risitas y siente rabia. No por el comentario en sí mismo, sino porque este ha llegado de Le Perche. La acción consiste en parar el ataque del rival y con la mano contraria a la de la espada agarrar la muñeca del otro para desviar su arma del cuerpo y contraatacar al cuello.

–Vamos, Guante Negro, este es tu ataque preferido. Al cuello del enemigo –le espeta el heredero de Cameros que se ha emparejado con él.

En el primer intento, la mano derecha de Martín se escurre y la espada de Juan Alfonso le pincha en el estómago. Tiene suerte de que la loriga evita el tajo, aunque está seguro de que al día siguiente tendrá un buen hematoma de recuerdo. El segundo no es mejor que el primero. Y el tercero todavía resulta más doloroso.

–Vamos a repetir este ejercicio hasta que Guante Negro lo ejecute con precisión –dictamina Le Perche–. Así que dadle las gracias por el día aburrido que vais a tener.

Alvar protesta, mientras que de la garganta de Juan Alfonso sale un sonido gutural irreconocible.

–Y si Juan Alfonso osa dejarse vencer, todos tendréis que enfrentaros a mí hasta que me ganéis.

–¿Todos a la vez? –pregunta Alvar.

–Ni aun así podríais vencerme, pero te dejaré ser el primero a ti, Alvar. Venga, en guardia.

Los nervios se apoderan de Martín, quien, cada vez con menos fe y más fatiga, comete los mismos errores una y otra vez. Y Juan Alfonso se jacta de ello. Martín siente la fuerza de su oponente y la mirada fija en su cogote de Le Perche, que le pesa como una losa. «Tío, ¿qué hago?». «¿Por qué intentas combatir con una mano que no tienes?». «Porque eso es lo que me ha dicho Le Perche». «¿Estás seguro?».

–¡Vamos, Guante Negro! No dispongo de todo el tiempo del mundo.

Se planta de nuevo en guardia y contesta al ataque, pero con su mano derecha es imposible agarrar la muñeca de su rival. Le Perche se pasea a su alrededor, analizando su posición y sus movimientos. Martín suda. Empieza a estar exhausto.

–Es curioso –le dice por fin Le Perche muy cerca de su oído, cuando se quita el yelmo para descansar unos instantes–, no entiendo por qué te empeñas en usar una mano que no tienes.

Martín se queda fijo en Le Perche.

–Eso mismo me ha dicho García –se le escapa.

–¿Cómo dices?

–Nada –dice calándose el yelmo con decisión.

Y en el siguiente lance, para el ataque de Juan Alfonso con todas las fuerzas que le quedan y, en vez de agarrar su muñeca, la desvía con su puño y entra directo al cuello de su rival.

–Parece que Guante Negro ha encontrado su mano –dice Le Perche–. Suficiente por hoy.

Recogen los guanteletes y los yelmos y salen Alvar, Ximeno y Martín. Juan Alfonso se queda hablando unos instantes con Le Perche. A Martín le gustaría saber de qué hablan, pero aquellas palabras no son asunto suyo.

–Celebremos que Guante Negro ha encontrado su mano –dice Juan Alfonso–. Vayamos a los baños.

Se dirigen a los baños de la calle Real, situados junto a la alhóndiga. Además de esos, en Calahorra existen otros ubicados al lado de la puerta de Arnedo. «María Garcés donó estos últimos a la catedral hace treinta y ocho años», le explican a Martín sus anfitriones. Se relajan allí, bromeando sobre la clase recibida y sobre el baño con guantes del Alvoravid.

–¿Cómo te sucedió? Lo de la mano –quiere saber Juan Alfonso, relajado dentro del agua.

–¿Tiene eso importancia?

–No confías en mí, Guante Negro, ¿es eso?

Martín perfila una media sonrisa. Juan Alfonso le salpica con el agua y él tiene que escurrirse los ojos con las manos.

–Tal vez algún día quieras contármelo.

–Tal vez algún día os lo cuente. ¿Puedo preguntaros algo?

Juan Alfonso eleva sus hombros. Ha cerrado los ojos y está profundamente relajado.

–¿Quiénes eran esos contra los que peleabais el otro día y cuál era el motivo?

–¿Tiene eso importancia? –le pregunta el heredero de Cameros, imitando la voz de Martín.

–Ya veo –dice Almoravid–. Tal vez algún día queráis contármelo.

–Tal vez algún día te lo cuente –le replica con sorna.

–Eso es ir por lana y salir trasquilado, Guante Negro–comenta Ximeno.

–Tal vez, o tal vez no.

Salen repeinados y perfumados, las fuerzas renovadas, y se pierden durante un buen rato por las tabernas, bebiendo vino y jugando a los dados. De vuelta al castillo, Martín les dice que quiere pasar por casa de sus padres para saludar a su madre y a su hermana. Y los otros tres se prestan a acompañarle. Martín les dice que no hace falta. En realidad le apetece pasar un rato a solas con Johana. Pero Juan Alfonso insiste más y él es el que manda. Así que, mientras las estrellas recorren ya el cielo, los cuatro compañeros atraviesan las calles de Calahorra y se dirigen a casa de Fortún Almoravid.

Al ver a su hermano, Johana corre a abrazarlo. Pero cuando está a escasos palmos de él, se detiene. No contaba con que viniera acompañado. Y menos con que uno de sus acompañantes fuera Juan Alfonso. Su corazón empieza a latir deprisa y sus mejillas se arrebolan. No quiere mirarlo, pero no puede retirar sus ojos del heredero de Cameros. Tras la sorpresa inicial, Johana se sobrepone y le sonrío a su hermano.

–Te encuentro diferente –le comenta ella casi sin pensar.

No es por el rasguño de su frente, ni por el moratón debajo de su ojo que delata un golpe reciente, ni porque ahora use ropas distintas. No mejores, solo diferentes, deduce. Pero se le ve cambiado. Se mueve de otra manera, actúa con más aplomo. Johana se felicita por ello. Parece que a su hermano le van bien las cosas, aunque ella se encuentre un poco sola y aburrída. Echa de menos su compañía, sus conversaciones en la terraza, su presencia. Aunque no se vean en todo el día, saber que Martín dormía en casa siempre le proporcionaba cierta seguridad. Y eso ahora ya no ocurre.

–Es la buena influencia de los Haro –suelta Juan Alfonso de buenas a primeras–. ¿Verdad, Guante Negro?

–¿Guante Negro? –pregunta intrigada la muchacha.

Martín se encoge de hombros.

–Mejor no preguntes.

–Es un placer volverte a ver –le dice el de Aibar, adelantándose y colocándose al lado de la muchacha.

Johana asiente algo turbada.

–Madre se alegrará mucho de verte –dice Johana acercándose a su hermano–. Le diré que estáis aquí.

–¿Y padre?

–No está en casa.

–¿Y el tío Iñigo?

–Ya sabes.

A Teresa le falta tiempo para preparar algo de cena. La despensa en esos momentos, a diferencia de los últimos meses, está repleta. Sentados a la mesa, Johana disfruta mucho con las atenciones de los cuatro jóvenes. Se siente turbada por sus palabras y sumamente feliz por la calidez que desprende el cuerpo de Juan Alfonso, sentado a su derecha. Tiene al otro lado

a Ximeno, pero apenas hace caso de sus palabras, atenta a los movimientos del joven de Haro. Al poco de concluir, Teresa disculpa su presencia y la de su hija y ambas se marchan, dejando a los cuatro compañeros de sobremesa.

Johana se abriga y se sienta en la huerta, muy cerca de la pared de la casa, que está todavía caliente donde le ha dado el sol. Mira al cielo despejado repleto de puntos blancos. Piensa en Juan Alfonso. Le hubiera gustado alargar la sobremesa y prolongar así el contacto fortuito de su rodilla, de su codo... Escucha unos pasos y mira hacia la puerta. Por ella asoma la cabeza de Juan Alfonso.

–Iba a...

–Por allí –le indica ella señalándole la cuadra. Se ruboriza al encontrarse la mirada del joven–. Tened cuidado con las gallinas. Suelen escaparse.

Se queda sola de nuevo. Un poco después vuelve a escuchar pasos. Juan Alfonso regresa.

–Tenías razón. Las gallinas se escapan.

Johana ríe divertida.

–¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

–Es solo que os estaba imaginando... Nada –se corrige sonrojada.

Juan Alfonso se acerca y se sienta a su lado.

–Johana –le dice muy quedo, como si saboreaba su nombre.

–¿Qué? –la joven gira su cabeza y se queda muy quieta, mirando el rostro que la interpela.

Juan Alfonso acerca su mano derecha a la melena de la muchacha en un impulso espontáneo, dirigido, tal vez, por el brillo que la luna parece haberle prestado a Johana. Enreda algunos mechones entre sus dedos, deleitándose con su suavidad, dejando que cubra toda su mano. Johana se apoya contra la pared. Tiembla toda cuando la mano de Juan Alfonso se acerca a su cuello.

Un carraspeo interrumpe la maniobra.

–Venía por si las gallinas os estaban dando problemas –dice Martín–. A veces se escapan.

–Eso mismo me ha dicho tu hermana –replica raudo el de Haro, apartando su mano.

–Supongo que ya habéis terminado, entonces.

–Sí –acepta Juan Alfonso.

Martín les da la espalda, momento que aprovecha el de Haro. En un rápido gesto, saca un cuchillo de su cinturón, se inclina sobre Johana, y le corta un

mechón.

—¿Cuándo volveré a verte?

Mientras se alejan, a Johana se le ocurren decenas de contestaciones para esa pregunta. Pero no sabe darle respuesta a Juan Alfonso. Ella, tan rápida con la palabra, en aquella ocasión la ha perdido. Se pregunta qué hubiera ocurrido de no aparecer su hermano. Traslada su vista a la negrura que se esparce a su alrededor. Todavía colea en el ambiente el olor a él.

Martín espera a estar lo suficientemente alejados de su hermana para que esta no los escuche y se encara con Juan Alfonso.

—¿Qué se supone que estabais haciendo? Sabed que mi hermana es de noble cuna y que, aunque estemos aquí, hay Almoravid suficientes para defender su honra.

—Te sulfuras con demasiada prontitud, Guante Negro —le dice Juan Alfonso algo divertido. Sus ojos verdes relampaguean un instante, traviesos—. No está dentro de mis planes deshonar a tu hermana, ni a tu familia. Eso ya lo hacéis vosotros solos.

La rabia domina a Martín. Desenvaina su espada.

—¿En verdad quieres enfrentarte a mí? No me has visto pelear en serio. No me durarías ni un cambio de guardia.

—Por supuesto que os he visto pelear en serio, y os recuerdo que no hubierais salido muy bien parado de algún que otro lance si yo no llego a entrometerme.

—Nadie te pidió que lo hicieras.

—Cierto —replica Martín—. Pero lo hice.

—Y para tu información, habríamos podido con ellos. Solo era cuestión de tiempo.

—Lo que vos digáis.

Se quedan quietos el uno enfrente del otro.

—Un zurdo —dice por fin Juan Alfonso.

—Un zurdo —replica Martín—. Y vos un hombre a punto de comprometerse con María Fernández de Luna.

—Le has caído bien a mi padre. No la fastidies —añade divertido.

¹⁰ Sexta: Mediodía. 12.00 horas.

COMPROMISO

Theresa Almoravid se entretiene en sus aposentos. Le han avisado de su llegada, pero quiere hacerle esperar un poco más. Se perfuma las muñecas y el cuello. Un intenso olor a flores se esparce por la estancia. Se lleva las manos a las mejillas y mira a través de la estrecha ventana que se abre en el muro y por la que apenas se ve un fragmento de cielo azul. ¿Juan Alfonso de Haro la quiere a ella, o su señorío? Sonríe de medio lado con marcada ironía. Los dominios del señor de Cameros están a punto de ampliarse. Mira hacia la puerta y se decide. Para cuando ella llegue, todo estará hablado. Poco o nada tendrá que decir al respecto. Como cabezas de la familia Almoravid, su hermano Juan y su primo Fortún lo habrán decidido ya todo.

El tenente de Calahorra se levanta inmediatamente al verla y sale a recibirla con una sonrisa de afecto. ¿Guarda las formas, o es sincero en lo que sus actos parecen transmitir? A Theresa retorna esa sensación ya olvidada de saberse una mercancía. Lo había vivido en su anterior compromiso y ahora la ahoga esa certeza de indefensión. Ojalá pudiera decir que Juan Alfonso de Haro, señor de Cameros, se casa con ella porque la ama y no porque ama el señorío Almoravid. Pero esa verdad es improbable.

—Es para vos. Un presente.

Theresa toma el regalo, envuelto en fino terciopelo. Se sorprende al ver un delicado camafeo¹¹ en el que se representa a la reina Onfalia, según le explica el señor de Cameros.

—Creo que me tendréis que hablar de esa reina.

—Lo haré algún día y satisfaré vuestra curiosidad. Hablábamos —dice sin más dilación tomando de la mano a Theresa y llevándola hacia una silla al lado de la suya— de lo innecesaria que es la espera. Puesto que es mi segundo matrimonio y también el vuestro, hemos dispuesto que la boda se celebre de

hoy en un mes.

–¡Oh! En un mes –dice dubitativa.

–Mi hermana cree que no tendrá tiempo suficiente para preparar todo correctamente. Pronto conoceréis que es muy puntillosa –dice Juan Almoravid.

–Todo estará listo. No os preocupéis. No tenéis más que transmitir las órdenes a mis sirvientes y ellos ejecutarán todos vuestros deseos.

–O los empalaréis –ironiza Fortún.

–O los empalaré –le sigue la broma Juan Alfonso.

Los tres hombres ríen y Theresa no está muy segura de que aquello sea tan gracioso. Discretamente, Juan y Fortún dejan la sala y los dos prometidos se quedan a solas.

–He tenido que sobornarles para que me permitieran estar un rato con vos sin testigos.

–Conociéndooos, mi señor, más bien creo que les habréis amenazado.

Juan Alfonso toma sus manos y la atrae hacia sí.

–Sed mía hoy, ahora.

–Un mes, Juan Alfonso. Un mes.

–Un mes puede ser una eternidad.

–Un mes y me tendréis en el más dulce de los lechos. Os prometo que no os arrepentiréis.

Se retira él hacia atrás. No está enojado. Sabía perfectamente lo que iba a ocurrir antes de que sucediera, pero es divertido ese juego que ambos se traen entre manos.

–¿Quién es esa reina Onfalia? –pregunta ella, retirándose hacia la ventana y observando de cerca el camafeo.

–Onfalia era la reina de Lidia.

La dueña del señorío Almoravid siente el aliento de Juan Alfonso en su cuello. Se queda quieta mientras él le habla.

–Hasta su reino llegó Hércules, el hijo del dios Zeus y de la mortal Alcmena, después de haber asesinado a su amigo Ífito.

–¡Jesús! –exclama ella sorprendida, persignándose–. ¿Creéis en dioses extraños?

Hay verdadera alarma en sus palabras.

–Vos bien sabéis que no. Es solo un mito griego, querida Theresa.

–¿Un mito?

–Un relato que forma parte de las creencias de los griegos.

–¿Y qué tiene que ver conmigo?

–Tal vez nada, o tal vez sí. Eso deberéis descubrirlo vos.

–¿Y qué le pasó a Onfalia?

–Se enamoró de Hércules.

–¿De un asesino?

–Hércules era un héroe de enorme fuerza y valor. Y Onfalia lo convirtió en su amante, lo vistió de mujer y le asignó tareas propias de mujeres.

–¿Eso hizo? –pregunta Theresa mirando fijamente el relieve tallado.

–Es una réplica exacta de uno de los camafeos que el rey Sancho lleva en su corona.

Theresa eleva la vista y mira al señor de Cameros algo confundida. No sabe muy bien qué pensar de él.

Desde su habitación, Fortún ve a Theresa y Juan Alfonso atravesar el patio de armas y salir al exterior. De pronto se siente muy solo y fuera de lugar. Últimamente ha pasado mucho tiempo junto al señor de Cameros y le ha visto desenvolverse entre los entresijos del reino de Castilla. A veces es convocado por Sancho IV y aprovecha cualquier oportunidad para estrechar alianzas. Eso le recuerda viejos tiempos en los que él se movió de igual manera en Navarra. Aquellos tiempos en que su hermano pudo ser gobernador, aquellos años en que tenían influencia como para negociar con el rey de Castilla, o con el de Aragón, o para encabezar una revuelta. De pronto, es como si tuviera prisa. Siente la necesidad de regresar a Navarra. Trata de tranquilizarse. Bien sabe que la empresa requiere cabeza. Pasea por la habitación, con las manos en la espalda, pensando. Después de un rato se sienta y coge pergamino y pluma.

¡Qué no daría por volver atrás! Antes de 1276. Antes de la muerte de Pedro Sánchez de Monteagudo. Antes de que Beaumarchais fuera nombrado gobernador. Antes de que el ejército francés asaltara la Navarrería. Si tuviera el suficiente valor... tal vez os clavaría mi espada. A veces sueño que lo hago, pero luego me doy cuenta de que eso no hubiera detenido los sucesos. ¿Qué debería hacer, García? Veo a Juan Alfonso de Haro y me veo a mí hace apenas diez años. Y duele. Quiero hacer algo rápido y no sé por dónde empezar. Tal vez todavía no

esté preparado. Tal vez me dé miedo enfrentarme con mis propios fantasmas, como me dice Teresa. Pero empieza a ser una obsesión de la que no puedo desasirme ni de día ni de noche. Se me ocurren ideas descabelladas y temo volverme loco. Hace ya cinco meses que nos comunicaron vuestra muerte, y seguís muy presente en mi vida. Aunque quiero odiaros, no puedo. Aunque deseo olvidaros, me es imposible. Sobrevoláis mi vida aun sin estar presente, recordándome mi deber y mi promesa de regresar a Navarra. Sin embargo, no hay día que no me pregunte cómo deshacer el enredo en que metisteis a la familia. Ni hora que no anhele pisar suelo navarro. Sí, lo habéis oído bien. Deseo regresar y hacerlo ya. Os acusé de haber precipitado los acontecimientos, y ahora es a mí a quien le falta tiempo para recuperar aquello que se me arrebató injustamente. Beaumarchais me lo prometió. Me juró que nadie tocaría mis propiedades. No puedo vivir aquí. No puedo hacerlo cuando todo mi ser me dice que mi sitio está en Navarra. Sin embargo, quiero hacerlo a mi manera. He visto que Ximeno Martínez de Aibar gusta de hablar con Johana. No sé qué os parecería la idea. Es bastante mayor que ella, pero todavía es joven. Creo que emparentar con los Aibar sería bueno para la familia. Tendré que hacerles ver que también es bueno para ellos. Voy a intentarlo. Hablaré con Martín Ximénez de Aibar cuando venga para la boda de Theresa y Juan Alfonso. Y, si yo no lo consigo, tal vez recurra a Teresa. Si ella se lo toma como algo personal... ya la conocéis.

Nuestra prima Theresa se ha comprometido con Juan Alfonso de Haro. Hemos venido todos al señorío. Y acabo de ser testigo de sus promesas. Don Juan Almoravid ha dado el visto bueno a ese enlace.

Fortún deja la pluma, da unos cuantos pasos por la habitación y se entretiene encendiendo el fuego. Tarda un rato en hacer que la llama prenda. Lo hace tímidamente al principio. Después se acentúa con vigor. Se sienta dejándose caer, toma la pluma y retoma la escritura.

La vida de Martín ha cambiado en estos últimos meses. No tengo ni idea de cómo lo ha hecho, y él no me lo ha querido contar (en eso se parece un poco a vos), pero el propio Juan Alfonso vino a casa con su hijo para pedirme que lo pusiera bajo su protección. Desde hace unos meses vive en el castillo de Calahorra y me consta que comparte su devenir diario con el heredero de Cameros. No lo vemos mucho, para desazón de su madre y de su hermana, pero parece alegre. Sin embargo, hay

cierto episodio de su vida que no consigue arrinconar. Aquí, en Daroca, duerme en la habitación de al lado y por las noches le oigo gritar y despertarse sobresaltado. Sé que sueña con ese día, aunque él siempre me ha asegurado que no se acuerda de lo sucedido. A veces pienso que, si se lo contara, desaparecerían sus pesadillas. Lo sé. Me ata un juramento a vos, pero vos ya estáis muerto y él tiene que vivir con ello. La recuerdo como una extraña jornada. Beaumarchais nos había pedido que desmocháramos las defensas de Pamplona. Accedieron a su petición el Burgo de San Cernin y la Población de San Nicolás. Os opusisteis, por supuesto, a que esa orden se acatara en la Navarrería, a pesar de que los doce jurados parecían dispuestos a llevarla a cabo. Se opuso igualmente el cabildo. Recuerdo a Sicart, entonces prior de Santa María, indignado porque Beaumarchais no había contado con el obispo y su cabildo. Lo estoy viendo alterado, gritando que quién se había creído que era el gobernador, puesto que no tenía jurisdicción sobre la Navarrería. La tensión se notaba en el ambiente. Le dije a Teresa que se apresuraran en salir de Pamplona. Aun así, no fuimos lo suficientemente rápidos. Johana y Martín jugaban en la calle cuando se dio la voz de alarma. Los guardias apostados en las murallas aseguraban que el propio Beaumarchais marchaba a la cabeza de un destacamento que trataba de entrar a la fuerza en la Ciudad. Así que todos nos armamos con lo que encontramos: lanzas, venablos, ballestas, palos... Vos salisteis a galope, lanzado, encolerizado. Por esquivar un grupo que venía de frente, os echasteis hacia la derecha. El lomo de vuestro caballo golpeó a Johana. Martín fue a socorrerla, siendo empujado a su vez. Cayó bajo las patas de vuestro caballo y este le pisó la mano... Lo vi todo desde la puerta. Vi vuestro rostro de dolor cuando saltasteis del cuadrúpedo y recogisteis en brazos a Martín. Lo llevasteis dentro y, para entonces, ya sabíais que sería imposible salvar sus dedos. Martín perdió la consciencia y estuvo una semana aquejado de fiebres. Os juré no contárselo. No sé por qué lo hice. Siempre habéis tenido el don para convencer a los demás. Y yo, una vez más, os hice caso. Lo peor de todo, García, es que aquel revuelo no debería haberse producido. Luego supimos todos que Beaumarchais solo trataba de parlamentar con el obispo, para lo cual se dirigía al palacio de la rúa de los Peregrinos.

Siempre os volcasteis en Martín. Habéis sido para él casi más padre que yo. Lo abandoné. Nunca he sabido cómo tratarlo. Destestaba una desventaja que no ha resultado ser tal. Se maneja muy bien con la mano izquierda. Lo he visto enfrentarse con Ximeno Jiménez de Aibar, con Juan Alfonso y su hermano Alvar. Aun siendo menor que ellos, no desmerece en nada sus formas y sus ejecuciones.

Es rápido y letal y, en eso, se parece a vos. Y no es en lo único que lo hace; a medida que crece, el parecido físico entre los dos se hace más patente.

Se le ha quedado un sabor agridulce. Una extraña corriente pellizca sus venas. Al acercarse al fuego, las llamas refulgen en sus pupilas oscuras. Con un movimiento estudiado, precipita sus palabras al fuego. El pergamino se retuerce un instante y luego se entrega a la voracidad de la destrucción. Mueren las palabras, pero no el sentimiento que estas le han provocado.

¹¹ En 1948, en la catedral de Toledo, apareció el sepulcro de Sancho IV de Castilla y, dentro de él, una corona formada por ocho placas de plata, adornada, entre otras cosas, con cuatro camafeos. Uno de ellos identifica a la reina Onfalia. *La España del siglo XIII: leída en imágenes*. Gonzalo Menéndez Pidal.

AMOR ENTRE QUESOS

Has estado alguna vez en Bagibel¹²? –le pregunta Juan Alfonso.

• Martín está tumbado sobre la hierba, muy cerca del lugar donde unos meses antes intervino en cierta pelea sin ser invitado y se puso a combatir codo con codo con el heredero de Cameros. Es primavera. Las lluvias recientes y el cambio de estación han propiciado una vegetación exuberante, llena de colorido. A su alrededor, la aulaga, el tomillo, la lavanda y el esparto han brotado con profusión. Y sobre ellos se escuchan decenas de trinos diferentes que se solapan.

–No –le dice escuetamente, mascando un trozo de hierba que se ha metido a la boca.

–¡Vamos!

–¿Qué?

–Siento interrumpir tu siesta, pero ¿no te aburres de no hacer nada?

–Se está bien sin hacer nada.

–Tengo un plan mejor.

–¿Beber hasta caer rendido? ¿Cazar? ¿Importunar a Capa Larga? ¿Sigo?

–Vamos a Bagibel –le dice lanzándole una piedra.

–¡Au! –se queja Martín.

–La próxima será del tamaño de tu cabeza.

Perezosamente, Martín se incorpora. Entorna los ojos cuando la luz del sol incide sobre su rostro. Están los dos solos. Le Perche se ha ido unos días de viaje, lo que les permite tener algo más de tiempo para zanganear y disfrutar del aire libre. Sin darse demasiada prisa, desata las riendas de su caballo.

–Sigo opinando que es demasiado *destrier* para ti, Guante Negro –le comenta Juan Alfonso divertido, al ver cómo tiene que saltar para poner el pie en el estribo, pues el animal ha comenzado a dar vueltas sobre sí mismo.

–Pura envidia, mi señor. Eso es lo que tenéis –le contesta para chincharle.

Cabalgan al trote durante un largo trecho. Van en silencio, cada uno metido en sus pensamientos. Se detienen ante un manantial y sacian su sed. Martín se lleva la mano izquierda sobre la derecha y se aprieta allí donde el guante queda hueco. A veces le sucede, le duelen las falanges que le faltan; o le pican. Y él no puede hacer nada por aliviar el dolor o por rascarse. García repitió decenas de veces que es normal, pero él se siente impotente. Juan Alfonso se fija en ese gesto que Martín repite con relativa frecuencia. Cuando este levanta la mirada, se encuentra con la de su compañero. Trata de esquivarla separándose un poco. El de Cameros no dice nada. Continúan su viaje uno al lado del otro.

—Fue durante la guerra de la Navarrería —comenta de pronto Martín. Juan Alfonso no le interrumpe, bien sabe que se refiere al incidente de su mano—. No recuerdo bien qué pasó, aunque tenía edad suficiente como para acordarme. Lo cierto es que no deberíamos haber estado allí. Íbamos a viajar con mi madre hacia Alagón y queríamos despedirnos de mi padre. A veces, en sueños, vuelvo a aquel día. Yo estoy en la calle jugando con mi hermana cuando dan la voz de alarma. Alguien dice que Beaumarchais va a atacarnos, que quiere obligar a la Navarrería a derribar sus defensas. La gente sale de sus casas con ballestas, venablos y lanzas; con cualquier cosa que se pueda utilizar como arma. Todo vale para enfrentarse al gobernador. De pronto, me veo rodeado de gentes que corren, de gritos de mujeres, de voces fuertes de hombres dando órdenes. Oigo a mi tío García que me pide que entremos en casa. Escucho llantos y empujo a mi hermana. Pero yo también soy empujado. No sé por quién o por qué y me caigo al suelo, delante de un caballo que me arrolla. Es el caballo de mi tío. Pero él no lo monta. No puedo ver al jinete, pero sé que no es él, que no es García, porque, en ese instante, mi tío me arrastra hacia el extremo de las casas, al abrigo de sus paredes. Y entonces me doy cuenta de que mi mano es roja, un amasijo raro de carne y huesos. Empieza a dolerme, tanto, que grito. Y, entonces, me despierto. No sé si sucedió así o de alguna forma parecida. De lo que estoy seguro es de que aquel día un caballo me pisó la mano y me arrebató dos falanges de cada uno de mis dedos, excepto del pulgar. Ese se salvó.

Juan Alfonso gira su cuello hacia él y asiente en forma de respeto.

—Dicen que duelen igual que si estuvieran ahí.

—Es cierto.

Salen a un descampado. El gorgoteo del agua se ha quedado muy atrás. La

mirada de Martín viaja perdida en el pasado. Sabe que aquel día perdió parte de su mano, pero también tuvo suerte. Aquel caballo lo podía haber matado. Ciertamente, esto no es –ni lo será nunca– un consuelo para él, por mucho que García haya tratado de quitarle importancia. «Siempre te dije que esa pérdida no te impediría ser un gran guerrero, Mano y Media».

–Eran mis primos –la afirmación de Juan Alfonso lo arranca del pasado–. Aquellos con los que nos encontraste luchando.

–¿Diferencias familiares?

–Algo así. En realidad, nos peleábamos por una muchacha.

–Noble causa.

–No es lo que piensas. No fue una noble causa porque la muchacha tampoco lo era. Ciertamente, yo me lo busqué. Ella era la amante de mi primo.

–¿Y os prefirió a vos?

–No se lo pregunté.

Martín se ríe.

–Sois un canalla.

–Repíte eso delante de algún testigo y te abriré en dos.

–Apuesto a que no seríais capaz.

–No me tientes, Guante Negro.

Llegan a Bagibel al atardecer. Juan Alfonso pone rumbo a la casa más grande. Deben conocerlo bien, puesto que un sirviente se acerca en cuanto los oye llegar y se hace cargo de los caballos. Muy cortésmente le pregunta si se quedarán a pasar la noche, a lo que Juan Alfonso le contesta afirmativamente. En contra de lo que espera Martín, no entran en la casa, sino que se dirigen a las afueras. Cuando le pregunta adónde van, Juan Alfonso se limita a sonreír de manera enigmática. Su destino es una pequeña casa, parecida a un corral. Los balidos de los corderos se escuchan ininterrumpidamente, como si fueran miles de niños quejándose. Juan Alfonso se arrima a la pared y camina pegado a ella hasta llegar a la ventana abierta. De ella se escapa un olor agrio mezcla de leche, queso y requesón. De un salto, se cuelga por el hueco. Martín escucha un pequeño grito de sorpresa. Siguen sonidos de vasijas al romperse y el revolver de muebles. Cuando se asoma por la ventana por la que ha desaparecido el de Cameros, distingue a dos muchachas. Una de ellas está en

un rincón, encogida, con las manos tapándose la cara. La otra trata de huir del intruso. Grita mientras el asaltante se ríe de sus insultos y de su mal genio. La alcanza por fin de un brazo, ella le muerde, pero sin efecto alguno, ya que instantes después la muchacha se ve encima del hombro de Juan Alfonso, con su cuerpo doblado sobre el joven y golpeando su espalda.

–Quédate con su hermana Mencía. Milia es mía.

Ante un estupefacto Martín, Juan Alfonso y Milia –*obligada*– desaparecen por la puerta. Su rastro se pierde entre los árboles.

Martín salta por la ventana. Es sencillo, ya que es baja y ancha. Mencía gimotea apretada en el rincón, deseando introducirse por la hendidura que separa ambas paredes y desaparecer. Sus manos tiemblan convulsas sobre su rostro. Guante Negro mira su mano y luego hace un balance de la situación. Endereza un taburete que está caído, recoge dos cuencos y busca paja, que echa sobre el suelo donde se ha derramado la leche. Mencía sigue llorando, pero se ha retirado las manos de la cara. Martín examina su rostro. Es bella, y lo será más muy pronto. Tiene los cabellos dorados y su mirada, del color de la miel, es líquida y transparente. Su expresión trasluce miedo. Está paralizada. De su boca sale un jadeo de sofoco, cuando el joven se le acerca. Cierra los ojos y, entonces, Martín se da cuenta de que los labios de la chica repiten algo una y otra vez.

–Mencía –la llama–. Ese es tu nombre, ¿cierto?

La muchacha mira al asaltante. Le llaman la atención sus profundos ojos negros y su pelo corto, que trata de mantener liso, pero que se ondula en la frente y detrás de las orejas. Tiene un rostro agradable y una sonrisa muy bonita. Parece una buena persona, pero no se fía de él. Y no quiere que ese desconocido se la lleve, como hace su padre con ella, o como ha hecho Juan Alfonso con su hermana. Martín se aproxima dos pasos y Mencía comienza a gimotear de nuevo. «¿Qué hago, tío?». «Yo, a tu edad, no hubiera desaprovechado la ocasión. Y lo estás deseando. Pero tuya es la elección, puesto que la carga de tus actos será tuya y solo tuya, Mano y Media». «Eso no es muy esclarecedor». «Yo creo que sí». «Entonces os doy las gracias».

–¿Qué? –son las primeras palabras que salen de la boca de la muchacha.

Martín no está muy seguro de haber dicho algo. En cualquier caso, si lo ha dicho, no era esa su intención.

–Soy Martín Almoravid–dice sentándose en el taburete–. ¿Hacéis quesos¹³?

—Son del señor de Cameros.

—¿Puedo? —pregunta señalando un trozo que hay encima de la mesa.

Mencía se separa un poco del rincón, pero vuelve inmediatamente a él al ver cómo Martín saca un cuchillo.

—¿Me partirías un trozo? —comenta, poniendo el arma al alcance de la mano de ella.

Mencía, que se ve con el arma en la mano, se revuelve en el rincón y, sin pensárselo, rezando todo lo que sabe de golpe, se precipita sobre Martín. Pero el instinto del joven es muy agudo y sus reflejos excelentes, por lo que le basta con echar el cuerpo un poco hacia atrás para evitar la cuchillada y mover su brazo izquierdo para sujetar el de la joven. Viéndose vencida, pegada al cuerpo de aquel extraño y habiendo cometido el error de atacar sin herir, empieza a sollozar. Martín no sabe si masculla plegarias o pide disculpas. Muy despacio, el joven aparta el cuchillo a un lado de la mesa y sienta a Mencía sobre sus piernas de manera que la espalda de ella se recuesta sobre su pecho. En ese instante, se escuchan gritos procedentes del exterior. Martín nota el estremecimiento de la muchacha, cuya mirada no se aparta de la ventana. La mano enguantada de Martín toma el cuchillo. Y en ese momento, la muchacha es consciente de que el peligro no viene de fuera; está sentada sobre él. Siente deseos de gritar, pero no puede. El cuchillo está demasiado cerca. En cualquier momento, aquel filo puede estar clavado en su cuello o en su corazón. Si ha de morir, solo pide que su agonía sea rápida. Se prepara para sentir el dolor, pero se sorprende al notar el contacto cálido de la mano enguantada del joven.

—Y ahora partiremos ese trozo de queso. ¿Quieres ayudarme?

Y sin esperar su respuesta, Martín dirige la mano de ella hacia el queso. Agarra el cuchillo con la mano derecha y con la izquierda el fragmento amarillento que había quedado sobre la mesa. Parte un trozo más pequeño y se lo come.

—No está mal.

—¿Cómo te atreves a decir que no está mal? Es el mejor queso de Cameros, de Castilla toda.

Martín se ríe ante el comentario.

—Tal vez el trozo era demasiado pequeño para saborearlo bien.

Mencía gira su cuerpo para ver el rostro de su captor. De alguna manera, se queda trabada en sus iris negros, sin poder despegarse de ellos. Martín

coge otro trozo de queso y se lo acerca a ella hasta los labios.

–Al señor no le gusta que probemos los quesos.

–El señor no está ahora aquí. Pero yo sí. Y yo quiero que lo pruebes.

Mencía se toma su tiempo, como si estuviera comiendo un manjar prohibido. Martín no puede menos que reírse ante las muecas que ella pone al masticar. Se quita el guante de la mano izquierda, coge otro trozo de queso y lo vuelve a llevar hasta la boca de ella. Y esta vez mete los dedos más adentro, hasta sentir su lengua y sus dientes. Se sonríen cuando ella hace lo mismo con Martín. Y luego Mencía se queda muy quieta.

–¿Qué ocurre? –le pregunta él. De lejos llegan gritos amortiguados, pero no son de dolor, ni de indignación, sino de otra cosa. Una especie de juego. Martín no está muy seguro de que Mencía note la diferencia–. ¿Quieres que yo...?

–El señor me mataría y te mataría a ti –baja los ojos dolida, rendida ante el hecho de no poder hacer nada.

Martín la atrae hacia sí y ella es consciente de cada músculo del cuerpo del joven, de los latidos de su corazón, y de su respirar acompasado. Los sentimientos se desbordan dentro de su pecho. Tiembla, pero esta vez no de miedo, sino de desconcierto. Martín roza su rostro con su dedo índice y arrastra el movimiento hasta su cuello. Sus rostros están tan cerca que pueden respirar el uno del otro.

–Vamos –le dice de pronto Martín, cogiéndola del brazo y arrastrándola fuera. La reticencia de ella es manifiesta–. No quiero estar aquí cuando ellos regresen –le aclara al ver que el miedo retorna a ella–. Está bien. Te soltaré y podrás hacer lo que quieras.

Martín recoge su cuchillo, se pone el guante y se marcha. Mencía vacila unos instantes y después sale corriendo tras él.

–Espérame.

Ni siquiera se vuelve. Ella insiste.

–Martín –le llama al llegar a su lado.

Se para y gira su cabeza hacia la izquierda, hacia donde está la muchacha. Ella baja la cabeza y le agarra de la mano. Se alejan sin decir palabra alguna. No se detienen hasta que el pueblo queda lejos y los árboles los amparan de las miradas indiscretas. Mencía no sabe qué pensar de aquel joven de profundos ojos negros que parecen llevarla hasta el centro de la Tierra. Se sientan muy juntos. El sol descende por el horizonte y se nota frescura.

–¿Y vuestros padres?

–Padre es pastor. Pasa muchos días fuera. Madre murió.

–Lo lamento.

Le sale una sonrisa difusa en medio de unos ojos brillantes por el recuerdo. Martín aproxima su rostro al de ella hasta rozar sus labios. Siente algo húmedo, agradable. Espera un poco y cuando está seguro de que ella no le rechazará empuja su lengua dentro de su boca. Pero no hace nada más y, al poco, se separa despacio. El rubor se esparce por el rostro de la muchacha. Esconde su mirada algo abochornada. Martín sonrío pícaramente. Sabe que le ha gustado. Sería fácil seducirla hasta el final, pero Martín se plantea otro reto. Un asedio sin que parezca tal. La atrae hacia sí y la abraza de manera que ella pueda recostar el rostro en el pecho de él.

–¿De dónde eres?

–De aquí, de allí, de donde me lleve el viento.

–Pero nacerías en algún sitio.

–Si te refieres a eso, nací en Elcarte.

–¿Elcarte?

Le gusta la manera en que ella lo repite.

–Está en el reino de Navarra, cerca de Pamplona.

–Seguro que tienes una historia increíble que contar.

–Ni te lo imaginas –le susurra en la oreja. Y ella siente un cosquilleo placentero que la hace estremecer.

Cuando regresan, una débil luz se vislumbra en el interior. Al escuchar pasos, Milia sale a todo correr.

–Quita tus sucias manos de ella –le amenaza llorando, enrabiada.

Martín se detiene y deja que la muchacha avance sola. Pero, después de unos pasos, Mencía también se detiene y mira hacia atrás, clavando la mirada en aquel joven que ha aparecido de pronto en su vida. Se pregunta si esa será la primera y la última vez que se vean. Reconoce, para su contrariedad, que desea volver a verlo. Desanda los pasos que los separan y le da un beso en la mejilla.

–Me gustaría volver a verte –le dice él.

–Ya sabes dónde estoy.

Corre hacia su hermana y le asegura una y mil veces que está bien, que

Martín ha sido un caballero con ella y que no la ha tocado. No se lo cree Milia, quien insulta reiteradamente a Guante Negro hasta mucho después de que él desaparezca de su vista. A pesar de las palabras agudas e hirientes, Martín se va de allí con un palpito nuevo en el corazón.

Le han guardado algo de comida y agua para cenar, pero no hay ni rastro de Juan Alfonso. Cuando pregunta por él, un sirviente le informa de que se ha retirado a descansar. Come con rapidez y se encamina a su habitación. Se tumba sobre la cama y, en el vacío negro en que se ha convertido el techo, dibuja miles de estrellas. Y el corazón se le acelera como no lo había hecho nunca.

Juan Alfonso toca en su puerta pronto aquella mañana. Somnoliento, Martín aparece en el alféizar despeinado y en calzones.

–Parece que tuviste una buena tarde ayer.

–Y supongo que vos también.

–Ni te lo imaginas.

–¿A qué vino todo ese teatro?

–Solo es un juego que nos traemos entre manos.

–Un juego que Mencía no comprende. Está aterrorizada. Os tiene miedo.

–¿Eso te dijo?

–No hizo falta que me dijera nada. ¿La habéis forzado a ella?

Martín no se espera el puñetazo, que impacta fuertemente en su mandíbula.

–No es asunto tuyo. Y no te atrevas a reprobar mis actos.

–Solo era un comentario.

Juan Alfonso pasa una semana entera sin dirigirle la palabra.

¹² Bagibel: al parecer, fue el centro de Cameros. Se desconoce el emplazamiento exacto de esta localidad hoy desaparecida. Diversas fuentes la sitúan en la cuenca del Najerilla, cerca de Bobadilla. Otras, la emplazan cerca de Hornillos de Cameros.

¹³ En Castilla, el queso se utilizó como moneda en trueque y transacciones durante la Edad Media.

DELIRIOS DEL PASADO, ECOS DEL FUTURO

Aunque no las necesita –le han dicho hasta la saciedad que es bienvenido en aquel hogar–, Ximeno visita la residencia Almoravid con excusas como llevar recados de su tío el abad, o de Martín. Tiene siempre palabras amables hacia Teresa, a la que busca agradar, pero su verdadera intención es impresionar a Johana. Hace muchos años estuvo casado. Su esposa murió en el alumbramiento de su primer hijo, al que también perdió. Desde entonces ha renunciado a esos sentimientos que Johana parece volver a despertar.

A Teresa le agrada la presencia de aquel Aibar atento, educado y de buena presencia. Pero ni siquiera se le ha pasado por la cabeza que lo que esconden las visitas de Ximeno tenga que ver con su hija. Sin embargo, aquella tarde, cuando se levanta a llamar a la sirvienta, se percata de dos cosas. La primera, la forma en que Ximeno le habla a ella mientras mira a Johana. La segunda, que su hija ha dejado de ser una niña. Su primera reacción es replegarse, y replegar con ella a Johana. Es cierto que, aunque Ximeno le dobla la edad a su hija, es un buen partido. Sin embargo, no hay que olvidar que Ximeno es el primogénito de los Aibar y será difícil que su padre acceda a su compromiso con la hija de un *banido*. Así que, cuando Ximeno propone dar un paseo como en tardes anteriores, Teresa saca a relucir no solo su testarudez, sino el instinto de protección maternal. Y rechaza la invitación de manera abrupta. Teresa piensa que mejor el desengaño ahora que más tarde. Hasta tiene la impresión de que Johana ha empezado a encariñarse del joven. Y ella no va a propiciar la infelicidad de su hija. Ni va a estorbar un casamiento ideado por Fortún.

Dos semanas después de ese episodio, Ximeno ha dejado de rondar la casa del barrio de Santa María, por lo que doña Teresa Artal respira tranquila, pensando que Ximeno ha desistido. Aunque lo único que ocurre es que

asuntos familiares lo han mantenido alejado de Calahorra. Sin embargo, se preocupa al notar cómo su hija vaga como un alma en pena por la casa, pálida e inapetente, como si llevara todo el peso del mundo sobre sus espaldas. Y ella sabe que lleva la carga del amor en su pecho. Lo que no sospecha la aragonesa es que Johana suspira por Juan Alfonso y no por Ximeno.

Viendo a su esposo preparar los útiles de caza se pregunta si no debería comentarle algo. Después de todo, él es el que debe negociar el futuro de su hija. Sin embargo, aparca esa decisión para más adelante. En esos momentos tiene decenas de cosas en la cabeza. Juan Alfonso de Haro, señor de Cameros, ha organizado una cacería para los próximos días y todos andan concentrados en los preparativos. En esos instantes, Fortún examina y elige las armas y ropajes que llevará con él. Teresa contempla su andar cansino. Hace tiempo que arrastra su pierna izquierda renqueante por el suelo y su mirada se pierde en un horizonte que parece no existir. Si esperaba que la muerte de García los liberara a todos del peso que arrastran desde hace nueve años... se ha equivocado.

—¡Teresa! —la llama—. ¡Ah! Estáis aquí —exclama al toparse con ella—. ¿Estáis ya preparadas?

—Iré a buscar a Johana.

Fortún mira hacia arriba con impaciencia. No le gusta que le hagan esperar.

Teresa se apoya en la barandilla y se empuja escaleras arriba. Llama a la puerta de la habitación de su hija y entra. Por supuesto, no está lista. Tiene un pulso echado a la sirvienta. Esta mete, aquella saca. Teresa carraspea y la sirvienta mira cabizbaja al suelo, con la culpabilidad escrita en su rostro. Suspira aliviada cuando la señora le dice que puede marcharse a ayudar al señor a cargar los bultos. Madre e hija se quedan frente a frente. Teresa insiste para que su hija se apresure. Johana se pone tozuda, aferrada a ese sentimiento de injusticia que siente sobre ella.

—Madre, no insistáis. No me encuentro bien.

—El viaje es corto y te hará bien el cambio de aires. Además, tu padre ha recalcado que ambas vayamos.

—No quiero ir, madre —dice ahogada por el pánico. No quiere estar cerca de Juan Alfonso porque le va a ser imposible esconder sus sentimientos. Ansía verle, es cierto, pero teme ese momento, ese encuentro.

—Pues has de ir. Y, si no quieres dar un disgusto a tu padre, será mejor que

bajes cuanto antes.

Rezonga a regañadientes.

—¡Ojalá estuviera aquí mi tío García, él me apoyaría!

Teresa se pone brazos en jarras delante de su hija. Johana conoce muy bien esa postura.

—Como que me llamo Teresa Artal de Alagón que te vas a poner en pie y vas a bajar ahora mismo.

Johana tiene los ojos húmedos. Está al borde del llanto. Desea quedarse, castigarse por sentir eso que siente por Juan Alfonso. Pero igualmente desea ir y verlo, escuchar sus palabras y poder llegar a rozar las puntas de los dedos de su mano, como aquella noche. Está confusa. Le zahiere un miedo atroz a no poder dominar sus sentimientos. La voz de su padre reclamándolas le hace centrar la vista en la puerta. Cruza sus brazos en un gesto de forzada indignación y sale. Baja y se acomoda en la carreta, mientras el paje coloca las pertenencias que van a llevar al señorío Almoravid.

Fortún no pierde el tiempo. En cuanto pone un pie en el castillo de Daroca, deja la instalación para las mujeres y se une a los hombres. Junto al anfitrión, Juan Alfonso de Haro, están Pedro Ximénez de Aibar, el hermano de este, Martín Ximénez de Aibar, y los jóvenes de Haro, junto con Martín Almoravid y Ximeno Martínez de Aibar. Se respira un buen ambiente y los anfitriones han cuidado hasta el más mínimo detalle. Las cocinas funcionan desde primeras horas de la mañana para preparar las comidas, los caballos están listos y ensillados, decenas de perros recorren los alrededores nerviosos y los cetreros preparan las aves de presa. Fortún, a quien sigue un melodramático Iñigo, saluda a todos. Al llegar al lado de Martín Ximénez, nota la hostilidad con que este lo trata. Fortún toma nota de ello. Hace años que no han coincidido, sin embargo, su trato siempre ha sido correcto, por lo que le extraña la animadversión. De reojo, observa a los más jóvenes. Entre ellos parece reinar un buen ambiente. Se les ve excitados por la jornada que va a comenzar y se jactan de cuántas piezas va a cobrarse cada uno. La cacería se celebra dos semanas después de la boda de Juan Alfonso de Haro y de Theresa Almoravid y se respira un ambiente festivo.

Parten hacia la sierra de Moncalvillo. Fortún se coloca al lado de su hijo y le tiende una mano sobre el hombro. Martín gira su cabeza hacia su

progenitor. En su rostro, el padre advierte esa primavera exultante que él perdió de manera brusca en Navarra. Se alegra por él, pero por detrás llega Iñigo dispuesto a extender su punto de amargura sobre la existencia de los demás.

–Aventuro una exitosa jornada de caza bañada en agua. Creo que en vez de corzos y jabalíes tendremos que lidiar con barbos –la ironía le sale por los cuatro costados.

–Pasaréis un mal rato, tío –dice Martín. Los acontecimientos de los últimos meses le han hecho coger más confianza en sí mismo–, ya que no sabéis nadar. Estáis a tiempo de regresar y esperar junto a las mujeres.

El comentario del joven arranca una serie de carcajadas de sus compañeros. Iñigo no se amilana por las palabras. Y les repite varias veces que él ya lo ha avisado.

Ascienden por un sendero embarrado. Aunque el cielo está despejado, las nubes han descargado durante la noche, y el agua se ha acumulado en los socavones y baches de los caminos. Los hombres se despliegan pronto para abarcar un terreno más amplio y Fortún sigue a Martín Ximénez y se empareja con él. Busca el momento propicio para hablar de asuntos de familia. Tiene en mente un acuerdo nupcial para Ximeno y su hija. Le habría gustado tratar el asunto a solas, pero no consigue despegarse de la sombra de su hermano Iñigo, quien parece dispuesto a fastidiarle el día.

–Dicen que en vuestra última cacería os hicisteis con la pieza más hermosa –comenta Fortún.

Martín Ximénez lo mira de reojo.

–El jabalí más grande. Una enorme pieza de sabrosa carne. Ni entre cuatro hombres podían con ella.

«Eso sin exagerar», piensa Almoravid.

–Hoy espero que la jornada sea igual de fructífera.

Parece de buen humor. Eso anima a Fortún para presentar su propuesta. El matrimonio de su prima Theresa con Juan Alfonso ha unido a la familia Almoravid con el linaje de los señores de Cameros y de Haro. Y no hay que olvidar que el actual teniente de Calahorra está emparentado con el rey Sancho, tanto por vía paterna como a través de la familia de su primera esposa, ya fallecida, Constanza Alfonso de Meneses, tía de la reina María de Molina.

Martín Ximénez es un hombre maduro, algo mayor que Fortún. De cara

redonda y ojos pequeños, pero vivos. Le gusta cantar mientras cabalga y roe raíces de plantas que él considera imprescindibles para tener una vida larga y sin enfermedades. En esos momentos, su voz grave sostiene una nota pronunciada en lo que él alardea que es una llamada para que los animales se acerquen. Asegura que eso fue lo que facilitó la captura del último de sus trofeos.

–Recuerdo –dice Fortún cuando Martín concluye su grito– aquel viaje que realizasteis con mi hermano García por tierras inglesas, junto con el rey Teobaldo I. ¿Fue en 1255?

–1256 –alardea de su buena memoria.

–El rey se rodeó de sus mejores hombres.

–Eran otros tiempos y no sé qué pensaría ahora el rey trovador de vuestro hermano –le dice, mirándole directamente a los ojos.

–Yo tampoco sé lo que pensaría. De cualquier forma, García está muerto. Supongo que esa noticia se habrá sabido en Navarra.

–Suponéis bien. Conozco a cierta familia que ha disfrutado al saberlo.

Se refiere a la viuda y a los hijos de Pedro Sánchez de Monteagudo, señor de Cascante, a quien García asesinó durante la guerra de la Navarrería.

–¿Y qué pensáis vos?

–Si lo que estáis tratando de considerar es la idea de que yo os allane el camino para regresar a Navarra... no contéis conmigo.

–No entraba eso dentro de mis consideraciones. Pero sí que tengo una propuesta que haceros. Vuestro hijo Ximeno ha frecuentado mi casa recientemente, buscando la compañía de mi hija Johana.

–¿Vuestra casa? En todo caso será la de mi hermano. Y ni lo penséis. No consentiré que Ximeno y Johana se casen.

Fortún toma aire para reprimir su furia, mientras ve cómo Martín Ximénez de Aibar hinca espuelas y se lanza al galope canturreando esa tonadilla de llamada a los corzos o a los jabalíes, o al animal que piensa cazar. Una risa fuerte y seca se escucha por detrás de él.

–¿Qué os hace tanta gracia, Iñigo?

–Saber que vos intentáis construir algo que con denodado esfuerzo vuestra esposa está horadando.

–¿A qué os referís? –su mirada muestra reto y discordia.

–Teresa le ha prohibido la entrada a Ximeno en *nuestra* casa –dice remarcando mucho la palabra *nuestra* y riéndose entre medio–. ¿No os habéis

fijado en vuestra hija? ¿No habéis visto lo afligida que está? ¿Y no os habéis preguntado la causa?

Iñigo cree erróneamente que el infortunio que siente su sobrina está causado por la ausencia de Ximeno y por eso se lo transmite así a su hermano. Fortún se queda solo. El mundo gira a su alrededor. Sus ojos oscuros, sus ojos Almoravid, se entornan y su semblante permanece serio. ¿Cómo no se había dado cuenta de eso? ¿Tan ensimismado estaba en sus planes que ni siquiera se había percatado de que algo no iba bien? Debe hablar con Teresa. Y cuanto antes mejor. Mira hacia atrás y luego retorna su mirada a la sierra que se eleva delante de él. La entrevista con su esposa tendrá que esperar.

Un gran alboroto se produce en el patio cuando los hombres regresan. Los sirvientes son los primeros en comentar la hermosura de las piezas que van metiendo en el recinto. La curiosidad lleva a las mujeres a las ventanas. María Jordán, la esposa de Martín Ximénez, Theresa Almoravid y Teresa Artal de Alagón se pegan a la ventana y observan la entrada triunfal de los cazadores. Van risueños los jóvenes, pero aún más satisfechos los padres. Juan Alfonso, con los brazos manchados de sangre hasta los codos, sonríe sin parar. Su aspecto preocupa a Theresa. Pero se tranquiliza al comprobar que ya ha comenzado el despiece de alguno de los ejemplares y que su apariencia se debe a que está participando activamente en él.

Theresa Almoravid ordena que se preparen unos grandes asadores en el patio, mientras en las cocinas se cuecen ya las verduras y se elaboran las delicias que se servirán de postre. Todas las mujeres salen al patio. Quieren observar de primera mano las piezas cobradas. Johana se rezaga y se excusa para quedarse en el castillo. Se encamina hacia la ventana que poco antes han ocupado su madre y las dos Teresas y se queda mirando fijamente desde una de las esquinas. Tiene miedo de verlo y la asola no hacerlo. No ha habido promesas entre ellos, tan solo un ligero acercamiento. Pero su corazón arde apasionado. De poder, se lo arrancaría para no sufrir. Pero no puede hacerlo, y el siguiente latido duele como si alguien hubiera descargado el látigo sobre él. En ese momento reconoce el cabello castaño de Juan Alfonso, su andar seguro y su sonrisa abierta. Parece contento. Lo pierde de vista un instante y luego lo ve aparecer con una pieza de carne sobre su hombro. Hace gestos ostensibles dirigidos al animal y a su persona, como si quisiera que todos reconocieran el mérito de haber sido el artífice de su cacería. Johana se lleva

las manos al pecho. ¿Es así como duele el amor? ¿Es realmente amor lo que siente por Juan Alfonso cuando quiere aborrecerlo? Se aparta de la ventana y se va a la habitación que le han asignado. Le ha prometido a su madre que participaría junto con los demás en todo lo que se organizara, pero se siente realmente mal y solo quiere retirarse y poder llorar sin que nadie se entere.

Fortún consigue por fin apartarse de sus obligaciones y busca a su esposa. No tiene tiempo y no está para bromas, así que no se traba en explicaciones superfluas.

—Me ha pasado algo curioso —le dice—. Trataba yo de entablar conversación con Martín Ximénez de Aibar sobre nuestros hijos y descubro que vos intentáis separarlos.

—¿Por qué iba a querer yo separarlos? Después de todo, fue Juan Alfonso el que llamó a nuestro hijo a su lado, y Ximeno...

—¡Por Dios!, Teresa. No estoy hablando de Martín. Hablo de Johana.

El semblante de la dama muda de color.

—¿Habláis de Johana y de Ximeno?

—Por supuesto. ¿Es cierto que lo ahuyentasteis de nuestra casa?

—No quería que Johana se hiciera ilusiones, eso es todo. ¿Por qué no me comentasteis vuestros planes?

—Porque no quería que os entrometierais.

Teresa tuerce el gesto y se pone con los brazos en jarras.

—Supongo que ha sido vuestro hermano.

Fortún asiente.

—¿Y qué os ha dicho Martín Ximénez?

—Que no consentirá el matrimonio.

—De eso mismo trataba yo de defender a Johana.

—Que lo haya dicho no significa necesariamente que lo piense. Solo busca tiempo para ver el beneficio de esa unión. Eso es todo.

—¿Estáis seguro? —pregunta, cuando lo que verdaderamente le intriga es saber por qué hacen las cosas de manera tan enrevesada. No espera la respuesta—. ¿Con vuestra prima Theresa también fue así?

—Por supuesto, pero el caso de mi prima no viene a cuento.

—¿Y qué pensáis hacer?

—Demostrarle que se equivoca con nosotros.

–¿Y me dais permiso para inmiscuirme a partir de ahora?
Fortún entorna los ojos e insinúa una leve sonrisa.

Teresa se acerca por detrás hasta el lugar que ocupa María Jordán y la saluda con una sonrisa abierta.

–¿Habíais estado antes aquí?

María es menuda e inquieta. Ximeno ha heredado de ella el color de los ojos, de un azul claro, limpio y directo. Por lo demás, poco se parecen.

–No. Es mi primera visita al señorío y he de decir que me ha impresionado.

–¿Habéis disfrutado ya de las vistas desde las almenas?

–He de confesaros que padezco de vértigo.

–Entonces os llevaré a una ventana desde la que podréis admirar la sierra de Moncalvillo sin asomaros.

Caminan del brazo por uno de los pasillos cuyo final desembocaba en una habitación circular.

–¿No es precioso el paisaje?

María admite que la sierra se ve hermosa desde allí.

–Todas estas han sido tierras de los Almoravid desde siglos atrás.

–¿Es cierto eso?

–Mi esposo os lo podrá decir mejor, pero varios antepasados suyos han sido tenentes de Calahorra.

María hace un gesto de contrariedad, como si le costara expresar lo que va a decir a continuación. Teresa la anima elevando ligeramente sus cejas.

–Lamento que ahora hayáis caído en desgracia –le asegura de modo confidencial, bajando la voz.

–Es cierto que nos hemos visto obligados a salir de Navarra, pero mi esposo está convencido de que será temporal y que al final se hará justicia –le responde Teresa con la misma discreción.

–¡Cuánto me alegro de oíros decir eso! ¡Yo que lo vea!

Teresa sonrío a su comentario y, tomándola del brazo, se acerca a ella con el ademán de hacerle una confidencia.

–Para nosotros ha sido un auténtico honor haber contado con el apoyo y la generosidad de vuestro cuñado. En fin, y no ha sido el único de la familia Aibar que se ha mostrado respetuoso. Vuestro hijo Ximeno, sin ir más lejos,

ha sido un asiduo visitante a nuestra casa en fechas recientes. Si queréis que os diga algo curioso, creo que mi hija Johana siente cierta simpatía hacia él. Se me hace raro, por la diferencia de edad, pero tal vez sea eso mismo lo que la atraiga. ¡Oh! Disculpad mi atrevimiento. Tal vez Ximeno tenga en mente alguna dama navarra para hacerla su esposa y yo esté llegando a conclusiones erróneas. Pero tened en cuenta que, como madre, me preocupa que mi hija sufra.

—Ximeno nada ha comentado al respecto y, que yo sepa, no hay previsto ningún casamiento por su parte. Pero ya sabéis cómo son estos hijos; de pequeños, pegados a nuestras faldas; crecen y se olvidan de nosotras.

—Sí, es cierto.

—De cualquier forma, no dudo de la honorabilidad de mi hijo. En ese sentido, podéis estar tranquila.

—Por supuesto, por supuesto. Johana, y con ella todos nosotros, nos sentimos halagados por sus atenciones. Y para nosotros será un honor seguir contando con su presencia en nuestro humilde hogar, si sus intenciones son nobles.

Fortún está contrariado. No le hace ninguna gracia haber descubierto que su esposa ha pisoteado todo el terreno que él trata de abonar. La mira de soslayo. Le agrada verla salir del brazo de María Jordán. Confía en que no sea demasiado tarde. Aun así, cierto resentimiento parpadea dentro de su corazón. Dirige su mirada hacia los jóvenes. Juan Alfonso, Ximeno y su propio hijo parecen divertirse. Forman un círculo estrecho, casi cerrado, de compañerismo. Entorna los ojos. Los tres hablan y ríen a la par que señalan las piezas cobradas. Martín es el más joven de todos, pero parece haber encajado bien entre ellos. ¿Qué se ha perdido? ¿Cómo ha conseguido Martín alcanzar la confianza que Juan Alfonso parece haber depositado en él? «Tal vez sea el momento de incluir a Martín en los negocios familiares». Se encamina hacia ellos con paso seguro.

—Vuestro hijo alardea de haberse cobrado la pieza más grande de todas estas.

—No sé si ninguno de vosotros debería presumir mucho viendo el género.

El comentario suscita un coro de risas encadenadas. Fortún examina las piezas con más atención y centra su vista en un jabalí que tiene una flecha

incrustada entre los hombros y un tajo en el cuello desde el que todavía mana sangre fresca. No puede apartar los ojos de él, igual que le fue imposible apartar la vista de otro jabalí hace muchos años. Un jabalí que cazó su hermanastro García y que presentaba las mismas heridas que aquel. Gira su cabeza hasta encontrar los ojos de su hijo. Martín inicia una media sonrisa y una pose que quiere decir: «sí, he sido yo». Por un momento, Fortún cree estar viendo a García, y un escalofrío recorre su cuerpo. Un estremecimiento en el que caben muchos sentimientos. ¿Ha subestimado a su hijo? ¿Hasta dónde está Martín influenciado por su tío? ¿Hasta qué punto ha heredado su genialidad y su locura?

–Me gustaría hablar con mi hijo –se decide al fin.

–¿Ocurre algo, padre?

Fortún no habla hasta haberse alejado un poco de los otros dos jóvenes. Padre e hijo inician un paseo informal por el patio.

–¿Cómo estás?

–Bien. ¿Por qué lo preguntáis? –dice extrañado.

–Solo quería saber si estás a gusto con los Haro.

Martín se encoge de hombros y se pasa la mano por detrás de la nuca en un gesto de cierta incomodidad.

–Juan Alfonso me ha integrado dentro de sus rutinas.

–Eso está bien, hijo.

Permanecen en silencio. Martín está realmente nervioso. Hace mucho tiempo que no tiene una charla con su padre. Si lo piensa bien, duda de haberla tenido alguna vez. Fortún, por su parte, busca la mejor manera de afrontar aquello que quiere decir. En cierto modo, trata de dirigir a su hijo según sus intereses. Clava su mirada en el joven Almoravid de diecisiete años al que, ciertamente, no ha prestado mucha atención y que ahora le sobrepasa en altura. Sus ojos negros son tan profundos como la noche, tan penetrantes que hasta duelen. Dentro se intuye esa mirada convincente que arrastra voluntades que tan bien conoce, aunque todavía no haya despuntado. Tal vez nunca lo haga, piensa con cierto alivio. O tal vez... Detiene sus pensamientos. Martín sonríe con esa timidez que tanto le recuerda a una joven Teresa, la primera vez que la vio. Esos dos pequeños hoyuelos en sus mejillas son su herencia.

–Quería hablarte de tu hermana.

Aguarda a ver la reacción de su hijo.

–¿Le ha sucedido algo?

–No, no se trata de eso.

–Entonces, ¿cuál es el motivo?

–Se trata de los Aibar y de nosotros.

–Creo que no os comprendo, padre.

–Martín, Johana tiene ya quince años. Es hora de buscar la mejor opción para su futuro.

–Y habéis pensado en casarla con uno de los Aibar. ¿Es eso? ¿Cuál de los hijos de Martín Ximénez de Aibar tenéis en mente?

–Ximeno –le aclara, agradeciendo que Martín haya captado enseguida sus intenciones.

–¿Ximeno? –pregunta algo perplejo.

–Mira, Martín, es un asunto delicado que pretendo resolver este fin de semana. Ximeno ha frecuentado nuestra vivienda en los últimos meses y creo que eso es señal de que Johana le gusta. Y quiero aprovecharlo. Sin embargo, tu hermana anda estos días airada. No hay forma de hacerle salir de sus habitaciones y ha puesto todas las trabas posibles para venir aquí. Creo que su enojo se debe a que tu madre le sugirió a Ximeno que dejara de visitarla. Ahora está encerrada en sus aposentos. Quiero que vayas a hablar con ella. Convéncela sutilmente para que se ponga guapa y se pasee de tu brazo. Asegúrate de que Ximeno se fija en ella.

–Padre, no sé si yo... ¿No habéis pensado que es mejor que fuerais vos quien tratarais con ella este tema?

–Martín. Yo puedo ir y obligarla a bajar, pero estaría seria y enfurruñada y mi mayor deseo es que Ximeno la vea feliz y que don Martín Ximénez de Aibar crea que es la mejor nuera que puede tener. Me consta que entre tu hermana y tú siempre ha habido una relación cercana. Transmítele confianza. Dile que todo se va a solucionar. Yo hablaré con ella cuando los detalles estén solventados.

Martín asiente, pero no se encuentra cómodo con su misión. Sin embargo, obedece.

Al notar los golpes en la puerta, Johana se revuelve inquieta sobre la cama y reclama que la dejen en paz. Pero al descubrir que es su hermano, la joven se enjuga las lágrimas, se atusa el cabello y se estira el vestido.

–¿Se puede saber qué haces aquí escondida? Hay una fiesta en el señorío. Varios caballeros jóvenes están ansiosos por requerir tus atenciones y en las cocinas están elaborando unos guisos de lo más sabrosos.

–Me encuentro indispuesta.

–Yo te veo hermosa, como si estuvieras... enamorada.

Ruborizada, Johana se levanta de la cama y camina hacia la ventana. Juega con sus dedos, entrelazando unos con otros, nerviosa.

Mientras, Martín sonríe. Ha dado en el clavo. A fin de cuentas, no va a ser tan difícil.

–No te preocupes. Padre se va a encargar de todo –le asegura su hermano acercándose a la ventana.

–¿Padre? ¿A qué te refieres? –pregunta ella sorprendida.

–Padre está al corriente.

–No te entiendo –dice con un ligero tartamudeo. Es imposible que su padre sepa nada de sus sentimientos.

–¿Me guardas un secreto?

Johana enarca las cejas y Martín no espera la respuesta.

–Padre va a hablar este fin de semana con su padre.

–¿Con su padre?

–No debería decírtelo. Pero él ansía este enlace tanto como tú.

A Johana se le cambia el semblante. Una enorme felicidad la atraviesa de lado a lado. Su corazón se ensancha y su boca dibuja la sonrisa más bella que nunca nadie haya podido ver. No tenía ni idea de cómo se había enterado su padre de sus deseos, pero eso le daba igual. Le daba igual. ¡Iba a casarse con Juan Alfonso!

–¡Martín! ¿Es posible?

–No le digas a padre que te lo he dicho. Él te dará los detalles cuando todo esté hablado.

Johana corre por la habitación, se peina, se pellizca las mejillas, pregunta si el vestido que lleva es el adecuado, zapatea, ríe como una tonta y busca el brazo de Martín para unirse al festejo. Entra sonriente en el salón. Habla con su tía. No puede dejar de sonreír. Busca a Juan Alfonso. Sus miradas se encuentran. Ella es la persona más feliz del mundo. No ve el momento de estar a solas con él, de decirle lo feliz que es por lo que va a ocurrir.

–Estás muy hermosa esta noche –le dice su hermano–. A Ximeno le gustará ver que has elegido el color del vestido a juego con el color de sus

ojos.

–¡Ximeno! –exclama ella de pronto.

Tira del brazo de su hermano, perpleja. Y la angustia sustituye a la felicidad. Y la estupefacción al regocijo.

–Sí, Ximeno –le dice su hermano condescendiente, tirando de ella, dirigiéndola hasta su sitio.

–¡Ximeno! –vuelve a repetir incrédula, dándose cuenta entonces de que Ximeno Martínez de Aibar ha estado yendo a su casa para verla a ella. Lo que menos se había imaginado. Siente vértigo. Ella ama a Juan Alfonso. Lo ama de veras. ¿Por qué su padre ha pensado en Ximeno? Es atento y amable, sí, pero su corazón no palpita cuando la coge de las manos de igual forma que cuando siente el contacto del de Haro. Y es ¿cuántos años mayor que ella? ¿Quince?

–No puedo, Martín –siente deseos de llorar. Quiere regresar a su habitación–. Tienes que ayudarme.

–Por supuesto. Cuenta conmigo.

Respira aliviada, pero el alivio tan solo le dura un instante. Se desbarata al escuchar el siguiente comentario de su hermano.

–Supongo que te asusta la diferencia de edad, pero Ximeno tiene buen carácter.

Siente que le falta la respiración.

–No puedo, Martín. De verdad que no.

–No pasa nada. Respira y todo irá bien –Martín la acompaña hasta el sitio donde están las mujeres y se despide de ella. Está orgulloso. Ha cumplido su misión.

El viejo salón Almoravid se ha llenado de luces. Los hombres ocupan su lugar en él, mientras las mujeres permanecen en otro salón anexo. Fortún se asegura de que su hija se sienta al lado de su madre y después asiente levemente al constatar cómo Ximeno se revuelve inquieto tras ver pasar a Johana del brazo de su hermano. Johana también está inquieta. Vuelve la cabeza buscando a Juan Alfonso, pero lo único que encuentra es la sonrisa de Ximeno.

Durante la cena, Fortún trata de entablar conversación varias veces con Martín Ximénez de Aibar, pero este permanece distante. Apenas si le

contesta y, cuando lo hace, la conversación se atasca en monosílabos y silencios ahogados en la copa de vino que pasa de mano en mano y se rellena. Hasta que Fortún desiste. No es bueno forzar la situación y, después de todo, aquel es un asunto que debe tratarse de forma discreta.

Por la mesa se pasea el nombre de Felipe III de Francia, decidido a continuar su guerra particular contra aragoneses y castellanos. Ya ha conseguido que el papa Martino IV despoje a Pedro III de Aragón de su trono –en el que ha colocado a Carlos de Valois, hermano del rey de Francia–, y en esos instantes predica una cruzada contra el aragonés. Se discute sobre qué papel jugará Navarra en ese asunto. Cuando le pregunta a Martín Ximénez sobre ello, el de Aibar no puede eludir la respuesta y confiesa que se ha producido una llamada a las armas en el reino y que las milicias se están preparando para ponerse a las órdenes del rey de Francia. Fortún se rasca la barbilla en un gesto indefinido para su interlocutor.

–Y vos, ¿vais a acudir a esa llamada?

–Quizá deberíais ir vos. Así tal vez conseguiríais el perdón de vuestro rey. ¿No es eso lo que queréis? –su animadversión es palpable.

Juan Alfonso, que acaba de recibir la copa, la eleva y hace un brindis, mientras el delicioso asado es depositado sobre la mesa. La conversación queda momentáneamente en el aire. Fortún mira al techo. Sabe que su hermano García se estará mofando de él allá donde quiera que esté. «No sois el más indicado para reiros. Si estamos aquí... es por vuestra culpa». «No os está yendo tan mal. Mirad a mi sobrino». Martín ríe y no escatima ni un sorbo cuando le pasan la copa. No parece ser aquella la primera vez que bebe de ese modo. No se vuelve a retomar la conversación de la guerra y todos se centran en repartirse la carne. Juan Alfonso es el primero en servirse. Y, para asombro de Martín Ximénez, el propio anfitrión elige para Fortún uno de los mejores trozos. Los platos se vacían pronto. Llega el momento en que las mujeres se levantan y acuden a la sala principal. Una breve estancia para saludar a los esposos y comentar lo bueno que estaba todo, antes de retirarse a sus aposentos. Johana permanece en todo momento en un segundo plano, de espaldas a Ximeno, entre su madre y María Jordán, buscando con la mirada a Juan Alfonso.

Poco espera Ximeno para ponerse en pie cuando la joven se retira.

—¿Adónde vais?

—Necesito vaciar la vejiga —dice ausentándose.

—Déjalo ir —la voz de su padre muy cerca de su oído sobresalta a Martín—. Y asegúrate de que se encuentra con tu hermana. Si es a solas, mejor que mejor.

—Pero, padre, no es de recibo que se encuentren a solas.

—No se atreverá a tocarla. No aquí en el castillo, en la casa de los Almoravid, y estando yo cerca.

«Y si lo hace —piensa—, solo me servirá en bandeja la excusa perfecta para que el padre de Ximeno no tenga más remedio que aceptar el compromiso».

Martín sale, al grito de «espera», y detrás de él parte también Juan Alfonso. Fortún no los pierde de vista hasta que sus voces recias, regadas por el vino, dejan de escucharse. Solo entonces vuelve su atención a la mesa donde esperan el señor de Cameros y Martín Ximénez de Aibar. Se sienta más relajado, cual araña que ha tejido su red y espera paciente que algún insecto caiga en ella. Mira al de Aibar preguntándose si será él ese insecto.

Amanece cuando Fortún atraviesa la puerta de sus aposentos. El cuerpo de su esposa forma un pequeño bulto encogido en uno de los extremos. El fuego está a punto de extinguirse. Lo reaviva, alimentándolo con los dos troncos más grandes que encuentra. Se toma su tiempo, acercando sus manos y casi acariciando las llamas que se forman con lenta parsimonia. El calor roza las yemas de sus dedos. Parece casi tangible. Revuelve luego entre sus pertenencias y prepara un trozo de pergamino. Necesita poner en orden sus ideas.

He decidido poner todo mi empeño en esta empresa. Poco ha querido hablar Martín Ximénez de Aibar sobre Navarra, pero, por lo que ha dicho, deduzco que nuestro reino se ha convertido en un apéndice insignificante de Francia. Felipe el Atrevido no se acuerda de él si no es para reclamar levadas que le amparen en las continuas batallas que mantiene con Aragón y con Castilla. Incluso anda enredado en un feo asunto con Inglaterra. Y nuestros legítimos reyes, doña Juana y Philippe, ese que apodan el Hermoso, ni siquiera se han dignado pisar suelo navarro para jurar nuestros fueros y costumbres. No digo que a Navarra le hubiera ido mejor de haberse atrevido los castellanos a enfrentarse con las tropas francesas —a nosotros por supuesto que sí—, pero, de un zarpazo, los Capeto han despojado al reino de su

esencia. Ahora son los funcionarios franceses quienes llevan las riendas. Creo que es hora de que nos devuelvan aquello que nos pertenece. Y no hablo de los Almoravid, hablo del pueblo de Navarra. No sé qué me pasa. A veces me da la impresión de que se me acaba el tiempo. Pareciera que ha germinado en mí una semilla que creía inexistente; un sentimiento que me hace imposible apartar el pensamiento de nuestras tierras. Tiene que ser ahora. De alguna manera, lo sé. Ahora.

Como hace casi nueve años, tengo la sensación de que los acontecimientos se escapan entre mis dedos, de que un río invisible me arrastra, mientras todo aquello que sucedió en 1276 me viene a la mente como si hubiera sucedido ayer. A veces me da la impresión de que esa hoguera que nos consumió a todos sigue ardiendo. Y mucho me temo que tampoco esta vez podremos apartarnos de su trayectoria. Para bien o para mal, creo que existe un nudo en el que estamos atrapados.

He recibido vuestras monedas y, con ellas, mucho me temo que he heredado una encomienda y una maldición. Pero ya no puedo parar esto, igual que nadie pudo parar la reacción de los burgos, después de que los de la Navarrería saliéramos armados hasta los dientes para defendernos del avance de Beaumarchais. El burgo de San Cernin y la población de San Nicolás extremaron la vigilancia. Y el gobernador, encolerizado, envió un correo a Felipe III de Francia. La desesperación hizo a unos buscar treguas y a otros tomar las armas. Vos nunca fuisteis hombre de aplazamientos. Os faltó tiempo para lanzaros de nuevo contra el burgo. Muchos de sus vecinos corrieron a refugiarse en la iglesia de San Lorenzo, mientras otros hacían frente a nuestros hombres. Quiso el destino que llegaran a Pamplona Lope Díaz III de Haro y Semen Ruiz de Cameros. Negociaron una tregua de dos días. Sí, me río cuando recuerdo el calor de aquellas jornadas, que fue creciendo a la par que la tensa espera. Para cuando declinó la tregua, todos estábamos de nuevo en armas, dispuestos a masacrarnos. Hubo una batalla especialmente cruenta. ¿La recordáis? Fue poco antes de que nos anunciaran la muerte del rey Jaime I de Aragón. Aquel día nos quedamos exangües y nada se arregló. Los heridos, los que podían andar, vagaron por las calles pidiendo ayuda, mientras que los más graves agonizaron en medio de grandes charcos rojos. ¡Cómo sería aquella batalla cuando hasta el trovador Guillermo Anelier de Tolosa cambió su pluma por escudo y lanza! A vos os hirieron en el brazo. A mí en la cabeza. Y, aunque os parezca mentira, aquella noche, cuando regresamos a nuestro palacio de la rúa de los Peregrinos, no me dolía la cabeza, sino los gritos que daba Martín cuando lloraba porque le dolía la

mano prematuramente segada.

Fortún levanta la pluma y mira al fuego hechizante que se desenvuelve con descaro delante de él. Sin pensárselo, arroja sobre él las palabras que acaba de escribir. «Decidme, García, ¿qué debe hacer un hombre que no puede despojarse de su destino?». «Únicamente puede sucumbir a él».

EL JOVEN QUE AMA... ENAMORADO DEBE LLAMARSE

Ximeno parece tener muy claro adónde dirigirse. Rodea el patio con grandes pasos y se detiene enfrente de la pared del castillo. La ventana más baja queda un cuerpo más arriba que él. Espera de pie, con el brazo derecho en jarra y la mano izquierda apoyada en el pomo de su espada. Nada dice cuando Martín y Juan Alfonso le piden explicaciones. Parece petrificado. La luz plateada de la luna resbala sobre su perfil y le regala un tono céreo a su expresión decidida. Mira hacia arriba con completa concentración. Sus dos compañeros se quedan detrás de él, aguardando en silencio, mientras se lanzan miradas de incompreensión. Hasta que se hace la luz en la ventana. Y, entonces, Ximeno se agacha en busca de alguna piedra pequeña. Reúne unas cuantas en su mano izquierda y las lanza contra la ventana.

–¿Estáis loco?

–¿Qué hacéis?

Son algunas de las preguntas con que le reprueban su acción.

–Si no os importa, preferiría hacer esto sin espectadores –su voz denota un alto grado de ebriedad.

–¿Hacer qué? –pregunta Juan Alfonso. Una expresión misteriosa ilumina su rostro, mientras una sensación de zozobra lo invade al descubrir a su rival.

–Es la habitación de mi hermana –le advierte Martín.

–¿Crees que no lo sé?

Martín sabe que, tanto a Ximeno como a Juan Alfonso, no hay mejor forma de lanzarles a hacer algo que prohibiéndoselo.

–Si molestáis a mi hermana, no dudaré en sacar mi espada –asegura con ímpetu, creyendo que eso hará que Ximeno se empecine más en ir a buscarla, pero no cuenta con que Juan Alfonso se interponga.

–Guante Negro tiene razón. No molestéis a su hermana. Johana es una dama y debéis tratarla como tal. Volved al salón.

–Debería atravesaros a los dos ahora mismo con mi espada –les amenaza. Harto de tener testigos, los empuja y se aleja con la intención de regresar cuando esté solo, lejos de las miradas de aquellos dos púberes.

Martín se queda con cara de tonto porque su plan se acaba de venir abajo. Resoplando, el joven Almoravid sigue los pasos de Ximeno. Juan Alfonso se excusa diciendo que va a buscar algo más de comida a las cocinas.

El heredero de Cameros espera a que sus dos compañeros desaparezcan y se vuelve hasta la pared adonde da la ventana de Johana. Toma las piedras abandonadas por Ximeno y las lanza contra la ventana. En cuanto escucha el sonido de la apertura, salta sobre la pared y, como si lo tuviera calculado, comienza a ascender por las piedras horadadas, hasta alcanzar la altura de la habitación. La joven se asoma justo en ese instante y casi se da de bruces con el rostro de Juan Alfonso. Trata de cerrar la ventana, pero el joven es más rápido e introduce su brazo.

–¡Ay!

La joven no se excusa por el golpe. Se retira hacia atrás cuando Juan Alfonso, impulsado como por algún elemento aliado de la naturaleza, se introduce en su habitación. Está asustada. Por un momento se cree soñando. No puede moverse.

–Estás muy hermosa esta noche. ¿Es por mí?

Johana recula. Se siente alterada, confusa, los latidos de su corazón retumban en sus oídos, sus manos tiemblan, suda, tiene frío y no puede apartar su mirada de aquellos ojos en los que intuye la luz verde de la primavera.

–Idos, por favor –dice en tono de desmayo, sin querer en realidad que él se vaya.

Juan Alfonso sonríe fugazmente y se acerca a ella despacio.

–He visto cómo me buscabas con la mirada.

–No deberíais estar aquí.

–Pero lo estoy. Y creo que tú deseas este encuentro tanto como yo.

–Idos, por favor.

Johana se está volviendo loca. Se dejaría arrastrar por esas manos, por

esos labios, por esos ojos. Pero el nombre de Ximeno lo emborrona todo.

–No puedo –le asegura acercándose mucho a ella y haciendo que la joven lo mire–. Cada instante sin ti es morir.

Juan Alfonso quiere nadar en aquellos hermosos ojos claros, tan diferentes de los de su hermano Martín.

–No me importaría ahogarme en vuestro mar –le dice.

–Juan Alfonso...

El heredero de Cameros permanece hechizado por aquella mirada de la que no puede desengancharse. Desea tocar despacio su mejilla, deslizar las yemas de sus dedos por sus pestañas y sentir la suavidad de su rostro. Y lo hace mientras Johana se estremece con los ojos cerrados.

–¿Te asusto?

–Sois un desvergonzado –le asegura con fingido enfado.

Juan Alfonso sonríe y ella siente esa sonrisa en su oído con el consiguiente cosquilleo. Su primer impulso es retroceder. Da varios pasos hacia atrás, hasta que se topa con la pared. En realidad... tiene miedo de que sus sentimientos se desborden. No sabe si chillar o si llorar. Desea que algo o alguien los interrumpa, y a la vez, anhela que su amante no se vaya nunca.

Juan Alfonso la ve hermosa, joven, deseable, como una tierna flor que apetece arrancar. Se siente poderoso, eufórico. Ella vislumbra ese deseo en su mirada y se siente pequeña, indefensa, a su merced. No sabe qué debe hacer. Nadie la ha preparado para enfrentarse a una situación así. Sus sentimientos se han convertido en un huracán. No sabe si debe frenar lo que está a punto de ocurrir, porque ella lo desea. Anhela que Juan Alfonso... Pero no puede, no puede ceder. Le han enseñado a obedecer a su padre y su padre ya ha planeado que sea Ximeno... Algo dentro de ella se rebela. Ella ama a Juan Alfonso y Juan Alfonso está allí, con ella. Tal vez sea esta su única oportunidad. Dos lágrimas se deslizan despacio por sus mejillas. Mueve despacio sus manos y las pasa por el cuello de Juan Alfonso y por sus cabellos. Cierra los ojos para atrapar ese momento de sensaciones increíbles. El joven de Haro desliza suavemente su dedo índice sobre el hombro de Johana y empuja su saya, dejándolo al descubierto. Juan Alfonso se detiene un instante y la mira. Ella lo tiene cogido por la cintura. Él acerca despacio su rostro hasta rozar sus labios. Y luego se deja llevar por la pasión. Y Johana recibe con ansiedad aquel beso tan dulce que sabe a vino, a cielo azul, a miel sobre ricos pasteles de almendras y se agarra fuertemente a Juan Alfonso

hasta que, de pronto... alguien golpea la puerta y la magia se rompe.

Ximeno se vuelve. No le gusta que Martín le siga cual perrillo faldero. Le advierte con el dedo y el joven Almoravid se detiene. Duda unos instantes, pero lo deja ir. El de Aibar tiene edad suficiente como para que él no se inmiscuya en sus asuntos. Lo entiende y él ya ha cumplido su parte. Decide dirigirse hacia las cocinas en busca de Juan Alfonso. Pero a mitad de camino, temeroso de que el efecto embriagador del vino haga que Ximeno tenga un comportamiento poco adecuado con su hermana, desanda el camino, y entra en el castillo y recorre el pasillo hasta quedarse delante de la puerta de la habitación de Johana. Aguarda unos instantes y golpea la puerta con insistencia.

–Solo venía a darte las buenas noches.

Silencio.

–¿Johana?

–¿Martín? –la voz surge algo vacilante.

Juan Alfonso no se separa de ella. Le hace un gesto de silencio con la mano a Johana mientras trata de contener la risa.

–¿Estás... bien? –se pregunta Martín

–Sí. Estaba ya dormida.

Martín se apoya en la puerta. Sabe que su hermana le miente. Ha escuchado risas y cree que Ximeno está dentro. Escucha detenidamente. No parece que la joven esté en peligro. Aun así... Dirige su mano hacia el pomo de la espada y luego la quita de él.

–Está bien. Que descanses.

Johana resopla. Tiene las emociones a flor de piel. A Juan Alfonso le gusta que no lo haya delatado. Cuando él acaricia su rostro tiernamente, Johana dirige sus ojos hacia él. En ese instante, ninguno de los dos aparta la vista del otro.

–Mañana me vengaré de tu hermano –su propuesta no es una amenaza. Se ríe y sus rasgos aparecen atractivos. A la joven le agrada esa actitud y que se haya tomado el contratiempo con humor.

Apoya su frente sobre la de ella.

–Johana –le dice–. Johana.

Es solo un suspiro, una anhelante espera. Y la vuelve a besar. Y esta vez

el beso es suave, largo. Y ella se entrega a él con la inexperiencia de su edad. Cuando el joven se separa un poco, ambos sonríen.

–Tal vez otro día podamos terminar lo que tu hermano ha interrumpido. Eres la dama más bella y más dulce que he conocido jamás.

–Eso se lo diréis a todas.

–Solo a las que amo de verdad.

–¿Y a cuántas amáis de verdad?

–Solo a ti. ¿Me crees, verdad?

Johana niega con la cabeza.

–Pues es cierto. Ahora debo irme. Si tu hermano sospecha algo, no esperará una invitación para entrar aquí.

Se acerca a ella y la besa desde lo más profundo de su corazón.

–*Cor unum* –le dice.

–¿*Cor unum*? –repite ella–. ¿Qué significa?

–Un solo corazón.

Juan Alfonso coge la mano derecha de Johana y la besa muy despacio. Se despide yéndose hacia la puerta.

–¿Qué hacéis?

–Marcharme, ¿no lo ves?

–¿Por la puerta?

–No pretenderás que salte.

Johana asiente riéndose, con la mano derecha puesta sobre sus labios.

–Ten piedad de mí –le ruega.

Johana niega reiteradamente.

Martín está sentado en la escalera, de medio lado, con la espalda apoyada en la pared y la pierna derecha doblada. Y sobre ella, su espada.

–Estabais dentro –afirma.

–¿De qué me hablas?

–Cuando he tocado la puerta. He oído vuestra respiración y vuestras risas.

–No sé de qué me hablas –Ximeno parece hablar en serio. Se le ve contrito, mareado.

–¿Dónde habéis estado?

–¿Crees que te debo algún tipo de explicaciones, Guante Negro?

En ese instante a Martín lo envuelve un desagradable olor a vómito.

—¿No habéis estado con mi hermana?
Ximeno se limita a sonreír.

Martín corre escaleras arriba, llega a la puerta de la habitación de Johana y entra sin llamar. Encuentra la habitación a oscuras y a su hermana en la cama. Huele a vela recién apagada. Escucha el grito de sobresalto de Johana y trata de tranquilizarla diciéndole quién es. Inspecciona la habitación mientras la joven le pregunta qué es lo que se supone que hace. Martín enarbola una incomprensible excusa y sale. Está totalmente confundido.

El joven Almoravid se refugia en la oscuridad. Se quita el guante de la mano derecha y pasa sus muñones por la parte plana de su espada, que tiene colocada sobre sus piernas. Es una sensación extraña, agrídulce. Recuesta su cabeza sobre la pared y cierra su mano tullida sobre el filo del arma. La jornada le ha llenado de nostalgia, trayéndole recuerdos de cierta voz, cierta sonrisa. La imagen de Mencía está muy presente. Sueña con su abrazo, con sus besos, con su piel. «¿La amasteis, García?». «¿A quién?». «A vuestra esposa. A María de Marigny». «Supongo. A mi manera». «Todavía vive». «Le escribí una carta, rogándole su perdón. No sé si la habrá recibido». «Teníais una amante». «Nunca te lo oculté». «Fue un matrimonio de conveniencia, entonces». «¿Acaso no lo son todos?». «Creo que la amo». «¿A quién?». «A Mencía». «Mal asunto, Martín». «¿Por qué?». «Ella no es digna de tu linaje». «No he dicho que fuera a casarme con ella». «No hace falta que lo digas. Se ve en tu rostro, en tu actitud. Sé que lo harías. Pero ella no os abrirá las puertas de Navarra. ¿Renunciarías a todo aquello de lo que hablamos?». «¡Solo tengo diecisiete años, García!». «Yo a tu edad ya era señor de las Montañas y de la Cuenca, Mano y Media». «Sois un presuntuoso». «Es lo único que me queda».

Martín se pone el guante y se levanta. Mira fijamente la hoja de su espada y ve su reflejo pasar sobre ella. O tal vez sea la sombra de su tío García. «Estás llamado a hacer grandes cosas». «No lo sé, tío. De verdad que no lo sé», dice colocando su espada en la funda. Se dirige a los establos y él mismo ensilla su caballo. Le pide a un sirviente que avise a sus padres y a Juan Alfonso de que tiene que atender un asunto urgente y parte al galope. Cabalga durante todo lo que queda de noche y parte del día siguiente. Y apenas se detiene hasta llegar a Bagibel.

Refrena su cabalgadura a escasos pasos de la casa de Mencía. Todo es silencio. Lleva una capa de sueño extendida sobre su espalda y una fina y desigual barba asoma a sus mejillas. Sus ojos brillan con la temeridad del mar bravo y sus labios se han abierto en una sonrisa de infinita firmeza. Patea su caballo, al que llama Saiatua¹⁴, y este relincha reclamando aquel territorio como suyo. Martín se palmea el cuello. Observa el movimiento ligero de una contraventana de madera. Sabe que no se ha movido por la acción del viento, sino por la de una mano. Es consciente de que alguien lo observa. Desmonta de un salto y dirige a Saiatua hacia la casa, donde lo ata en la argolla de una de las paredes. Al acercarse a la puerta, ve a Milia en medio de ella, con un palo en la mano, amenazante. La muchacha no se habría atrevido a hacerlo de haber sido Juan Alfonso, pero se trata de Martín y de defender a su hermana. El joven Almoravid eleva sus manos enguantadas para que Milia las vea bien y sonrío. Ella lo amenaza advirtiéndole de que no avance más. Una directriz que él no va a cumplir. Cambia ella la posición del palo. Se atreve Martín a avanzar. Cuando Milia trata de golpearlo, él se agacha y la agarra por la cintura. El palo aterriza suavemente en su espalda, sin ocasionarle dolor.

—¡Mencía! —llama Martín.

—No está —le asegura ella ya totalmente desarmada. Martín ha conseguido arrebatarse el palo.

—¡Mencía! —vuelve a reclamar él.

La muchacha se asoma tímidamente. Sus mejillas están arreboladas, teñidas de emoción, de cierto miedo. Entre sus manos se pueden ver las tiras de esparto con las que ha estado entretejiendo cestos. Las deja caer al suelo. Las palabras de su hermana reclamándole que abandone la casa con rapidez, que se esconda, suenan demasiado lejanas. Ella solo escucha la voz de Martín como si la hubiera hechizado. Nada puede hacer para desasirse del embrujo de esos ojos negros que la miran. Trata de moverse, pero no lo consigue hasta sentir el contacto de la mano enguantada.

—Has venido —dice con una carga de emoción y sorpresa.

—Vamos.

Martín deja a Milia en el suelo, toma a Mencía de la mano y se la lleva. Nada puede hacer Milia para impedirlo, a pesar de poner mucho empeño tanto en sus golpes como en sus palabras e insultos. Corren los dos jóvenes, como si sus piernas se hubieran enlazado en el viento. Mencía no puede parar de sonreír. Martín la ayuda a montar en Saiatua y después sube él. La

sensación es tan dulce que de golpe se borran todas las penurias de sus vidas. Ya no hay hambre o miedo, en el caso de ella. Ya no hay destierro, ni dolor en sus dedos amputados, en el de él. Parten al galope, sintiendo la fuerza del viento en sus rostros y el palpito de sus corazones al unísono. Martín se ha colocado detrás y Mencía se deja acunar entre unos brazos que siente fuertes y vigorosos. Se alejan del pueblo, dejando atrás los sollozos y gritos de Milia y mirando de cara a un día despejado y eterno. Martín refrena a Saiatua. Obediente, el animal se detiene. Inclina su cuello, dócil. Martín desmonta y ayuda a Mencía. En ese momento, sus miradas coinciden y el mundo se detiene para ellos. En aquellas tierras de barrancos y arroyos, nada parece existir, sino ellos. Una suave brisa los rodea, y ellos se observan en un silencio reverencial, que ninguno de los dos se atreve a romper. El universo entero parece estar a su merced, porque se sienten grandes, fuertes, invencibles. Martín roza la mejilla de Mencía con su mano enguantada. Un cosquilleo recorre su estómago. Mira alrededor, buscando el mejor lugar. Saca de sus alforjas una manta y la extiende en el suelo, entre los arbustos, y lleva hasta allí a la joven. Nada se dicen, pero no les hacen falta las palabras. Solo el cielo azul es suficiente para sostener lo que sienten, lo que anhelan. Y Martín se atreve por fin a rozar sus labios y a besarla, y a recorrer muy despacio su cuello y sus hombros, y después, con premura y temblor, a desnudarla y a hacerla suya. Y solo un largo tiempo más tarde, cuando abre los ojos y se encuentra a Mencía arrebujada a su lado, contemplándolo, se percata de que el mundo vuelve a moverse otra vez.

–Te has quedado dormido.

–Te he soñado –le dice él con voz ronca y los ojos chispeantes de amor y rendición.

–Has hecho algo más que soñarme.

Martín nota cómo ella se mueve y se acopla a él. Ve lágrimas en sus mejillas y trata de borrarlas con su mano enguantada.

–¿Qué ocurre? ¿Te he hecho daño?

–No –le asegura ella–. Es solo que...

–Solo ¿qué?

Ella se sienta. Su larga melena cubre su espalda y escurre por su pecho.

–Mencía, ¿qué ocurre? Sé que yo no he sido el primero para ti. ¿Es eso?

Observa un ligero movimiento de su cabeza que Martín no sabe si tomar por un sí o por un no. Se pone de rodillas a su lado y la rodea con sus brazos.

Suavemente la hace apoyarse contra él.

–No me importa, de verdad. No me importa.

–¡Claro que te importa! –Martín nota cierta carga de miedo en sus palabras.

–¿Quién fue?

Ella se gira. El miedo es patente en su expresión.

–No lo conoces.

Martín toma aire. Las aletas de su nariz se hinchan y aprieta sus labios. Aunque ha tratado de sonar convincente, Martín descubre cierta vacilación en sus palabras

–No me importa –le asegura él de nuevo–. Pero quiero saber si todavía le perteneces.

La joven niega con la cabeza, incapaz de hablar. Él la arroja con su cuerpo, mientras bebe de la miel de sus ojos, del mar de sus lágrimas, del aire de sus labios. Sus cabellos parecen acabar de robarle el brillo al sol. Acerca su mano izquierda hacia ellos y apoya su frente contra la de ella.

–Eres la criatura más hermosa que he visto nunca.

Mencía apenas se atreve a mirar el cuerpo desnudo de Martín escudado únicamente por sus guantes negros. Es extraño y hermoso a la vez. Sabe que algo le pasa a su mano derecha porque ha notado el hueco en el lugar correspondiente a los dedos, pero respeta su silencio. Ella también tiene sus propios secretos.

Regresan al anochecer. Por encima de sus cabezas les acompañan las estrellas. Entran en silencio a la cabaña donde viven las dos hermanas. La mirada de Milia le recrimina sin palabras su actitud, pero se limita a agachar la cabeza. Tampoco dice nada cuando Mencía le ofrece un poco de queso y agua a Martín. Ni tampoco cuando ambos se acuestan juntos en el jergón de ella. Martín busca el contacto del cuerpo de su joven enamorada. «Somos los dueños del mundo, Mencía», le dice antes de dormirse abrazado a ella.

Lo despierta el canto del gallo y se siente desubicado. La luz del sol, que se cuela por una de las rendijas de la contraventana de madera, le da de lleno en los ojos. Se sienta y se restriega la cara. La casa está vacía. Sobre la mesa hay leche y tiras de esparto. Y el suelo está cubierto de paja. Se coloca los calzones y las calzas y sale fuera. Milia está agachada, arrancando las malas

hierbas que crecen en un pequeño huerto. Cuando se percata de su presencia, emite un sonido gutural de disgusto. Martín se acerca a ella y se planta delante, con los brazos en jarras.

–Buenos días.

Un nuevo ruido gutural.

–Está claro que no te gusto.

–¿Por qué ibas a hacerlo? Eres igual que él.

–¿Igual que quién?

–Igual que Juan Alfonso. Tal vez tengas mejores modales, pero te comportas igual que él.

–¿A qué te refieres?

–Vienes aquí como si fueras el dueño del mundo, asegurándole a mi hermana que es la mujer más bella del mundo y, luego, ¿qué? Le prometerás que vendrás a verla cada día y lo harás asiduamente durante un tiempo y después desaparecerás porque te entregarás a otra de tu posición. Y Mencía vigilará los caminos, engañándose, esperando que regreses a sus brazos. Y tú no aparecerás. Y ella seguirá esperándote y tú ya no vendrás porque te habrás casado con una dama noble. O, peor aún, ella descubrirá un día que está embarazada y será como si la hubieras matado.

–No me conoces.

–Es cierto. No te conozco, Guante Negro, pero he conocido a decenas como tú. Y todos sois iguales.

–Amo a tu hermana.

Milia lo mira muy seria.

–No te creo. Pero, si es cierto, márchate antes de hacerle daño. Olvídate de ella ahora y no la hagas sufrir –«como a mí me han hecho sufrir. No hay nada más doloroso que amar a alguien a quien sabes que nunca vas a tener», quiere añadir, pero se lo guarda para ella.

Martín cree que está equivocada. Él nunca haría sufrir a Mencía, porque la ama. Además, y a pesar de que Juan Alfonso lo ha tomado bajo su protección, es un *banido* sin tierra, y sin señor a quien servir. Y, principalmente, es un joven capaz de creerlo todo y capaz de dejarlo todo por amor. Mencía llega en ese momento y corre a su encuentro. La coge en sus brazos y montan en Saiatua, alejándose de Milia y de sus locas palabras, que Martín achaca a la envidia o la ignorancia. Llegan hasta el arroyo y se descalzan. El agua está fría, pero no les importa. Caminan despacio entre las

pedras, salpicándose y riéndose, completamente felices, pues son los dueños del tiempo.

¹⁴ *Saiatua*: el tenaz, el esforzado.

DIEZ MIL SUELDOS

La aljama de Calahorra se levanta sobre la antigua ciudadela celtíbera y romana. Cuenta con una población cercana al medio millar de personas y dentro de sus límites se encuentra el antiguo palacio de los reyes de Navarra. Muy cerca de allí, Fortún Almoravid se ha citado con Mosse de Zahac de Faro. Quiere cambiar algunos de los sueldos sanchetes, heredados de su hermano, por la blanca alfonsí o moneda nueva de Castilla, para hacer algunas inversiones. La transacción es rápida y satisfactoria. Cuando termina, se encamina al encuentro de don Pedro Ximénez de Aibar para establecer otro tipo de negocios. Negocios que él ha calificado como del corazón; pero hasta para esos hay que ir de la mano del dinero. No lo lleva consigo en esos instantes, pero García le ha dicho que lo utilice para la dote de su sobrina. Y él, después de darle muchas vueltas, cree haber encontrado la solución. Pero ahora tiene que convencer a don Pedro.

El abad de Calahorra le invita a dar un paseo por el claustro. Se respira en él un respetuoso silencio, lo que le lleva a Fortún a entablar una conversación en un tono comedido, cercano al susurro. El sonido de sus pasos casi va acompañado al de sus corazones. Don Pedro camina algo encorvado, con las manos a la espalda. Fortún lleva las suyas colocadas sobre la empuñadura de su espada.

—¿Y de qué asunto queríais hablarme?

—Se trata de mi hija.

—Una hermosa muchacha.

—Y muy devota.

Don Pedro sonríe ante el comentario, añadiendo que salta a la vista.

—Mi esposa y yo hemos notado que vuestro sobrino ha tomado cierto interés por ella en las últimas semanas y estamos dispuestos a hablar sobre ello.

–Pero eso, ¿no sería más acertado hablarlo con mi hermano?

–Y lo haremos. A su debido tiempo, por supuesto. Pero hay algo que desearía hicierais por nosotros.

Don Pedro se detiene y lo mira con ojos entornados, como si buscara adivinar sus intenciones.

–Os escucho –le manifiesta.

–Veréis, como dote de mi hija y como deferencia hacia el cabeza de familia de los Aibar, en este caso vuestro hermano Martín, nos gustaría contribuir aumentando sus posesiones en dicha villa de Aibar.

–¿Y cómo habéis pensado hacerlo?

–Sé lo que imagináis –dice Fortún con una sonrisa laxa, tratando de sonar confiado–, puesto que en estos momentos me sería difícil encontrar quien me avalara. Yo os daría el dinero para que fuerais vos quien realizara la transacción.

–¿Queréis que yo compre con vuestro dinero propiedades en Aibar que luego vos utilizaríais como dote de vuestra hija?

–Eso es.

–¿No es un poco precipitado?

–Sé que le tenéis aprecio a Ximeno y también a Johana. Después de todo, la habéis visto crecer. Y no dudo de la honorabilidad de vuestro joven sobrino, pero sé también que estuvo en los aposentos de mi hija en el señorío –deja caer creyendo que fue cierto.

Don Pedro casi se atraganta al oírlo.

–¡Oh, no os preocupéis! No ocurrió nada de lo que ninguno hayamos de arrepentirnos. De haber sido así, dad por cierto que Ximeno tendría ahora mismo problemas muy serios, pero... –deja la frase en el aire para que el abad la cierre con sus propios pensamientos.

–Os daré una respuesta lo antes posible.

–Mientras tanto, concertaré una cita con vuestro hermano.

Abandonan el claustro y se despiden. Don Pedro, pensando en cuáles serán las verdaderas intenciones de don Fortún. Don Fortún, en si ese enlace le abrirá, al fin, las puertas de Navarra.

Dos días después del encuentro con don Pedro, al atardecer, Ximeno se presenta en casa de los Almoravid. Le acompaña una tía de su padre, algo

vieja, bastante sorda y muy leal a la causa. Ella se ha prestado inmediatamente a acudir con su sobrino nieto para tan elevada empresa. En cierto modo, se siente en el deber para con la familia. Ximeno pide ver a Johana. Disimulando su impaciencia, atiende galantemente a la conversación con Teresa y con Fortún.

Cuando por fin dan su permiso y Johana aparece por la puerta, Ximeno se pone en pie inmediatamente. La joven lleva la cabeza totalmente agachada. Lo achacan a su timidez, a sus quince años, a su inocencia. Pero en realidad, está ahogada por una profunda sensación de pánico. Al sentir la presencia del de Aibar cerca de ella, se estremece. No puede sino sacarle defectos, aunque no los tenga. No puede amarle porque su corazón pertenece a otra persona. Saluda a su pretendiente con educación. Las sonrisas de sus padres la alientan a ello. Nunca creyó que obedecer sería tan difícil.

Hace tan solo unas horas que le han dado la *buena* noticia. Don Pedro y don Martín Ximénez de Aibar han venido a la casa. La visita ha sido breve y, después, su padre la ha llamado a su presencia. Le han reiterado la importancia de que ese emparejamiento se realice. Su padre no ha llegado a mencionarlo, pero ella sabe que forma parte de su plan para regresar a Navarra. Le ha hecho jurar que le obedecerá en eso. Las lágrimas se han escapado de sus ojos. Su madre ha tratado de consolarla, diciendo que comprendía bien su miedo a separarse de sus padres y de su familia, pero que estará bien con los Aibar. Pero ella no teme dejar su casa, ni a sus padres, lo que verdaderamente odia es tener que hacerlo para seguir a alguien a quien no ama. Renunciar a Juan Alfonso es doloroso. Todavía le queda algo de esperanza. Cree que es posible un milagro. Se aferra a ello, porque la idea de vivir sin Juan Alfonso amenaza con volverla loca

Seguidos de la tía sorda, Ximeno y Johana salen de la ciudad. Johana mira de reojo a su acompañante. Espera que la presencia de la tía le haga caminar separado de ella, pero no tiene ni idea de lo que puede pasar por la cabeza de un hombre de treinta años. Sin desearlo, llega el momento en que él la toma de las manos. Y ella se siente mal; como si traicionara a Juan Alfonso.

—Martín dice que eres muy habladora. Y así me lo ha parecido a mí también cuando te he visitado en otras ocasiones. Sin embargo, hoy estás muy callada.

Lo mira atemorizada.

—Supongo que necesitas tiempo, ¿no es así?

Asiente sin saber qué decir, moviendo rápido su mirada de un lado a otro, sin posar sus ojos en el rostro de Ximeno. ¿Cómo podía haber creído que Ximeno los visitaba solo para llevarles recados de don Pedro o de Martín?

El de Aibar se detiene y a Johana no le queda más remedio que hacerlo también. Se quedan el uno frente al otro. De fondo se escucha la tranquila corriente del río Cidacos y un suave viento juega con sus cabellos y su saya.

—¿Crees que es un poco precipitado? —la sonrisa con que Ximeno acompaña sus palabras es franca y sencilla. Está tremendamente ilusionado—. Cierto es que hacía algún tiempo que había puesto mis ojos en ti, pero he de regresar a Navarra en breve y nuestros padres han considerado que así será mejor.

Johana hace otra afirmación con su cabeza, aunque en realidad no tiene ni idea de a qué se refiere Ximeno. ¿Navarra? Eso la hace despertar.

—¿Habéis dicho Navarra? ¿Os vais a Navarra? —lo dice con cierto alivio, pero a Ximeno le da la impresión de que sus palabras muestran pánico.

—No te preocupes. Vos viajarás conmigo y con mi padre.

—¿Navarra? —vuelve a repetir como una tonta.

—Sí, es raro para ti, después de tanto tiempo —dice él con cierto júbilo, al ver que ella se anima a entablar conversación.

—Y, ¿cuándo está prevista nuestra partida?

—En una semana.

Los ojos de Johana se abren como dos lunas. Le entra el pánico. En una semana se alejará de Juan Alfonso.

—Sé que tus padres no pueden regresar todavía a Navarra. Sin embargo, yo haré que todo esté bien para ti. Supliré su ausencia con creces, te lo prometo.

Johana baja su mirada. No quiere enfrentarse a esos ojos azules que la miran. No quiere que descubra su secreto.

—Voy a cuidarte y voy a amarte siempre, Johana.

La aludida trata de sonreír. Son palabras bonitas que ella nunca hubiera imaginado escuchar de otros labios que no fueran los de Juan Alfonso. Ximeno suelta sus manos y continúan el paseo. Johana juega nerviosa con sus dedos. De vez en cuando suspira fuerte, sin darse cuenta. Y, a su lado, Ximeno sonríe feliz, sin percatarse, sin ni siquiera barruntar los sentimientos albergados en el corazón de su amada.

Fortún tiene la pluma suspendida en el aire. Su vista anda perdida entre las llamas de la chimenea. Sus pies desnudos permanecen quietos sobre el suelo de madera. Su mano se mueve hacia el tintero. Le cuesta comenzar a escribir. Baja la mano hacia el pergamino y la vuelve a subir. Su vista parece negarse a abandonar la contemplación del fuego. Por fin parpadea y mueve su mano sobre la superficie vacía hasta encontrar las palabras.

¿Os lo creéis? Estoy satisfecho tan solo a medias. Es cierto que Martín Ximénez de Aibar ha aceptado el matrimonio entre su hijo y Johana, pero se lleva a mi hija a Navarra en una semana y la pone bajo su protección. Creo que lo ha dispuesto así para que yo no pueda atender a la boda y me ha parecido vislumbrar cierto gesto de satisfacción, al recordarme que no puedo poner pie en nuestro reino. Sin embargo, no ha discutido mucho sobre la dote. Aunque ha protestado algo, se ha dado por satisfecho con los 10 000 sueldos que le he proporcionado a su hermano para que compre algunas heredades en Aibar.

Me ha embargado cierta euforia al pensar que Johana va a regresar a casa. Pero a la vez me ha asaltado cierta impaciencia. Que ella se vaya en una semana no significa que yo vaya a hacerlo próximamente. Sencillamente, no puedo hacerlo sin el perdón real. Sancho Ortiz de San Millán caería sobre mí igual que hizo sobre vos.

He citado esta noche en casa a Juan González de Baztán, a Juan de Vidaurre y a Martín. ¿Una especie de conspiración? Tal vez lo sea, como aquella que llevasteis a cabo para matar a Beaumarchais, ¿lo recordáis? Yo me acuerdo como si fuera ayer. Era un momento crucial en nuestra lucha y Gonzalo Juárez de Baztán, por mandato vuestro, logró que las facciones Almoravid y Monteagudo se reunieran para discutir la tregua que Alfonso X había propuesto a Navarra. Ya sabéis, andaba él en lucha con Francia por la sucesión de Castilla y temía que las tropas francesas invadieran su reino. Todos los nobles estuvimos de acuerdo en proponer a la reina Juana que impidiera la entrada de grupos armados en Navarra compuestos de más de diez hombres y pedirle que evacuara las tropas francesas de la zona cispirenaica. ¡Cómo no! Beaumarchais se opuso al grito de traición. Eso logró unir a todos los nobles, hartos de tanta intromisión extranjera. El plan era perfecto sobre el papel. Solo teníamos que atraer al gobernador hacia la zona de Cameros y del señorío de Vizcaya y dejar que las tropas de Alfonso X cayeran sobre él y, después, hacerlo prisionero o matarlo. Alguien nos traicionó, alguien

del burgo de San Cernin.

No estoy pensando en matar a nadie. No voy a mandar a ningún asesino, ni voy a reunir mesnadas para caer sobre nadie, pero me vendría bien tener noticias directas de lo que está ocurriendo en Navarra. Un espía. Todavía no sé cómo, ni quién, García, pero estoy pensando en ello.

Fortún mira de nuevo al fuego. Esta vez, sonrío. Abarca el pergamino con su mano diestra y lo estruja dentro de ella hasta que queda arrugado. Después, lo lanza a las llamas.

UN ESPÍA

Le Perche ha regresado con ganas de impartir disciplina entre sus alumnos y de introducir conocimientos en sus cabezas. Y no permite distracciones, sino que exige el máximo de concentración. Y lo hace tanto en las cuestiones de la espada, como en las de la pluma. Está empeñado en hacer entender a sus dos alumnos –Alvar ha sido enviado por su padre a casa de Lope Díaz III de Haro para formarse allí– que un arma se empuña mejor cuando uno tiene la mente cultivada.

–Los jóvenes son por carácter concupiscentes e inclinados a hacer aquello que desean¹⁵ –pronuncia Le Perche.

El comentario propicia un intercambio de miradas entre Martín y Juan Alfonso. Desde su escapada en solitario a Bagibel, el heredero de Cameros ha tratado de sonsacarle dónde estuvo. Y, aunque sospecha algo, Martín no ha querido confirmárselo.

–¿Alguno me podría decir de quién son estas palabras?

–¿Aristóteles? –aventura Juan Alfonso.

–Me impresionáis, Juan Alfonso.

–Pues a mí no demasiado, teniendo en cuenta el libro que maneja nuestro maestro y su pasión por el filósofo griego –el comentario es hecho en un susurro cerca de Juan Alfonso, pero el maestro goza de buen oído.

–Tal vez quieras leer la acotación, Martín.

Se levanta el aludido y toma el libro de las manos de Le Perche.

–¡Está en griego!

–¿No será un obstáculo eso para ti, verdad? Lee y traduce en voz alta –los ojos versados e inteligentes del maestro se posan en el alumno. Martín toma aire profundamente y centra su mirada en los caracteres griegos que tiene delante, justo en el punto que Le Perche señala con su dedo índice.

–También son variables y fáciles de hartarse en sus pasiones, y desean

fuertemente, pero se les pasa deprisa; sus caprichos son vehementes, pero no duraderos, como la sed y el hambre de los que están enfermos. También son apasionados y de cólera pronta y capaces de obedecer a su impulso. Y son dominados por la ira, porque por punto de honra no soportan ser tenidos en poco, sino que se enojan si se consideran víctimas de la injusticia.

—¿Estás de acuerdo?

El recuerdo de Mencía sobre la manta extendida en medio de la pradera cruza por su mente. Se toma su tiempo.

—Suscribo lo de apasionados y tal vez lo de cólera pronta, pero no estoy de acuerdo con que desean fuertemente pero se les pasa deprisa.

—Así que estás enamorado.

—Yo no he dicho eso. El que está enamorado es Juan Alfonso —salta para quitarse la atención de encima—. Tal vez quiera compartir con nosotros su experiencia.

—Esa experiencia no se puede compartir. Hay que vivirla —dice el aludido, cuando todas las atenciones recaen sobre él—. Y estoy completamente seguro de que mi amor durará para siempre.

—Queridos alumnos, seguiremos esta disertación dentro de unos años. Y será un placer para mí escucharos.

—¿Sobre qué más asuntos trata Aristóteles? —pregunta un Martín ávido de desviar el tema hacia otras materias.

—Sobre la ira, el desprecio, la enemistad, el odio, la calma, el temor, el respeto, la envidia, la nobleza...

—¿Y qué dice de la nobleza?

—La nobleza es un honor que se hereda de los antepasados y una virtud alcanzada por las obras de cada uno. Igual que se cosecha la tierra, hay cosecha de hombres. Si la estirpe es buena, nacerán durante varias generaciones hombres sobresalientes y luego desmerecerán. Las estirpes brillantes degeneran hacia caracteres exaltados, mientras que las reposadas caen en la insignificancia —se queda un momento en silencio antes de cerrar el libro que tiene en sus manos. Lo hace con parsimonia y luego mira a sus dos alumnos—. Y ahora, jóvenes discípulos, vayamos a la sala de armas.

Martín y Juan Alfonso se preparan y toman sus espadas. Sin embargo, el pensamiento aristotélico continúa allí. Le Perche se pasea por la sala, rodeando a sus alumnos.

—La muerte —les dice citando de nuevo a Aristóteles— y las heridas serán

penosas para el valiente y contra su voluntad, pero las soportará porque es hermoso, y es vergonzoso no hacerlo. ¡En guardia!

Martín se siente cansado, pero a la vez pletórico. No tiene ni idea de para qué le ha citado su padre en la casa a aquellas horas de la noche. Los motivos no se los ha querido revelar. Tan solo le ha indicado que se dirija a la parte nueva de la casa, esa que don Pedro adquirió en fechas recientes para ampliar la otra. Camina con prisa por las calles estrechas y entra sin llamar. La casa está en silencio. Sin hablar, se dirige a la parte ampliada. Le parece ver una luz difuminada al fondo y se dirige hacia ella. En una habitación pequeña, casi a oscuras, encuentra a su padre. Y, junto a él, están Juan de Vidaurre y Juan González de Baztán. Fortún le indica con la mano un sitio para sentarse y el joven se pregunta qué se traen entre manos aquellos hombres. Fortún quiere tomar el pulso de sus invitados. Quiere saber qué piensan sobre el regreso a Navarra. Una sombra de tristeza recorre su alma cuando corrobora que sus intenciones no se corresponden al cien por cien con las propias, que tienen dudas después de lo que le sucedió a García. Sin embargo, está decidido a seguir adelante. Martín escucha callado, sin atreverse a hacer valoraciones ni comentarios.

–Tengo una noticia que daros –les dice Fortún, seguro de que esto les hará apostar por su regreso–. He llegado a un acuerdo con Martín Ximénez de Aibar para desposar a Johana con su hijo Ximeno.

Se expresa con rabia al contar cómo el de Aibar le ha obligado a poner a Johana bajo su protección, lo que le va a impedir, con toda probabilidad, asistir al enlace. Pero, a cambio, ha conseguido que Martín de Aibar consienta en que el primer hijo varón del matrimonio le sea entregado a la edad de siete años para formarse bajo su amparo.

Los dos Juanes se miran. Aquello que les cuenta Fortún revela claramente sus intenciones. Piensa seriamente en regresar a Navarra. Y no solo eso, sino que ha actuado en consecuencia.

–¿Estáis seguro de lo que hacéis? Johana es una Almoravid marcada por el destierro.

–Johana es fuerte y los Aibar han jurado protegerla.

–¿Así que habéis decidido jugar vuestra partida en suelo navarro?

–Solo he concertado un matrimonio para mi hija.

–Espero que no os estéis equivocando.

–No pensaréis lo mismo cuando...

–¿Cuándo, Fortún?

–Pensaba que todos estábamos de acuerdo. ¿Cuándo se han roto vuestros sueños?

–Nuestros sueños no se han roto. Solo preferimos ser realistas y consecuentes. Puede que hayáis conseguido que vuestra hija se vaya a Navarra, pero ella nunca logrará que vos lo hagáis. ¿Es que no lo comprendéis?

–La muerte de García es una señal. Mi hermano sabía que mientras él viviera nunca podríamos regresar –dice. Ha tenido mucho tiempo para reflexionar sobre el asunto.

–La muerte de García es una señal, sí, Fortún, pero de que debemos cejar en nuestro empeño –asegura Vidaurre.

Fortún, entusiasmado con sus planes, no está dispuesto a claudicar, ni a admitir que Vidaurre y Baztán puedan desligarse de sus sueños. «Es normal que vacilen ahora, su fallecimiento es reciente y nos ha dejado tocados a todos», piensa. Por eso no insiste más sobre el tema. Logrará convencerlos cuando sus gestiones vayan dando sus frutos. Y, entonces, recuperarán lo que por derecho les pertenece. Sin embargo, los hombres que no comparten los mismos sueños están abocados a separarse, aunque en ese instante no sean conscientes de ello.

Cuando sus invitados se van, Almoravid le pide a su hijo que aguarde unos instantes. Juan de Baztán tiene razón en algo. Aunque Johana viva en Aibar, ella no logrará que su padre sea perdonado. Eso solo lo conseguirá de la mano de Beaumarchais. Él es testigo de que apoyó a los franceses. Él le prometió que lo sostendría así ante Felipe y que ninguna de sus posesiones le sería arrebatada. Solo tiene que recordarle a Beaumarchais sus palabras y hacerle cumplir sus promesas. Pero Beaumarchais está muy lejos y no puede llegar hasta él. Sin embargo...

Martín siente la mirada de su padre sobre su persona. «Esa mirada cuyo peso te da la impresión de estar clavándote en la tierra», reflexiona.

–¿Tú también crees que estoy equivocado?

No esperaba esa pregunta por parte de su padre. Sin embargo, no se arredra a la hora de contestar. Ha vivido el tiempo suficiente al lado de García como para haber mamado su deseo y su deber de regresar a Navarra.

Nunca se ha detenido a pensar si García fue una persona malvada. Con él siempre se mostró considerado y paciente. Fue un buen maestro de armas, un narrador excepcional y, lo mejor de todo, alguien que le escuchaba con el corazón.

—No, no creo que estéis equivocado.

—Me alegra oírte decir eso.

—¿Por qué?

—Creo que nadie mejor que un Almoravid para hacer un trabajo de Almoravid —dice clavando su mirada en la de su hijo hasta hacerle sentir incómodo.

—¿De qué estáis hablando?

—García siempre demostró preferencia por ti, y tú por él. Creo que ha sabido transmitirte la importancia que tiene la familia. Nunca hallarás protección lejos de ella.

«Apellido, honor, valor, rey, Navarra». Las palabras asaltan su mente como si alguien las estuviera pronunciando justo en su oído. Martín mira a su padre. Es curioso que ahora aluda a ellas, cuando él siempre se ha sentido excluido de la suya por ser... lo que es.

—Nadie nos va a pedir que regresemos a Navarra. Sin embargo, seguimos teniendo amigos en el reino que estarían dispuestos a ayudarnos —en esos momentos se arrepiente de haber tirado al fuego aquellos documentos de su hermano con la lista de nombres leales a su causa, pero ya no hay remedio—. No sería difícil contactar con alguno de ellos.

—¿Y cómo pensáis hacerlo?

Fortún se queda en silencio, sin apartar la mirada de los ojos oscuros de Martín.

—Yo no puedo hacerlo. No puedo entrar en Navarra.

—¿Vais a escribir algunas cartas?

—Sí, pero necesito que una persona de confianza las entregue personalmente. No puedo fiarme de enviarlas sin más.

—Y supongo que ya habéis pensado en esa persona. ¿Juan de Baztán? ¿Juan de Vidaurre? ¿Algún Aibar?

Fortún sonríe.

—No. Baztán y Vidaurre están tan atados como yo. Y no me fío de los Aibar.

—Entonces, ¿por qué entregarles a Johana?

–Eso es otro asunto, Martín.

El joven respira hondo, mientras su padre continúa sin apartar su mirada de él.

–Qué ocurre? –pregunta, sintiéndose incómodo. Y de repente comprende–. ¿No estaréis pensando en mí?

Mira a su padre con sorpresa y agobio. Sus ojos le cuestionan, sin hablar, si no se ha percatado de que todavía es un niño y del hecho de que es un Almoravid. Y no un Almoravid cualquiera, sino el hijo de uno de los *banidos* expulsados tras la guerra de 1276 y el sobrino del considerado mayor traidor de aquel enfrentamiento.

Fortún mira a su hijo. Es muy consciente del parecido que tiene con García. Eso puede ser un arma de doble filo que él quiere aprovechar.

–¡No tiene sentido! No puedo entrar en Navarra sin más...

–Consigue que Ximeno te permita acompañar a tu hermana.

–Ximeno no me tiene gran simpatía.

–Pero tiene debilidad por Johana. ¡Consíguelo!

–Pero, aunque lo consiga, me detendrán como a García nada más poner los pies en Navarra.

–Sobre ti no pesa una pena directa de alejamiento. Y, además, los Aibar te cuidarán. Y, si te ves en peligro, siempre puedes huir a Aragón o a Castilla. Estarás a salvo. En Aragón está la familia de tu madre y Pedro Cornel, el hermano de Juan de Baztán. Y en Castilla... bueno, aquí te manejas casi mejor que yo. ¿Qué dices?

«Di que sí, Mano y Media. Es tu momento. El momento de los Almoravid». «No estoy seguro». «No te he educado como a un cobarde. Y recuerda que es nuestro sueño». Realmente lo era. Lo era. Era su sueño. Muchas noches habían comentado cómo sería su regreso.

–No estoy seguro –afirma–. ¿Qué creéis que puedo conseguir yo?

–La clave está en hablar con Beaumarchais y recordarle nuestro pacto.

–Pero, si no me equivoco, Beaumarchais no está en Navarra. Vos lo habéis comentado muchas veces.

Fortún cierra los ojos unos instantes. Después, muy lentamente, coge la jarra de vino y sirve en dos vasos, ofreciéndole uno a su hijo.

–No, el que fuera gobernador del reino está guerreando con Felipe. Sin embargo, conozco a algunas personas que podrían hacerle llegar una carta escrita por mí.

«La encomienda es fácil, Mano y Media. Solo tienes que entregar unas cartas. ¡Por el Apellido!». Martín cavila mientras degusta el vino. Por un lado, se siente halagado. Su padre nunca le había prestado atención. Y ahora confiaba el asunto más importante de la familia en él. Pero, por otro, le asusta que alguien se entere de quién es y quiera matarlo.

–De acuerdo –para cuando contesta, una sonrisa ha nacido ya en la boca de su padre.

–No esperaba menos de ti. Tu primer cometido será convencer a Ximeno para acompañar a tu hermana y después a Juan Alfonso para que te deje partir.

–¡Por nuestro regreso! –brinda Fortún.

–¡Por nuestro regreso! –replica Martín, aunque no tan eufórico como su padre.

Martín sale de la sala. Está confundido. Abrumado, por un lado, y exaltado, por otro. «¡Navarra!, Martín. Nuestro sueño».

Fortún se refugia en la cocina. Lleva allí largo rato, quieto su cuerpo, mirando fijamente las llamas que danzan delante de sus ojos y removiendo con su mano derecha los rescoldos, como si quisiera encontrar algo que había estado allí, o algo que jamás debió estar allí. Escucha unos pasos amortiguados y la voz de su esposa preguntándole si se encuentra bien. Como si no la hubiera oído, Fortún continúa removiendo los troncos carbonizados.

–¿Buscáis algo?, Fortuño.

Se gira con una mueca irónica marcada en su gesto.

–Acuciado por la rabia, una vez tiré algo en este hogar que tal vez debí guardar.

–¿Os referís a esto? –le pregunta Teresa Artal sacando un cofre pequeño de entre las perolas y entregándole su contenido.

Esboza una amplia sonrisa y coge a su esposa en brazos, dándole vueltas por la cocina. Los documentos de García no se han quemado. Se detiene y mira directamente a su mujer a los ojos. El suyo también fue un matrimonio concertado. Se han acostumbrado el uno al otro; a compartir su vida. Poco había habido de pasión entre ellos. Pero ella siempre se había mostrado solícita. Aprieta su mano izquierda con fuerza y se la lleva a la boca. Ella le sonrío. Toma esa sonrisa por una aceptación. En un movimiento rápido, le da

la vuelta y le hace doblarse sobre la mesa. Levanta su falda y la acomete con fuerza, con rabia, hasta caer exhausto. Se dobla sobre ella y besa su cuello y con sus manos busca sus pechos. Y Teresa Artal de Alagón se muerde el labio inferior.

Fortún se incorpora. El corazón todavía palpita desbocado. Se recoloca sus prendas de vestir y sale con los documentos en las manos. Sube hacia el piso superior y se encuentra a Martín en su antigua habitación.

–¿Todavía aquí? –le pregunta a su hijo.

Martín se gira. Lleva un buen rato dándole vueltas a las palabras de su padre y a los recuerdos de García. Necesitaba unos momentos de quietud antes de regresar al castillo.

–Enseguida me voy.

Fortún se acerca a su vástago.

–García te quería como si fueras su propio hijo. Siempre te elogiaba ante mí.

«Como si a vos eso os importara», piensa Martín.

–Estaría orgulloso, si supiera que vas a entrar en Navarra. Es lo que él quería, que todos regresáramos y recuperáramos lo que nos pertenece.

–¿Qué es lo que creéis que puedo hacer yo?

–No es lo que yo creo, sino lo que García creía que podías hacer. Él no habría perdido el tiempo contigo si no hubiera visto tu valía. Lo sé, yo no lo hice. Pero él sí. Él siempre se preocupó por ti.

–Aun así, no veo cómo puedo contribuir a... –Martín deja que las palabras mueran.

–García fue injustamente tratado. Puede que se mereciera la muerte, pero no la muerte que he sabido que ha tenido. Ataron sus manos con recias cuerdas y lo sujetaron a la silla de un caballo. Lo arrastraron por las calles de Toulouse hasta que no quedó piel sobre su carne. Y aun después lo siguieron arrastrando. Luego lo desmembraron poco a poco, quebrando primero sus huesos y serrando después sus músculos.

El rostro de Martín se tensa y su mano izquierda busca la empuñadura de su espada. Fortún sabe que ha conseguido la reacción que quería. Su hijo será fiel al recuerdo de su tío.

–No es muerte lo que clamo, aunque debería, sino justicia. Que nuestra venganza sea nuestro regreso. Eso es lo que García anhelaba.

Fortún espera unos instantes. Tiene la atención máxima de su hijo.

–Te entregaré unas cartas para que las lleves en mi nombre. Solo quiero, Martín, que estés atento y que aproveches cualquier oportunidad que se te presente en nombre de García. ¿Me entiendes bien, Martín? Cualquier oportunidad.

El joven asiente. Está furioso. Saber cómo ha muerto su tío... hace que sienta la bilis paseándose por su estómago y ascendiendo hacia su garganta. Más que rabia, lo que siente se asemeja más al clamor de la venganza.

–Júralo, Martín. Jura que aprovecharás cualquier oportunidad.

–Lo juro –dice muy sereno, sin saber hasta qué peligros le llevará ese juramento.

–Un asunto más, Martín. Asegúrate de que la boda de tu hermana se lleva a efecto.

El joven se queda en silencio. El asunto de la boda es peliagudo.

–Necesitamos el apoyo de los Aibar dentro de Navarra –le presiona agarrando su brazo.

Mira a su padre sin decir nada y asiente muy despacio hasta tres veces. Fortún pone su mano sobre el hombro fuerte y núbil de su vástago.

–Que descanséis, padre –le dice mientras se dirige a las escaleras.

Desciende despacio y se agarra a la barandilla. El estómago se le revuelve al recordar la descripción que ha hecho su padre de la muerte de García. Cabalga despacio por las calles vacías de Calahorra. Mira hacia el este. En ese momento una corriente de aire revuelve sus cabellos. Tal vez sea una señal. Quizá solo sea el viento.

Martín escucha el canto del gallo y se levanta raudo. Amanece y hay muchos asuntos de los que quiere ocuparse en los siguientes días. Si en una semana Johana y Ximeno parten hacia Navarra y él debe acompañarlos... hay que darse prisa. Se viste rápido y se dirige hacia los aposentos del de Aibar. Su compañero es madrugador y quiere hablar con él antes de que inicie sus tareas diarias. Llama a su puerta y entra sin esperar a ser invitado. El de Aibar está vistiéndose.

–¡Guante Negro! ¿A qué se debe esta visita inesperada?

–Quiero tratar con vos un asunto delicado.

–¿Algún mal encuentro con Juan Alfonso?

–No –dice, acompañando la negación con un gesto que pretende pasar por

alto aquel tema—. Se trata de mi hermana.

Ximeno detiene cualquier actividad y presta toda su atención a su visitante.

—¿Hay algún problema?

—Ninguno. Quiero ser su escolta, es decir, si a vos os parece bien.

A Ximeno se le escapa una risa espontánea.

—¿Escolta?

—Veréis, para mí sería un honor escoltarla hasta Aibar y ser vuestro testigo. No sería demasiado aceptable, ni siquiera recomendable, que ella camine sola, sin ningún miembro de su familia, siendo joven y doncella y no estando todavía casada con vos.

Ximeno se rasca la barbilla.

—Déjame pensarlo. Es asunto que he de hablar con mi padre.

—Supongo que es lo que debéis hacer siendo vuestra boda y Johana vuestra prometida —dice remarcando un poco lo de vuestra las dos veces. De cualquier forma, os ruego que no se lo digáis a mi padre. Él no sabe nada de mi proposición y no quisiera que se disgustara si a vuestro padre no le pareciera bien mi propuesta.

Martín hace mención de irse hacia la puerta, pero a medio camino cambia de idea.

—Me alegro de que seáis vos quien se despose con Johana —le dice y le da un abrazo.

—Amo a tu hermana, Guante Negro.

Martín abandona la habitación. Muchas noches, en la terraza de su casa de Calahorra, su tío y él hablaron de lo que harían cuando pudieran regresar. La nostalgia se entremezcla con la alegría un instante. Aunque Ximeno no le ha respondido que sí, algo le dice que lo hará próximamente. «Vuelvo a Navarra, García. Haré que os sintáis orgulloso de mí. Vengaré vuestra ignominiosa muerte, conseguiré que regresemos».

Desciende las escaleras y se va directo al zaguán. Al salir al exterior, escucha la voz de Juan Alfonso. Martín saluda a su anfitrión. El fresco de la mañana roza su rostro. Se encaminan hacia el centro del patio de armas. No tiene planteado hablar con su amigo sobre su viaje a Navarra hasta que Ximeno se lo haya confirmado, pero las palabras le salen de manera espontánea cuando él entabla conversación.

—Quería hablar con vos sobre un asunto.

–Tú dirás, Guante Negro.

–Llevo algún día dándole vueltas a algo. Me preocupa que mi hermana viaje sola a Navarra.

–Y haces bien en preocuparte –le dice. Lo que le anima a continuar.

–Se lo he comentado a Ximeno y me he ofrecido a ser su escolta. Él me ha dicho que lo tiene que pensar. En cualquier caso, también es algo que os atañe a vos, puesto que estoy aquí gracias a la amabilidad de vuestra familia. Lo que quiero pedir os es que me libréis durante una temporada de mi deber hacia vos y me permitáis acompañar a mi hermana, en caso de que Ximeno dé su consentimiento.

Juan Alfonso se queda mirándolo durante unos instantes antes de hablar, como si estuviera rumiando algo en su cabeza. Sabe del compromiso de Johana. Y eso le da ciertos quebraderos de cabeza. En el comentario de Martín encuentra la excusa que andaba buscando.

–Haré algo más por ti, que darte permiso, Guante Negro. Yo mismo os acompañaré.

–¿Nos acompañaréis? –dice confundido.

–Ya lo has oído. Os acompañaré.

Martín ve que Juan Alfonso inclina su cuerpo hacia su derecha y sonrío. El joven Almoravid gira su cabeza y ve una silueta envuelta en una capa, tapada de tal forma que no se reconoce a la persona que se esconde en ella. El heredero de Cameros tiene pintada en su cara la mejor de sus sonrisas.

–Una agradable sorpresa –dice caminando hacia la recién llegada y bajando suavemente su capucha.

En ese instante Martín se da cuenta de que es su hermana. Se apresura a salir a su encuentro pensando que algo ha sucedido en su casa.

–Me agradecería saber que has venido a verme a mí –le confía Juan Alfonso a la joven en un susurro antes de que llegue Martín.

Johana siente sus palabras muy cerca de su oído. Baja la cabeza y eleva su mirada, forzando sus ojos, que se clavan en su mirada verde y dorada.

–¡Johana! –grita Martín–. ¿Ha ocurrido algo?

–No –le asegura, sin apartar sus pupilas de las de Juan Alfonso.

El de Haro toma las manos de la joven y las retiene entre las suyas.

–Supongo que quieres hablar con tu hermano. Espero que no te vayas sin despedirte.

El joven alarga el momento de soltarla. Y Martín se apresura a tomar a su

hermana del brazo y llevarla a un sitio donde puedan hablar. Johana gira la cabeza, arrastrando su mirada de refilón para ver cómo Juan Alfonso se aleja.

—¿Estás nerviosa? Supongo que madre y padre estarán aún más nerviosos y te estarán enervando a ti.

—Martín, tienes que ayudarme.

El aludido no nota la voz de alarma de su hermana.

—Cuenta con ello. Le he pedido a Ximeno poder acompañaros a Navarra. Y no creo que me lo niegue. Juan Alfonso va a interceder por mí.

—Martín, necesito que me ayudes —repite impacientándose y cortando su cháchara.

—¿De qué se trata? Ya sabes que no le puedo negar nada a mi hermana.

Johana sonrío ante el comentario, algo más tranquila. Están en un rincón del patio. La jornada ha comenzado, pero todavía la actividad es mínima en el castillo.

—Nuestros padres no saben que estoy aquí.

—¿Y en qué consiste mi ayuda?

—No puedo casarme con Ximeno.

A Martín la afirmación lo pilla desprevenido.

—¿Qué significa que no puedes casarte con Ximeno?

—No lo digas tan alto.

—¡Explícate!

—No es que no pueda es... que no quiero casarme con él.

—¿Por qué?

—No le amo.

—Estás nerviosa. Eso es todo.

—No, no estoy nerviosa. Necesito que me ayudes. No quiero casarme con él —Martín percibe cierto pánico en su voz.

—¿Ha ocurrido algo que debería saber?

—No.

—Entonces no lo entiendo.

—¿Y qué hay que entender? —pregunta desalentada—. No quiero, eso es todo. Tienes que ayudarme.

—¿Y qué se supone que esperas que haga yo?

—Habla con padre. Él te escuchará.

—¿Quieres que le ruegue que rompa el compromiso? ¿Con qué razones? Lo fastidiarás todo.

–¿Fastidiar? ¿De eso se trata? ¿Te estoy diciendo que amo a otro hombre y tú solo sabes pensar en que lo fastidiaré todo?

–Espera. Repite eso. ¿Amas a otro hombre?

Johana se queda callada. Avergonzada de sus palabras, palabras que no quería haber pronunciado.

–Tu silencio dice que es verdad. ¿Y quién es él? ¿Te ha hecho promesas de amor? ¿Te ha mancillado? ¡Vamos, contesta!

–Veo que me he equivocado al pedirte ayuda.

–Johana –dice él. Reconoce que ha perdido el control y trata de redirigir la conversación. «García, ¿qué está ocurriendo?». «A veces hay cosas que se nos escapan. No podemos tener todo controlado. Ya irás aprendiendo. De momento, improvisa». «¿Que improvise?». «Muéstrate firme. La boda de tu hermana ha de celebrarse si hemos de volver a Navarra»–, hablemos de esto con calma –le dice al fin.

–¿Calma, dices? No puedo, Martín. No puedo.

Está al borde del llanto. Su hermano la abraza.

–Tranquilízate –le pide muy bajito–. Dime quién es y trataré de ver el modo de arreglarlo todo.

Johana escucha sus palabras, pero es incapaz de decidirse.

–No puedo decirlo.

–¿No puedes o no quieres? No importa. Te entiendo. Tienes miedo y es normal. Estamos experimentando sentimientos que antes no teníamos. Le Perche dice que los sentimientos y las actuaciones de los jóvenes son fuertes y vehementes. Si confías en mí, y sé que lo haces porque, si no, no hubieras venido hasta aquí, dime su nombre.

Se la ve indecisa. Su mirada es esquiva. Se va de un lado a otro hasta que se detiene en algún punto. Martín mira en ese momento hacia atrás. No quiere que nadie les interrumpa. Tiene que conseguir que Johana le diga el nombre de aquel a quien ha confesado amar. Y en ese momento ve que la única persona que está en el patio se encuentra justo en el otro lado, apoyado tranquilamente en el marco de la puerta de la sala donde se guardan todas las armas, en la que Martín ha pasado innumerables horas poniendo orden. Y esa persona es Juan Alfonso de Haro, heredero de Cameros.

–Un momento, ¿Juan Alfonso? –le pregunta a su hermana mientras la ira surge de la misma boca de su estómago–. ¿Juan Alfonso? –repite incrédulo mientras su mente ata cabos. Coge a su hermana del brazo y estira de ella

comenzando a andar.

–Martín –suplica ella–. ¿Qué vas a hacer? ¿Adónde me llevas?

Él suaviza su arranque cuanto puede, que no es mucho, y traspasan así el patio, hasta llegar al punto donde espera su compañero de armas.

–Decidme que no erais vos –le espeta.

–¿Qué no era yo, quién?

–El que estaba en la habitación de mi hermana, en el castillo de Daroca, el día de la cacería.

Johana niega reiteradamente con la cabeza, diciéndole a Juan Alfonso, sin palabras, que ella no ha dicho nada.

–No era yo. ¿Por quién me tomas?

Martín no le cree, pero no insiste. Ya arreglará cuentas con él más tarde.

–Entonces decídselo a mi hermana. Decidle que estáis comprometido con María Fernández de Luna y que os vais a desposar con ella.

–¿Es cierto? –apenas sale su voz.

Juan Alfonso calla. Las mejillas de Johana se encienden. Martín, por su parte, no sabe qué pensar. Siente un torbellino dentro de él que lo zarandea y amenaza con lanzarlo fuerte y lejos, sin saber dónde va a terminar por caer. No puede creer que su hermana se haya enamorado de Juan Alfonso. Y en el fondo, lo malo no es que se haya enamorado de él, ni que ambos estén comprometidos con otras personas. Lo peor de todo es el recuerdo del primer día que Juan Alfonso lo llevó a Bagibel. Y no puede dejar de ver a Milia sobre su hombro gritando que la dejara en el suelo. Aunque, obviamente, era un juego de seducción, teme que Johana solo sea para él otro entretenimiento más.

–Acompañaré a Johana a casa –dice. Y se la lleva de allí despacio, viendo la cara seria de Juan Alfonso y el rostro lleno de lágrimas de Johana. Y su corazón late muy fuerte y siente odio y vergüenza por igual.

Cuando regresa al castillo, todavía se repiten en sus oídos las escasas palabras que ha intercambiado con su hermana. «¿Estarás bien?», le ha preguntado él. Un escueto sí ha marcado su respuesta. «¿Estás segura?», ha insistido él. «Lo prometo», ha dicho ella con gesto abatido y sobrio. «¿Puedo hacer algo por ti?». «No». Y ahí se ha quedado todo. Martín se ha despedido torpemente, prometiéndole que irá a verla en cuanto pueda.

Se incorpora a las clases cuando estas ya han comenzado. Le Perche, sabedor de que ha acompañado a su hermana, le permite pasar, a pesar de que no transije con la impuntualidad. Juan Alfonso y Martín intercambian miradas nada más verse. A los dos se les ve circunspectos. Aquel día toca repasar las Escrituras y ambos se mantienen extremadamente callados.

El primer ajuste de cuentas entre Martín y Juan Alfonso se produce momentos después en la sala Le Perche. Y, de no ser por este último, habría habido heridas serias durante el entrenamiento.

Los ánimos de Martín están revueltos. No sabe cómo tratar a Juan Alfonso. No tiene ni idea de qué hacer con su hermana. Puede fingir que no sabe nada, que el encuentro de aquella mañana no ha ocurrido y dejar que todo siga como está en ese instante. Se encierra en sus aposentos. Todo está oscuro y silencioso fuera. Todo parece tranquilo y hermoso. Y Martín se queda allí quieto sin tener ni idea de que Juan Alfonso está en esos momentos en el umbral de la morada de los Almoravid en el barrio de Santa María, a pesar de que la voz de su tío García resuena en su cabeza y le dice: «Vigila, presta atención, observa, permanece atento, Mano y Media».

Aunque es silencioso, no puede evitar que la madera cruja bajo sus pies. Da pasos pequeños y espaciados, esquivo a todos los malditos gatos que parecen vivir a cientos en aquella casa y espera. Y muy despacio, como el ladrón que no tiene prisa, se mete en el dormitorio de Johana. Ha dejado la ventana abierta y la luz de la luna se cuelga sobre su cama y resplandece en su rostro. Ensimismado, la contempla largamente y duda si marcharse. Sería lo correcto, pero es joven y escasea el miedo en sus venas y tampoco su corazón bombea prudencia. Así que se acerca a la cama, se sienta en ella y, mientras pronuncia el nombre de la joven, le acaricia el rostro.

Ella abre los ojos y, antes de que pueda chillar, Juan Alfonso ahoga su sobresalto en un beso. El pánico de Johana se transforma en sorpresa, primero, y, después, en enfado.

—Antes de que digas nada, te ruego que me escuches.

Johana se sienta y se tapa con la sábana. Juan Alfonso espera a ver su reacción antes de continuar.

—Marchaos, por favor. No quiero veros.

No es eso exactamente lo que quiere oír. Sin embargo, es lógico pensar en

una reacción así de su parte.

–He venido a darte una explicación. Solo te pido que la oigas. Te amo, Johana. Es tan cierto como que dentro de unas horas saldrá el sol.

–¿Y María? Sabíais que ibais a desposaros con ella y me lo ocultasteis.

–No lo niego. Pero pensaba que eso era algo que iba a tardar en suceder. Y, en cualquier caso, tú también me ocultaste tu compromiso con el de Aibar –el desdén se marca al pronunciar el apellido de Ximeno.

–Estoy enfadada con vos –dice ella.

Juan Alfonso cierra fuertemente los labios y se baña en los ojos claros de Johana. Se acerca él. Se resiste levemente ella y acaban fundidos en un largo beso del que es difícil abstraerse. Johana cae sobre la cama y siente el peso del cuerpo de Juan Alfonso descansando sobre ella.

–No quiero casarme con Ximeno –le susurra.

–Escapémonos.

–¿Habláis en serio? –le pregunta Johana, empujando a Juan Alfonso y haciendo que se levante. Ella lo hace después y se queda enfrente de él.

Ha esperado otro tipo de proposición, como la de hablar con sus padres – últimamente parecen bien avenidos– para tratar de convencerlos de lo acertado que sería su unión. Tal vez en esa conversación pueda apelar al Fuero General navarro en el que se dice que la novia puede rechazar hasta dos candidatos propuestos por su padre. Obviamente, tratar de persuadir a su padre es una cosa, pero escaparse con Juan Alfonso, otra muy distinta.

Se siente abrumada. Todo es demasiado precipitado y su matrimonio con Ximeno ya está encarrilado. Su madre ha hablado seriamente con Johana durante los últimos días, sobre la importancia de su unión con los Aibar y lo que su padre espera de ella. Además, le ha jurado a su padre que da su consentimiento a ese matrimonio. Aun así, piensa, aun así, está dispuesta a hablar con su padre si Juan Alfonso va con ella. Pero no es una temeraria dispuesta a desafiar a su progenitor y romper su juramento. Bien sabe, y Juan Alfonso debe saberlo también, que en Castilla están prohibidos los matrimonios que se hacen sin testigos, porque son difíciles de probar. Y tampoco son válidos los que se celebran sin estar presentes los padres de la novia y no se entregan las arras ante ellos. Cierra los ojos. Está confusa, indecisa. Su corazón dice una cosa y su mente otra. Juan Alfonso nota su confusión y trata de besarla de nuevo para derribar su muralla.

–Escapémonos –le insiste–. Seamos uno del otro esta noche y no dejemos

que nadie nos separe.

–¿Quién os habéis creído que soy, para proponerme algo así? –tiene que sacar fuerzas de flaqueza para pronunciar esa frase que su cabeza dice, pero no su corazón.

El heredero de Cameros se separa de ella. Está defraudado, pero no dice nada. Johana puede escuchar su respiración y su lucha interna.

–Ninguno de nuestros padres aceptará esta unión. Tenemos que forzarla y la única manera es...

Johana no espera a que termine la frase. Con todas sus fuerzas, prepara su mano para descargarla sobre el rostro de Juan Alfonso. El joven intercepta su brazo en el último instante y el golpe cae suave sobre su mejilla. Johana se arrepiente de inmediato y pide mil perdones, pero, para entonces, el joven ya se ha descolgado por la ventana. Johana corre en pos de él y se agarra al alféizar, desconsolada, vestida de llanto. No le ha golpeado por su proposición, sino por no ser capaz de hacer frente a su propia cobardía y escaparse con él.

Nada más salir de su habitación aquella mañana, Martín se encuentra con Juan Alfonso. Le extraña verlo allí porque le ha estado evitando desde hace dos días. Cada uno de los músculos del cuerpo de Martín se tensa. Se escrutan y se estudian. En ese instante parece que han vuelto a ser aquellos enemigos que se exterminaban con la mirada.

–He hablado con Ximeno –le dice con la cara totalmente seria.

Martín lo mira con recelo.

–¿No habréis cometido una locura, verdad?

–Supongo que lo he hecho, y si quieres no me des las gracias, pero he conseguido que los Aibar acepten tu compañía.

–¿En serio? –la suspicacia se nota en su pregunta–. ¿Y a cambio esperáis...?

–No espero nada, Martín –le apunta en tono de enfado–. Nada. Es más, voy a hacer algo por ti. Voy a acompañarte a Bagibel.

–¿A... Bagibel?

A Juan Alfonso se le escapa una carcajada.

–¿Crees que no sé que has vuelto por allí? ¿Acaso esperabas que no me enterase de que te has visto con Mencía?

Al de Haro le encanta la expresión cándida de Martín, quien tarda en reaccionar.

–Tal vez sea mejor que no vayamos ninguno de los dos.

–¿Por qué lo dices?

Juan Alfonso espera. Quiere escuchárselo decir a Martín.

–Me ofendéis y ofendéis a mi hermana solo con proponérmelo.

–Eres tú el que me ofende a mí al pensar así. Además, no te creas que Milia se siente tan ultrajada como pretende hacer entender. Y te recuerdo que fui yo el que les proporcionó a ambas un sitio donde vivir y un medio para ganarse la vida.

–¿Y el precio es acostarte con ellas?

Juan Alfonso se enfurece al escuchar la pregunta.

–Entiéndeme bien, Guante Negro. Tú no tienes ni idea, ¿de acuerdo? Así que será mejor que no te metas en asuntos que no te incumben –se acerca a él y le habla muy cerca de su rostro, agarrándole la túnica–. Te estoy ofreciendo la oportunidad de ver a Mencía y de despedirte de ella antes de partir hacia Navarra. Y tú solo piensas en ofenderme. Te aseguro que respeto a tu hermana y la amo.

–Eso es lo que me da miedo, Juan Alfonso. Y no sé qué es peor, que penséis hacer algo al respecto o que parezca que no os importa. Y os aseguro que prefiero no saberlo. Por mi parte, tened por seguro que haré todo lo que esté en mi mano para que Ximeno y Johana se desposen. Les he dado la palabra a mi padre y a mi tío y voy a cumplirla.

Parten al galope, poniendo sus caballos a su máximo rendimiento, en una loca carrera por ser el mejor. Primero, en línea recta. Después, cuesta arriba. Más tarde, ida y vuelta. Hasta que Ximeno les pregunta qué tipo de problema tienen entre los dos. Ninguno, contestan al unísono, lo que mosquea todavía más al de Aibar. Martín está enfadado con Juan Alfonso porque ha invitado a Ximeno. Juan Alfonso, que es muy competitivo, está encantado porque Martín acepta todos los retos que le propone. Y en casi todos es, todavía, mejor que su rival, porque, a sus diecisiete años, en Martín prevalece aún más el corazón que la cabeza. Acampan al raso. Bromean junto al fuego, especialmente a costa de Martín.

–¿En serio que todo esto es para ver a esa chica de la que te has

enamorado? –le pregunta Ximeno divertido.

–Nadie os ha pedido que vinierais –les espeta a ambos, poniéndose de pie.

De mal humor, comienza a andar de un lado a otro. Ni Ximeno ni Juan Alfonso pueden evitar reírse. Duermen poco, y parten al alba hacia Bagibel. El corazón de Martín empieza a acelerarse al vislumbrar el pueblo en la distancia. ¿Cómo reaccionarán Milia y Mencía al verlos? Sin darse cuenta refrena a Saiatua.

–¿El caballero tiene miedo de llegar hasta su dama?

Mira a Juan Alfonso con cierto rencor, reconociendo que ha sido la peor de las ideas ir a Bagibel con Ximeno y él.

–Por supuesto que no.

–Apuesto a que todavía se está preguntando por dónde tiene que dirigirse para llegar a la cueva.

El odio germina en su mirada e hinca espuelas. A galope, se acerca a la pequeña vivienda llamando a gritos a Mencía. La joven sale a la puerta y echa a correr hacia Martín, pero se detiene al ver las otras dos siluetas que le acompañan. El joven salta de Saiatua, recorre los escasos pasos que le quedan y se abraza a ella. Nota su temblor. Trata de tranquilizarla diciendo que nada hay que temer. Mencía duda. La que no lo hace es Milia, quien se pone a gritar y a amenazar.

–Tiene su carácter –le advierte Juan Alfonso a Ximeno.

Ambos caballeros descabalgan sin prisas. El heredero de Cameros entra en la casa, seguido de Ximeno.

–¿Nadie nos va a ofrecer una bebida, algo de comer, quizá?

–¿Por qué no vais a la casa grande? Allí os atenderán como merecéis –la mordacidad se masca entre las palabras de Milia.

Martín tira del brazo de Mencía, dispuesto a irse con ella, pero la muchacha no se mueve. Tiene el gesto endurecido y su expresión dice bien a las claras que no va a dejar sola a su hermana con aquellas dos bestias.

–Es cierto, Juan Alfonso. En vuestra casa tendríais más comodidades.

–¿Es bonita, verdad? –le dice el de Cameros a Ximeno, refiriéndose a Milia–. Cuando os caséis no tendréis estas oportunidades. ¿Qué me decís? Milia es de las que os gustan a vos.

Martín se pone brazos en jarras, en un gesto muy parecido al que utiliza su madre cuando algo la indigna. «Así que de eso se trata –piensa–. Tentando a Ximeno. No me lo puedo creer».

Ximeno recorre a Milia con la mirada. La chica bien merece perder la cabeza por ella, pero no está tan loco como para hacerlo delante de Martín. Tal vez cuando su futuro cuñado se haya ido con la más joven...

–Bien a las claras se ve que os adora –dice Ximeno dirigiéndose a Juan Alfonso.

El aludido menea la cabeza y le guiña un ojo a Milia.

–Esta casa es demasiado pequeña para tanta gente –dictamina el de Cameros, de pronto–. Estaremos mejor en la casa grande. Martín, vendremos a buscarte al alba. No te demores.

Milia está sorprendida por el comportamiento poco usual de Juan Alfonso, pero no se entretiene en tratar de comprenderlo, porque hay otro asunto que le preocupa. Se acerca a su hermana. Intenta convencerla para que no se vaya con Martín. Mencía no tiene mucho interés en escuchar sus argumentos.

–A padre no le gustará llegar y saber que no estás.

Mencía aprieta fuertemente sus labios. El miedo que esas palabras le producen se diluye pronto en el contacto de la mano de Martín.

–¿Ocurre algo?

–Llévame lejos de aquí, Martín.

Aquellas palabras le arrancan una gran sonrisa. Le ayuda a subir a la grupa de Saiatua y se alejan al trote. Con su espalda apoyada en el pecho de él, Mencía observa el cielo en el que van apareciendo las estrellas y aquella luna incipiente, que parece un gancho rojizo, en el que se refleja la luz tardía del sol. Todo le parece maravilloso. Martín cierra un instante los ojos, empapándose del aroma que desprende la joven.

–Conozco un sitio –dice ella.

Cabalgan despacio, saboreando la noche que se acerca, bebiendo los últimos rayos de sol que se escapan por el oeste y bañándose en los ojos del otro; compartiendo sonrisas y miradas cómplices. Mencía señala una especie de refugio.

–Mi padre a veces lo usa –le dice.

Entran. Huele a humedad, a bosque, a primavera. Huele a sol que ha dejado su huella y a vida nueva. Pero, sobre todo, huele a juventud. Por lo que ve dentro, a Martín le da la impresión de que Mencía ha estado preparando aquel encuentro largamente. Y sonrío al pensarlo, porque eso

significa que se ha acordado de él. El espacio es pequeño, pero está limpio y ordenado. Martín olvida que ha ido allí a despedirse. No es momento de proclamarlo. Ni siquiera de pensarlo. Aquel instante es eterno en sus manos y piensa aprovecharlo. Mencía enciende el fuego. Las llamas se reflejan en su rostro, barnizándolo de un tono rosado. Se ve cómo brillan sus ojos mientras sigue el movimiento del fuego. Martín se acerca por detrás, le retira el cabello despacio hacia su hombro y besa su cuello níveo. Ella siente un escalofrío, atado en un poderoso abrazo de placer. Y se buscan con menos prisas que la primera vez, pero con la misma pasión y el mismo entusiasmo. Se retrotrae un poco Martín, cuando ella aprieta su mano derecha y hace mención de quitarle el guante.

—Soy tuya más allá de lo que ese guante esconda.

Retira despacio la prenda y mira su mano con cariño. Después la besa y la riega de lágrimas.

—¿Te dolió?

La sonrisa de Martín transporta nostalgia y dudas.

—Aún lo hace.

—¡No sabes cuánto lo siento!

—Mi tío me enseñó a no quejarme de lo que soy, sino a sacarle partido — sonríe abiertamente, feliz. No le importa que Mencía le haya visto *desnudo*.

Ella eleva una ceja de manera provocativa mientras se desnuda. Y Martín bebe de un sorbo todo el sol del verano, toda la furia del viento, toda la magia de la tempestad, entregándose sin rendición.

Se queda amodorrado, abrazado a Mencía. Nota el calor del cuerpo de ella pegado al suyo y las últimas oleadas de placer todavía recorren sus venas. Se siente en la cima del mundo. Por encima del crepitar del fuego, se escucha el aullido de un lobo. El joven nota el cuerpo de Mencía en tensión.

—No me gustan los lobos.

—Saiatua nos avisará si se acercan.

La besa en la frente y ella se arroja junto a él.

—Martín.

—Mmmm.

—¿Cómo es Elcarte?

Martín echa la vista atrás. Tiene recuerdos de niñez, retazos de vivencias

difíciles de situar en el espacio y en el tiempo. Si lo piensa bien, es casi mayor el tiempo que ha vivido fuera de allí, que el que ha pasado en el gran caserón de los Almoravid donde nació. Recuerda los días de verano en los que ascendía junto a sus hermanos hasta la iglesia de Santa María, escabulléndose del pobre Pedro, al que no paraban de incordiar con toda la clase de maleficios que tres niños se podían inventar. Y cuando se escapaban por los alrededores, escondiéndose hasta que el hambre los llamaba a regresar. Pero no sin antes observar Pamplona en la lejanía, tratando de distinguir el palacio de los Almoravid en la rúa de los Peregrinos y contemplar las montañas que rodean la ciudad como minaretes de vigía. Allí se sentía completamente feliz y sus dominios se extendían mucho más allá de donde su vista alcanzaba.

—¿Me llevarás algún día? Yo nunca he salido de aquí.

El joven respira profundamente, mirando los ojos que parecen suplicarle, y asiente despacio, proyectando en su mente todo lo que harán en un futuro cercano. Y saborea los momentos de estar juntos, aunque todavía no se hayan producido, y siente su pecho henchido de felicidad. Se refleja en sus ojos entregados y se baña en la luz que despiden sus pupilas. Está tan a gusto que es difícil sustraerse al paso del tiempo. La abraza fuertemente, lamentándose de que en un momento tan dulce como aquel tenga que hablar de despedidas. Pero pronto amanecerá.

—Tengo que decirte algo —le confiesa él—. Debo hacer un viaje que me alejará de Castilla durante algún tiempo.

—¿Y cuál es ese asunto que te va a separar de mí? —le pregunta, arrastrando cierto dejo de tristeza.

—He de acompañar a mi hermana, pues pronto se desposará con Ximeno.

—¿Acompañarla?

—A Navarra.

Mencía se remueve inquieta, como si la hubieran traicionado.

—No volverás.

—Por supuesto que lo haré. ¿Qué piensas que me va a retener en Navarra?

Mencía se levanta y Martín nota el frío que provoca su ausencia.

—¿Adónde vas?

Ella rebusca entre sus ropas y saca una cuerda de esparto, una de esas que trenza a diario. La mira largamente y se la da.

—No es gran cosa, pero espero que te haga acordarte de mí y, quizás, algún

día, regresar a Bagibel.

Martín tiene que secar las lágrimas que resbalan por el rostro de la joven. La besa de nuevo, recogiendo el sabor salado de su cara y le asegura que jamás amaré a nadie como la ama a ella y que nunca habrá poder sobre la tierra que le pueda apartar de su lado. Y Mencía se ríe contenta y se abraza a él y antes del amanecer se vuelven a unir para jurarse amor eterno.

La neblina se extiende por el suelo. Hay rosada y las hierbas y matojos aparecen cubiertos de una capa transparente de agua helada. A lo lejos se escucha a los lobos. Martín aprovecha el miedo de ella para apretarla más contra sí, a lomos de Saiatua. El joven lleva enlazada en la muñeca derecha la cuerda trenzada que le acaba de regalar la joven y se siente feliz. Cabalgan despacio. Más, sabiendo que tardarán tiempo en volverse a ver. Ella le asegura que le será difícil estar separada de él y le dice una y mil veces que todos los días se asomará al cerro para esperarle. Él le dice que le enviará cartas. Ella le explica que perderá el tiempo, puesto que no sabe leer. Martín le asegura que no importa, que al menos ella sabrá que la tiene en mente y que está vivo y en la carta le dibujará una cuerda como la que le ha regalado, para que sepa que la ama con locura. Llegan a la cabaña. Clarea por el este. El sol se levanta sobre un cielo despejado. Martín le sopla al oído. Esta le da un codazo. Ambos ríen.

–Te voy a echar de menos.

–Y yo a ti.

Descabalgan. El día amanece silencioso. En la distancia se destaca el aullido de un lobo. Mencía agarra la mano de Martín y se disponen a entrar en la cabaña. Ella tira de la puerta, pero se resiste, como si estuviera atascada. Martín le dice que la va a ayudar, pero antes de que pueda adelantar a la joven, una silueta surge de repente en el umbral. Mencía echa un pie atrás, tropezándose con Martín. Del interior llega un grito que hiela la sangre del joven Almoravid. Percibiendo el peligro, saca su espada dispuesto a defenderse de algo que se le viene encima, pero Mencía está delante y no ve muy bien contra qué o quién debe luchar. Trata de apartarla, pero es demasiado tarde. De pronto algo brilla por encima de la cabeza de la joven. Martín intenta interponerse, pero no hay espacio. El joven abre enormemente los ojos al ver cómo un hacha se les viene encima. Tira del brazo de Mencía.

Eso evita que la muchacha reciba el golpe en la cabeza, pero el arma se clava en su hombro, cerca de su cuello.

–¡Padre! –exclama ella justo antes del impacto.

Martín sujeta a Mencía. Sus manos enguantadas se llenan de sangre. Mira sin entender. ¿Padre? Arrastra el cuerpo de ella lejos de la entrada. Quiere atenderla, estar a su lado, pero ese hombre al que Mencía ha llamado padre amenaza con descargar el hacha ahora contra él. Enfrenta su espada a los golpes. Todo es caos: el acoso del hombre, los gritos de Milia –quien ha acudido a socorrer a su hermana–, la respiración ahogada de Mencía...

Martín quiere terminar cuanto antes con aquel hombre. Su cara adopta un mohín de rabia y sus golpes comienzan a ser más rápidos y contundentes, hasta que desarma a su contrincante. Lo tiene a su merced y está dispuesto a ejecutarlo allí mismo. Eleva su mano izquierda con furia, pero en último instante, alguien lo sujeta.

–No merece la pena meterse en un lío por él, Martín –la voz de Ximeno suena firme mientras le sujeta la mano.

Gira su cuello. Ximeno le repite que no vale la pena y le da un par de golpes en el pecho, tratando de que su furia se relaje.

–Ve con ella.

Juan Alfonso ha llegado también y se encarga del padre de las dos jóvenes, reteniéndolo y vigilándolo. Mientras tanto, Martín se acerca a Mencía y se deja caer de rodillas a su lado. Milia llora en silencio, resignada. La deja en manos del joven.

–¡Mencía!

La joven trata de decir algo, pero no puede. Las palabras se le atropellan en la garganta.

–Mencía. Mencía. Mencía. No. No. No. Por favor –suplica, mientras taponaba la herida–. ¡Mencía, aguanta! –le grita desesperado. Siente un nudo atravesado en la garganta que le impide respirar. Y, sin embargo, es tan consciente de su propia respiración que nota cómo el tiempo se escapa a través de ella–. ¡Traed agua, aguja, hilo! –pide a gritos–. Te coseremos la herida. Todo saldrá bien. Me quedaré a tu lado hasta que sanes. Estoy aquí, contigo. Mencía. No, no. Vamos, háblame. Estoy aquí.

Mencía mira fijamente aquellos ojos negros, aquellos ojos Almoravid. No es mal destino vivir para siempre en aquella oscuridad, piensa. Esboza una sonrisa, sin alcanzar a pronunciar palabras. Su cuerpo comienza a

convulsionarse y de su boca se escurre un hilo de sangre. Pero ni siquiera eso roba un atisbo de belleza a la cálida sonrisa con que la encuentra la muerte.

Martín deja de hablar cuando nota la mano de Juan Alfonso en su hombro izquierdo. Se revuelve con odio y se va directo a por aquel hombre que acaba de robar la vida a su propia hija. Ximeno y Juan Alfonso tratan de detenerlo.

–¡No podéis impedir mi venganza! –la rabia se le amontona en el pecho. Aprieta sus dientes, pero no es cárcel suficiente para contener todo el dolor que le oprime.

El de Aibar se pone a su lado y le habla al oído.

–Martín, tienes una larga vida por delante. Y otros planes.

–¡Voy a acabar con su vida. Se lo merece. Y lo haré muy despacio, para que sepa lo que es el dolor! ¿Cómo se ha atrevido? ¿Cómo ha podido hacerlo? ¿Por qué? ¿Qué le ha hecho su hija?

–Tienes otros planes, Martín –suscribe Juan Alfonso, sujetándolo fuertemente–. Johana espera que la acompañes. Recuerda lo que nos dijo Le Perche acerca de nuestros actos citando a Aristóteles: «Las acciones conformes a la virtud son nobles y se hacen por su nobleza. En cuanto a las malas acciones, no deben cometerse, y lo mismo da que sean vergonzosas en verdad, o que lo sean en la opinión de los hombres».

–¡Pero olvidáis que soy joven, apasionado y de cólera pronta. Capaz de obedecer a mis impulsos. Y estoy dominado por la ira, porque por punto de honra no soporto ser tenido en poco, sino que me enojo porque me considero víctima de la injusticia! –cita de memoria.

«Tienen razón, Mano y Media. Piensa en tu destino, piensa en aquello que tu padre y yo esperamos de ti. No merece la pena arriesgarse a pasar muchos años en prisión por él. Aunque llevas razón, no merece la pena ser como él. Deja que la justicia tome venganza por ti». «¿Dónde estabais? Podíais haberme avisado. Ella estaría viva ahora». «Yo no soy el dueño de la vida y de la muerte. Eso es algo que he terminado aprendiendo». Martín se zafa de los brazos de Juan Alfonso, baja su espada y da media vuelta. Se arrodilla a los pies de Mencía. Milia llora desconsolada.

–Lo siento. Yo no quería que ocurriera. Le avisé porque pensaba que ibas a causarle daño. Lo siento. Creo que padre no soportó la idea de que te hubieras llevado a su Mencía. Él... él... –la joven no puede seguir hablando.

Muerta, muerta, muerta. Eso es en lo único en lo que puede pensar Martín. Se quita el guante de su mano izquierda y pasea sus dedos por su rostro níveo. Muy despacio, le cierra los ojos, llevándose para sí la última de sus miradas, y se queda quieto, vacío, sin fuerzas, mientras las lágrimas le recorren silenciosamente el rostro.

Llevan a Mencía al caserón de los señores de Cameros y dejan que las mujeres embalsamen su cuerpo. Martín permanece en silencio apoyado en la pared, al lado de una ventana. Ximeno se acerca a él y le dice cuánto lo lamenta. Si apenas hubieran llegado unos instantes antes... Él permanece en silencio, ajeno a todo cuanto le rodea. Se revuelve contra el destino. Si tan solo pudiera dar marcha atrás... La gran casa está silenciosa, salvo por los sollozos que provienen de la habitación colindante. No son los de Milia, que permanece al lado de su hermana, sino los de su padre, que grita asegurando que Mencía era solo suya, que nadie tenía derecho a quitársela. Solloza y se golpea el pecho. Quiere buscar una excusa que no existe, que calme su dolor.

—¡Ojalá me hubieras matado! —grita mirándose las manos, dándose cuenta de la gravedad de sus hechos. Percatándose de la terrible verdad—. ¡Ojalá lo hubieras hecho!

Tardío arrepentimiento el suyo.

Martín cierra los ojos, loco de dolor. No hay cosa peor que no poder hacer nada. No hay nada más desgarrador que sentir cómo la muerte te arrebatara algo, sin permitirte luchar por ello. Su corazón arde dentro de su pecho y siente unas ganas tremendas de arrancárselo para que no duela tanto. Mira por la ventana. Está apesadumbrado porque Mencía no ha tenido una buena muerte. No se ha podido preparar para ese trance, no ha tenido a su lado un cura que la escuche en confesión. Su padre le ha arrebatado no solo su vida, sino, tal vez, también la posibilidad de una vida eterna. Desesperado, sale al exterior. Necesita estar solo. No quiere ver cómo entregan su cuerpo a la tierra. No quiere ver desaparecer al ser angelical que acaba de amar hasta fundirse en uno con ella. No es justo, se repite. No es justo. «Templanza, Mano y Media». Aprieta sus puños, rechinan sus dientes. «Templanza, sobrino».

Se revuelve, sus ojos rojos bañados en lágrimas, su espíritu alicaído, su corazón joven destrozado.

Cuando llega la hora del entierro, Martín está más sereno, pero sigue igual de afligido. Milia se acerca a él y le entrega una antorcha encendida. La toma en su mano izquierda sin ser muy consciente de ello y camina al lado de Mencía hasta su lugar de enterramiento en la iglesia, aunque desearía estar en otro sitio, aunque había decidido no estar presente en este trance. Es incapaz de soportar la idea de que su amada nunca volverá, pero cree que sería cruel dejarla sola en el último momento. La procesión de luz continúa detrás de él, pero Martín tiene la impresión de caminar solo, de estar viviendo una pesadilla de la que es imposible despertar. Muy dentro de él, en su subconsciente más remoto, sabe que Juan Alfonso y Ximeno están a su lado. Pero es una percepción lejana y sutil. Casi más una intuición que una realidad. A cada paso que da, es más consciente de que se aleja de Mencía para siempre. Mira hacia atrás. Ojalá fuera tan fácil como desandar el camino. «Yo debería haber recibido ese hachazo». Las lágrimas invaden sus ojos. ¿Por qué? ¿Por qué lo ha hecho su padre?

Poco después, se percata de que está solo. La única antorcha que ilumina la tierna tumba es la suya. Tiene miedo de que se apague. «Te voy a querer siempre».

¹⁵ *Retórica*, de Aristóteles. En relación con la edad: 1) Carácter del joven.

DESPEDIDAS

Se acerca el momento, García. Mañana, al amanecer, los primeros Almoravid regresarán a Navarra. Cierta desasosiego gobierna mi alma. Estoy impaciente. ¿Hasta qué punto puedo fiarme de Martín Ximénez de Aibar? Tengo mis dudas, pero he de porfiar si quiero dar pasos hacia delante. Trato de recordar lo que hice mal en el pasado, para no repetirlo ahora. Y, aunque estoy seguro de hallarme en el punto en el que debo estar, me doy cuenta de que no hay nada hecho. Sin el perdón real... Sin el perdón real ya me puedo chocar contra un muro, que no conseguiré mis objetivos. ¿He depositado demasiada confianza en unos hombros pequeños? No lo hubiera hecho de haberlo podido llevar a cabo yo mismo. Pero mi lucha ahora es otra; más sutil, más encubierta. He rescatado vuestros documentos. Aquellas cartas que dejasteis preparadas y que yo arrojé al fuego impúdicamente. Mejor dicho, las rescató Teresa, que para eso tiene un sexto sentido. A veces pienso que estoy viviendo en la calma que precede a la tormenta; igual que vivimos aquellos días de tregua en pleno verano del año 1276. Quince días en los que ambos bandos aprovechamos para reorganizarnos. Nadie pensaba ya en los pactos, aunque se hablaba de ellos. Gastón de Bearn, Climent de Launay y el prior de San Gil solo buscaban tiempo para que las tropas francesas alcanzaran Pamplona. Y, mientras, el obispo Armingot parlamentaba con Alfonso X de Castilla para conseguir su apoyo. ¿Lo recordáis? Prometió cuatro mil hombres a caballo y cuarenta mil soldados de a pie. Yo me acuerdo, como también me acuerdo de vuestra cara cuando llegó aquel hombre y os dijo que Pedro Sánchez de Monteagudo estaba en esos momentos pactando con el prior de San Gil su propia rendición. Eso significó su muerte. De vuestra propia mano. ¿Fue necesario? ¿Fue necesario? Con la promesa de la ayuda del rey castellano y el sabor de la muerte en nuestras manos, el décimo quinto día de agosto rompimos la tregua y con ello sentenciamos nuestras vidas. Traidores todos; el rey castellano, vos, yo... traidor el señor de Cascante, traidor el prior de San Gil, Gastón de

Bearn y Climent de Launay.

Fortún mira al fuego y acerca el pergamino sobre el que acaba de escribir. Arrima solo una esquina y deja que las llamas lo laman muy despacio. Observa cómo avanzan hacia su mano. Cuando están a punto de rozar sus yemas, deja caer el pergamino sobre los maderos y se queda mirando, hasta que las palabras de tinta se convierten en palabras de fuego. Muy despacio, se acerca a su lecho y se tumba sobre él. Bien sabe que aquella noche no dormirá.

Tampoco la respiración de Teresa le sirve como bálsamo. Tiene el corazón acelerado y una incómoda sensación entre expectación y ansiedad. ¡Cuánto daría por ser él quien partiera!

Cuando Teresa entra en la habitación de su hija aquella mañana, la encuentra sentada en la cama, mirando hacia la ventana. Cree que se está regodeando en el amanecer del día en que comienza su nueva vida. Sin embargo, la joven no puede apartar su vista del lugar por donde Juan Alfonso desapareció hace unas jornadas. Teresa no para de hablar, de manifestar el entusiasmo que siente, de darle consejos... sin saber que sus palabras resbalan en los oídos de su hija, que no llega a escucharlas. A Johana se le humedecen los ojos. No se puede sacar de la cabeza el momento en que intentó abofetear a Juan Alfonso. «¡Dios mío! –se repite una y otra vez–, ¿cómo pude hacerlo? ».

Aquella mañana hace todo sin voluntad. Todo está silencioso, pero sabe que pronto llegarán los Aibar. Y, en ese momento, Ximeno y ella se dirán las palabras de futuro y quedarán desposados a falta de celebrar el matrimonio en Navarra. Le recorre un escalofrío. En su fuero interno, todavía alberga esperanzas de que ocurra un milagro.

Sus deseos chocan contra la realidad. A la hora convenida, los Aibar llaman a la puerta. Martín Ximénez, su hermano Pedro, Ximeno Martínez y su madre, María Jordán, llegan con regalos y buenas palabras. Son recibidos conforme corresponde a tal celebración, mientras Johana aguarda en sus aposentos y mira la ventana como hechizada.

Martín es el último en entrar. Su semblante ha trocado la sonrisa por un rictus circunspecto. Está abrasado en dolor. Sus pensamientos se han

atrincherado tras una máscara pétrea. No puede dejar de pensar en ella. Juan Alfonso se ha encargado de llevar al padre de Mencía ante la justicia. Pero ni siquiera saber que va a ser ajusticiado como merece compensa su sufrimiento. Él va a disponer del tiempo necesario para preparar su muerte y va a tener a su disposición un cura que lo escuche en confesión. Si ha regresado a Calahorra, es solo porque se lo ha prometido a su padre, pero ha perdido las ganas por la aventura, por la vida. Ha hecho jurar a Ximeno y a Juan Alfonso que nada contarán a su familia sobre Mencía. Cree que cumplirán su palabra.

Nada más poner un pie en la entrada se siente extraño. Hay un ambiente festivo y él está de luto.

–Os estáis equivocando. Todos.

Martín mira a su tío Iñigo.

–Hoy no, tío –le dice Martín, quien ya está un poco cansado de la oposición del hermano de su padre a todo lo que suene a regresar a Navarra.

–Acabaréis todos como él. Luego no digáis que no os lo he advertido.

«No le hagas caso, Mano y Media. Navarra nos necesita».

Su madre se abraza a él. Se la ve entusiasmada. Bromea con sus futuros suegros.

–Gracias a Dios que has llegado –le dice Ximeno poniendo una copa de vino en su mano.

–Vamos, gran Ximeno, ¿nervios?

–No. Es vuestra madre.

–¿Ha hecho algo malo?

–No, por supuesto que no. Pero lo terminará haciendo. Es su cuarta copa de vino.

Martín pone una mano sobre el hombro de su futuro cuñado y le devuelve la copa.

–Traeré a mi hermana.

Sube despacio por las escaleras. Tiene un torzón en la garganta. Todo a su alrededor muta con una celeridad espantosa. No hacía ni dos días que se sentaba a jugar con su hermana y ahora... Baja la vista, entregado por un instante a la desolación, y toca en la puerta con los nudillos.

–Johana –la llama muy suave.

Cuando abre la puerta, los dos hermanos se miran. «¡Dios mío! –piensa Martín al verla–. ¿Dónde está la chiquilla con la que me escapaba a jugar?».

Es cierto. Johana está diferente. En breve será una mujer desposada.

–¿Estás lista? –le pregunta–. Están impacientes por verte.

Johana mira una última vez hacia la ventana y baja la cabeza. Al ver el gesto, Martín se acerca a ella.

–Vas a estar muy bien con Ximeno. Él sabrá cuidarte.

Se le sube un amargor a la garganta y tiembla. Sus ojos se inundan de lágrimas.

–No puedo hacer esto, Martín –su voz suena con desaliento.

–¿Qué quieres decir?

–Bien lo sabes. Mi corazón pertenece a otro.

–¿Tu corazón? –la interroga, fijando en ella directamente su mirada–.

¿Pero nada más que tu corazón, no?

La pregunta le hace deshacerse en lágrimas.

–¿No has hecho ninguna tontería, verdad?

–Siento que le voy a traicionar –dice sin escuchar a su hermano.

–No eres tú la que va a traicionar a nadie, Johana. Juan Alfonso se va a casar con María Fernández de Luna, la hija de Artal VIII, señor de Luna, y de Constanza Pérez, señora de Segorbe, y tú te vas a casar con Ximeno de Aibar.

Lo mira con ojos de incompreensión.

–Tú eres el único que me puede ayudar.

–Johana –la toma de las manos. Se le está haciendo difícil encontrar razones convincentes–, ¿qué pretendes que haga?

La cabeza de la joven se mueve repetidas veces de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Ni ella misma lo sabe. Es estúpido pensar que Martín contradiga a su padre cuando lo que está en juego es entrar en Navarra. Además, ¿cómo espera que Juan Alfonso luche por su amor cuando fue ella misma la que con su actitud lo echó de su habitación?

–¿Está aquí?

Martín guarda un instante de silencio. Bien sabe por quién pregunta su hermana.

–No –admite al fin.

El semblante de Johana se transforma.

–Llévame –dice con tono de desmayo.

Al aparecer por la puerta, se hace el silencio. Johana siente el peso de todas las miradas sobre ella y se ruboriza. Está tan nerviosa que sabe que le va a resultar imposible hablar. La reciben sus padres con un beso. Se acerca

su tío Iñigo también, pero al besarla en la mejilla la llama Judas. Y ella no puede menos que darle la razón, por una vez, a su tío. Luego se encuentra con el abrazo de María y Martín y el saludo de don Pedro. Y, casi sin darse cuenta, sus manos se hallan entrelazadas con las de Ximeno. Mantiene su mirada fija en el suelo. No quiere que nadie descubra sus sentimientos. Está convencida de que cualquiera podría leer en su rostro que ama a otro hombre.

–Johana –la llama Ximeno. Ella trata de sonreír, pero nota el temblor de sus manos dentro de las de él–, te recibiré por mi mujer –le promete, a la vez que coloca un anillo en su dedo.

La boca de la joven se abre y se cierra varias veces. No encuentra la voz para decirlo. No tiene las fuerzas necesarias para engañar a Ximeno y engañarse a sí misma. Alguien carraspea.

–Ximeno –dice por fin–, os recibiré por mi marido.

Siente que va a desmayarse y lo hubiera hecho de no ser por el leve empujón que le da su padre, al poner en su mano el documento que atestigua la compra de un terreno en Aibar y que Johana entrega a Ximeno. Fortún asiente complacido. La dote de su hija ha satisfecho a Martín Ximénez y él ha conseguido la promesa de los Aibar de que permitirán que el primogénito de este matrimonio se forme como caballero entre los Almoravid, cuando llegue el momento.

Se celebra un pequeño banquete, después del cual, tras abrazos y besos, la casa de los Almoravid en el barrio de Santa María de Calahorra se queda en silencio. Fortuño se refugia en su habitación. Enciende el fuego y se sienta a contemplar las llamas. Brillan sus ojos negros Almoravid con el remordimiento de cierta pena. El dolor llega amortiguado entre la sucesión de soles y lunas de sus recuerdos, retorciendo las venas por las que circula su sangre. Sin embargo, se siente muy vivo. Toma la pluma y rebusca hasta encontrar un pergamino sobre el que escribir.

Discutimos y mucho, aquel día. Vos parecíais tranquilo, pero yo no acerté a ver comprensión en aquel asesinato. Era mucho el rencor que arrastrabais don Pedro Sánchez de Monteagudo y vos. Resentimientos de días lejanos, cuentas pendientes... Vos sabréis. Os eché en cara ese vil asesinato y vos asegurasteis que eso era preferible a la traición. Lo cierto es que nunca había discutido así con nadie y nunca lo he vuelto a hacer. Y cierto es también que, a pesar de eso, no

entraba dentro de mis planes cambiar de bando. Diría que ocurrió por casualidad, pero no creo en las casualidades. Más bien, he de reconocer que forcé ese destino. Fui al encuentro de Guillelmus Anelier de Tolosa porque estaba enfadado con vos. Solo por fastidiaros. Lo reconocí entre los combatientes a los que nos enfrentamos en una de nuestras salidas por los alrededores de la Navarrería. Esperé a que todo terminara y lo alcancé antes de llegar a la puerta del burgo de San Cernin. Le dije cuánto sentía la muerte de su amigo Raoul Cruzat y le pregunté cómo estaban sus padres. Me contestó por educación y me dijo que yo mismo imaginara cómo pueden estar unos padres que acaban de perder a su hijo. Me quedé en silencio. Nos miramos unos instantes. Es cuestión de tiempo, me dijo al fin. No sé si se refería a que el tiempo todo lo cura o a que las tropas de Felipe III estaban ya a las puertas. Miré a lo lejos, tratando de ver más allá de los tejados de nuestro burgo. Raoul no debería haber muerto... así, comenté. Y tampoco Pedro Sánchez de Monteagudo. Si estuviera en mi mano parlamentar con el conde d'Artois..., dije de pronto ¿Habláis de traicionar a vuestro hermano?, me preguntó entonces a bocajarro. Y yo le contesté que eso era algo que solo atañía al conde y a mí. Regresé al palacio de los Almoravid. Enseguida noté que seguíais enfadado conmigo. Era de esperar. Bastante tensión había ya en el ambiente. Pero los dos somos igual de cabezotas. Y ninguno supimos disculparnos; ni quisimos hacerlo. Y en las siguientes incursiones, me relegasteis. Y ese gesto no pasó desapercibido para Guillelmus. El día que me sugeristeis que no os acompañara, ese día, cuando ya las tropas de Robert d'Artois pisaban suelo navarro y las fuerzas castellanas hollaban la cima de San Cristóbal al mando de Simón Ruiz de Cameros, ese día, García, alguien llegó con un salvoconducto. Ese día, hermano, os traicioné.

Las llamas arden poderosas. Rugen. Se mueven en apoteósica danza mortal. Huelen las palabras de infamia y las desean. Fortún no se hace esperar. Acerca el pergamino y las llamaradas lo atrapan con su lengua viperina. El fuego se retuerce en tubos infernales, como si estuviera haciendo una digestión difícil. En un instante, las letras desaparecen, dejando en su volatilización un aroma a inquina.

SUELO NAVARRO

Conforme deja atrás las tierras conocidas de Castilla, siente el corazón más y más oprimido. Se lleva la mano a la muñeca para cerciorarse de que no lo ha imaginado, que Mencía ha existido. Asumir que todo eso forma ya parte del pasado es terrorífico. Mira al cielo despejado de aquel día de primavera. Es difícil ver el sol en él, aunque no haya nube alguna en lo alto. Deja la mente en blanco y permite que Saiatua tome el mando y siga dócilmente la estela de los demás.

Martín no es el único que avanza afligido. Juan Alfonso cabalga a su lado, imbuido del mismo sentimiento descorazonador. Busca a Johana con la mirada en cada parada, en cada curva. Apenas ha coincidido con la joven y, aunque no entiende qué loca idea le ha hecho embarcarse en aquel viaje, solo sabe que no desea estar en otro lugar. No espera ya que la joven cambie de opinión y se escape con él. Pero siente que ambos se deben una explicación, una despedida. Quiere decirle que no le importa lo que haya pasado entre ellos, que da igual que no puedan estar juntos, que sus dos almas se pertenecen aunque deban estar separadas, que siempre la amará, que pensará en ella, que será el motivo de sus desvelos y el cobijo en sus días de tristeza; la protagonista de sus sueños y de sus versos. Todo eso desea decirle.

No le van mejor las cosas a Johana. Viaja tensa, junto a la madre de Ximeno. Sus ojos se mueven inquietos de un lugar a otro, incapaz de fijar su vista en un punto y relajarse. Sin darse cuenta, se retuerce las manos de finos dedos, en los que el anillo se incrusta una y otra vez, mientras se pregunta qué es lo que ha hecho. El caballo de Ximeno patea a su izquierda y Johana baja la cabeza cada vez que él se dirige a ella, en un gesto que el novio toma por timidez. A Johana le pesa la idea de estar engañando a Ximeno y de estar mintiéndose a sí misma. De vez en cuando, estira el cuello hacia atrás, haciendo como si buscara a su hermano, cuando lo que en realidad busca son

los ojos de Juan Alfonso.

Hacen un último alto en el camino. En la distancia se distinguen ya las casas de Aibar. Johana sigue la dirección del dedo de doña María y observa cómo las viviendas se desparraman desde lo alto del cerro, coronado por la iglesia de San Pedro. Tiene que tragar con fuerza para pasar el torozón que se ha quedado atascado en su garganta. Sabe que en cuanto pongan un pie en Aibar ya no habrá marcha atrás; todo habrá terminado. Su suegro se acerca a ella. En cierto modo, le da miedo su presencia. Martín de Aibar le habla y ella trata de atenderle y de mirarle a los ojos, pero su corazón tiene más fuerza que su mente y esto le hace desviar la mirada hacia atrás. La suya es una mirada triste que anhela unas pupilas en las que reflejarse para hacer nacer una sonrisa. Y encuentra esas pupilas. Y durante un instante infinito todo parece estar en su sitio. Un momento después, la armonía del mundo se ha destruido. Trata de reconstruirla, disculpándose y caminando hasta su hermano. Y cuando llega hasta él, con los ojos puestos en Juan Alfonso, este se aleja, sosteniendo su mirada un breve momento más, hasta que el cuerpo de Martín se interpone entre ellos. Los dos hermanos se saludan de manera escueta. Martín sabe que Johana busca un último rayo de esperanza. Pero él es incapaz de dárselo.

Continúan camino y pronto los cascotes de los caballos resuenan sobre las calles empinadas de Aibar y ascienden hasta la iglesia de San Pedro. Y muy cerca de ella, María, con una amplia sonrisa, les da la bienvenida a su hogar.

Ximeno toma de la mano a Johana y le ayuda a descender del carruaje. Inmediatamente se ofrece a servirle de guía. Si su estado de ánimo fuera otro, Johana disfrutaría de aquel momento. Si estuviera relajada, se divertiría en aquel paseo en el que Ximeno busca su proximidad bajo la atenta mirada de una sirvienta. Pero Johana apenas saborea las hermosas palabras que le dedica su prometido, ni la sonrisa sincera con que se dirige a ella, ni la calidez de sus manos cuando toman la suya y le manifiesta cuánto se alegra de aquel enlace.

Es el día de la tercera amonestación. El párroco de San Pedro busca entre los asistentes a los mencionados Ximeno Martínez de Aibar y Johana Almoravid. La pronunciación de este apellido eleva tanto murmullo como la

primera vez que fue dicho entre aquellos muros. Martín, inmerso en su propio dolor, no se percata. Si lo hiciera, tal vez se daría cuenta del peligro que representa haber pasado la frontera. Pero no lo hace. Y cuando cuatro días más tarde el mismísimo Juan Núñez de Lara salga a su encuentro, ya será demasiado tarde para contener los hechos que se desarrollarán después. Pero en aquel instante, sus pensamientos y su corazón todavía están muy lejos de allí; en un lugar llamado Bagibel.

Salen de la iglesia. Con los trámites cumplidos, ya solo queda que Ximeno y Johana se digan las palabras de presente, y serán marido y mujer. Johana se siente prisionera. No hay lugar al que vaya que no esté vigilada o acompañada. Cuando no es María, es el propio Ximeno, o alguna de las sirvientas. Pero aquel día, al regresar a la casa de los Aibar, Johana se encuentra sola de repente. No se lo piensa, sale disparada hacia las cuadras y allí lo ve. Un ahogo le oprime el pecho. No hacen falta palabras. Ambos se abrazan como dos almas anudadas por el mismo hilo, que saben que nunca podrán estar juntas. Y se besan sin poder separarse. Juan Alfonso recorre su cuerpo delicadamente mientras la cubre de besos; sus hombros, su espalda, sus pechos... sin darse cuenta de que alguien los espía.

De repente, Johana se separa, sin aliento, las mejillas sonrosadas, pero algo avergonzada. Juan Alfonso vuelve al ataque y Johana se asusta. El de Cameros la mira entonces algo contrariado.

—¿Para qué has venido? —le pregunta él.

—¿Para qué habéis venido vos? —le replica ella.

—Yo estaba aquí preparando mi caballo.

—No me refiero a hoy, me refiero a...

—¿Aibar? Alguien tiene que cuidar de tu hermano. Y tu padre creyó que yo sabría hacerlo.

—¡Mentís! —le escupe—. ¡Mentís!

Las lágrimas prácticamente se le escapan de los ojos. Juan Alfonso se ablanda. Coge suavemente su mano y le susurra.

—¡Vayámonos! ¡Ahora! Yo cuidaré de ti.

El movimiento del pecho de Johana delata la inquietud y la lucha interna que transitan por ella. Juan Alfonso enarca levemente la ceja izquierda en modo interrogativo.

—No importa —le dice él—. Solo quiero decirte que siempre estarás en mi corazón, que serás la luz que guíe mis pasos y ponga calor en los días

lúgubres que habré de vivir apartado de ti. Tal vez me mereciera el tortazo que a punto estuviste de darme por pensar en ti continuamente, por hacerte dueña de mis pensamientos más indecentes.

–Os amo, Juan Alfonso. Siempre lo haré. Siempre...

–¡Vayámonos! –insiste una vez más.

–¡Juan Alfonso!

La voz de Martín irrumpe en el momento menos oportuno. A pesar de eso, ninguno de los dos se mueve. La mano de Johana tiembla dentro de las del heredero de Cameros. Sus ojos verdes moteados de miel son un campo mágico en el que Johana quisiera perderse para siempre.

–¿Juan Alfonso? –repite Martín. En ese instante Johana odia a su hermano, aunque en el fondo sabe que su llegada ha puesto las cosas en su sitio.

Martín se asoma y al ver a su hermana y a Juan Alfonso, desenvaina inmediatamente la espada y se precipita sobre su compañero.

–Como os hayáis atrevido a ponerle una mano encima... os juró que os ensartaré con mi espada.

Es la primera vez desde la muerte de Mencía que Martín reacciona de alguna manera. Juan Alfonso suelta la mano de Johana y eleva las suyas, mostrándoselas a Martín. Con ese gesto le dice que él no ha hecho nada. Se aleja de ella sin apartar su mirada pero sabiéndose perdedor. Coge las riendas de su caballo y se dirige a la puerta.

–Te espero fuera, Guante Negro.

Dedica una última mirada a su amada y, antes de girarse del todo, articula unas palabras con su boca, sin que salga sonido alguno. Johana las comprende perfectamente, aunque no hayan sido pronunciadas. *Cur unum*.

Martín y Johana se quedan uno en frente del otro sin saber qué decirse.

–¿Estás bien? –le pregunta él al cabo de un rato.

Johana rompe a llorar y Martín solo puede ofrecerle su hombro. Es demasiado joven para saber cómo consolar a su hermana. Así que deja que transcurra el tiempo y que su hombro se empape de lágrimas, sin saber qué palabras de consuelo utilizar. Palabras que tampoco le salen para él. Por fin, Johana se separa, algo más calmada. Trata de sonreír y decirle que está bien.

–Llévame a mi cuarto, ¿quieres?

Martín la acompaña a sus aposentos dispuesto a quedarse con ella, pero su hermana le ataja diciendo que no es necesario, que ha sido una estupidez ir a

los establos. Martín la besa en la frente y le dice que descanse. Muy despacio, sin hacer ruido, cierra la puerta y se marcha.

Saiatua está nervioso. Es un caballo negro, de brillante pelaje, joven y brioso. Nada más sentir el contacto de la espuela de Martín, sale al galope, siguiendo la estela de Juan Alfonso, quien cabalga un poco más adelante. Ambos se dirigen a Rocaforte. Cuando llega a su altura, Martín refrena a su caballo. Este cabecea inquieto; no parece gustarle mucho que tiren de la brida.

—Lo siento —dice sinceramente Martín tras un prolongado silencio. Juan Alfonso ladea su cabeza y asiente muy despacio—. No sé qué decir, Juan Alfonso. Hasta hace muy poco estaba dispuesto a todo por apartaros del lado de mi hermana. Pero si la amáis solo la mitad de lo que yo amo... amaba a Mencía... sé cuán duro es afrontar cada instante de la vida apartado de la persona con la que deseas estar.

—Gracias —le dice escuetamente—. Yo también siento lo que pasó con Mencía.

Juan Alfonso mira a Martín con cierta pena. No sabe si contarle la verdad sobre el brutal asesinato de Mencía. No sabe si decirle que aquel hombre abusaba de su hija. Y que la verdadera razón que le llevó a matarla no fue defender su honra, sino sentirse traicionado. Decide callar. No le parece lícito atormentar más la fatigada alma de su amigo.

—Si hay algo que queréis que haga... —las palabras de Martín interrumpen su pensamiento.

De su boca sale una mueca irónica. Mira al frente.

—Eres muy generoso, Guante Negro, pero no voy a permitir que deshonres por mí a tu familia.

Lo mira perplejo. Le cuesta reconocer en él a aquel joven que disfrutaba martirizándole y que le ató a la picota.

Continúan camino en silencio, cada uno evocando los recuerdos de un pasado reciente que pesa en sus corazones. No tardan en llegar a la villa de Lumbier. Allí hacen un alto en el camino. Descabalgan y guían a sus monturas hasta la posada, donde se refrescan y toman algo. No se entretienen demasiado. Lo mínimo para recibir las indicaciones de por dónde continuar su camino, llenar los estómagos y permitir descansar a los caballos.

–¿Pensáis en ella?

Martín eleva ligeramente los hombros.

–Constantemente. No dejo de decirme que todavía estaría viva de no haber ido yo a verla.

–Eso no lo sabes. Su padre era un hombre violento.

–Ella no se merecía la muerte que tuvo –dice entre dientes, con toda la rabia de que es capaz.

–¿Y acaso se merece tu hermana estar a punto de casarse con alguien a quien no ama?

Martín trata de replicarle, pero, en realidad, no sabe qué decir. Una especie de neblina ha adormecido sus sentidos. Cabalgan en dirección noroeste absorbidos por el leve rumor de la naturaleza. Oscurece lentamente.

–Mi padre dice que cada vez te pareces más a tu tío.

«Es cierto».

–No lo creo.

–Te lo digo porque... en fin. A veces uno no puede esconder lo que es.

–El rey está lejos de Navarra.

–No es al rey a quien debes temer –al menos, no por ahora–, sino a aquellos hombres que te pueden llevar ante él como un reo.

–Hace unos meses erais un mezuquino desconsiderado, que malgastaba su tiempo libre en atropellar a seres indefensos y ahora parecéis un filósofo redentor. Voy a pensar que me apreciáis.

–Aprecio más a alguien de tu familia.

–Os juro que si hubiera algo que yo pudiera hacer para remediar eso...

Juan Alfonso eleva su mano derecha.

–Lo sé. Lo harías. ¿Crees que tu sitio está aquí? –le pregunta cambiando de tema.

–¿En Navarra? –toma aire antes de contestar–. No lo sé. Y, en cierto modo, no es algo que me preocupe.

Martín lo dice de manera indiferente.

«Debería importarte, Mano y Media. Hay asuntos que no se pueden dejar de lado». «Mencía era el único asunto que no quería dejar de lado. Y ella ahora está muerta». «Todavía no estás preparado, pero lo estarás. Y, entonces, no podrás eludir tu destino». «No quiero un destino que me lleve a la muerte». «Todos los destinos llevan a la muerte, Mano y Media».

Poco falta para que el sol se pierda definitivamente por el horizonte,

cuando arriban a Urroz. Allí hacen noche. Al entrar en la posada notan cómo son observados. A Juan Alfonso no le gusta. Le advierte a Martín que ate bien su caballo y se mantenga en silencio. No duermen mucho y, en cuanto amanece, se ponen en marcha. No les lleva mucho rato cubrir el espacio que los separa de su destino.

–¿Es aquí? –pregunta el de Cameros al entrar en Beortegui.

–Según las indicaciones de mi padre, este debe de ser el sitio.

–No es muy grande.

–No, un sitio pequeño. Comprobemos si él está aquí.

Se trata de esos lugares en los que el silencio y el aparente abandono no hace sino indicar que alguien está observando desde algún agujero y cuando menos te lo esperas... ¡zas!, algo salta a tu lado. Descabalgan, pero mantienen las riendas en la mano y las capuchas subidas. Como si hubiera estado allí antes, Martín se dirige a una de las casas y llama con el puño de su mano izquierda.

–¿Es aquí?

Se encoge de hombros, como diciéndole que, por probar, tampoco va a resultar una gran pérdida de tiempo. Se abre la puerta. Una sirvienta joven les da la bienvenida y les pregunta si les puede servir en algo.

–Buscamos a Remiro de Beortegui.

–¿Dos hombres que ocultan sus rostros? –la voz llega de atrás, grave y firme, y la sirvienta se retira a un lado para franquear el paso a su señor.

Martín se adelanta todavía con las riendas de Saiatua en la mano y se queda frente a frente con el hombre.

–Venimos en son de paz –le manifiesta, mientras se baja la capucha.

Su rostro queda al descubierto. Al hombre, al verlo, se le demuda el gesto. Da un paso atrás, como si acabara de ver un fantasma. Juan Alfonso observa atentamente la reacción de ambos y acerca la mano diestra discretamente a la empuñadura de su arma. La aparta un poco tras comprobar que no hay amenaza en la mirada de aquel hombre, a pesar del asombro que manifiesta su rostro.

–¿Quién eres?

Martín clava esa mirada tan Almoravid que no necesita presentaciones. «Es el hombre que buscas». Vacila un poco antes de dirigirse a él:

–Sois Remiro de Beortegui –dice más como una afirmación que como una pregunta–. Mi nombre es Martín. Me envía mi padre, Fortún Almoravid.

Hay un momento de escrutinio mutuo, mirada sobre mirada. Y, por fin, Remiro se decide y los invita a pasar. Los acompaña a una habitación pequeña que recibe el sol de la mañana y está caldeada. Con su mano derecha, les indica un par de sillas donde pueden sentarse. Remiro no cesa de mirar a Martín y este no sabe cómo interpretar su expresión. Sin embargo, el de Beortegui no comenta nada.

—Así que Fortún Almoravid es tu padre —se limita a comentar.

—Sí —dice dándose tiempo para pensar en cómo seguir o, más bien, cómo empezar, aquella conversación—. Él me envía —vuelve a repetir torpemente.

—Entonces... tú dirás, Martín.

—Me acompaña Juan Alfonso de Haro, hijo del señor de Cameros y teniente de Calahorra.

Remiro esboza una sonrisa y saluda a Juan Alfonso.

—Calahorra, ¿venís de allí?

—Sí.

—¿Y cómo está Fortún?

—Se encuentra bien, a Dios gracias. ¿Conocéis a mi padre?

—No tuve mucho trato con tu padre. Sin embargo, me reuní a menudo con tu tío.

No hace falta hacer referencia a qué tío se refiere.

—A mi padre le agradecería saber de primera mano cómo van las cosas por aquí. Esto es de su parte.

«Más bien deberías decir de mi parte, Mano y Media». «García, no es el momento de discutir eso». «Yo escribí los nombres de las personas que permitirán a tu padre tomar el pulso de la gente y saber quién está dispuesto a apoyar su regreso». «No voy a discutir vuestros méritos».

Remiro toma en sus manos la carta que le entrega Martín. La mira largamente antes de decidirse. Quiere tener su pequeño espacio, leerla sin público.

—Perdonad mi falta de hospitalidad. Enseguida os haré traer unas viandas y un buen trago.

Sale con la carta bien sujeta en su mano. Martín se pone de pie, nervioso.

—No confías en él.

—Hay algo en él que no termina de transmitirme seguridad. Es esa forma de mirarme, y creo que tú tampoco estás relajado. Tal vez sea el momento de marcharnos.

–Creo entender qué es lo que ocurre.

–¿Y vais a compartirlo conmigo?

–No es él, sino tú.

–Explicaos. No estoy para acertijos.

–Creo que te pareces a él más de lo que crees. Cuando te ha visto la primera vez ha reaccionado como si estuviera viendo una aparición. Le has recordado a García.

Martín se mueve inquieto. Y, de pronto, se para delante de Juan Alfonso.

–¿Creéis que mi padre es consciente de eso?

El heredero de Cameros se limita a sonreír. Y Martín se pone muy serio. Empieza a comprender que está metido en un asunto más serio del que se ha imaginado. La llegada de la sirvienta con fruta y queso interrumpe sus pensamientos.

–Será mejor que comas algo –le dice Juan Alfonso, cogiendo la bandeja y depositándola en el centro de la mesa.

Martín no está para comer nada, pero coge una manzana y juguetea con ella. Descarta el queso, obviamente, le recuerda a Mencía. Un recuerdo cruel y amargo se atranca en su alma. Es difícil acostumbrarse a vivir con esa pena. Termina la fruta y coge otra que el de Haro le lanza. Le hinca el diente, mientras escruta la ventana y la puerta y se pregunta cómo Juan Alfonso puede estar tan relajado. Llega Remiro. Su semblante ha perdido la tensión y en él se contempla una medio sonrisa.

–He leído la carta –les anuncia– y, si no os importa, he enviado aviso a Martín Pérez de Janáriz. Es un compañero de armas.

–Mi padre lo nombró –dice Martín recordando.

–Él fue amigo de vuestro padre. ¿Es la comida de vuestro agrado? –les pregunta, como si quisiera cambiar de tema.

–Lo es –afirma Juan Alfonso.

–Martín Pérez no tardará en llegar –comenta Remiro algo más relajado, metiéndose en la boca un buen pedazo de queso y regándolo con un trago de vino.

–¿Martín Pérez de Janáriz es también juntero? –quiere saber Martín.

–Sí. Uno de los mejores infanzones, sin duda.

–¿Cuántos sois?

–No tantos como quisiéramos. Hay miedo, pero la Junta de Infanzones sigue funcionando.

El de Beortegui no le quita ojo a Martín, algo que le empieza a poner nervioso hasta el punto de acercarse de nuevo a la ventana para comprobar si hay alguien preparando una emboscada. Al rato advierte un jinete a la carrera. A juzgar por el ruido, no parece querer molestarse en esconder su llegada. El caballero descabalga de inmediato y se precipita dentro de la casa. Poco después, frente a Martín, aparece un hombre de la edad aproximada de su padre. La mirada de sus ojos verdes es franca y directa. Tarda solo unos instantes en caminar hacia Martín y saludarlo con un fuerte abrazo.

–No hay duda de que eres un Almoravid –le dice–. Bienvenido a Navarra.

La Junta de Infanzones de Obanos ha retomado su actividad poco a poco tras la guerra de la Navarrería del año 1276. Sin embargo, desde Francia se ve como una especie de amenaza y a todos consta que los informes que les llegan a Juana y Philippe *el Hermoso* no son muy favorables a su continuidad. De cualquier forma, la Junta tiene su representación en las Cortes y mantiene su espíritu primigenio de guardar el reino y respetar el derecho y las leyes. Esta es la razón por la que Fortún Almoravid decidió seguir las indicaciones de su hermanastro y contactar con ellos. Una cosa es tratar de congraciarse con el rey y el gobernador Climent de Launay y otra muy diferente tomar el pulso exacto de los acontecimientos y buscar respaldos, y esto solo puede venir de los infanzones. Ya durante el reinado de Teobaldo II, la Junta –fundada durante el reinado de Sancho VII *el Fuerte* y cuyo primer *buruzagi*¹⁶ había sido un Almoravid de nombre García–, había tenido que funcionar clandestinamente, a escondidas del rey.

Martín y Remiro, entre bocado y bocado, les cuentan cómo en el último año se han dado numerosos enfrentamientos en la frontera con Aragón. Juan Núñez I de Lara, un castellano fiel al infante Fernando de la Cerda, a quien en su lecho de muerte le juró velar por los derechos dinásticos de sus hijos, y declarado vasallo de Felipe III de Francia, secunda al rey en su cruzada particular contra Aragón. El castellano se ha hecho fuerte en la frontera, y hace un año logró una gran victoria sobre los aragoneses. Y ahora pretende repetir la hazaña, mientras Felipe III ataca desde el norte.

–No me extrañaría que ya se hubiesen puesto al frente de sus tropas, mientras hablamos –comentó el de Janáriz.

–¿Le escribiréis todo esto a mi padre?

–Por supuesto.

–Él os agradecerá que le mantengáis informado.

–Lo haremos. Palabra de infanzón.

Se despiden pronto, a pesar de la insistencia de los dos junteros para que se queden cuanto quieran. Y, a la tarde del segundo día, entran en Aibar. Juan Alfonso se dirige al establo a dejar los caballos, mientras Martín corre a ver a su hermana. Ninguno de los dos prevé el encuentro que les espera.

Juan Alfonso desensilla primero a su caballo y luego se ocupa de Saiatua. El animal tiene el pelaje tan negro como los ojos de su dueño. Es un animal arisco con quien no conoce, pero profundamente fiel a Martín. Le está hablando cuando siente sobre sus costillas la punta de una espada. La voz de Ximeno es implacable al dirigirse a él.

–Debería retaros ante el alcalde o en el mercado, incluso delante de nuestro gobernador, pero no os daré esa satisfacción. Quiero veros muerto hoy mismo.

Juan Alfonso aprieta fuertemente los puños antes de girarse lentamente.

–¿Puedo saber qué os ocurre? –le pregunta, sacando toda la sangre fría de que es capaz.

–¿Tenéis la osadía de preguntarlo?

No es osadía, solo trata de ganar un poco de tiempo para confirmar si la amenaza de Ximeno se debe a lo que empieza a sospechar que el de Aibar sabe. Trata de pensar con rapidez. ¿Habría sido Guante Negro? No, no lo cree. ¿Les habría visto alguien? La punta afilada de la espada está apoyada en su esternón y amenaza con traspasar su primera capa de piel.

–¿Podemos tratar esto, sea lo que sea, con un poco de calma?

–No me pidáis calma, Juan Alfonso. No hay calma posible ante una traición como la vuestra.

Retrocede y se topa con el muslo de Saiatua. Nota su propio nerviosismo reflejado en el cuerpo del animal. No, piensa, Ximeno no será capaz de... No le da tiempo a seguir especulando. La espada rasga su piel y se escurre un hilillo de sangre.

–¿Cómo habéis sido capaz...? –la rabia le impide a Ximeno expresarse con rapidez.

–¿Capaz de qué? –se atreve a preguntar.

—Mal está lo que hicisteis, pero negarlo... solo conseguís humillarme. ¿Es eso lo que pretendíais?

—No sé lo qué os han contado, pero...

—¿Contado? Yo mismo lo vi, Juan Alfonso, con mis propios ojos. Aquí — constriñe la mandíbula. Parece que las vísceras y el corazón están a punto de salirse por la boca. Juan Alfonso se empieza a preocupar. Nunca ha visto a su amigo tan enfadado—. Llevo cuatro días preguntándome qué hubiera ocurrido de no aparecer Martín.

—Os juro que no pasó nada. No malinterpretéis lo que visteis.

—¿La amáis? —todo su dolor está volcado en la pregunta.

—Eso da igual ahora, Ximeno. Johana nunca ha sido, ni nunca será mía.

—¿Qué es lo que pretendíais? Ahora entiendo vuestra insistencia para venir a Navarra. No se trataba de Martín, sino de su hermana.

—Ximeno, no es cierto.

—¡Claro que lo es! No me insultéis al llamarme tonto.

—No la he tocado y ella no me corresponde.

—¡Mentís! Os vi... —no puede decirlo. Solo imaginárselos de nuevo allí, en el establo, besándose apasionadamente, le produce un dolor inmenso. Vacila—. Y exijo una satisfacción.

Juan Alfonso aprovecha el momento de indecisión de Ximeno y saca su espada.

—¿Vais a matarme? De acuerdo, tal vez lo merezca, pero ella no se merece tener un marido asesino. Ella os quiere a vos y solo a vos. ¿Vais a arruinar vuestra vida, y la de ella, solo porque yo haya tratado de seducirla? ¿Me haya aprovechado de su inocencia? —aquellas palabras le están costando todo un mundo pronunciarlas. Puede cargar con la culpa, pero no puede soportar la idea de que él se vengue en Johana.

—¡He dicho que quiero una satisfacción! —su voz sale con fuerza, cargada de odio.

—De acuerdo. Dirimamos esto con las armas.

Y no espera a que ninguno de los dos se arrepienta. Está enfadado con el destino y él también necesita descargar tensión. Así que eleva su espada y la lanza sobre su compañero con toda la fuerza de que es capaz. Pero Ximeno también lleva mucha furia dentro y quiere demostrar que está en su terreno, que la razón le asiste. Es un combate muy igualado. Son dos rivales que se conocen, han entrenado juntos, compartido maestro de armas... Y, ahora, se

han convertido en enemigos. Y golpe tras golpe, driblando, blandiendo, sin rendición posible, ninguno de los dos cede terreno. Juan Alfonso ataca por la izquierda, Ximeno responde con una parada y un contraataque al hombro. Se gira el de Cameros y finta con la espada. Se acerca Ximeno hasta rozar su cuello. Juan Alfonso toca su brazo. Y así continúan entre jadeos y gritos de rabia, sin que ninguno de los dos se doblegue. Y entonces Martín Ximénez de Aibar aparece por la puerta.

—¿Creéis que este es el mejor momento para entrenaros?

Ninguno de los dos contendientes hace el menor caso a las palabras.

—¡Eh, eh! Parece que queréis morir hoy —insiste, metiéndose en medio sin saber que interrumpe un duelo a muerte—. Te necesito ahora —le dice a su hijo sin darle más explicaciones.

Martín Ximénez de Aibar sale. Su hijo mira directamente a su rival. Le habla muy cerca.

—Esto no ha terminado. No os acerquéis a ella —le amenaza—, porque no tendré piedad de vos.

Y sin darle tiempo a reaccionar, se cambia la espada de mano y le propina un puñetazo en la nariz. Juan Alfonso sonrío de medio lado y se frota la sangre, que brota roja y rápida, con el dorso de su mano derecha.

Martín se dirige a la habitación de su hermana, pero no la encuentra. Un sirviente le dice que se ha ido con doña María a la iglesia de San Pedro. Se dirige hacia allí. Falta poco para la boda y seguro que están tratando con el párroco algún detalle de última hora. Cuando está a punto de alcanzar la esquina, un hombre le sale al encuentro, casi echándose sobre él. Apenas tiene tiempo de apartarse para no chocar.

—Te buscaba.

Totalmente sorprendido, Martín mira a aquel hombre de mediana edad que parece dirigirse a él con conocimiento de causa, mientras que Martín está seguro de no conocerlo.

—¿Puede ser que me confundáis con otra persona?

Sonrisa irónica.

—Estoy seguro de que estoy delante de un Almoravid. Es más, estoy seguro de que eres un Almoravid que no debería estar aquí.

—¿Y puedo saber qué es lo que pretendéis asaltándome así a plena luz del

día?

—Sin duda eres un Almoravid. Tu familia siempre se ha paseado por este reino como si fuera vuestro.

Martín se pone a la defensiva. Está claro que, aunque aquel hombre no ha hecho uso de su espada para amenazarle, empieza a representar un problema para él. Ciertamente se encuentra en un sitio abierto, en el que es fácil defenderse, y cierto es también que los Aibar andan cerca, pero no ha viajado a Navarra para llamar la atención, sino para todo lo contrario. Decide optar por buscar una excusa educada y retirarse. «Espera. Todavía no has escuchado su propuesta». «No creo que sea buena idea, tío. Que me haya reconocido ya me deja en desventaja». «Si hubiera querido matarte, ya lo habría hecho. Y si hubiera querido entregarte, te habría asaltado con un par de hombres y ahora estarías ya maniatado». «No me fío de él». «Aprende a leer los rostros y a interpretar las actitudes». «Me ensañasteis a intuir el peligro y aquí, y ahora, huele a amenaza».

—Me han hablado bien de ti.

—No sé quién puede haber sido.

—Ciertamente, llevas poco tiempo en el reino, pero las noticias vuelan y yo todavía sigo teniendo amigos en Castilla.

El hombre ve la sorpresa reflejada en el rostro del joven y suelta una carcajada antes de continuar hablando.

—Lo siento, creo que no me he presentado. Soy Juan Núñez de Lara.

Juan Núñez de Lara, se repite en su interior. No hace ni dos días que su nombre salió a colación en Beortegui y ahora lo tiene delante.

—Veo que has oído hablar de mí.

—No lo niego. Lucháis en la frontera contra los aragoneses.

—Una buena causa, ¿no crees? Busco caballeros jóvenes que quieran unirse a mi contingente.

—No soy caballero y no estaré mucho tiempo en Navarra. He venido por un asunto personal que me llevará pocos días.

—¿Visitar junteros? Puede que sea un asunto personal, pero mucha gente pagaría dinero por saber que el hijo del *banido* Fortún Almoravid ha establecido contacto con la Junta de Infanzones de Obanos.

Martín se siente en peligro. Y solo piensa en irse; en irse incluso de Navarra. Aunque le ha prometido a su padre que se quedaría hasta ver casada a su hermana, está dispuesto a marcharse en ese mismo momento, con tal de

escapar del de Lara. Su presencia le infunde una extraña sensación. «Tranquilízate, Mano y Media. Aguarda. Él lucha para el rey Felipe III, el padre del rey de Navarra. Espera». «¿Y qué?». «Te está ofreciendo la oportunidad de luchar para el rey del que esperamos el perdón». «No he venido a Navarra a luchar. Ni a meterme en una contienda que nada tiene que ver conmigo. Es un asunto entre Francia y Aragón». «¿Estás seguro, Mano y Media? Sabes perfectamente que has venido a luchar y tu padre lo sabía también». «No». «Tarde o temprano tendrás que combatir, en esta o en otra guerra, pero terminarás haciéndolo. Es tu oportunidad. Has venido a establecer contactos que le permitan regresar a tu padre. Entonces, ¿por qué tratas de huir cuando la oportunidad se presenta?». «Son solo escaramuzas en la frontera». «Nunca son solo escaramuzas en la frontera. Y recuerda que no te importa tanto cómo termina la batalla que va a plantear Juan Núñez de Lara contra los aragoneses, sino los contactos que consigas hacer y que te lleven hasta el rey». «O hasta la muerte». «No te veo muy optimista hoy, Mano y Media». «Será porque no lo estoy. Pero no temo a una muerte que me permitirá encontrarme con Mencía». «Muerto no sirves a la causa Almoravid, pero, si huyes, tampoco habrá otra oportunidad». «Así que no tengo elección». «Por supuesto que tienes elección, Mano y Media, pero estoy seguro de que elegirás la opción correcta».

—Creo que os equivocáis conmigo, señor —dice en un intento de zafarse—. No soy el hombre que buscáis.

Juan Núñez esboza una sonrisa cargada de ironía.

—No me sorprende que un Almoravid se comporte como un cobarde —el noble hace una pausa prolongada en el tiempo. Juega con su inexperiencia, haciendo que recuerde la huida de su tío de la Navarrería en plena noche—. Por si todavía te sigue interesando, partimos en una semana, así que podrás asistir a la boda de Johana. ¿Así se llama tu hermana, no? Por cierto... es una joven muy bella. Espero que los Aibar la protejan bien. Nunca se sabe quién puede estar al acecho.

La sangre le hierve a Martín. Sin quererlo, su respiración se acelera.

—Veo que empiezas a comprender. Espero que seas puntual, Martín Almoravid de Elcarte.

Se queda de pie, cerca de la puerta de la iglesia, sin girarse, escuchando los pasos de Juan Núñez de Lara que se aleja calle abajo. Se da perfecta cuenta de la amenaza que suscriben las palabras del de Lara y la impotencia

que siente es extrema. ¿Será capaz de hacerle daño a Johana?, se interroga. La mente de Martín se debate indecisa. No esperaba que su regreso a Navarra supusiera verse en esta tesitura. Despacio, se dirige de vuelta hacia la casa de los Aibar. «¿Qué debo hacer, tío?». «Creo que el destino ya ha elegido por ti». Menea la cabeza de derecha a izquierda, negando lo obvio. Tal vez pueda defenderse y defender a su hermana. Tal vez Juan Núñez de Lara solo estuviera tomándole el pulso.

Alguien llama a su puerta. El golpe interrumpe unos pensamientos que se repiten una y otra vez en su cabeza desde su conversación con el de Lara. Odia reconocer que no hay alternativa. Bien se ha ocupado Juan Núñez en los últimos días de que esa decisión caiga a su favor. Su presencia y la de sus hombres lo ha perseguido como una clara advertencia. Incluso Johana ha sufrido un pequeño susto al ser arrollada por un carro. Y ya no sabe cómo zafarse de la obligación que, sin pretenderlo, ha recaído en él. Se pregunta una y otra vez qué diría su padre. Él se enfrentaría al de Lara. Sabría qué hacer. Pero Fortún no está aquí para consultarle nada y no tiene la suficiente confianza con Martín Ximénez de Aibar. Todavía se pregunta cómo Juan Núñez ha descubierto su presencia tan fácilmente y cómo sabe de su entrevista con los junteros. Pero la llegada de su hermana ha sido publicada en la iglesia por el párroco de San Pedro, así que tampoco es demasiado extraño. Una melancolía fría se apodera de su alma. Todo parece haberse vuelto del revés desde la muerte de Mencía.

—¿Martín?

La voz de Johana denota cierta angustia, que él, por supuesto, no aprecia. Se dirige hacia la puerta y la abre. La joven está pálida y la tristeza se marca debajo de sus bonitos ojos azules, heredados de la familia de su madre. Se abraza a su hermano, temblando.

—¿Qué ocurre, bella dama? —le dice distraído.

En realidad no ocurre nada que no debiera ocurrir. Todo parece desarrollarse con normalidad y doña María Jordán está siendo enormemente cálida y amable, supliendo de sobra las funciones de una madre que se ha quedado en Calahorra. Pero una especie de sexto sentido le dice que algo no marcha bien. Tal vez tengan algo que ver las miradas esquivas de Ximeno — en los últimos días apenas le ha dirigido la palabra—, quizá la desaparición

total de Juan Alfonso –como si se lo hubiera tragado la tierra–, o tal vez que su hermano permanece serio y distante –como si estuviera afectado por un mal que ella apenas acierta a adivinar–.

–Mañana me caso.

Martín la mira y la toma de las manos.

–¿Y hay algo que te preocupe? –inquieta.

Baja la cabeza Johana antes de contestar. Trata de sonreír. No sabe muy bien qué ha ido a buscar en Martín. Debe de ser porque en su pequeña cabeza todavía alberga el sueño infantil de que su hermano le diga que ha hablado con su padre y ha aceptado que se case con Juan Alfonso. Pero es solo eso. Un loco sueño infantil. Le gustaría decirle la verdad, que está allí porque espera un milagro. Sin embargo, se limita a contestar a la pregunta de su hermano con una negativa tan rotunda como es capaz de fingir. Martín ha estado muy callado y serio desde que partieron de Calahorra. Erróneamente, lo achaca al incidente entre ella y Juan Alfonso, ya que desconoce la existencia de Mencía y la muerte dolorosa y cruel que Martín presencié sin poder hacer nada.

–Es solo que se me hace extraño pensar que a partir de mañana...

–Estaréis bien. Ximeno cuidará de vos como os merecéis. No tengo ninguna duda.

Desea creerle, pero alberga serias dudas. No cree merecer sus cuidados. Después de todo, ella desea a otro en su corazón. Algo debe de ver Martín en su rostro, porque atrae hacia sí a su hermana y la abraza fuertemente.

–¡Siempre pensé que yo me casaría antes que tú!

–¿Tú? ¿Qué mujer te va a querer a ti con mano y media? –bromea.

La mirada de Martín se desvía hacia arriba, recordando a Mencía. Siente la cuerda trenzada en su muñeca, cada una de las vueltas que la rodean es una promesa de amor truncada.

–No quería ser grosera –le dice arrepentida al ver que él no sonríe–. García te lo repetía a menudo y no sé por qué me ha venido a la memoria.

–No me siento ofendido. Pero, realmente, ahora tengo otras cosas en la cabeza.

–¿Sabes algo de Juan Alfonso?

Se encoge de hombros.

–Martín, no quiero verlo, ni hablar con él, ni que le des recado de mi parte. Solo necesito saber que está bien.

- Lo está –le asegura.
- Siento que ya no lo voy a ver más.
- Lo verás mañana.
- No. Sé que no vendrá.

Lo encuentra a los pies de la colina, en el camino que los trajo de Castilla. Le cuesta hallarlo y solo lo hace después de recorrer varias veces Aibar y tener claro que no se encuentra en la villa. Descabalga y deja a Saiatua atado a un árbol cercano.

- Parece como si fuerais a huir en cualquier momento.
- Sería prudente hacerlo, para no crear problemas.
- ¿Problemas? ¿Qué os ha pasado en el rostro?
- Ximeno lo sabe.

Martín se queda muy quieto, mirando a su amigo. Se pasa la lengua por los labios antes de esconderlos en un gesto de preocupación.

- ¿Podéis ser algo más explícito?
- Nos vio el día que la besé. Supongo que tuvimos suerte de que aparecieras. Si no... Ximeno habría actuado y no me atrevo a vaticinar qué habría ocurrido.

- ¡Dios Santo! ¿Habéis hablado con él?
- Más bien hablaron su espada y su puño –le dice mostrando su pecho herido levemente y enseñándole el rostro donde se ve un pequeño hematoma.
- Fue muy cortés, dadas las circunstancias.
- Tengo miedo por Johana y de lo que pueda acontecer mañana. No quiero que ella pague por lo que yo he hecho.

Martín recuerda la visita de su hermana. Tal vez le haya prestado poca atención. Quizá ella haya ido en busca de un consuelo que él no ha sabido darle. Ni siquiera le ha dado la oportunidad de expresarse.

- Le he jurado a Ximeno que me mantendré alejado. Será mejor así. Te esperaré aquí, para irnos pasado mañana.

Martín se queda callado.

- ¿Ocurre algo?
- Nada –se apresura a responder–. Es solo que... no voy a regresar... tan pronto.
- ¡Explícate, Guante Negro! –pide incrédulo.

Martín inhala todo el aire que sus pulmones son capaces de albergar. Ha ponderado contarle o no a Juan Alfonso su entrevista privada. Martín sabe que puede confiar en él, pero todo en su cabeza es confusión.

–Tuve un encuentro imprevisto el día que regresamos de Beortegui –le declara por fin.

Juan Alfonso eleva su ceja izquierda y sus ojos se iluminan de un fognazo verde que indica alerta.

–Juan Núñez de Lara salió a mi encuentro.

–¿Juan Núñez de Lara?

–El mismo. Y no me preguntéis cómo, pero sabía que habíamos estado en Beortegui y que mi hermana se casaba.

–¿Por qué no me lo has dicho antes?

–Habéis sido caro de ver y yo tenía que tomar una decisión.

–¿Qué tipo de decisión?

–Me voy a unir a las mesnadas que van a luchar en la frontera a sus órdenes.

–¡Por María Santísima! ¿Llevas unos días en Navarra y ya te has vuelto loco?

–Amenazó con delatarme y hacerle daño a Johana, si me negaba. De hecho, mi hermana ya ha sufrido un pequeño percance, sin consecuencias –se apresura a decir al ver la reacción de su amigo–, pero sé que él estaba detrás. Ha sido una advertencia muy clara.

–¿Por qué no acudes a los Aibar?

–Creo que esa posibilidad también la ha pensado Juan Núñez de Lara. El accidente tuvo lugar en el patio de su casa.

–Los dos estamos metidos en un lío.

«Algo bueno saldrá de esto, Mano y Media. Ya lo verás. Después de todo, el de Lara lucha para el rey del que buscamos el perdón». «No sé cómo va a ayudarnos eso, si yo estoy en Navarra y él tratando de invadir Cataluña».

–¿Qué pensará tu madre cuando sepa que vas a luchar contra Aragón?

–Ella no tiene por qué saberlo.

Permanecen un rato en silencio. Martín no puede dejar de dar vueltas a todos los acontecimientos que le desbordan esos días. Por un momento se le pasa por la cabeza la idea de que su padre fuera consciente de todo esto, cuando lo mandó a Navarra con la excusa de acompañar a su hermana y de entregar unas cartas. Tal vez... Pero no. Se sacude la cabeza y el pensamiento

se desvanece en algún rincón de su atormentada mente.

–Otra vez, debo pedir permiso para abandonar vuestra protección.

–Tal vez no te haga falta. Te acompañaré, si esa es tu decisión.

–Sé que vuestro ofrecimiento es sincero, pero no podéis hacerlo. No debéis. Todo el mundo sabe que Juan Núñez de Lara juró a don Fernando de la Cerda que velaría por los derechos sucesorios de sus hijos. Y vos os debéis al rey Sancho. Si os vierais involucrado con alguien que quiere arrebatarle el trono para colocar en él a su sobrino... Recordad el tratado que firmó en febrero con Pedro III de Aragón. Él tiene retenidos a los infantes de la Cerda a cambio de que le apoye en la guerra contra Francia.

–Tal vez no me importe.

–No hay cosa en el mundo que más me alegraría en estos momentos que gozar de vuestra compañía para esta empresa, pero no quiero ponerme en un aprieto y me agradecería que a vuestro regreso entregarais una carta a mi padre.

Permanecen sentados en silencio, mascando los duros acontecimientos que se asoman sobre ellos y que amenazan con aplastarlos. Martín se tumba y mira al cielo. Las nubes corren haciendo y deshaciendo miles de formas.

–Así que ahora seremos enemigos.

–Espero que no. La próxima vez que nos veamos fingiremos no recordar este pequeño desliz por mi parte.

–Me había acostumbrado a tu presencia –le dice mirándolo de reojo.

–Y yo a la vuestra.

–Y esa carta, ¿cuándo estará lista?

Martín se lleva la mano al pecho, donde la ha guardado. Le ha costado muchísimo escribirla y no está muy seguro de haber expresado con precisión todo lo que le quiere decir a su padre; o, mejor dicho, aquello que no le quiere decir. Solo espera que no interroge a Juan Alfonso.

Le muestra la carta y se la entrega.

–Nada le digo a mi padre sobre mi próxima partida junto a Juan Núñez de Lara, ni de sus amenazas, ni del accidente de Johana. Os pido que lo mantengáis en secreto.

Juan Alfonso lo mira confundido.

–Os lo he contado a vos, por si tardo en regresar, para que sepáis dónde encontrar... –iba a decir su cadáver, pero se lo piensa mejor– dónde encontrarme.

–Más te vale regresar sano y salvo. Si te ocurre algo, le juraré a tu padre

que yo estaba tan engañado como él.

–No esperaba menos de vos –le dice, sacando algo de humor negro de su alma.

–Partiré ahora mismo, Guante Negro –decide de improviso.

Martín se sorprende tanto que a punto está de quitarle de nuevo la carta que todavía no ha soltado del todo.

–Os perderéis la boda.

–Ha habido instantes en los últimos días en que he deseado raptarla, llevármela lejos y vivir... No sé. Vivir. Pero ya es tarde. Sé que ella desearía que las cosas fueran diferentes, pero yo no puedo cambiarlas. Solo puedo ofrecerle mi amor y eso no incluye una bonita casa, un apellido honorable y una estabilidad prolongada en el tiempo. Si es verdad lo que dice Le Perche, con el tiempo nos olvidaremos uno del otro. O, tal vez, el destino se doblegue a darnos una segunda oportunidad. Pero entenderás que no quiera verla prometiendo amor eterno a otro hombre, aunque ese otro hombre sea Ximeno y sus palabras no digan lo que siente su corazón. Y creo que Ximeno agradecerá perderme de vista. Dile a tu hermana... Dile que la aprecio y que siempre la llevaré en mi corazón. O, si no, no le digas nada. Tal vez sea lo mejor.

–Pero me gustaría que les llevarais a mis padres noticias de la boda.

–Dejaré aquí a Pere de Alfaro. Dile que se reúna conmigo dentro de tres días en la frontera. Con él puedes enviar otra carta con los detalles.

Martín mira a Juan Alfonso mientras este se pone de pie con cierta prisa, como si temiera arrepentirse. Él también se levanta.

–Nos veremos pronto.

–La próxima vez que nos veamos calzarás espuelas de oro, seguro –le dice abrazándolo.

–Me halagáis –agarra del brazo a su compañero y lo mira a los ojos–. No digo que Ximeno vaya a ser un mal cuñado, pero no me hubiera importado que vos ocuparais ese lugar.

–Vas a hacer que me ponga a llorar.

–Os echaré de menos.

–No te dejes matar.

–Soy un Almoravid.

–Eres un bravucón. Y los cementerios están llenos de bravucones. En serio, Guante Negro, nada de ofrecerte voluntario para misiones suicidas.

Todo son prisas. Algo que contrasta con el ánimo de Martín. Arrastra tanta melancolía que su cuerpo parece funcionar a otra velocidad. Debería estar feliz por su hermana y por Ximeno. Y, sin embargo, no puede dejar de acordarse de Mencía, de Juan Alfonso y de su próxima partida.

Faltan unos instantes para que Ximeno y Johana se digan las palabras de presente. Eso marcará el inicio de una nueva vida para los esposos, de igual manera que trazará un antes y un después en la vida de Martín Almoravid de Elcarte.

Espera en la entrada a que baje su hermana. Se sorprende al verla. En sus mejillas se asoma la ingenuidad de la niña que ha sido, junto con la hermosura de una juventud que despunta en todo su fulgor. Parece serena. Con los nervios propios de una novia en su día de boda, pero sobrepuesta a ellos. Allí donde le falta experiencia, se impone la impronta de su carácter y de su apellido y la fuerza de su linaje. Es una Almoravid y una Artal de Alagón. La acompaña a la iglesia y la ve sonreír cuando aparece Ximeno. Todo parece en orden y la familia Aibar dispuesta a divertirse y a recibir con cariño a su nuevo miembro. Doña María está volcada en Johana. No la deja de lado a pesar de que, como anfitriona, tenga que recibir a los familiares y amigos que se han acercado a Aibar para estar con los novios durante aquella jornada. Cuando llega el momento de que los esposos pronuncien sus palabras de presente, Martín contiene la respiración sin querer. No se da cuenta de ello hasta que no puede más y suelta todo el aire de golpe, produciendo un ruido que llama la atención de cuantos están a su lado. Se disculpa.

–Yo, Ximeno Martínez de Aibar, te tomo por esposa.

Las palabras vibran en sus oídos. Esposa, piensa Martín. Mencía habría sido una buena esposa. Todavía siente rabia por no haberlo podido evitar. Si hubiera pasado delante... O si hubiera estado más atento a sacar su espada... Si hubiera apartado a Mencía a tiempo... Cierra los ojos, aturdido por el recuerdo. Los invitados comienzan a moverse a su lado y salen fuera. Con Aibar a sus pies, se siente insignificante. Y entre risas y conversaciones, se percata de que es el único que permanece solo, de pie, sin hablar con nadie; lo que le permite observar con sus ojos oscuros a los Aibar. Allí se encuentran Pedro, Gil y Jordán, los tres hermanos de Ximeno, ahora ya

convertidos en cuñados de Johana. Se acerca a su hermana. Su amplia sonrisa le indica que se encuentra bien. De alguna manera, parece haber conseguido sobreponerse a su pena.

–Os veo radiante.

–Vas a hacer que me sonroje.

–Johana... ¿estáis bien?

La jovencísima novia mira a su hermano.

–Estoy bien, de verdad –miente–. No sabes lo maravillosa que es doña María.

–Me alegro por vos –le dice algo confuso.

Johana es reclamada en ese momento por su suegra y Martín se queda de nuevo solo. Hace todo lo posible por conocer a la nueva familia de su hermana. No le falta compañía y buena conversación, pero nota que es una situación forzada. Durante la comida que ofrecen los Aibar en su casa, Martín observa a Ximeno. Parece tranquilo. Tal vez, dirimir sus diferencias con Juan Alfonso a base de espada y golpes le haya serenado el ánimo. Su mirada dice que ama a Johana cuando la mira, o eso cree él. Se echa la noche. Los invitados continúan bebiendo, conversando y bailando. Martín se integra en la fiesta. Conoce a Lope y a García Ximénez de Aibar, los tíos del novio. Hasta cierto punto se extraña de que todo el mundo lo trate con normalidad y no como un *banido* peligroso. Tal vez no lo sepan, piensa. «Por supuesto que lo saben». «¿Y no les importa?». «Por supuesto que les importa. Pero, imagínate que Fortún consigue el perdón y el rey le devuelve todo aquello que le confiscó, Mano y Media». «¿Eso haría de mi padre un hombre poderoso y rico?». Casi puede escuchar la carcajada de García resonando en sus oídos. «A vuestra salud, tío», le dice bebiendo de un trago todo el vino que queda en su copa.

Se levanta a por más bebida y en ese instante escucha un pequeño alboroto. Los comensales se reúnen en torno a los esposos y los riegan con pétalos de flores al son de «¡Id, id, id!». Consiguen que se alcen, los acompañan hacia la puerta y Ximeno y Johana desaparecen. Los comentarios sobre lo que los esposos deben hacer provocan risas y carcajadas estrepitosas, conforme estos comienzan a hilar más fino, dando detalles más íntimos. Martín alcanza una jarra de vino y se sirve. Una sonrisa tonta asoma a su cara. Se nota torpe al tiempo de regresar a su sitio, junto a Lope Ximénez de Aibar, y tiene que abrir los ojos para enfocar bien. Ha comido en abundancia

y apenas se ha movido en todo el día, pero no recuerda cuánto vino ha ingerido. Y debe de ser mucho. Sale fuera para despejarse y aprecia cómo se encienden las luces de la habitación del segundo piso. Y su mente viaja rauda hasta Bagibel. Y se imagina la piel suave y blanca de Mencía y siente su aliento sobre su oído. Le embarga tanta melancolía que a punto está de romper a llorar todo el vino que ha bebido. Apoya el hombro en un árbol. La tranquilidad de la noche contrasta con la agitación que siente su alma. Le recorre un escalofrío. ¡Mencía!, suspira y arrastra su espalda por la corteza del árbol hasta encontrar el suelo y quedarse allí, mirando al vacío, sabiendo que allá, a lo lejos, en un lugar de Castilla llamado Bagibel, ha dejado enterrado su corazón.

—Apuesto a que te sientes en la obligación de velar por tu hermana, pero ¿hasta este punto?

Está tan ensimismado que no se ha dado cuenta de la presencia de Martín Ximénez de Aibar. Se recompone. La bebida y la melancolía lo han arrastrado a las lágrimas. Una debilidad que quiere esconder a los ojos del señor de Aibar.

—No es eso lo que me ha traído hasta aquí, señor. Necesitaba despejarme. Martín Ximénez se sienta a su lado y reclina la cabeza sobre el tronco.

—Una bonita boda, ¿no crees?

—Lo es.

—Aunque ayer Ximeno estaba muy raro; incluso me planteó la posibilidad de suspenderla. ¿Sabes tú algo?

«Miéntele».

—No he estado mucho con Ximeno durante estos días. Ya sabéis que me fui de viaje y, al regresar, él estaba muy ocupado.

—Y la marcha precipitada de Juan Alfonso. Me dijo que le reclamaba un asunto urgente en Calahorra. No sé. ¿Hay algo que debería saber, Martín?

«Gana tiempo. No te precipites. Estás borracho, Mano y Media. Borra esa sonrisa tonta de la cara y piensa bien antes de hablar».

—¿A qué os referís?

—¿Él y tú os habéis enfadado?

«¡Miéntele otra vez!»

Le empieza a doler la cabeza. Está embotado.

—No. Un asunto familiar, creo.

«Detente. Tampoco es necesario que des más explicaciones de las

necesarias».

–Creo que he bebido demasiado.

–Regresemos dentro.

Se levantan los dos y entran de nuevo en la casa.

–Si diriges la vista hacia tu derecha verás a todas mis sobrinas en edad casadera mirándote y cuchicheando sobre ti. Llevan haciéndolo todo el día y hasta me han pedido que te las presente. Así que voy a cumplir como buen tío que soy y voy a hacer los honores.

–No hace falta que os molestéis, don Martín. Bien sabéis que no soy digno de ninguna de ellas.

–No seas modesto a estas alturas. Ya eres parte de la familia Aibar. Para lo bueno y para lo malo –el de Aibar se ríe mientras lo acompaña hasta el lugar que ocupan sus sobrinas.

«Eres un Almoravid de Elcarte, no lo olvides, Mano y Media».

En la habitación, la luz de las velas titila nerviosa. Johana está quieta, sentada sobre la cama, esperando sin saber qué hacer. Nerviosa, se retuerce las manos, suspira, mira de reojo a Ximeno y se pregunta por qué se demora. En el otro extremo, el novio se toma su tiempo. Da varios pasos abarcando toda la habitación, se detiene y vuelve a empezar. Johana desea gritarle que se detenga ya, pero decide no intervenir. El miedo la agarrota. Solo sabe la teoría de lo que debe hacer y eso la angustia.

–Os lo voy a poner fácil.

Ximeno se detiene delante de ella con los brazos en jarras. En sus ojos, Johana no ve la mirada dulce que siempre le dedica, sino cierto deje de infelicidad y decepción.

–Conozco vuestra traición –Johana palidece y tiene la sensación de que su cuerpo se ha quedado vacío de golpe.

–¿De... de qué estáis hablando? –apenas puede hilar la frase.

–Sabéis perfectamente de qué os hablo –por un momento, Johana cree que la va a golpear, pero no lo hace–. Os vi a Juan Alfonso y a vos, en el establo.

–¡Ximeno, por lo que más queráis! No es lo que imagináis.

–¿Acaso me imaginé el beso que os disteis? ¿Cómo él os tocaba?

Johana se lleva las manos a la cara. ¿Cómo puede estar sucediendo esto?

–Lo lamento y os pido disculpas si os sentís ofendido. Pero entre Juan

Alfonso y yo no hay nada, no puede haber nada. Soy vuestra esposa.

–Solo de palabra. Vuestro corazón está con él, ¿no es cierto?

Todo su mundo se desmorona y Johana no sabe qué hacer.

–¿Creíais que no me iba a enterar? ¿Lo creíais?

Johana no sabe qué contestar. El revés de la mano de Ximeno golpea de lleno su rostro y cae sobre la cama. Abre enormemente los ojos, su corazón se pone a latir velozmente. Se escucha el sonido de la puerta al cerrarse y ella solo piensa en morirse. Espera y espera y espera. Pero nada sucede y, entonces, los sollozos, las lágrimas, las babas y los mocos la ahogan hasta dejarla seca y muerta.

Tiene frío y eso la despierta. Se encuentra sobre la cama, en la misma postura en que cayó tras el manotazo de Ximeno. Le resulta difícil moverse. Es la esposa más desgraciada del mundo. Se palpa la mejilla. Duele. Nunca le han pegado. Un escalofrío cruza su corazón al pensar que se puede repetir. Antes me mataré que dejar que él me vuelva a golpear, decide. Unos golpes en su puerta la sobresaltan.

–Me envía doña María. Quiere saber si necesitáis algo.

Se sienta de golpe en la cama y mira el lecho vacío donde debería estar abrazada a su esposo.

–Todo está bien. No necesito nada –miente.

No respira tranquila hasta escuchar a la sirvienta despedirse. ¿Qué voy a hacer? Se levanta y se dirige hacia la ventana. Aquel debía ser el amanecer del mejor día de su vida. Y se siente peor que si le hubieran notificado que toda su familia había muerto de golpe. Tiene ganas de llorar, pero ya no quedan lágrimas en sus ojos hinchados. Se suelta el pelo trenzado que ella había imaginado que Ximeno destrenzaría y se mete en la cama, tapándose hasta las orejas. No tiene intención de moverse de allí. Ya pueden llevar a todos los Aibar para convencerla, Johana Almoravid de Elcarte no va a salir de la cama en todo el día. Le da igual lo que piensen de ella.

Martín se levanta pronto. Del día anterior arrastra un revoltijo en el estómago y un fuerte dolor de cabeza. Busca el lugar donde los Aibar recogen el agua de la lluvia y se echa un buen jarro encima. La mañana ha salido despejada y decide que es un buen momento para dar un paseo con Saiatua. El animal tiene ganas de alejarse de Aibar, como él. Estira de sus

riendas para refrenarlo, pero en cuanto dejan atrás las calles empinadas de Aibar, le permite salir al galope. Prolonga el paseo cuanto puede. Cuando el sol llega a su cénit, decide que es el momento de dejar atrás su antigua vida, de decir adiós al niño que ha vivido durante casi nueve años alejado de Navarra y permitir que el joven Martín tome las riendas. ¿Qué le deparará la vida a partir de entonces? A esa pregunta habrá que responder día a día.

Le parece ver a Ximeno junto a la trasera de la casa y decide que ese es un buen momento para despedirse de su hermana a solas. Con esa intención se acerca a la puerta de su dormitorio.

—¡Johana!

La joven duda. Se ha abandonado a su soledad y se encuentra bien así. No desea compartir su vergüenza con nadie y, aunque los dos han sido uña y carne durante muchos años, se le va a hacer difícil enfrentar el rostro de Martín sin sentirse mal. Tal vez su hermano no se dé cuenta, tal vez... Alza el mentón como su madre. Un gesto hecho sin pensar, un poco de altivez en su alicaído estado. Pero enseguida lo baja. Mira hacia la puerta por donde ya entra Martín y se queda muda.

—Hola, hermana. Vengo a despedirme —dice sentándose en la cama.

—¿Partes hoy hacia Calahorra? Pensaba que ibas a quedarte algún día más por aquí.

Espera unos instantes. Percibe algo extraño, sin llegar a saber qué es. Se levanta de la cama, como si acabara de profanar un sitio en el que no le corresponde estar.

—¿Os encontráis bien?

—Sí.

—¿Seguro?

Por un momento, Johana teme que Martín insista. ¿Qué hará su hermano si le cuenta lo que ha ocurrido entre Ximeno y ella; o, mejor dicho, lo que no ha ocurrido? Debe disimular como sea. Es un asunto que no le atañe a su hermano. Ella ha ofendido a Ximeno y a ella le corresponde reparar el daño hecho.

Martín camina hacia la ventana, convencido de que a Johana le ocurre algo. Ahora que se fija, no tiene buena cara. Pero no sabe si debe insistir. Tal vez solo sean imaginaciones suyas o tal vez... Recuerda la conversación con Juan Alfonso. Ximeno les había visto besarse en el establo.

—¿Va todo bien? —insiste—. ¿Qué os ha pasado en el rostro?

—Os vais a reír —comienza buscando una excusa en su cabeza—, fue cuando, bueno, ya sabes...

—¿Saber qué? —pregunta desconcertado.

—No deberías estar haciendo este tipo de preguntas a una dama recién casada.

—¿Os ha golpeado? ¿Es eso?

—Por favor, Martín. ¿Qué barbaridad estás diciendo?

—No lo sé —dice avergonzado.

Martín entorna los ojos y se acaricia los muñones de su mano derecha enguantada. Lo hace cuando está nervioso. La confianza que tenía con su hermana parece haberse desvanecido en las últimas semanas. No se siente capaz de hacerle confidente de su decisión. Hace unos meses, lo hubiera hecho sin dudar. Pero todo es confuso. Y, obviamente, no puede decirle que ha aceptado marcharse con Juan Núñez de Lara para protegerla.

—Juan Alfonso... —le sale sin querer, interrumpiendo los pensamientos de su hermano. No puede evitarlo—. Solo quiero saber si está bien.

Asiente, sin saber si debe decirle o no las últimas palabras que Juan Alfonso pronunció antes de irse.

—Me dijo que os apreciaba y que siempre os llevaría en su corazón, pero que no soportaría veros pronunciar las palabras de presente dirigidas a otro hombre, aunque ese otro hombre fuera Ximeno.

Johana baja la cabeza. Tiene ganas de llorar. Trata de no dejarse llevar por las emociones, pero una sonrisa mojada en lágrimas se cuele entre sus palabras. «Tengo que olvidarlo. Mi vida ahora está aquí. No puedo comportarme como una niña. Debo ser responsable de mis actos y me debo a Ximeno».

Martín se acerca a su hermana y posa el dedo índice enguantado de su mano izquierda sobre la barbilla de Johana para hacer que lo mire. La joven se siente intimidada por esos ojos negros profundos que siempre la han mirado con adoración y que ahora parecen querer traspasarla. Johana se echa sobre su hombro y lo abraza, pero a él le da tiempo a reconocer sus dudas y sus temores camuflados entre el mar azul de sus iris.

—Te voy a echar de menos —le dice abrasada por un dolor inmenso, pero callándose la carga que lleva encima.

—Yo también.

—Prométeme que vendrás a verme en cuanto puedas.

–Lo haré.

Se levanta y se dirige hacia la puerta. En el dintel se vuelve hacia su hermana.

–Adiós, Johana.

–Adiós, Martín.

Con paso decidido, el joven Almoravid se encamina al encuentro de su cuñado.

–¡Ximeno!

El nuevo esposo levanta la vista de las dos espadas que está examinando y la clava en quien se dirige hacia él. Los dos se estudian durante unos instantes.

–Mi padre me ha dicho que nos dejas.

–Debo seguir mi camino.

–Eso parece.

Mientras hablan, Martín trata de encontrar la forma de llevar la conversación hacia su hermana, pero no se atreve a enfrentarse directamente a Ximeno.

–Dejo aquí lo más valioso que hay en mi vida –le dice por fin–. Prometedme que la cuidaréis y la protegeréis.

Ximeno da un manotazo en el aire, desafiando al joven que lo mira con cierto temor.

–¿Por quién me tomas, Martín, y con qué derecho te diriges así a mí?

–Es mi hermana, Ximeno. Y aquí no tiene a nadie.

–Nos tiene a nosotros.

Martín asiente, mientras reflexiona.

–Tenéis suerte –le confía–. Yo daría la mitad de mi otra mano por poder estar una vez más con Mencía.

¹⁶ *Buruzagi*: cabo.

NOTICIAS DESDE NAVARRA

Teresa permanece muy quieta en mitad de la cocina. Ha adoptado su postura habitual de brazos en jarras. Sus ojos miran al infinito, absorta en el más absoluto de los silencios. Está sola en una casa grande y eso le produce una extraña sensación. No es mujer de volver la vista atrás, pero un ramalazo de nostalgia asalta su mente. Sabe lo que es tenerlo todo y perderlo. Sabe también lo que es empezar de cero en un sitio diferente. Y ahora, sabe también lo que es ver volar a todos y cada uno de sus hijos. La vida es un ir y venir de tornadizos caprichos.

–¡Tía!

Juana se abalanza sobre ella. De tan distraída que está, Teresa casi pierde el equilibrio.

–¡Mirad qué telas os he traído!

Detrás de la joven Almoravid, entra el sirviente de la casa de Juan González de Baztán y, en sus brazos, las telas a las que Juana se refiere.

–Pasemos al salón, aquí se estropearán –advierte Teresa.

La mesa se queda pequeña. Teresa admira las telas y su mano se pasea sobre ellas.

–Son paños de pieza *vermeia* estrecha de Inglaterra, como los que usa el rey Sancho.

El rostro de la aragonesa dice bien a las claras lo sorprendida que está. Juana se ríe divertida. Y, al hacerlo, su tía comprueba lo mucho que Martín se parece a ella. Esos ojos oscuros y profundos, esa risa espontánea y esos silencios prolongados en los que ambos esconden su pasado.

–¿De dónde los habéis sacado?

–Es un secreto. Y no habéis visto lo mejor...

A Juana se le nota entusiasmada, lo cual alivia a Teresa. Desde la muerte de su padre, la joven ha estado alicaída y triste. Se pregunta a qué se debe ese

cambio de actitud y cree saberlo.

–¡Botones de París!

La dama inclina la cabeza para ver aquello que le muestra su sobrina.–
¿Qué os parece, tía?

–En verdad, exquisito. Pero no me tengáis en ascuas, contadme cómo lo habéis conseguido.

Juana se sienta, lo que hace que Teresa la acompañe. La joven le coge de las manos.

–Juan tuvo un tropiezo afortunado con el oficial de palacio encargado de guardar los paños del rey. Se llama Juan Martín. Y digamos que le debía un favor.

–¿Y ya habéis pensado a quién encargaréis la confección de vuestro vestido?

Juana vuelve a reír.

–No es para mí, tía, sino para vos.

–¡Ay, hija! No voy a tener ocasión de lucir algo tan precioso. Y el escarlata os va muy bien con vuestros ojos y vuestros cabellos oscuros.

–Es para cuando regreséis a Navarra, para que lo luzcáis allí.

Es difícil que alguien sorprenda a Teresa y más difícil aún que esta lo demuestre, pero en este momento, está realmente emocionada.

Una sonrisa espontánea se abre paso en el rostro de Juana. Se la ve realmente bella.

–Juana, hija, ¿tenéis algo que contarme?

En verdad, no puede parar de sonreír.

–Sabía que a vos no os lo podría ocultar, que os daríais cuenta de eso.

–¡Juana! Es maravilloso.

–Lo es. Y estoy segura de que va a ser un niño y lo llamaremos García, como mi padre.

Y cuando lo dice, está claro que ha dejado atrás la amargura de los últimos tiempos.

–¿Cuándo empezamos?

–¿Empezar?

–Con el vestido. Tras la marcha de Johana y de Martín se os ve muy sola, tía. Pienso venir a veros todas las tardes y conseguiremos confeccionar el mejor de los vestidos que se haya visto jamás en Aragón, Navarra y Castilla y León.

El entusiasmo de Juana arrastra a su tía. Cabeza con cabeza, se ponen a imaginar cómo harán el vestido, dónde lo lucirá Teresa, quién asistirá a la velada... Es bonito soñar. Al cabo de un rato de darles vueltas a las telas y, mientras Juana asegura que conseguirá un pellote de paño de Carcassonne, la sirvienta de doña Teresa anuncia la llegada de Juan Alfonso. Nada más verlo, Teresa se levanta y se lleva la mano al pecho.

—¿Os encontráis bien? —pregunta el joven al ver el sofoco de la mujer.

—Es solo que no os esperaba. Al anunciaros, pensaba que se trataba de vuestro padre.

—Siento haberos provocado este pequeño susto y siento también tener que anunciaros que no me acompaña vuestro hijo.

—¡Oh! Está bien. Pero pasad, pasad. Discutíamos sobre... bueno, ya veis.

—Es un placer volver a veros, Juana.

La joven se levanta para recibir a Juan Alfonso.

—Lo mismo digo. ¿Habéis tenido un buen viaje?

Juan Alfonso camufla su contrariedad en una vaga sonrisa.

—Un buen viaje, sí.

El joven se da cuenta de que tiene dos pares de ojos, expectantes, puestos sobre él.

—Venía a ver a Fortún —dice para tratar de esquivar la pregunta que ha visto iniciarse en la boca de Teresa y a la que no quiere dar respuesta.

—Está con su sobrino y Juan de Vidaurre. No tardará en llegar.

—Puedo venir más tarde —asegura dándose media vuelta.

—¿Y aplazar el momento de saber de primera mano todo sobre la boda de mi prima? Ni hablar, Juan Alfonso.

Juana lo toma del brazo y lo lleva hacia una silla. Al parecer no tiene escapatoria. Al menos, no una que no sea considerada descortés y maleducada. La expectación se palpa en el ambiente y él no es capaz de encontrar la palabra adecuada con la que comenzar su relato. Preferiría mil veces encararse con la muerte a enfrentar las miradas de escrutinio de aquellas dos mujeres. Se lleva la mano al pecho como para mantener las distancias que se van acortando. Recuerda entonces algo que, tal vez, lo pueda salvar. Introduce su mano dentro de la saya y saca una carta que airea como un trofeo.

—Martín escribió esto para vos.

La mano le tiembla a Teresa cuando coge el pergamino doblado.

–Leedlo vos –le pide a Juana, presa de gran nerviosismo.

Aibar, mayo del año mil doscientos y ochenta y cinco.

Teníais que haberla visto, madre. Ni los rayos de mil soles, ni cien prados sembrados de las más hermosas flores pudieron hacer sombra a su belleza. Johana vistió de azul. Doña María eligió la prenda de ese color por hacer juego con sus ojos y resaltar el tono de su piel. Eso dijo y os juro que se entregó en cuerpo y alma en los preparativos y en los más mínimos detalles. Se casaron en la iglesia de San Pedro, donde el párroco había hecho las amonestaciones. Johana estaba nerviosa, pero serena, y allí donde vos no os hallabais (sé que mi hermana os echó mucho de menos) estuvo la mano de doña María Jordán. Y me consta fue de gran apoyo para la novia. Asistieron todos los Aibar y buena representación de la nobleza navarra. Allí estaban Lope y García, los hermanos de Martín Ximénez de Aibar y los de María Jordán que no recuerdo sus nombres. Y todos los primos, que son muchos, del novio. Conocí a los hermanos de Ximeno que tienen por nombre Gil, Pedro y Jordán, quienes os mandan sus respetos y saludos.

El banquete fue suculento: platos de carnero, puerco y cabrito fueron servidos para deleite de los comensales. Comimos huevos, empanadas de carne, besugo y salmón. El vino fue exquisito y, no sé si debería decirlo, pero sé que a vos os gusta tener conocimiento de estos detalles, hubo cuchillos de plata y manteles y hasta mondadientes. Y en realidad, no sé qué más contaros, salvo que sé que dejo a Johana en un entorno agradable en el que me consta es bien recibida.

Os envió un beso de su parte. Me ha pedido que os diga que os escribirá en cuanto tenga tiempo, para contaros de su puño y letra todos estos detalles y otros que ella sabrá explicaros mejor. Yo también os envió un beso, madre. No sé cuánto tiempo tardaré en regresar, pero no sufráis, pues os mantendré informada de todos los sucesos que acontezcan de aquí en adelante.

Vuestro hijo,
Martín Almoravid de Elcarte

Durante la lectura, Juan Alfonso ha tenido tiempo de espiar las reacciones de las dos mujeres, sus expresiones y comentarios. Los ojos húmedos de Teresa, la sonrisa de Juana, las miradas cómplices de ambas... Y algunas

emociones lo han asaltado también a él. Ha sido un espectador inesperado de las palabras de Martín. Él nunca hubiera querido escuchar aquella narración.

¿Es cierto? ¿Iba de azul? ¿Cuál es la carne que más os gustó? ¿Trataron bien a Johana?

A Juan Alfonso se le atropellan las preguntas en el estómago. Le salva la llegada de los hombres. La entrada de Fortún, Juan de Vidaurre y de Juan González de Baztán es acogida con expresión de alivio, por parte del de Cameros, y con marcado sentimiento de fastidio, por parte de las mujeres. Pronto se recogen las telas y los botones y los detalles de la boda quedan en el aire, marginados.

—¿Y mi hijo? —le pregunta Fortún a la vez que sujeta su antebrazo y lo saluda.

El de Cameros no se anda por las ramas. No quiere estar más tiempo del necesario en aquella casa, en la que todo le recuerda a Johana.

—Él... se ha quedado en Navarra. Vengo directo desde Aibar —le asegura—. Solo he pasado para dejaros esta carta que Martín ha escrito para vos —remarca la última palabra—. En ella os lo explica todo. Supongo que deseáis leerla cuanto antes a solas, así que, si me disculpáis, me marcho al castillo. Lo cierto es que estoy cansado del viaje.

—Lo comprendo, lo comprendo —dice Fortún un poco desprevenido por la repentina aparición de Juan Alfonso—. ¿Los habéis dejado bien? A mis hijos, me refiero.

—Por supuesto, Fortún —y al decirlo, una pesada carga se instala en su pecho.

Desea leer la carta cuanto antes, pero quiere hacerlo a solas. Así que se la guarda debajo de la saya y espera a que sus invitados se marchen. Ya casi entrada la noche, en el calor de sus aposentos, a la luz de tres velas recias y grandes, desdobra la carta de Martín.

En Aibar, a diez y siete del mes de mayo del año de mil doscientos y ochenta y cinco.

Sabed, padre, que cabalgamos hasta Beortegui, tal y como nos dijisteis, y allí hallamos a Remiro, quien nos recibió con cierto recelo. No demostró la misma suspicacia Martín Périz de Janáriz, caballero resolute, que parecía realmente

contento de verme. Prometieron ponerse en contacto con vos en cuanto les fuera posible. Y creo firmemente que lo harán.

Sé que esperabais mi regreso junto al de Juan Alfonso, pero creo que todavía puedo seros útil aquí. Espero que no toméis a mal mi demora. Solo el tiempo dirá si he hecho lo correcto.

Os confirmo que Juan Núñez de Lara se dispone a cruzar la frontera y combatir a los aragoneses por el sur, mientras Felipe III de Francia prepara el ataque por el norte. El rey Capeto ha conseguido que el papa Martino publique una cruzada contra el rey aragonés y ha colocado a Carlos de Valois, hermano del monarca francés, en el trono de Aragón. No sé hasta qué punto los rumores serán ciertos, pero por aquí se dice que el rey francés ha enviado una embajada a Castilla para pedirle a Sancho que se abstenga de asistir a su tío Pedro III de Aragón, tal y como había pactado con él en febrero.

También he sabido por vuestro consuegro que el gobernador Climent de Launay ha recibido bajo su protección a Tomás Lapuyada y a Andrés, el costiero, antiguos vecinos de la Navarrería, y les ha devuelto todas sus propiedades. Desconozco quiénes son y la vinculación que tuvieron con la guerra del año 1276, pero tal vez sea buena señal. Martín Ximénez de Aibar ha prometido tratar de conseguiros una audiencia con el gobernador, no sé si será realmente posible.

Trataré de haceros llegar las novedades, si las hubiera. Os deseo todo lo mejor. Dad un beso a madre de mi parte. Johana también os envía besos y saludos. En la otra carta que Juan Alfonso habrá entregado a madre, relato las noticias referentes a la boda de mi hermana.

Vuestro hijo,
Martín Almoravid de Elcarte

No es fácil asimilar de sopetón todo lo que su hijo relata en aquellas líneas. Relee la carta varias veces más. Hay una frase que ha llamado su atención, de la que no sabe distinguir muy bien su significado. «Espero que no toméis a mal mi demora. Solo el tiempo dirá si he hecho lo correcto». ¿Qué estará tramando?, se pregunta. La vuelve a leer otra vez. Pero no extrae ninguna conclusión. Al fin, decide entregarla al fuego. Mientras se consume, no puede dejar de pensar en el giro que ha dado la vida de ese hijo con el que nunca ha sabido qué hacer y al que ha convertido en peón de una partida que él mismo ignora que ha comenzado.

AMIGO DEL ENEMIGO

Desconoce el nombre del pueblo en el que se encuentran. Acaso sea lo menos importante. Lo trascendental es que ha llovido, que el suelo está húmedo y embarrado, que la noche se cierne oscura y lúgubre, y que el enemigo los tiene rodeados. Seguramente, a Juan Núñez de Lara le asistió la razón cuando afirmó que aquel grupo de hombres ni de lejos se podía llamar una mesnada organizada; pero aun así se ha atrevido a enfrentarse a los aragoneses con ellos. El año anterior consiguió una aplastante victoria en el reino de Aragón y, espoleado por la creencia de que el éxito se puede repetir sin grandes esfuerzos, quizá haya sobrestimado a los hombres recientemente reclutados. A la mayoría de ellos les faltan armas, buenos caballos y, lo que es más importante, disciplina. Casi todos son jóvenes llenos de arrojo, de eso no cabe duda; sin embargo, carecen de experiencia. Martín está seguro de que, vista la tesitura en la que se encuentran, a buen seguro el de Lara anda lamentándose de haber iniciado las hostilidades.

Pero ya no hay marcha atrás. Y Juan Núñez, fiel a su cometido y a Felipe III de Francia, y embargado de un gran resentimiento por haber perdido Albarracín a manos de Pedro III de Aragón, quizá no mide bien sus fuerzas. De todos es sabido que la mayor parte de la nobleza ha dado la espalda al rey aragonés en aquella guerra contra los franceses. Y eso tal vez debiera bastar para no encontrar resistencia. Pero cuando uno ve peligrar su casa, sus cultivos y la vida de su familia... eso ya es otra cosa. Y eso deben de pensar aquellos hombres que los persiguen. Ya que no solo se han unido para hacer frente a las fuerzas invasoras, sino que han encontrado en Pedro Cornel un valioso aliado.

—¿Es él? —pregunta Martín a Juan Núñez aprovechando que se han quedado algo separados del grupo. El de Lara ha dado la orden de descansar

un momento y de avituallarse y todos se han dejado caer al suelo sin demasiadas contemplaciones. Llevan horas huyendo con el enemigo pegado a sus talones.

Juan Núñez de Lara trata de distinguir las pupilas de Martín sin conseguirlo. La luz escasea ya y el bosque en el que se han ocultado apenas deja penetrar los rayos solares.

—¿Es Pedro Cornel quien nos sigue?

Los muchachos han hecho comentarios. Los primeros días, las refriegas y combates fueron fáciles. Un intercambio de insultos, de flechas y algunos encontronazos con la espada. Nada serio. Pero desde hacía unos días, todo había cambiado. Los aragoneses habían comenzado a dejarse ver en grupos grandes y bien armados. Y habían iniciado las emboscadas. De una de ellas se libraron de milagro, gracias al instinto de Juan Núñez.

El de Lara asiente y a Martín se le escapa una sonrisa cercana a una carcajada histriónica.

—¿Qué os hace tanta gracia?

—Su hermano, Juan González de Baztán, está casado con mi prima.

«Eso y que mi padre me dijo que si me veía en peligro en Navarra siempre podía pasar a Aragón y ponerme bajo la protección de Pedro Cornel».

—Sí. Tiene su punto gracioso.

—¿Creéis que nos están rodeando?

—¿Os da miedo que lo hagan?

—Solo me gustaría saberlo.

—Escúchame bien, Almoravid. Por si aún no te has dado cuenta, no tolero intromisiones en la cadena de mando y no soporto a los cobardes. ¿Sabes qué hago con ellos? Los amarro a un árbol y los lanceo.

—No digo que no se lo merezcan. Pero si me permitís, no me estaba entrometiendo. Solo preguntaba por saber a qué atenerme. Ya deben ser más de quinientos los hombres que cabalgan junto a Cornel y nosotros somos doscientos.

—No sé qué te ha llevado a sacar esas conclusiones, pero olvídate de todo. Lo único que tienes que hacer es acatar mis órdenes. Y, sobre todo, mantenerte callado. Vete con los demás o juro que te mato aquí mismo.

A Juan Núñez le están empezando a irritar Martín y sus observaciones. El joven no termina de comprender que debe limitarse a obedecer y a callar y nunca, bajo ninguna circunstancia —salvo que sea llamado por él—, debe

acercarse a su superior. Pensaba que con el golpe recibido tras una de sus observaciones, había aprendido a mantener su boca cerrada, pero parece que no es así.

Martín mira al de Lara. Es inútil discutir con él. Bien lo sabe. Por advertirle que el enemigo había cambiado de dirección tres días antes, recibió un buen golpe en su rostro. Y no lo mató porque andaba justo de efectivos. Su pómulo izquierdo todavía arrastra las secuelas. Pero no puede culparle; si va a haber una lucha en las próximas horas, quiere estar preparado.

«¿Vos qué creéis, García». «Creo conocer a Pedro Cornel, Mano y Media. Lo intentará esta noche. Yo lo haría». «¿Y qué queréis que haga? ¿Huir?». «Esa es, probablemente, tu mejor opción». «Una opción que, por otro lado, no quiero considerar. ¿Creéis que el de Lara es consciente de nuestra situación?». «Por supuesto. Es un caballero experimentado. Pero no pretendas que reconozca la desventaja delante de ti, ni delante de ningún otro hombre a su cargo». «¿Creéis que sabe lo que hace, que tiene un plan?». «Por supuesto que lo tiene. Otra cosa es que le salga bien. Yo, por si acaso, empezaría a rezar».

Martín acaricia el morro de Saiatua. El animal retrocede algo nervioso, como si presintiera algo. Se ocupa de él y luego se sienta apoyando su espalda en el tronco de un árbol. Come y bebe. Sus compañeros han ocupado un espacio pequeño y se apiñan unos junto a otros, por miedo. Martín se sienta algo apartado. La soledad siempre ha sido una compañera agradable en su vida. Con el rabillo del ojo observa a aquellos a quienes tiene más cerca. A su derecha, un caballero maduro, cuarto hijo de un noble, que se gana la vida ofreciéndose al mejor postor. Y el mejor postor en estos momentos debe de ser Juan Núñez de Lara. Se llama Oger y está emparentado con los Vélaz de Guevara. A su izquierda se encuentra un joven imberbe, un escudero, con tanto miedo marcado en su rostro que ni siquiera la oscuridad creciente es capaz de disimular. Se llama Pere. Al ver que se fija en él, el escudero se levanta y le hace un gesto. Martín asiente y el muchacho se acerca a su lado. El joven Almoravid le ofrece un trozo de carne seca que el otro coge con manos temblorosas. Casi parece que se va a echar a llorar.

Martín mira hacia las copas de los árboles. La noche se les ha echado encima y las caras de sus compañeros se han diluido en su oscuridad. Comienza la tensa espera. Ha vivido otras, pero por algún motivo, esta le parece diferente. Una corriente de aire frío se introduce por la parte de atrás

de su cuello. Se lleva la mano hacia allí. En realidad es una noche templada. Se rasca la nuca, se recuesta en el tronco del árbol y mira al vacío oscuro que se cierne delante de él. Pere se aprieta a su lado. Aunque le incomoda un poco, no se lo reprocha. Comienzan los susurros. Es el momento que algunos aprovechan para desahogarse. A Martín todavía le parece extraño. Dura unos instantes y luego el campamento vuelve a la calma. Y así sucede esa noche, solo que aquel momento se prolonga algo más que en los días anteriores.

Trata de evitarlo, pero le vence el sueño, como a casi todos sus compañeros. Sueña que su tío García le tira del pie y le conmina a levantarse. Se despierta en medio de la oscuridad y con una extraña sensación en su tobillo. Se lleva la mano al pie, temeroso de que alguna serpiente le esté mordiendo, y ve un fogonazo cercano. Apenas tiene tiempo de encontrarle un significado. Grita y da la voz de alarma. Se levanta deprisa y coge su espada. Solo tiene unos instantes para preparar la defensa. Ni siquiera sabe contra quién pelea. Lo único que puede hacer en aquella oscuridad, con decenas de personas revoloteando de forma rabiosa alrededor, es defenderse. En cuanto ve que alguien se acerca, agita su espada delante de él sin preguntar si es amigo o enemigo. Tras los primeros instantes de caos, su cabeza comienza a pensar un poco. Sus ojos buscan al de Lara. Se tropieza con Pere, quien parece un fantasma. Le grita que coja su espada, pero el escudero no reacciona. Martín eleva la suya y despacha al hombre que se le viene encima, de un tajo y una patada. «Dios quiera que no sea uno de los nuestros», ruega. Cuando se vuelve, Pere ha desaparecido. Lo llama, pero es imposible distinguirlo allí. Se mueve hacia el lugar en el que recuerda haber visto a Juan Núñez por última vez. Un hombre que grita «¡Por Aragón!» le sale al paso. Martín cruza su espada para parar el golpe. Luego lo amenaza desde arriba. Su lance sale ajustado a la izquierda, pero apenas roza el brazo de su enemigo. Cambia de posición para cerrar su guardia y ofrecer menos blanco. Inclina su cuerpo hacia la derecha, finta con su espada y después ataca con un golpe recto que alcanza el cuello del rival. Se va de inmediato. Ni siquiera se entretiene en mirar cómo cae al suelo.

—A vuestra espalda —le grita al de Lara cuando lo ve.

El caballero se gira justo a tiempo. No le cuesta demasiado acabar con el enemigo, pero otros vienen detrás y parece que los hombres comandados por Pedro Cornel se multiplican. El bosque verde se tiñe pronto de rojo, aunque la luz todavía ausente del amanecer no permite ver la magnitud del desastre.

Los navarros, sorprendidos y rodeados, caen como moscas. Martín y Núñez de Lara pelean espalda contra espalda para defenderse. El número de enemigos no disminuye, mientras que sus compañeros van desapareciendo. La mayoría no ha tenido tiempo ni de despertarse y los más afortunados huyen por el bosque sin mirar atrás. Martín resiste junto a su capitán. No tiene tiempo de pensar en la muerte, ni en rendirse, ni en otra cosa que no sea su espada y él. Se nota cansado y se da cuenta de que sus golpes empiezan a ser menos certeros, menos mortíferos. Pero su juventud no conoce todavía la palabra rendición, ni huida, ni traición. Es un soldado leal, dispuesto a morir espada en mano. El de Lara le da instrucciones y él las sigue lo mejor que puede. Hasta que lo tiene enfrente.

—¡Pedro Cornel!

Al escuchar su nombre, Pedro mira al joven Almoravid. Martín no sabe si lo ha reconocido o no. Solo tiene tiempo de elevar su espada lo suficiente para parar la batida letal del capitán de las fuerzas aragonesas. Pero Martín está ya demasiado cansado. No suelta su espada, pero le es del todo imposible hacer frente a los golpes que vienen después. Y uno de ellos impacta en su hombro. Un tremendo dolor le traspasa y cae al suelo. Y después nota cómo el acero pincha su abdomen. Su instinto le hace moverse con urgencia, pero sin mucha precisión. El dolor le ciega y, de pronto, un árbol se topa en su camino y todo se vuelve dolor y oscuridad.

¡Martín! ¡Martín! Su nombre suena en la lejanía, enredado en sufrimiento. No tiene ni idea de dónde se encuentra, ni de quién es la voz que escucha. ¿Mencía? La amargura se atora en su garganta. Llueve. Y el agua agranda sus lágrimas hasta fundirse con la tierra. Mencía viste de blanco. Habla, pero él es incapaz de entender sus palabras. La lluvia sigue cayendo mansa y triste. Escucha de nuevo su nombre. No quiere marcharse, aunque realmente no se encuentre en ningún lugar. Y tampoco quiere quedarse, porque le falta voluntad. Le desespera la inacabable confusión. Se encuentra de pie pero no puede andar. Está tumbado, pero no hay suelo donde descansar. Duele, pero no siente su cuerpo. Está despierto, pero no puede escapar de su pesadilla.

De repente, sus ojos se abren. Desorientado, trata de incorporarse. Un dolor indescriptible le abrasa entonces las entrañas. Entre dientes maldice a Juan Núñez de Lara y el día que se encontró con él. Y, de paso, tiene un

especial recuerdo para Pedro Cornel. Se vuelve a tumbar. Las escenas de las últimas horas le acechan. Todo en su mente es caos y no sabe hasta qué punto sus heridas son graves. Tampoco sabe en qué lugar se encuentra ni cómo ha llegado hasta allí. Se halla en un sitio apartado. Hay árboles, pero no se trata del bosque en el que ha tenido lugar la batalla.

«¡Levántate, Mano y Media!». Un ruido sordo y agudo se ha apoderado de sus oídos. Sus músculos están entumecidos. No reaccionan. Siente la necesidad de entregarse al sueño y al vacío. «¡Ponte en pie, Mano y Media!». Tiene sed, una sed terrible. Y un olor extraño que hasta entonces no había percibido envuelve todo lo que le rodea. No quiere saber a qué se debe. En cualquier caso, espera no ser él. Porque así solo huelen los cadáveres. Por un instante se ve de nuevo atrapado en la batalla. «Debes marcharte de aquí, o morirás». Martín solo puede pensar en Mencía. Tal vez haya llegado el momento de reunirse con ella. «Vamos, Mano y Media. ¿A qué esperas? Viene alguien. ¿Es que no te das cuenta de que estás en peligro?». Martín no es muy consciente de nada. No está muy seguro de estar ni vivo, ni muerto. Ni lúcido, ni inconsciente. Solo quiere estarse quieto para que el dolor no regrese. «Si no te levantas, las alimañas vendrán a por ti. ¿De verdad quieres saber lo que se siente cuando están picoteando tu carne aún fresca y las cuencas de tus ojos que todavía ven?». Tiene la boca seca. Quiere agua. No, no quiere asistir en primera fila al festín que las aves carroñeras hagan con su cuerpo. Solo quiere agua. Con un tremendo esfuerzo, arropado por un grito ronco y contenido, se levanta por fin. Confirma la herida de su hombro y la del vientre. Siente un ligero mareo. Su vista se nubla unos instantes. Suerte que cerca hay un árbol. Se sujeta en su tronco. Una arcada le sacude por dentro. El dolor se vierte por todo su cuerpo y un sudor frío resbala por su frente. Se aprieta el costado con mano temblorosa y cierra los ojos. «¿Y mi espada?». «Por fin parece que tu mente recupera un poco de cordura, Mano y Media». Le supone un gran esfuerzo, pero recoge su arma del suelo y la mete en su cinto. Mira hacia arriba, tratando de orientarse. La hora sexta está cerca, deduce. Comienza a caminar despacio. En realidad, no importa hacia dónde, porque no sabe dónde se encuentra.

Sus pasos le llevan cerca del bosque donde ha tenido lugar la batalla. Se detiene. Ya sabe de dónde viene el hedor que lo acompaña. No es él, pero bien podía serlo. Los muertos se extienden delante de él como una maldita alfombra. Sus ojos se deslizan de muerto a muerto. La descarnada realidad le

oprime el cuello. Respira corto e intenso. Cierra los ojos un instante. Ojalá pudiera hacer desaparecer todo esto. Todo es horrible, pero está tan cansado y tan impresionado, que es incapaz de pensar con lucidez. Su garganta pasa una saliva pastosa. ¡Agua!, piensa. Tal vez pueda recuperar su pellejo. Sonríe con falsedad. Lo dejó en las alforjas de Saiatua. ¿Qué habrá sido de su fiel amigo? Silba. Pero su sonido agudo solo sirve para espantar un par de aves. Tal vez... haya algún otro. Despacio, busca entre los cadáveres y entre los restos olvidados. Se detiene ante uno de los muertos. ¡Pobre, Pere! «Lo siento», le dice, «lo siento». Mientras expresa su sentimiento, sus ojos escudriñan los alrededores con cierta desesperación. Hasta que por fin encuentra lo que busca. ¡Agua! Casi se atraganta, pero le da igual. No piensa ser comido. Está herido, cansado, solo. Si hay agua, piensa, tal vez encuentre algo de comida también.

Camina entre la muerte, recogiendo, como los menesterosos, la basura de los muertos. Se detiene de súbito. Le ha parecido escuchar un quejido. ¿Es posible que alguien siga todavía vivo? Escucha. El lamento se vuelve a oír. Martín dirige sus pasos hacia un árbol de grueso tronco donde varias flechas recuerdan que allí ha tenido lugar una masacre. Percibe un leve movimiento de una mano. Se acerca con marcado interés y un pequeño entusiasmo. La posibilidad de encontrar a alguien con vida supone cierto alivio. Su gesto se torna serio. Delante de él, yace Juan Núñez de Lara.

Ya es mala suerte que, entre los doscientos hombres que salieron hacia Aragón, solo haya encontrado vivo al de Lara. Está a punto de dar media vuelta. Con un poco de suerte, no sobrevivirá a sus heridas, piensa. Además, en su estado, él no puede cargar con un herido que no colabora. Y sin embargo... algo le roe en su cabeza. «Ya sé que no soy el más indicado, Mano y Media, pero, si lo único que has aprendido de mí es a huir, es que no has puesto demasiado interés en ninguna de nuestras charlas. Te dije que siguieras mis palabras, no mi ejemplo, Mano y Media. Te dije que lucharas siempre por la vida, para que tus hechos no acabaran atormentándote como me pasó a mí».

Martín se agacha al lado del herido y vierte un poco de agua en sus labios. Juan Núñez abre los párpados, pero no parece reconocerlo. Sin embargo, su gesto le dice que ha agradecido el líquido. Se detiene, agotado, mientras piensa en la manera de salir de allí. No puede cargar él solo con el herido. Con un poco más de ánimo, sabiendo que si se detiene en ese momento, ya

no podrá arrancar, deambula entre los muertos en busca de todo lo aprovechable y lo reúne en un montón. Después corta varias ramas y construye unas parihuelas elementales. Le cuesta un gran esfuerzo colocar encima de ellas al de Lara. Una vez concluida la tarea, toma las ramas y, tragándose su dolor, las eleva y comienza a caminar alejándose del bosque, del horror y de la muerte. De pronto, recuerda haber pasado cerca de un arroyo el día anterior. Hacia él se dirige. Una vez localizado, deja a Juan Núñez escondido entre unos arbustos y regresa para recoger las provisiones.

Exhausto, se deja caer al lado del de Lara. Suda. Cierra los ojos. No sabe qué más hacer. El dolor de sus heridas le hace estremecer. No hay posición cómoda. Se adormece. Y, entonces, las pesadillas se hacen dueñas del espacio que deja el dolor. Se juntan en su mente abatida y sueña con Mencía, mientras el olor a muerte le enseña las miserias del mundo al que ahora está atado.

Le despierta una punzada aguda en su costado. Por un momento piensa que algo le ha mordido, pero es su propia carne la que se queja. Tiene hambre, sed, frío... y dolor. Y está solo para hacer frente a la cruda realidad. Gatea hacia Juan Núñez. Sonríe de medio lado, lacónico. Todavía vive. Reúne todas sus fuerzas. Bebe un poco y come y luego se encarga de su compañero. Vierte de nuevo agua en su boca y mueve su mandíbula para hacerle tragar. No se atreve a mirar sus heridas, pero debe hacerlo. Le han abierto el muslo derecho y ha debido perder mucha sangre. No entiende de heridas, pero esa tiene muy mala pinta.

–Almoravid –Martín se sorprende ante la exhortación.

El rostro de Juan Núñez está pálido, sus ojos abatidos. Habla en susurros.

–¿Dónde estamos?

–No estoy muy seguro, señor. Creo que este es el arroyo que pasamos antes de llegar al bosque.

Le parece que el capitán asiente. Durante unos instantes cierra los ojos y una mueca de dolor se muestra en su rostro. Sin embargo, su boca no confiere ni un solo lamento.

–¿Y los demás? –le pregunta mientras acepta un poco de agua.

Martín se encoge de hombros, al tiempo que dirige su mirada hacia los lados.

–Huidos o muertos.

–¿Solo quedamos nosotros?

–No encontré a nadie más con vida.

Martín se lleva la mano hacia el costado. Tiene que concentrarse para no evitar su lamento. Pero si el de Lara no se queja, él tampoco lo hará ante él.

–Luchaste con valentía. No me lo esperaba de ti. Cuando Cornel se cruzó en tu camino y te hirió... –Núñez hace una pausa, cierra los ojos y respira–. Creí que habías muerto.

Martín se sienta y recuesta su espalda contra el tronco del árbol bajo el que están cobijados. Se concentra en el horizonte que tiene ante él. Es posible que Cornel se haya retirado, pero también es posible que siga por los alrededores. En ese caso...

–Podías haberme dejado morir en el bosque.

Martín traga saliva y fija su mirada en el rostro afligido de su capitán.

–Supongo que eso es lo que esperabais que hiciera el sobrino de García Almoravid.

Juan no dice nada. Cierra los ojos abrasado en dolor, pero permanece mudo como una tumba.

–No le teníais mucha simpatía a mi tío.

–Medró mucho al lado de Alfonso X.

–Dudo que eso sea cierto. Pero aunque lo fuera, en gran medida, el rey se lo debía. Le prometió su apoyo durante la invasión francesa y... las tropas que entonces dirigía Sancho nunca llegaron a Pamplona.

Al decir esto, Martín se queda pensativo. Entonces se percata de que lo que realmente no soporta el de Lara es que su tío hubiera estado a buenas con Alfonso X y su hijo Sancho. Especialmente, cuando considera a este un usurpador del trono que pertenece por derecho a los hijos de su hermano fallecido, el infante Fernando de la Cerda. Lo deja estar. Bastantes problemas tiene él y bastante mal se encuentra, como para cargarse con más preocupaciones sobre sus espaldas. Por un instante tiene la sensación de que su tío anda cerca. Y recuerda el momento en que se despertó en el bosque. Poco antes de empezar todo, soñaba que García le estiraba del pie y le pedía que se despertara. Eso probablemente le había salvado la vida. Una flecha incendiaria había impactado poco después en el lugar en el que había dormitado.

–Escúchame, Almoravid –Martín vuelca su mirada perdida en el rostro del capitán–. A media legua de aquí, siguiendo el curso del arroyo, encontrarás una casa aislada. El dueño se llama Fernando de Bergoa. Dile que vas de mi

parte.

–¿Y vos?

–Esperaré aquí. No tengo prisa.

–Si tuviera mi caballo...

–Pero no lo tienes, Almoravid. Ve, cumple con tu misión. Es una orden – quizá, piensa, la última que dé en mi vida–. Coge las provisiones. Con que me dejes un poco de agua cerca... será bastante.

El dolor que le envuelve es inmenso.

–Márchate ya –le acucia.

Martín se levanta con torpeza. Agarra la bolsa con las provisiones y se marcha. Juan Núñez de Lara lo observa hasta que desaparece de su vista. Se pregunta si la ayuda llegará a tiempo.

Avanza con su mano apretando el costado. El dolor de la herida del hombro se ha tornado llevadero, pero el de su vientre... Se centra en el sonido del agua que corre a su derecha y en el gorjeo de los pájaros. También escucha más allá, por si hay algún peligro; aunque no está muy seguro de poder defenderse si lo atacan.

Tal y como le ha dicho el de Lara, en la distancia, aparece la silueta de una casa aislada. Martín la recorre con la vista. Es grande, reconoce. Cojea. Su destino no queda ya lejos, pero él se encuentra al límite de sus fuerzas. Se deja caer sobre la puerta y golpea con su palma. Al abrirse la puerta está a punto de desplomarse sobre el dueño de la casa.

Sin fuerzas, lo único que le da tiempo a decir es el nombre de Juan Núñez de Lara y a describir malamente el lugar en el que se encuentra herido. Después ya no es consciente de nada más.

Siente una caricia cálida en su rostro, como una corriente suave o un ligero soplo. Está entumecido, pero el dolor, decide, es tolerable. Se encuentra tumbado en una pequeña cama, justo al lado de la ventana. Las sábanas parecen limpias y los rayos del atardecer caen sobre su rostro. Le cuesta despegar sus brazos y mover las piernas. Ya no huele a quemado, ni flota en el aire el aroma pútrido de los cadáveres. Dentro, huele a leña y a fuego. Escucha una risita y gira su cuello. Cerca aparece una muchacha de cabellos dorados y, por un momento, cree que es Mencía. Pero al fijarse bien,

descubre que aquel rostro no se parece al de su amada, lo que le produce dolor y júbilo al mismo tiempo. Aunque le parece extraño, se alegra de seguir vivo.

–Sabía que tus ojos serían negros –dice con voz risueña. La muchacha no puede tener más de trece años.

–¿Y por qué lo sabías?

–Porque he soñado contigo. Y en el sueño tenías los ojos negros y todo el mundo te llamaba Martín.

El aludido sonríe confuso todavía.

–¿Es esta la casa de Fernando de Bergoa?

–Sí.

–¿Es tu padre?

–Sí.

Martín se incorpora muy lentamente.

–La herida está bastante curada, pero debes moverte con cuidado.

–Gracias –le dice mientras se observa las manos en las que, increíblemente, permanecen sus guantes.

–He pensado que estarías mejor con ellos. Tus manos se quedaban heladas por la noche.

Martín observa a su interlocutora con extrañeza. Tal vez esté soñando, o haya muerto y se encuentre a mitad de camino entre el cielo y la tierra.

–¿Tienes hambre?

El joven respira despacio descubriendo los detalles de aquella habitación. Es pequeña, pero está aireada y limpia. Asiente dos veces.

–Te traeré algo.

–¿Y el capitán? ¿Y Juan Núñez de Lara? –pregunta de repente, con cierta prisa, al acordarse de qué era lo que le había llevado hasta la puerta de esta casa.

–Se encuentra grave, pero mi madre dice que sanará –la muchacha está ya en la puerta. Sonríe–. Por cierto, mi nombre es Mencía.

El corazón de Martín se agita y un escalofrío recorre todo su ser. Cierra los ojos algo mareado y se vuelve a tumbar en la cama. Se quita el guante de la mano derecha y pasa el índice de la izquierda por la pulsera que rodea su muñeca. «Mencía, mi ángel de la guarda».

Martín se levanta, se coloca los calzones, las calzas y la camisa y da sus primeros pasos por la habitación. Se encuentra lo suficientemente restablecido como para tratar de proseguir su vida. Supone que es hora de regresar junto a su padre. Todavía no sabe qué le contará de toda aquella aventura estúpida en la que se ha visto enredado. Quizá no sea necesario relatar nada. Está avergonzado por no haber sabido enfrentarse a Juan Núñez de Lara, por no haber podido defender a su hermana, por haberse dejado herir... Pero ya es hora de dar las gracias y proseguir rumbo. Así se lo hará saber al capitán, si está lo suficientemente lúcido. Y esta vez no puede negarse a dejarlo marchar libremente. Ya ha cumplido con su misión, con aquella misión tan desastrosa.

Termina de vestirse y sale por primera vez de la habitación. Se encuentra en una sala más grande, con una mesa alargada y un gran fogón.

—¿Don Fernando?

Un hombre de mediana edad se vuelve hacia él.

—Me alegra veros restablecido.

El joven asiente, serio, reflexivo.

—No tengo suficientes palabras para agradeceros lo que habéis hecho por mí. Si hay algo con lo que os pueda compensar, solo tenéis que decirlo.

—Hablaré de ese asunto con Juan, cuando esté completamente restablecido.

—En ese caso, creo que debo marcharme. No quisiera importunar con mi presencia a los moradores de esta casa.

—Eres libre de hacerlo cuando creas oportuno, pero también de quedarte todo el tiempo que necesites.

La amabilidad que le demuestra Fernando de Bergoa manifiesta la estima que siente por Juan.

—Sois muy amable, pero creo que debo irme, si el capitán da su permiso — añade.

—Los jóvenes siempre tan impacientes. Iré a informar a Juan.

Martín regresa a la pequeña habitación a recoger las pocas pertenencias que le quedan. Se da cuenta de lo poco que se necesita para perderlo todo de repente. Antes de salir, echa un vistazo a través de la ventana. Y mira todo como si lo viera por primera vez. Aquel día, y no otro, es como si fuera el primero de su vida.

—Me alegro de haber cuidado de un guerrero valiente.

Martín se gira hacia la puerta donde se entrecorta la figura de Mencía.

–Sin duda he recibido los mejores cuidados que un mesnadero herido puede esperar.

La muchacha se acerca a él y lo observa con descaro.

–He soñado contigo, Martín. Te he visto luchando en una batalla cruenta. Centenares de soldados huían y otros cientos eran masacrados. Pero tú te batías con coraje y valor y conseguías abrirte camino.

Martín sonrío de medio lado. Son solo sueños de niña, se dice mientras piensa en regresar a Calahorra, donde el peor peligro al que piensa enfrentarse se llama Juan Alfonso.

–Juan te recibirá ahora –la voz de Fernando de Bergoa corta la conversación con Mencía.

El joven Almoravid eleva su ceja izquierda a modo de despedida y gira su cabeza hacia el caballero. Avanza despacio y penetra en la habitación que Fernando le señala con el dedo. Se nota que Juan Núñez de Lara ha preparado el encuentro. Lo recibe sentado en el camastro. Varios cojines le obligan a mantener la espalda muy recta. A pesar de su apostura, a Martín no le engañan la palidez de su rostro, sus largas ojeras, ni la mueca extraña que el dolor ha dejado escrita en su rostro. Sin embargo, a Juan Núñez le honra la puesta en escena. Lo recibe con una sonrisa que trata de esconder su sufrimiento, pero no el sentido de la derrota. Martín va a hablar, pero piensa que es mejor ceder ese honor al que es su superior.

–Veo que, al menos, has aprendido a callar delante de tu capitán.

Martín prolonga su silencio. No sabe muy bien si debe decir algo.

–Fernando me ha dicho que querías hablar conmigo.

Asiente despacio. Las palabras que se había preparado le parecen ahora demasiado simples.

«Nos conviene que te lleves bien con él». «No es el tipo de caballero con el que me hubiera juntado por propia voluntad».

Juan espera paciente. Hay rebeldía en los ojos que lo miran, pero también cierto pesar.

–Solo quería despedirme –la rebeldía prevalece sobre la prudencia, piensa el convaleciente–. Dadas las circunstancias, creo que mi misión a vuestro lado ha concluido. No puedo ayudaros más y no quiero ser una molestia para la familia de don Fernando. Siento no haberos sido de gran ayuda, pero os advertí que carecía de experiencia.

Martín se detiene y mira fijamente a Juan Núñez. Tal vez el último

comentario haya estado de más. El herido permanece inexpresivo, pero debajo de esa máscara, analiza cada una de las palabras y de los movimientos del joven. Se pregunta si... Tal vez...

–He cumplido mi parte –concluye–. Y espero que vos respetéis a mi hermana.

Sí, colige el capitán. Decididamente puede ser. Más allá de que desde que se puso a sus órdenes haya considerado impertinentes sus comentarios – porque lo han sido–, no puede dejar de reconocer que todos y cada uno de ellos fueron acertados y correctos. A pesar de desconocer el territorio en el que se movían, Martín parecía tener un sexto sentido para saber dónde estaba el enemigo.

El joven se ha callado y el silencio pesa sobre sus hombros.

–Quiero proponerte algo –escucha al fin.

Los ojos negros del joven se abren como dos lunas nuevas. No era eso lo que esperaba que saliera de la garganta del de Lara. Sin ser muy consciente, da un pequeño paso hacia atrás, como si intuyera que lo que viene a continuación no le va a gustar.

–Necesito hacerle llegar un mensaje al... rey de Francia –dice en tono confidencial. La cabeza de Martín inicia un movimiento de negación.

–Y queréis que vaya a buscar a un mensajero...

Juan Núñez sonríe.

–Estaba pensando que tú podrías ser el mensajero.

–Creo que...

–Pensaba que habías aprendido a escuchar todo antes de llegar a conclusiones precipitadas.

La boca de Martín se queda a medio paso de seguir hablando. Suspira y la cierra.

–He preparado una carta. El mensaje que contiene no te incumbe. Solo debes entregárselo al rey –aquí, Juan hace una pausa que Martín respeta. Los ojos del herido le dicen que todavía hay más. Baja los párpados cansado. Solo quiere volver a Calahorra. El vacío que ha dejado la ausencia de Mencía lo siente cada vez más grande y profundo. Eleva de nuevo la mirada cuando Juan decide proseguir–. Me he tomado la molestia de escribir otra carta. En ella hablo al rey de tu servicio bajo mis órdenes, de tus méritos y los de tu familia y le pido encarecida y humildemente que reconsidere la situación de tu familia en el exilio.

Los músculos de Martín se tensan y su mirada se contrae. Juan piensa que ha lanzado el anzuelo adecuado.

—¿Qué me dices? Soy consciente de que el esfuerzo que te pido es grande, pero no te voy a obligar a llevarlo a cabo. Quiero que esta vez... elijas libremente, sin coacciones. Nada le pasará a tu hermana si decides marcharte a casa de tu padre ahora. No habrá cuentas pendientes entre nosotros. Pero si, por el contrario, decides hacer este viaje que te ofrezco... serás recompensado.

Martín aprieta los labios. Juan lee la duda en sus ojos. «¿Qué haces, Mano y Media?». «Estoy pensando». «No hay nada que pensar. ¿Acaso no has oído lo que te ha dicho? Una carta al rey para que reconsidere la situación de tu familia en el exilio. Sabe que Fortún desea volver». «Son solo palabras. No me fío de él. Puede que la carta esté vacía o solo ponga cosas que me hagan caer en desgracia». «“Haré que os sintáis orgulloso de mí”. ¿Te suenan esas palabras? Eso me dijisteis no hace mucho. “Vuelvo a Navarra”. Además, no creo que seas capaz de ocultarle a tu padre que has tenido en la mano la posibilidad de su redención y la has desaprovechado. Él te dijo que aprovecharas cualquier situación que se te presentara, ¿lo recuerdas?». Martín siente una opresión en su pecho. Las perspectivas no son muy buenas, sea cual sea su decisión. O el remordimiento eterno de preguntarse qué hubiera ocurrido, o la guerra. La mirada oscura del joven se pierde en la distancia. ¿Calahorra o las tierras catalanas?

—Decidme adónde he de dirigirme y habládme de la situación que me voy a encontrar —se escucha decir, antes de que su mente haya asumido la decisión que acaba de tomar.

—Siéntate. Me llevará un rato.

LAS PRIMERAS NOTICIAS DE NAVARRA

La noticia del desembarco del emir marroquí Abú Yusuf en Tarifa, el 12 de abril de 1285, pone en pie de guerra a Castilla. Los castellanos lo consideran un claro desafío de los benimerines hacia Sancho IV. La frontera sur del reino se ve amenazada. Juan Alfonso de Haro, señor de Cameros, viaja con su rey hasta Valladolid y, de allí, se dirigen a Medina del Campo, Villanueva, Ávila y después a Toledo, donde una embajada del rey Felipe III de Francia pide ser recibida. El de Haro presencia la recepción. El mensaje del rey francés es claro: va a ocupar Aragón con el apoyo del papa y pide la neutralidad de Castilla. Sancho, atado en parte por el juramento hecho en febrero a su tío Pedro III de Aragón de apoyarle, se mantiene cauto. La invasión benimerín le libera de esa promesa, pero eso no significa que pueda ponerse abiertamente del lado del francés. Después de todo, el rey aragonés retiene en su reino a los infantes de la Cerda, quienes le disputan el trono castellano. Prudente, Sancho responde a la embajada diciéndoles que, en breve, hará llegar una contestación a su señor.

Para llevar la respuesta, el rey elige a dos hombres de su entera confianza. El primero de ellos es el abad de Valladolid, don Gómez García de Toledo. El segundo es don Martín González, amigo íntimo, además de consejero, de Sancho. El rey pide a Juan Alfonso de Haro que haga con los dos hombres parte del camino. Sin incidencias, los tres llegan a Calahorra, de donde Martín González es obispo. Allí descansan una jornada antes de proseguir camino.

Fortún Almoravid visita el castillo aquella tarde. Cuando el señor de Cameros está en Calahorra se ven a menudo. El noble navarro escucha las noticias que el obispo, el abad y el tenente de Calahorra exponen, con cierta relajación. Ni siquiera se le pasa por la cabeza que su hijo pueda verse afectado por los acontecimientos que los reyes Felipe III, Pedro III y Sancho

IV están desatando. Nada hay más lejos de su pensamiento. Sigue atento la conversación y, aunque no lo hablan abiertamente, intuye por sus palabras que aquellos hombres van al encuentro de Felipe III de Francia. Antes de pasar a cenar, Fortún toma del brazo al obispo y se rezaga lo suficiente como para hablarle confidencialmente. Brevemente, le expone su situación de *banido* –algo de lo que él ya había oído hablar– y le ruega encarecidamente que lleve en su nombre una carta al rey.

–¿Quién os ha dicho que vaya a ver al rey de Francia? –le dice el obispo algo divertido.

–Solo en el caso de que se os presente la ocasión –le replica Fortún con tono distendido–. No será una carga excesiva en vuestro equipaje y, si no llegáis hasta Felipe, siempre podéis romperla.

–Veremos lo que se puede hacer.

Juan Alfonso está intranquilo. Los acontecimientos se precipitan y no tiene noticias de su amigo. Mira a Fortún con cierto desasosiego, mientras degustan una opípara cena en el castillo de su padre. Por un momento está a punto de romper la promesa que le hizo a Martín. En el último instante, decide esperar. Las noticias que llegan de Navarra sobre los enfrentamientos en la frontera de Aragón son confusas y poco fiables. Martín Sánchez de Piedrola le ha comentado esa misma mañana que se rumorea que las mesnadas de Juan Núñez de Lara han sido aplastadas por Pedro Cornel, pero todavía no hay nada confirmado. Un escalofrío recorre su cuerpo. Tal vez, piensa mirando al obispo y al abad, tal vez, no haya tiempo para esperar esa confirmación. Quizá sea el momento de regresar a Navarra y cree haber encontrado el modo de hacerlo sin levantar sospechas. Mientras él elucubra sobre las decisiones a tomar, el obispo, el abad, Fortún y su padre, siguen charlando, comiendo y bebiendo.

Fortún camina aprisa por las calles del barrio de Santa María hasta llegar a su casa. De la cocina le llegan algunas palabras que delatan la presencia de su sobrina Juana. Últimamente frecuenta mucho aquella casa, lo que ha resultado muy bueno para Teresa. El *banido* saluda a su esposa con afecto y con frialdad a su sobrina. Desde el incidente tras la muerte de García, ninguno de los dos ha hecho nada por acercarse al otro, por lo que su relación

es algo forzada. Juana cree que es su tío quien debe disculparse. Y Fortún considera que obró como debía. Al ver que andan entre telas e hilos, botones y pieles, decide retirarse.

Sube a su habitación y se sienta en la cama. Pero inmediatamente se levanta. Se acerca al alféizar de la chimenea y apoya allí su antebrazo, fijando su vista en ella. En la habitación silenciosa, su respiración suena fuerte. Desvía su mirada hacia la pequeña mesa que hay bajo la ventana y se dirige allí. Se sienta y moja la pluma en la tinta.

Tengo mucho en que pensar. Han pasado los años, pero las disputas entre los reyes de Castilla, Aragón y Francia siguen vivas. Y esto significa que Navarra no es indiferente a ellas. De hecho, Juan Núñez de Lara, ferviente partidario de Felipe III de Francia y de los infantes de la Cerda, ha llevado la guerra a la frontera de nuestro reino. Es extraño, ahora que lo pienso, que no hayan llegado noticias de Martín al respecto. Él tiene que saber de primera mano cómo van las escaramuzas del de Lara. Supongo que, si no ha relatado nada, será que no hay mucho que contar. Espero que esa sea la causa y no que se haya relajado en la realización de la tarea que le encomendé.

Trato de sacar conclusiones que puedan favorecer nuestra causa. Intento buscar aliados que apoyen nuestro regreso, pero todo parece suspendido en una tensa espera. Y eso no hace sino aumentar mi desasosiego. No puedo confiar en un destino que en muchas ocasiones nos ha sido esquivo. Sé que, si quiero conseguir algo, he de ser yo quien se mueva. Su eta gar. ¿No era eso lo que vos siempre decíais? A sangre y fuego. O encontrabais la muerte o se os rendía la victoria. No había término medio.

Estos días de larga espera, he tenido mucho tiempo para cavilar. No puedo evitar revivir aquellos días. No sé cuándo cesará este desasosiego que me envuelve por las noches, justo antes de dormirme. Los remordimientos son para los cobardes, diríais vos. Y es cierto que sería mucho mejor no pensar, pero fueron unos acontecimientos terribles que nos arrollaron a todos. Y por eso, a veces, los sucesos de aquellos días me asaltan.

La devastación fue total. Miguel de Larraña y su cuñado Miguel de Berasoain fueron los encargados de rendir la Ciudad. Se presentaron ante Robert d'Artois y este les obligó a quedarse en camisa y mandó que fueran arrastrados hasta la prisión de Tiebas¹⁷. El camino se quedó expedito en Pamplona y los franceses

entraron sin piedad. Los canónigos y el obispo, que habían salido en procesión con la imagen de Santa María y cruces de plata, fueron tratados de manera denigrante. A partir de ese momento reinó el caos. Aguanté junto a Beaumarchais y Guillelmus de Anelier la visión de aquel espectáculo espeluznante solo porque mis manos no bastaban para parar aquella ola de horror salida del Infierno. Pero cuando vi en peligro la catedral, supliqué al gobernador. Me arrojé a sus pies y le rogué que frenara aquellos desmanes que atentaban directamente contra Dios. Pero ni quiso, ni pudo dar la orden. Le pedí entonces que me concediera el permiso para ir a defenderla yo mismo. Y antes de escuchar su autorización, me arrojé a las calles de la Navarrería y, espada en mano, me aventuré hasta la seo. Caminé por calles sembradas de cadáveres. Pero lo peor fueron los gritos de las mujeres y de los niños por los que nada pude hacer. Después de tantos años, todavía no he podido desasirme de ellos. Llegué tarde. Aunque Beaumarchais hubiera dado la orden, habría sido inútil. Grité hasta quedarme afónico. Rogué de nuevo, pero el saqueo fue brutal. Buscaron todo el oro y la plata y, cuando se aseguraron de que allí no quedaba riqueza alguna, dejaron que a las piedras las consumiera el fuego. Únicamente una cuantas piedras quedaron en pie. Deambulé por las calles abandonadas a las llamas. Por un instante deseé consumirme allí mismo, mientras caminaba sobre cenizas, sangre y muerte. Tan devastadora fue la intervención de los franceses, que nada quedó en pie en la Ciudad, salvo esa pared a la que he aludido. Tan voraz se extendió el fuego, que varias casas de La Población de San Nicolás fueron también afectadas. Solo quedaron cenizas. ¡Cenizas! Y, bajo ellas, la última de nuestras reminiscencias, enterrada para siempre. Cuando lo evoco, el corazón me arde en el pecho y no puedo más que reclamar justicia.

Quiero regresar, García. Quiero volver al sitio que me arrebataron y sacar a la luz esas nuestras raíces que quedaron sepultadas bajo las cenizas de la Navarrería.

En esas cavilaciones anda, cuando su sirviente llama a la puerta y le anuncia que tiene una visita.

—¿De quién se trata?

—Han dicho que son dos viejos amigos.

Fortún frunce levemente el entrecejo.

—¿No han dado sus nombres?

El sirviente baja la mirada.

—Lo siento, no...

–Ahora bajo.

Fortún espera a que la puerta se cierre. Inhala aire hasta que sus pulmones quedan completamente inflados. Toma una yesca y enciende una vela. Fuego. A sangre y fuego. El navarro acerca la carta que acaba de escribir a la vela y deja que se consuma totalmente, de manera que la llama alcanza también las puntas de sus dedos, tal y como un día el fuego envolvió la Navarrería.

Dos caballeros aguardan en la entrada. Rondan los treinta años. Se les ve en forma. Fortún no los reconoce a primera vista. El primero de ellos se adelanta y lo abraza.

–¡Fortún! Ha pasado mucho tiempo, pero os mantenéis igual de joven.

–¡Martín! ¿Cómo vos por aquí?

–¿Os acordáis de Remiro de Beortegui?

–Por supuesto. ¿Cómo estáis, Remiro?

–De excelente humor.

–Y eso es muy raro en él. La visita de vuestro hijo le ha cambiado.

–Esperaba vuestras cartas, pero no vuestra visita.

–No nos fiamos mucho de los correos. Y, además, es algo que llevábamos posponiendo mucho tiempo.

–Pero pasad y hablemos dentro. ¡Teresa! –llama a su esposa.

La aludida sale junto a su sobrina.

Fortún los presenta y ambos se quedan mirando a Juana cuando el ricohombre les comenta que es la hija de García. Teresa se excusa y vuelven a sus labores, no sin antes invitar a los recién llegados a quedarse a cenar y a dormir en su humilde hogar.

–¿Podemos hablar aquí? –pregunta Remiro una vez sentados en el salón.

Fortún asiente y los dos junteros se ponen cómodos.

–Vosotros diréis. Me muero de ganas de tener noticias de mi reino de primera mano.

Remiro sonrío.

–No os voy a engañar, Fortún. Felipe III, aun sin corresponderle, controla toda la administración del reino. Y nuestra reina Juana sigue en la torre de Nesle, en París. Nos están presionando para que renunciemos como junteros. Desde que se llevaron a cabo los interrogatorios para conocer el funcionamiento de las Juntas de Infanzones por mandato de Juana y Philippe,

la gente tiene miedo. A algunos les han tratado de sobornar con dinero. A otros, simplemente los han matado. Ya no gozamos de la influencia de etapas anteriores.

–Comprendo –dice Fortún en un tono grave–. No son buenas noticias.

–Los cargos más relevantes del reino están en manos de franceses advenedizos –dice con rabia Martín Pérez de Janáriz.

–Es mucho lo que hemos perdido, Fortún. Por eso hemos venido a veros. Necesitamos gente como vos. Queremos que sepáis que el puesto que ocupabais en las Juntas sigue esperándoos. Y que trataremos por todos los medios de buscar aliados para vuestra causa.

¹⁷ Entre Pamplona y Tiebas hay 16 kilómetros.

EL MÁS INESPERADO DE LOS REENCUENTROS

Juan Núñez de Lara le ha prestado alguna de sus armas y don Fernando, un viejo caballo. Una vez más en su vida, se encuentra solo y un destino incierto se abate sobre él. Mira al horizonte. Se le hace extraño pensar que, en esos momentos, Felipe III de Francia esté atravesando la frontera, o lo haya hecho ya. ¿Será verdad que ha reunido un ejército enorme? Respira hondo, sacando pecho, hasta que sus pulmones no pueden absorber más aire.

En la lejanía se escuchan voces y gritos. Piensa en dar un rodeo. Siempre se ha sentido a gusto en la soledad. Pero cae en la cuenta de que el día va cayendo y él está cansado. Y sus heridas son todavía demasiado recientes, las del cuerpo y las del alma. Decide acercarse al pueblo.

La lisonjería mutua ha llegado a tal punto entre el obispo de Calahorra y el abad de Valladolid, que Juan Alfonso empieza a notar cierta indigestión. Está un poco harto de la cantinela: «Pasad vos». «No, después de vos». «Comed vos primero». «No, empezad vos». «Escoged vos cama». «No, dormid en la cama, yo prefiero el suelo». A tanto ha llegado su desespero, que casi ruega que alguien los rapte y los aleje de él unas horas. Viaja con dos personas buenas, de eso está seguro, pero sus reconocimientos mutuos lo están sacando de sus casillas. Y lo peor de todo es que Juan Alfonso sabe que la culpa no es de ellos, sino del nerviosismo y la preocupación que le asolan. En la posada donde han estado descansando, le han confirmado lo que Martín Sánchez de Piedrola le insinuó. Las mesnadas de Juan Núñez de Lara han sido aplastadas. Y se comenta que todos los hombres del de Lara, incluido él mismo, han perecido al enfrentarse a las fuerzas aragonesas comandadas por Pedro Cornel. No puede creérselo. Mientras cabalga, sus ojos se llenan de dolor. Guante Negro, muerto.

Se adelanta unos pasos a sus dos acompañantes. La nostalgia lo cubre de

pesadumbre. No puede creer que Martín haya seguido el destino de Mencía. Se maldice por no haber tratado de detenerle, por no haber ido con él a enfrentarse a Juan Núñez de Lara, por no haber sido capaz de proteger a Johana. Sus dientes rechinan. Está furioso.

Pica espuelas y se lanza al galope. Tiene ganas de gritar. Las peores noticias se han confirmado. ¿Debería buscar su cadáver y llevárselo a su padre?, se pregunta desesperado. ¿Cómo encajará Fortún la noticia de que su hijo ha muerto? Justicia. Sí, eso es lo que pedirá, pero no antes que él.

A lo lejos se vislumbra la silueta de una localidad. Frena a su montura y gira hacia atrás su cabeza. Los dos hombres avanzan enfrascados en una amena charla. Hablan de santos y de mártires. Ojalá él pudiera centrarse en una conversación ajena a las vicisitudes que le asaltan y le enfurecen. Ralentiza el paso para que la distancia con respecto a sus acompañantes mengüe. Al paso, se adentra en una localidad que permanece tranquila. Busca una posada y apalabra con el dueño el alquiler de una habitación para esa noche. Por guardársela, le adelanta una moneda de sanchete. Al salir, a sus compañeros todavía les falta un buen trecho por recorrer. Un fuerte alboroto desvía su atención hacia el otro lado del pueblo. Varios jinetes cabalgan a paso ligero y se ríen a carcajadas. Pronto comprende el motivo. Uno de ellos tiene serios problemas para controlar el caballo, lo que provoca la hilaridad del resto de sus compañeros. A sus oídos enseguida llegan retazos de las conversaciones: «Demasiado caballo para vos. No debisteis quedaros con él. Más os valdría encontrar a su dueño y matarlo. «Su dueño está muerto y bien muerto»».

Juan Alfonso se desentiende del jaleo, estira de las bridas de su caballo y se encamina a los establos. Pero, sin quererlo, sus ojos se desvían una y otra vez hacia aquel magnífico ejemplar que parece francamente incómodo con su jinete. Corcovea con insistencia y, aunque quien lo monta lo castiga con dureza, el animal permanece indómito. «Vas a terminar matándolo –dice alguien–. Y será una pena».

«Sí –piensa Juan Alfonso, que se ha detenido a ver en qué termina todo aquel asunto–. Una enorme pena. Eres un ejemplar magnífico. Es una lástima que tu dueño no esté a la altura». Al pasar a su lado, el de Haro contempla de cerca sus fuertes patas, su altura y su negrísimo pelaje. Tan negro, se dice, que podría competir con el de Saiatua.

El heredero de Cameros detiene su discurso. «¡Maldita sea, Guante

Negro!»). No se lo piensa mucho.

–¿De dónde lo habéis sacado? –pregunta poniéndose delante del animal.

–¿Y a vos qué os importa? Quitaos u os pateará sin remedio.

–Os he hecho una pregunta –dice sin apartarse.

Su actitud despierta interés entre los recién llegados, que empiezan a disponerse en círculo, rodeando a Juan Alfonso.

–Habéis robado este caballo y yo os conmino a devolverlo.

Un corro de risas se adueña de la calle y no barrunta nada bueno.

–¿Acaso sois vos su dueño?

–No, no lo soy. Pero lo conozco y sé que vendrá a por vos –dice decidido, aun sabiendo que la presencia allí de Saiatua no hace sino confirmar el destino que ha corrido Martín. Pero al menos, se dice, le debe recuperar su caballo–. Así que os propongo un trato. Vos me devolvéis el caballo y salváis la vida.

Las risas aumentan y el jinete se crece ante la afrenta –que considera totalmente ganada– y el apoyo de sus compañeros.

–Difícil tiene su dueño para recuperar su caballo, pues está muerto y bien muerto.

–¿Lo habéis matado vos? –inquire el de Haro. Está decidido a conocer todos los detalles que pueda sobre la muerte de su amigo.

–Yo lo maté. Estoy seguro. Nadie quedó en ese bosque con vida. ¿No es cierto? –pregunta a sus compañeros.

Todos afirman, haciendo chanzas de la mesnada con la que se enfrentaron en el bosque, a la que habían asaltado poco antes del amanecer y a la que habían aniquilado prácticamente en el acto.

–El animal andaba solo y su dueño estaba muerto, por lo que ahora me pertenece.

Juan Alfonso trata de asimilar lo que acaba de revelar aquel hombre. Cada palabra es una herida más en su alma. No puede ser cierto que Guante Negro esté muerto, se dice una y otra vez. No puede ser verdad. Aquellas palabras, lejos de quitarle la idea de recuperar a Saiatua, le obcecan más en su idea.

–Ese caballo no os pertenece. Sé quién es su dueño y os advierto que yo en vuestro lugar me andaría con cuidado.

–Un dueño muerto que no me amedrenta. En cuanto a vos, más os valdría marcharos si no queréis que me quede también con vuestro animal. Aunque mirándolo bien, no creo que merezca la pena pelear por él.

Otro corro de risas acompaña el comentario del que se cree dueño de Saiatua y está muy seguro de seguir siéndolo.

–Si tan claro lo tenéis, tal vez no os importe pelear por él –amenaza el de Cameros sacando su espada–. Vos y yo. Primera sangre. El que gane se queda con el caballo.

Juan Alfonso vacila un poco. Ha hablado demasiado deprisa y lo sabe. Los ojos de aquel hombre le dicen bien a las claras que, aunque pierda, no soltará al animal, puesto que se siente arropado por sus compañeros. Sin embargo, Juan Alfonso siente que es lo único que puede hacer ya por Martín. Al menos, podrá llevar a Saiatua ante su padre.

–¿Puede saberse a qué viene todo este jaleo, Juan Alfonso?

El aludido se vuelve sin poder ocultar una mueca de frustración. Don Martín y don Gómez llegan en el peor de los momentos.

–Es un asunto entre este caballero y yo. Id a la posada.

Juan Alfonso cree que con esas palabras zanja el asunto, pero los amigos del caballero retado, viendo en aquella intromisión una forma de divertirse también, acorralan a los dos hombres. Se producen varios forcejeos tanto verbales como algunos conatos de pelea. Don Martín trata de hacer valer su condición de obispo de Calahorra y de embajador, apoyado por el abad de Valladolid. Señala la banalidad de luchar por aquel animal, teniendo ya uno propio. Y el de Haro no puede explicarles en ese instante la verdad sobre el origen de aquel caballo y por qué es tan importante que lo recupere.

Juan Alfonso calcula sus posibilidades. Con don Martín y don Gómez prácticamente secuestrados y él rodeado de caballeros sedientos de sangre, la situación empeora por momentos. Se empiezan a elevar las espadas. Los caballos cada vez están más nerviosos. Don Martín continúa ensalzando las beldades de un buen comportamiento, poniendo como ejemplo la vida de Jesucristo. De nada le sirve al joven tratar de explicarle al obispo que no se encuentran ante hombres de palabras, sino de espadas. Juan Alfonso reconoce que la situación se le puede ir de las manos en cualquier momento. No tiene miedo por él, pero sabe que está poniendo en peligro la misión para la que se ha ofrecido voluntario. Debe tomar una decisión y rápido. Tal vez lo más sensato sea abandonar a Saiatua a su suerte.

Cavila sobre esa posibilidad cuando ve una sombra moverse rápidamente entre los árboles cercanos y salir de allí a toda velocidad. Aprovechando la sorpresa, el recién llegado se coloca detrás del hombre que se ha apoderado

de Saiatua y lo agarra fuertemente por el cuello, colocando a su vez su espada sobre su pecho.

–Decid a vuestros hombres que se retiren –le reclama al oído.

Desde su posición, Juan Alfonso solo puede ver dos guantes negros que sujetan cuello y espada. Entorna los ojos. Sonríe.

–Decídselo –repite esta vez en alto el hombre enguantado, de tal forma que todos lo escuchen.

Se hace el silencio cuando Saiatua, mansamente, se gira y se coloca detrás del recién llegado. Relincha como si se tratara de una carcajada y le golpea suavemente en la cabeza, en señal de reconocimiento. Hasta el obispo se queda sin palabras.

–Salid del pueblo y nadie resultará herido –dice golpeando con la espada al que le había robado el caballo, para que vea que va en serio.

–Ya le habéis oído.

Los hombres tardan un poco, pero al final se marchan. Cuando se quedan solos, el recién llegado hace girar al hombre de tal forma que ambos quedan frente a frente, aunque sin dejar de amenazarle.

–Habéis robado mi caballo.

–Ese caballo no es vuestro.

–Está bien. Hagamos algo. Separémonos y dejemos que él mismo elija.

–¿Estáis loco?

–Si va hacia vos, dejaré que os lo llevéis.

Nota la respiración del hombre interpelado. Este no está realmente asustado, aunque se mantiene cauto.

–De acuerdo.

Se separan, pero el hombre, en vez de hacer lo pactado, se monta de un salto en Saiatua y lo espolea para que salga al galope. El animal obedece en un primer momento, pero, tras dar los primeros pasos, se gira bruscamente al escuchar un silbido. El violento cambio de sentido hace que el jinete se desequilibre y caiga hacia un lado, lo que le deja colgado del estribo. Su cuerpo se arrastra por el suelo hasta que, de manera mansa, el animal se detiene frente a quien ha asegurado ser su dueño.

–Gran chico. Un Almoravid de pura raza –le dice al oído.

Juan Alfonso se ríe a su lado. No termina de creerse lo que acaba de ver. Obispo y abad se santiguan y dan gracias a Dios. El dueño ayuda a ponerse en pie al hombre, que está francamente enfadado y frustrado.

–Lo lamento, señor, pero he de llevarme mi caballo. Un trato es un trato.

Y, «por las molestias», deposita unas monedas en su mano. Inmediatamente después se encuentra con el abrazo de Juan Alfonso.

–¡Qué alegría volver a verte, Guante Negro! Por un momento creí que habías muerto.

–He estado a punto de hacerlo, creedme. ¿Y puedo saber qué hacéis aquí?

–Está claro que salvar a Saiatua.

–Está claro que esa no es la razón.

–Ven. Te presentaré al obispo de Calahorra y al abad de Valladolid.

Se reúnen en la planta baja de la pequeña posada. Ocupan una mesa redonda situada al fondo. Juan Alfonso está de buen humor. Y a Martín, todavía sin recuperar del todo de sus heridas, le sienta muy bien el encuentro. El obispo no para de alabar la oportuna aparición de Martín, mientras mira con cara de recriminación al de Haro, pero, cuando descubre que se trata del hijo de Fortún, su alegría aumenta.

Juan Alfonso respira aliviado cuando el obispo y el abad anuncian que se van a dormir. Normalmente se retiran pronto, pero aquel día, estando como estaba deseoso de hablar con Martín, mucho se temía que prolongaran su tertulia. Los dos jóvenes salen al exterior. La noche es templada, por lo que deciden dar un paseo por los alrededores de la localidad. El de Haro se interesa por la veracidad de los comentarios de los aragoneses acerca de lo que ha acontecido en el bosque. Martín se lo confirma, explicándole cómo les atacaron de noche y cómo rescató a Juan Núñez de Lara. Acaba ahí su historia. Decide que no es momento de desvelar la nueva misión que le ha encomendado el de Lara. Martín, a su vez, le interroga sobre su viaje con el obispo y el abad. Pero a ese respecto, Juan Alfonso es bastante parco. Parece que ambos tienen algo que ocultarse. Se sientan en lo alto de una colina cercana. Hacia el oeste, la tierra se extiende en una llanura interminable. Es noche de luna llena y todo está iluminado. Sopla una ligera brisa que Martín agradece.

–Por un momento he creído de verdad que estabas muerto.

–Hasta llegar al bosque, solo habíamos intervenido en escaramuzas, que se habían limitado a un intercambio de proyectiles y un cuerpo a cuerpo fugaz, casi pidiéndonos perdón. Pero las cosas cambiaron de repente. Por

nuestro campamento se empezó a extender el rumor de que el propio Pedro Cornel había tomado el mando aragonés. Creo que Juan Núñez trataba de llevarnos hacia Navarra, pero no le dio tiempo.

Los dos guardan silencio. Martín rememora aquellos momentos, pensando en si podía haber obrado de otra manera. Reconoce que todo fue caos y que Cornel se la había jugado atacando de noche. Juan Alfonso escudriña el semblante serio y hermético de su compañero.

—¿Qué vas a hacer ahora que has recuperado a Saiatua?

Se encoge de hombros. No entiende mucho de política, pero la presencia del obispo y del abad le dice que es mejor mantenerse al margen. Mira hacia el norte y sopesa el dolor que le causan sus heridas. Todavía no tiene claro si su elección ha sido la correcta.

—Mi intención es cabalgar hacia el noreste. Si vuestro destino coincide con el mío, me encantará compartir parte del viaje con vosotros.

—Gracias.

—¿Gracias?

—Por no preguntar.

—¿Eso significa que somos enemigos?

Juan Alfonso sonríe.

—Tal vez algún día lo descubramos.

UN COLOSAL EJÉRCITO FRANCÉS

Conforme avanzan, el miedo se siente agarrado a los caminos, revoloteando entre las ramas de los árboles, escondido en las casas. Cabalgan contra corriente, viendo cómo las veredas se llenan de mujeres y niños, de familias enteras que huyen. Y el obispo don Martín se detiene con ellos y comparte lo poco que llevan. A Martín y a Juan Alfonso les rugen las entrañas, pero no dicen nada porque, si ellos están hambrientos, más lo están los que abandonan sus hogares. Y mientras hablan con quienes escapan, el obispo y el abad no solo cumplen con la caridad cristiana, sino con la misión de su rey, quien les ha encomendado que observen y le informen sobre el ejército con el que cuenta Felipe III. Le interesa saber a Sancho cuáles son sus abastecimientos y en qué estado se encuentra. Poco a poco se van enterado de noticias. Por la noche, el abad, el obispo y Juan Alfonso se reúnen y las ponen en común. Martín respeta esos momentos y se aleja para que puedan hablar con tranquilidad. Empieza a sospechar cuál es la misión de aquella embajada, pero prefiere no saberlo, porque tampoco desea que a él le sometan a un interrogatorio sobre sus intenciones.

Arriban a una localidad situada en el borde escarpado de una roca. Dos ríos la flanquean por ambos lados. Se llama Castellfollit. Desde allí, las vistas son impresionantes. Sus habitantes los acogen con recelo en un primer momento, pero, cuando se enteran de que quien les visita es un obispo, la situación cambia. Algunos casi discuten por tener el honor de alojarlos en su casa. Con su buen hacer, don Martín sabe contentar a unos y otros. Martín aprovecha la reunión diaria de sus tres compañeros de viaje y sale a dar un paseo por el pueblo. Los días son largos y el sol todavía no se ha puesto. Camina despacio, tratando de respirar de forma calmada, pero siente un cosquilleo en la nuca y dolor en su hombro herido. «¿Lo sientes, verdad, Mano y Media?». «Sentir, ¿qué exactamente, tío?». «Están cerca. Estoy

seguro de que ya lo has notado». «Siento un escalofrío que agarrota mi nuca». «Hace tiempo que se respira el miedo. Ten cuidado, Mano y Media».

Juan Alfonso lo alcanza cerca de la iglesia de San Salvador.

–¿Alguna novedad?

–Todo está tranquilo.

–Debemos extremar las precauciones.

Martín afirma mientras se ajusta los guantes.

–Nos han dicho que el ejército francés pasó cerca de aquí hace unos días. Al parecer, llevaban meses tratando de penetrar por un pasaje conocido como el collado de las Panizas, pero las tropas aragonesas los esperaban allí. Así que decidieron moverse y entraron por La Massana. Un paso unas leguas hacia el oeste.

–¿Y caminan hacia el este? ¿No sería más lógico avanzar hacia el sur? – pregunta Martín.

«Piensa, Mano y Media. ¿O lo que te he enseñado no ha servido para nada?».

–A no ser que su objetivo esté en el este –reconsidera–. ¿Qué hay en el este que quieren los franceses?

–Su flota naval está amarrada en Rosas.

¡Flota naval!, piensa Martín, quien habiendo nacido y crecido en el interior de la península no se puede hacer idea de lo que eso significa.

–Y sería ilógico separarse de ella.

Esta vez el que asiente es Juan Alfonso.

–Doscientos mil cruzados. ¿Es esa la cifra?

–Más o menos. Ya sabes que la gente exagera, pero por los testimonios que hemos recogido, esas son las cifras que se pueden barajar.

A Martín se le escapa una sonrisa.

–Veo que os parece divertido.

–Doscientos mil cruzados es más del doble de la población de Navarra. ¿Cómo nos vamos a enfrentar a ellos? –Martín cuestiona en alto, aunque en realidad es una pregunta para su tío García, y no se trata de luchar contra ellos, sino de penetrar en sus filas.

–¿Qué quieres decir? ¿Tú y quién más se va a enfrentar a los cruzados?

–No, no es eso –dice deteniéndose y mirando a su amigo–. Pensaba en mi tío. Él no tuvo miedo de los franceses.

–Pues yo lo tendría si fuera Pedro III. Tiene a su mejor almirante, el

almogávar Roger de Lauria, en Sicilia, con lo más granado de su flota, y la nobleza no le apoya en esta cruzada que ve más como un problema sucesorio que como algo que afecte a su condición social. Y hace poco ha tenido que sofocar una revuelta en Barcelona. Él mismo condenó a su cabecilla, Berenguer Oller, y presencié su ejecución en la horca.

–¡Doscientos mil cruzados! –repite Martín.

–Suenan impresionante, ¿verdad? De ellos se calcula que ciento cincuenta mil son infantes y dieciocho mil de a caballo. Y cuenta con unos diecisiete mil ballesteros.

–¿Y qué se sabe del ejército de Pedro III?

–Al parecer, está retrocediendo. Dicen que se dirige a Perelada.

–¿Seríais capaz de situar todo eso en un mapa?

–¿Yo? Por supuesto que no. Pero sé quién puede hacerlo.

El obispo de Calahorra es un magnífico dibujante. A él también le interesa conocer el terreno sobre el que pisan. Especialmente, teniendo en cuenta que el ejército francés y el aragonés caminan el uno contra el otro y es difícil predecir dónde se encontrarán. No quiere correr el riesgo de verse en medio de la trifulca. Martín sigue con sumo interés el movimiento de la mano del obispo. Con ayuda de alguno de los habitantes de Castellfollit, colocan los ríos, las poblaciones más importantes y sitúan el collado de las Panizas y el paso de La Massana.

Mucho rato después, cuando todo el pueblo parece dormir, Martín todavía continúa en la planta baja de la casa observando el mapa y memorizando nombres y sitios.

–¿Todavía despierto, Martín?

El aludido eleva la vista y sonríe al obispo.

–Lo estoy, ilustrísima.

–Deberías descansar. Ninguno sabemos si lo podremos hacer mañana.

–Muy cierto, ilustrísima, pero es importante que memorice estos sitios.

–Si tan importante es para ti, puedes quedártelo.

–Sois muy generoso –dice Martín, plegando el pergamino y guardándolo junto a las cartas de Juan Núñez de Lara–. ¿Os importa si os pregunto algo?

–Puedes preguntar lo que quieras.

–¿Sabéis si el delfín Philippe acompaña a su padre en esta campaña?

–Eso me han dicho.

Martín se queda pensativo unos instantes.

–¿Podría pedirnos un favor?

Don Martín abre las manos, animándole a hablar.

–Me gustaría que me escucharais en confesión.

El obispo sonríe levemente y asiente, y Martín se confía a él.

Por la mañana, todo parece distinto. Martín mira su zurrón y acaricia el cuello de Saiatua. Se ha hecho acompañar solo por él. El otro caballo lo dejó en la localidad donde recuperó a su brioso *destrier*, y mandó recado a don Fernando para que fuera a buscarlo. El sol se levanta en un cielo despejado. Una melodía melancólica suena en su corazón. Roza el cordón de Mencía, recibiendo el nuevo día con gesto serio. Es el momento de una nueva despedida.

–Don Martín me ha dicho que querías verme.

El joven Almoravid se gira.

–He disfrutado mucho de vuestra compañía, pero aquí debemos separarnos.

–Dime que no vas a hacer la locura de alistarte en el ejército francés.

–No voy a cometer la locura de alistarme en el ejército francés –su gesto ha trocado en una sonrisa abierta.

Juan Alfonso lo mira y asiente. Se queda con las ganas de preguntarle por qué, si no va a alistarse, parece perseguir su estela. Pero en el último instante cambia de parecer.

–Vente con nosotros –le dice–. Podrías...

–He de dejaros. Hablaremos en Calahorra.

Los dos amigos se miran. Hace unos meses, ambos eran solo unos chiquillos que se peleaban y jugaban a ser mayores. Ahora, las circunstancias los han convertido en jóvenes con responsabilidades, que darían la mitad de lo que tienen por volver a ser unos muchachos despreocupados.

–¿Algún mensaje para tu padre?

Martín se lleva la mano al cuello.

–Solo decidle que me habéis visto y que estoy bien.

Juan Alfonso asiente con los labios apretados.

–Te veré en Calahorra, entonces. Y harás bien en regresar pronto, puesto que no pienso casarme hasta que tú seas mi testigo.

–Compadezco a María Fernández de Luna.

Un deje triste acompaña la sonrisa forzada de Juan Alfonso, mientras su mente dibuja el bello rostro de Johana Almoravid. Apoya su mano en el hombro de Martín, le desea suerte y lo abraza. Le obliga a prometer que cabalgará con cuidado y se queda muy quieto hasta que la silueta de su amigo desaparece por el horizonte.

Deja atrás Castellfollit de la Roca. Todavía siente el fuerte abrazo de Juan Alfonso pegado a su cuerpo. «Voy al encuentro de las tropas que nos derrotaron, García». «Vas al encuentro del rey de Navarra, no lo olvides, Mano y Media». El cosquilleo en su nuca permanece intacto, igual que el recuerdo de la dulce Mencía. Por más que el mundo dé vueltas, nunca, jamás, encontrará a nadie comparable a ella. El dolor le hace gritar. La naturaleza acoge su chillido y se lo traga, no sin antes replicarlo. Allí, entre su guante y su piel, descansa lo único que le queda de ella.

Es fácil seguir el rastro de un ejército que no se molesta en borrar sus huellas. Pronto el humo reemplaza al polvo y, con él, llega el olor a muerte. Seguir a un ejército es relativamente sencillo. Atravesar sus filas sin levantar sospechas, algo más complicado. Y llegar al rey Felipe III..., mejor no pensar en ello. Sin embargo, se acerca el momento de hacerlo. Una vez encontrada la estela de los franceses, solo le queda una senda. Lo hará al alba. Presentarse de noche termina poniendo nerviosa a mucha gente, pero alguien que se presenta al amanecer...

Aquel atardecer, se prepara a conciencia. Afila su espada, saca brillo a su yelmo, prepara su cota de malla y su gambesón y desenvuelve los regalos de Juan Núñez de Lara: un sobreveste y un escudo. Al contemplar el emblema de los Lara –en plata, dos calderos en sable puestos en palo–, un escalofrío recorre su espalda. ¿Está traicionando a los suyos? ¡Cuánto le hubiera gustado presentarse ante el rey de Francia y ante el de Navarra con el emblema de los Almoravid! –en campo dorado, tres bastones de azur–. Pero si hubiera podido lucir su enseña, no habría hecho falta llegar hasta donde está. Respira hondo. Siente que aquel momento ha de ser trascendente en su vida. Después de todo, solo tendrá una oportunidad de hablar con el rey.

Lo despierta el relincho de Saiatua. Por la fina claridad que se escapa del este, sabe que ha llegado la hora. Se ajusta el gambesón y sobre él se coloca

la cota de malla. Cuelga el escudo en la parte derecha de Saiatua y mira al horizonte. Recoge todo. Sus ojos negros recorren el espacio que queda entre él y las tropas de Felipe III. Se coloca la crespina y sobre ella el almófar. Se asegura de que las cartas del de Lara están a buen recaudo y cuelga el yelmo cerca de su rodilla, en un saliente preparado al efecto. Por último, se pone el sobreveste. Y así, encomendándose a Dios y a la Virgen María, teniendo presente la bendición que le ha otorgado el obispo tras escucharle en confesión, Martín Almoravid de Elcarte parte a encontrarse con los franceses.

Hasta él llegan los sonidos propios del campamento mucho antes de hallarse ante su entrada.

–*Halte-là!*

No le hace falta conocer el idioma para saber que debe detenerse.

–Vengo de parte de Juan Núñez de Lara –dice señalando el escudo–. Traigo un mensaje para el rey Felipe de Francia.

El soldado lo mira con recelo. No es extraño ¿Cómo va a conocer él aquel emblema, saber quién es Juan Núñez de Lara, o ni siquiera entender su idioma?, se pregunta Martín. El joven dirige su mano hacia su cota de malla, pero el soldado reacciona sacando su espada y llevando su punta hacia la mano enguantada. Acompaña su gesto con un montón de palabras que el joven trata de descifrar.

–Está bien. Traigo cartas, envío, correspondencia, mensaje –Martín comienza a decir todas las palabras que se le ocurren, pero aquel soldado no comprende lo que quiere decir ni aun después de mostrarle el pergamino doblado. O tal vez no quiera hacerlo. Al poco, varios soldados más se unen al ver el revuelo. Martín mira inquieto a unos y a otros. Mientras, trata de distinguir por sus gestos si es bienvenido o no. Y mucho se teme que en la balanza va perdiendo. Los soldados comienzan a discutir. Uno de ellos se aleja. Los otros continúan hablando sin quitarle ojo al recién llegado. Al cabo de un largo rato, el soldado que se había ido aparece con otro. Por su aspecto, Martín deduce que se trata de un mando superior.

–*Descends de cheval!* –escucha que le dicen. Repite las palabras, tratando de entenderlas y de registrarlas en su memoria. El soldado vuelve a darle la orden.

–De acuerdo, desmonto. ¿Es eso lo que quieres?

–Veo que aprendéis rápido.

Los ojos negros de Martín se posan en el recién llegado. El ligero acento

de sus palabras apenas es perceptible. Algo le dice que ese hombre ha estado en Navarra.

—¿Quién sois? —le pregunta.

—Mi nombre es Martín... de Elcarte.

El oficial lo observa de arriba abajo. Martín lo hace también. Ante él tiene a un hombre joven, de unos veinticinco años. Se fija en sus ojos pequeños, en su porte estirado, en sus anchas espaldas, en su nariz ligeramente torcida por algún golpe... pero, sobre todo, en su actitud. No parece amenazante, pero sí decidida.

—¿De dónde venís?

—Vengo de Navarra. He estado luchando en la frontera de Aragón bajo las órdenes de Juan Núñez de Lara. Supongo que sabéis que reclutó hombres en mi reino para enfrentarnos a los aragoneses. Traigo un mensaje de su parte para el rey.

—¿Los habéis vencido?

«Dile que cuando partiste continuaban las hostilidades».

—Cuando partí todavía continuaban los enfrentamientos.

—Acompañadme.

Siente un nudo en el estómago que le hace volver la cabeza.

—¿Qué os ocurre? No nos vamos a comer vuestro caballo.

Martín trata de sonreír, mientras sigue a aquel hombre. Tiene la sensación de estar dirigiéndose a la misma boca del lobo. Le basta un pequeño vistazo para percatarse de la organización de aquel ejército, de su capacidad destructiva, de su disciplina. Se detienen enfrente de una tienda y el oficial le hace entrar. El espacio es austero y pequeño. Cuando Martín se gira para mirar al francés, este se encara con él.

—No creo ni una sola de las malditas palabras que me habéis dicho —le dice. Y Martín nota su enfado porque su acento extranjero se acentúa.

«Tranquilo. Te está probando, Mano y Media».

—No hay ningún Martín de Elcarte en Navarra y Juan Núñez de Lara nunca prestaría sus armas a un impostor, así que debéis habérselas robado — para cuando finaliza estas palabras, Martín ya ha notado la punta afilada de un arma en su costillar—. Os lo diré de otra manera; creo que sois un espía.

«Venga, Mano y Media, demuéstrole a este francés cómo se las gasta un Almoravid».

Espera unos instantes para tomar aire.

–Solo hablaré delante del rey.

La carcajada del francés es estridente y le provoca un temblor que se extiende por todo su cuerpo.

–Habla o muere.

Martín lo mira confundido, pero la espada que lo amenaza y la mueca del rostro de su interlocutor no dejan lugar a dudas.

–Mi nombre es Martín de Elcarte. Juan Núñez de Lara me reclutó para unirme a sus mesnadas. La mayoría de los que respondimos a su llamada éramos jóvenes inexpertos. Aun así, todo fue fácil al principio. Realizamos pequeñas escaramuzas y mantuvimos entretenidos a los aragoneses. Pero luego Pedro Cornel tomó el mando. Nos acorraló en un bosque y nos sorprendió de noche. La mayoría murió sin haberse despertado. El resto apenas fue rival para las espadas de un grupo que nos superaba en número tres veces. Me hirieron –dice señalando su costado–. Perdí el conocimiento. Cuando desperté, al único que encontré con vida fue a Juan Núñez de Lara. Estaba malherido. Me mandó a buscar ayuda. Lo dejé en casa de un amigo, donde en estos momentos se recupera de sus heridas. Él... él me envía con un mensaje para el rey –dice llevándose la mano al pecho y mostrando la carta.

Martín dice todo esto de golpe, casi sin detenerse. Habla muy deprisa, de tal forma que cuando llega al final, no está muy seguro de si aquel joven le ha entendido. Pero haber hablado le hace sentirse más tranquilo.

El francés se toma su tiempo.

–No me fío de vos, Martín de Elcarte –dice cogiendo los documentos–. Mi instinto me dice que debería mataros ahora mismo.

–Si os dijera eso vuestro instinto, ya lo habríais hecho –se siente cansado y eso le hace hablar más de la cuenta. Pero ha hecho un largo camino y el maldito francés parece dispuesto a estropearlo todo, justo en el último momento. Solo quiere llegar al rey y entregar sus cartas, no cree que eso vaya a ser decisivo en el desarrollo de la batalla.

«Todo tiene un límite, Mano y Media. Modera tus modales o lo echarás todo a perder».

Pero a Martín le hierve la sangre joven Almoravid que corre por sus venas. Y ni siquiera el hierro que está pegado a su pecho lo refrena. El francés parece dudar, mientras Martín, al contrario de lo que debería ser, se muestra tranquilo. Ni siquiera despega su mirada de los ojos que lo escrutan con intensidad infinita.

—No me fío de vos. Primero decís que no sabéis el desenlace del enfrentamiento con los aragoneses y luego relatáis un asalto en el bosque que supone el final de las mesnadas del de Lara —el soldado hace un pausa—. Sin embargo, dejaré que decida la batalla.

Hay un brillo extraño en los ojos del francés. Sus últimas palabras colean en la cabeza de Martín, mientras se pregunta qué ha querido decir con eso de que sea la batalla la que decida. La que decida, ¿qué, exactamente?

—*Estei ci* —le ordena con un gesto que no deja lugar a dudas, retirando lentamente la espada de su pecho.

Martín lo sigue con la mirada hasta que desaparece. Nunca antes ha estado en un campamento semejante. Todos los sonidos se le hacen extraños. Tiene la sensación de que una rara corriente flota a su alrededor; una mezcla de nervios, tensión, miedo y expectación. Pasa largo rato sin que nada suceda. Impaciente, se asoma al exterior. Mueve la cabeza hacia ambos lados y, entonces, lo ve por primera vez. Unos cincuenta pasos delante de él, varios hombres forman un corro. Y entre ellos sobresale uno. Tiene la tez clara, los labios pequeños y la nariz recta. Sus cabellos están impecablemente peinados. Es de mirada directa, de esas que te hacen retirar la vista. Apenas se mueve, y toda la atención del resto se concentra en él. Martín lo reconoce al instante, aunque jamás lo haya visto, aunque nadie se lo haya presentado. Allí está el delfín Philippe *le Bel*, el rey de Navarra. Por un instante le da la impresión de que lo está mirando a él. Retrocede un poco para ocultarse en la tienda.

La espera se le hace interminable y las dudas empiezan a acumularse en su cabeza. Tal vez no debería haber venido. Su boca está seca. Se pasa la lengua por los labios. Suspira. Sus manos sudan dentro de los guantes. De repente percibe un gran movimiento entre los soldados. Se asoma de nuevo. Todos van de un lado para otro. Parece como si se estuvieran preparando para una marcha inmediata. Un joven se mueve de manera torpe entre tanta disciplina. En sus manos lleva armas, gambesón y cota de malla que parece no le ha dado tiempo a preparar adecuadamente. Un grupo camina en sentido contrario a él, sin frenar, como si a sus integrantes no les importara arrollarlo o, precisamente, con la intención de hacerlo. Uno de ellos choca contra su hombro y todo lo que lleva en sus manos termina en el suelo. Las carcajadas explotan mientras todas sus pertenencias son pisoteadas. El joven no se toma muchas molestias en protestar. Se limita a dejar que pasen y se dispone a

recoger del suelo todo lo que le han tirado. A Martín, la escena le recuerda viejos tiempos en la sala de armas de Capa Larga. Se acerca a él y le ayuda. Una sonrisa tímida asoma en los labios de aquel joven; una mirada enigmática, en sus ojos azules. Los dos se observan durante un largo instante sin decirse palabra. Luego el otro comienza a hablar deprisa y Martín meneaba la cabeza sin comprender nada. Se siente torpe. Trata de hacerse entender, cuando a lo lejos vislumbra la silueta del oficial que le ha ordenado esperar en la tienda. Desentendiéndose del joven avanza hacia él. Ha comenzado a dar órdenes y pasa delante de Martín sin hacerle caso, aunque él trata de llamar su atención.

–Debemos irnos –escucha por detrás. El que le habla es el joven al que le han tirado todos sus pertrechos al suelo, y lo hace en un tosco romance navarro.

Martín duda.

–Es hora de partir –le reitera–. A Enguerrand Le Portier de Marigny¹⁸ no le gusta que nadie se demore en obedecer sus órdenes.

–¿Enguerrand Le Portier de Marigny?

–Apresuraos, el delfín ya se ha puesto al frente de las tropas.

«¿Ha dicho Marigny, tío?». «Lo ha dicho, Mano y Media». «Debe de ser una broma». «Una hermosa broma». «Tal vez debería decirle que soy sobrino de María de Marigny. ¿Qué os parece, García? Tal vez la conozca». «Yo no me arriesgaría». Le parece escuchar la risa de su tío.

–Montad en vuestro caballo o el delfín no tendrá piedad de vos.

–Yo no... Soy solo un mensajero. Yo no formo parte de este ejército – trata de explicarse.

El joven ya no le escucha. Las últimas tiendas se han desmontado y han desaparecido como por arte de magia. La larga fila de soldados se ha puesto ya en marcha y se aleja a buen paso. Él observa la maniobra y se queda a solas con sus dudas y sus miedos. Todo parece irreal. «No lo entiendo. ¿Qué se supone que debo hacer ahora?». «Creo que te has confundido de campamento, Mano y Media. Estos hombres no están bajo el mando de Felipe de Francia, sino de su hijo». Martín se lleva la mano izquierda a la cara y se restriega las mejillas. Un poderoso ejército se ha puesto en marcha y él no sabe qué hacer, si cabalgar con las fuerzas del delfín o tratar de llegar directamente a Felipe III.

Mientras dilucida sobre su futuro, no se ha dado cuenta de que alguien se

ha detenido a su lado. Gira la cabeza y descubre la figura seria de Enguerrand.

—Creo que vuestro mensaje deberá esperar —el caballero hace un gesto que Martín no sabe muy bien cómo interpretar.

«Te está sugiriendo que lo sigas, que te unas al ejército del delfín, Mano y Media». No me hagáis reír, García». «Lo digo en serio». Martín monta en Saiatua y sigue la estela de Enguerrand. Le gustaría preguntarle adónde se dirigen, pero su reciente experiencia junto a Juan Núñez de Lara le dice que es mejor que permanezca callado. Así que saca el plano que le acompaña desde Castellfollit e intenta orientarse. A su derecha, Enguerrand mira por encima del hombro el proceder del navarro. Observa cómo eleva su vista al cielo en busca del sol, cómo mira a los lados y luego al pergamino que sostienen sus manos. Enguerrand suelta una pequeña carcajada, seca y corta.

—¿Sabéis ya adónde nos dirigimos?

Martín respira entrecortadamente, como si una corriente le hiciera temblar por dentro. Despacio, calcula, mueve la cabeza, vuelve a mirar al sol, se fija en los alrededores y, por fin, señala un punto en el mapa donde aparece el nombre de Figueras. Concentrado en el punto que marca su dedo, no aprecia el gesto de Enguerrand. Él sabe que las órdenes que ha recibido el delfín son las de conquistar Figueras mientras el rey prepara el asedio de Gerona. Pero, ¿cómo lo sabe el joven que ha aparecido por sorpresa en el campamento y que asegura venir de Navarra?

—No os separéis de mí —le dice.

—No lo haré, *messire*.

Aquella misma tarde llegan a los pies de Figueras. El delfín está dispuesto a atacar cuanto antes. Martín no sabe si es porque está muy seguro de sí mismo o porque quiere impresionar a su padre. Sea como fuere, despliega a sus hombres y estos se sitúan a los pies de la muralla. Martín mira hacia delante. Casi enfrente tiene la torre que llaman Gorgot. A simple vista se aprecian las obras de mejoramiento que el rey Pedro III ha llevado a cabo en la plaza después de que, en el año 1274, Hugo V, conde de Ampurias, asaltara la población y la incendiara, llevándose sus puertas como trofeo. Martín observa el lugar con atención. Se pregunta quién será la persona encargada de la defensa de la plaza, qué tipo de medidas estarán preparando,

cuántas personas habrá dentro, cuáles serán sus puntos más débiles... Ve a Enguerrand reunido con el delfín y otros hombres. Por el propio Enguerrand, sabe que uno de ellos es Hugues II de Bouville, mentor del de Marigny. Los observa de reojo, mientras palmea el cuello de Saiatua. Es imposible deducir por el gesto de Philippe qué órdenes está dando. Martín se entretiene acariciando el pelaje negro de su caballo. Tranquilo, Saiatua, le dice en un susurro.

Solo hay una entrada. Martín busca entre las milicias las máquinas de asalto, pero no encuentra ninguna. Se cuestiona cómo piensa Philippe tomar aquella plaza. Su pregunta no se queda en el aire durante mucho tiempo. Los ballesteros se despliegan inmediatamente y lanzan su primera oleada de flechas incendiarias. El humo se extiende enseguida por la parte donde han impactado los proyectiles. Se escuchan gritos al otro lado, que se extinguen poco a poco. La siguiente oleada de saetas produce las mismas consecuencias. Humo, gritos, silencio. Philippe mantiene la misma dinámica hasta el anochecer. Flechas y rocas surcan el cielo hasta que el sol se pone. Después indica a todos que se dispongan a descansar.

Martín se sienta solo y toma su rancho. Los franceses lo miran de reojo. Nadie se mete con él, pero tampoco nadie busca su compañía, aunque siente que los ojos de Enguerrand no se apartan de él. Mirando las estrellas, se queda dormido, soñando con unas caricias y un amor perdido en la distancia, sobrellevando el miedo al próximo enfrentamiento.

Lo despierta la primera luz del alba, o tal vez el silbido de las flechas. Después de ponerse en pie, comprueba que aquel es solo un tímido intento de amenaza por parte de los sitiados. Y que si este es su máximo alcance de hostilidades, muy mal se tienen que poner las cosas para que Figueras no caiga enseguida en sus manos.

Philippe manda formar a sus tropas. Martín se sitúa junto a la caballería. Por su izquierda se cuele una fila de hombres que adelantan a todos y un poco más atrás aparecen otros soldados que llevan troncos y material de asedio. Comienza la aproximación. El delfín ordena que se abra fuego de cobertura mientras los soldados se sitúan en la puerta. Una vez allí, utilizan sus escudos para protegerse de los proyectiles que les arrojan. Las rocas lanzadas por encima de la muralla provocan algún herido, pero los sitiadores consiguen recolocarse con premura. Reciben un nuevo ataque desde lo alto, pero los proyectiles son pequeños, escasos y las oleadas demasiado espaciadas como

para romper durante mucho tiempo la labor de los hombres que, poco a poco, horadan la madera.

Martín sabe que la puerta está a punto de sucumbir. Es poco antes del mediodía cuando los primeros soldados de a pie entran en la localidad. El navarro aguarda las órdenes de Philippe. Su cuerpo está en tensión. Cuando ve la señal, espolea a Saiatua. La caballería sigue al rey. Desenvainan las espadas y cargan contra los pocos hombres que les hacen frente. La oposición desaparece pronto. Ha sido relativamente fácil. Figueras se rinde enseguida. La plaza apenas opone resistencia después de que la puerta quede abierta. Casa por casa, los sitiadores buscan a los vecinos y les hacen salir fuera. Hay algún conato de pelea, pero Martín apenas tiene que utilizar su espada. Tan solo con verla, la mayoría muestra sus manos, baja la mirada y sale a la calle. No tardan en reunir a todos junto a la torre Gorgot. Philippe les hace ponerse de rodillas, rodeados por sus soldados. Ordena que no se quemé la plaza. Decide dejar una guarnición y se repliega con sus hombres hacia Perelada, donde está su padre. Le entregará a los prisioneros como trofeo.

Martín lleva el yelmo puesto. A través de él observa sin que nadie vea sus ojos. Es uno de los encargados de vigilar a los prisioneros. Saiatua está nervioso. Lo nota por su forma de moverse. Desde su posición, ve la espalda recta de Philippe sobre su montura, flanqueado por cuatro hombres. Y también aprecia las miradas nerviosas y llenas de miedo de aquellos que marchan hacia un destino incierto. Hay en esos ojos algo que a Martín se le hace familiar. Ya ha convivido antes con esos sentimientos. El miedo le ha acompañado durante gran parte de su vida. Lo conoce demasiado bien y sabe que no es un compañero agradable. Se obliga a mirar a Philippe. Se le hace extraño pensar en él como el rey de Navarra, pero lo es. Sí, lo es. ¿Es la persona a la que debe abordar?

El sol está a punto de desaparecer cuando entran en Perelada. Enseguida se corre la voz de que el delfín llega con prisioneros. Y los últimos pasos los hacen escoltados por decenas de soldados que vitorean al heredero. «¡Vaya mérito! Ha rendido Figueras. Hasta un niño podía haberlo hecho! ¿No te parece, Mano y Media?». «Noto celos en vuestra voz». «¿Es que has estado ciego?». «De acuerdo. No ha sido un enfrentamiento épico, pero se ha mostrado firme. Eso se lo tendréis que reconocer, García. Parecía saber qué

estaba haciendo». «No te dejes engañar, Mano y Media. Y céntrate en tu cometido». «Lo hago».

Martín tiene curiosidad por conocer a Felipe III de Francia. Se entretiene comparando a padre e hijo, buscando parecidos, cuando alguien se coloca delante de él y le tapa la visión. Enguerrand Le Portier de Marigny lo mira de forma severa. Martín se quita el yelmo. Hace calor.

–Seguidme –le dice de manera escueta.

Martín tira de las riendas de Saiatua, vuelve grupas y sigue al francés.

¹⁸ Enguerrand Le Portier de Marigny fue panetero de la casa de la reina Juana de Navarra y su ejecutor testamentario. Fue también chambelán y secretario de Felipe IV de Francia (I de Navarra).

CLIMENT DE LAUNAY, GOBERNADOR DE NAVARRA

Es un sitio insólito para una cita. Y es todavía más insólito que su hermano haya insistido en acompañarlo. Fortún hubiera preferido que no lo hiciera. Dado el estado de pesimismo y cinismo de Iñigo en los últimos años, no está muy seguro de si lleva consigo un aliado o un enemigo. Tiene a su favor el conocimiento del terreno en el que se ha citado. Y, también, que Juan Alfonso de Haro, señor de Cameros y tenente de Calahorra, viaja a su lado. Don Fortún cabalga en un viejo caballo de una esplendorosa cuadra Almoravid venida a menos. Tiempo atrás habían poseído decenas de los mejores ejemplares. García había sido el dueño del que ahora montaba. Y bien que lo había amaestrado. Don Fortún se siente a gusto con él. De hecho, hace un tiempo que nota una nueva fuerza renacer dentro de su pecho.

Antes de salir de su casa, Teresa ha visto el brillo de su mirada. Sus ojos oscuros, aunque más claros que los de García, destilaban ese fulgor de antaño que ella tanto había admirado. Y se había dicho que eso estaba bien. Desde hacía unos meses, a Fortún se le veía más animado. Bien era cierto que había tocado fondo tras la noticia de la muerte de su hermano, pero eso le había lanzado también a la acción.

Cabalgan bajo el influjo inexorable de la cantinela de Iñigo. Le ha dado por interpretar las *chansons* del rey Thibaut. Lo cual es una maldición, ya que no se esfuerza mucho, o al menos parece no hacerlo.

*Seigneurs, sachiez qui or ne s'en ira
En cele terre ou Dieu fut morz et vis
Et ki la coriz d'Outremer ne prendra
A paines mès ira en Paradis¹⁹.*

Tras su última dicción, varias aves levantan el vuelo.

–Asustáis a los pájaros.

–Mal pájaro de mal agüero se guarde de venir a nos. Ahora protestáis, pero habéis de darme las gracias más tarde. Yo sé cómo tratar a caballeros como Climent.

–Haréis bien en manteneros callado y guardar vuestras opiniones para cuando estemos en privado.

–No es para eso para lo que estoy aquí. He venido para preveniros, en caso de que el gobernador de Navarra no fuera de fiar.

–Para vos nadie es de fiar.

–Demasiados años al lado de García, ¿para qué? Para terminar engañados.

–A García le importaba Navarra.

–Por eso huyó...

–García pagó por sus pecados.

–¿Y hasta qué generación pagaremos los demás los suyos?

–Me estoy ocupando de que esto termine de una vez; que es más de lo que estáis haciendo vos.

Juan Alfonso sonríe ante el diálogo de los hermanos. Iñigo ignora por un momento las palabras de Fortún y sigue cantando en alto el resto de la *chanson*.

*Qui a en soi pitié ne remembrance,
Au haut Seigneur doit querre sa vengeance
Et délivrer sa terre et son país.
Tuit li mauvais demorront par deça,
Qui n'aiment Dieu, bien ne honor ne pris;
Et chascuns dit: «a fame, que fera?
Je ne lairoie a nul fuer mes amis».
Cil sont cheoit en trop fole atendance,
Qu'il n'est amis fors que Cil, sanz doutance,
Qui pour nos fut en la vraie croiz mis.*

Fortún busca la mirada cómplice del de Cameros. Ambos se adelantan un poco, dejando atrás a Iñigo y su *chanson*.

–¿Por qué habéis elegido este sitio?

–Es lo más cerca de Navarra que se puede estar sin cruzar la frontera y alejarme demasiado de Calahorra.

–¿No aceptó venir al castillo?

Fortún niega.

–¿Ni a vuestra casa?

Una nueva negación.

–¿Y a qué suponéis se debe su negativa?

–Dijo que tenía asuntos importantes que atender.

–¿Le creéis?

–Puede que sea verdad. O puede que tenga miedo de abandonar el reino ahora que Felipe III de Francia y su hijo Philippe I de Navarra están volcados en esa cruzada contra Pedro III de Aragón.

–No puede temer una invasión castellana cuando el rey Sancho bastante tiene con controlar a los benimerines. ¿Teme acaso un alzamiento interno? ¿Una traición?

–¿Me estáis sonsacando para contárselo a vuestro rey?

–Vamos, Fortún. Me conocéis desde hace muchos años y ahora soy de la familia.

–Eso me lo deja más claro. No tardaréis en confesaros ante don Sancho.

Los dos ríen.

–¿Cuál es vuestra opinión? –insiste el de Cameros.

–No soy el más indicado para tomar el pulso de mi viejo reino.

–¿Creéis que soy ajeno a las visitas que habéis recibido?

–Viejos amigos, Juan Alfonso, viejos amigos.

El tenente de Calahorra se ríe con fuerza.

*²⁰Or s'en iront cil vaillant bacheler
Qui aiment Dieu et l'honneur de ces mont,
Qui sagement vuelent a Dieu aller,
Et li morveus, li cendreus demorron;
Dieu se laissa por noz en croiz pener
Et nos dira au jour ou tuit viendront:
«Vous qui ma croiz m'aidastes a porter,
Vos en ireiz la ou mi anges sont;
La me veirriez et ma mere Marie,*

*Et vos par qui je n'eus onques aïe
Descendreiz tuit en Enfer le profond».*

Se escucha desde atrás.

–Ni siquiera creo que entienda lo que dice –comenta Fortún.

Llegan a una explanada. Fortún estira de las riendas de su caballo, frenándolo. Cuando el animal se detiene, desmonta. No se ve a nadie en varias leguas a la redonda. Han llegado los primeros. El navarro se pasa la mano por el cuello. Hace calor aunque está nublado. Es un día de esos en los que los mosquitos zumban demasiado cerca. Juan Alfonso descabalga también y estira los músculos.

–¿Es aquí?

–Sí –cierto tono de fastidio se filtra en su respuesta. Está a un solo paso del reino de Navarra. Un paso que no se puede exponer a dar ahora. Iñigo continúa sobre su cabalgadura. Sigue cantando en la lengua de oil, en el dialecto de Champaña, emulando al rey Thibaut I. Pasa un buen rato. La mirada de Juan Alfonso le pregunta si confía en la palabra de Climent de Launay. Fortún viaja a años atrás. Hace mucho que no se ven y, según recuerda, el gobernador tiene su propia forma de marcar los tiempos. Por eso mismo, Fortún ha tomado sus precauciones y ha planeado llegar antes, por si acaso. No han pasado muchos meses desde que tuvieron noticias de las mesnadas organizadas para dar caza a los *banidos*.

–Viene alguien –anuncia Iñigo, regresando al galope hacia la posición de su hermano.

Climent de Launay es un hombre de la edad de Fortún. Pisó por primera vez suelo navarro en 1276. Formó parte del ejército francés que Felipe III arrojó sobre el reino y se apoderó de la Ciudad.

El gobernador llega acompañado de tres personas. Fortún ve otros diez hombres más en la lejanía, aguardando. Enseguida se percata de que todos son extranjeros, franceses al servicio del gobernador y, lamentablemente, al de Felipe III *el Atrevido*, a quien rinden cuentas en vez de hacerlo al rey de Navarra. Se saludan con cierta rigidez, fruto de la tensión. Climent de Launay no es ajeno a la propuesta que Fortún tiene para él. El *banido* trata de leer en el rostro del gobernador cómo de receptiva es su actitud. Pero este parece dispuesto a esconder su estado de ánimo.

Climent de Launay ha hecho llevar una mesa y dos sillas. Fortún pone el vino y dos copas. Y allí, en el punto apalabrado de la frontera entre Navarra y Castilla, el *banido* Fortún Almoravid y el gobernador de Navarra, Climent de Launay, se disponen a hablar. No se explayan mucho en los preliminares; ninguno de los dos tiene demasiado interés en ello.

—Llevo casi nueve años en el destierro. Felipe III y Alfonso X llegaron a un acuerdo por el que se perdonaba a los marcados como *banidos*. Vuestro rey se comprometió a devolvernos nuestras posesiones.

—Os recuerdo que ese tratado al que hacéis referencia nunca se llegó a ratificar.

—Y yo os recuerdo que estaba al lado de Beaumarchais cuando entrasteis en la Navarrería. Él puede dar fe de que no tomé parte por mi hermano.

—*Messire* Eustache Beaumarchais no está aquí para preguntarle y, yo, a los hechos me remito.

—Pues ya que los mencionáis, habréis de saber que esa es la verdad. Estuve con vos, con Beaumarchais y el conde Robert d'Artois.

Climent se levanta. Juan Alfonso aprovecha para estudiarlo con atención. Parece un hombre reflexivo. El navarro, a su vez, permanece tranquilo. Aprovecha las reflexiones de Climent y da un buen trago a su copa. El calor aprieta. Un sonsonete parecido a una melodía suena a sus espaldas. Iñigo continúa hablando de cruzados. ¿Se le estará yendo la cabeza? No se atreve a mirarlo. De sobra se lo imagina sobre el caballo, dejando que este se mueva libremente mientras él marca el ritmo de la *chanson* con su mano derecha.

El gobernador se vuelve a sentar.

—¿Qué es lo que queréis de mí?

—Tengo dos cartas. Una es para *messire* Beaumarchais. La otra, para el rey Felipe. Solo os pido que se las hagáis llegar.

—No me fío de vos.

—No sois vos quien debe decidir.

Ambos se miran sin pestañear a través de la pequeña tabla. Si Fortún estira el brazo lo suficiente, puede tocar su reino con la punta de los dedos. Climent apoya su espalda en el respaldo. Por su gesto, Fortún sabe que está a punto de dar por concluida aquella entrevista.

—¿Sois o no sois el gobernador de Navarra?

—¿Qué pretendéis decir con vuestras palabras?

—A vos os atañen los asuntos del reino. Conozco las tierras de mi reino. Y,

lo que es más importante, conozco a sus gentes. Y sé que os puedo ser útil.

—No me hagáis reír, Fortún.

—Solo quiero aquello que se me quitó por error. Tengo aquí una carta del propio Eustache Beaumarchais en la que se lamenta por mi mala fortuna y en la que me nombra como un valioso aliado. Solo quiero rendir homenaje a mi rey.

—¿Por qué no enviáis esas cartas vos mismo? ¿Por qué acudir a mí?

—Porque no quiero maniobrar a vuestras espaldas. Porque no quiero regresar a Navarra y que me tengáis como enemigo.

—Algo me dice que vos y yo no tenemos mucho en común.

—La guerra y el amor hacen extraños compañeros de cama.

Climent de Launay se levanta y clava su mirada en el *banido*. El encuentro ha concluido.

—He de llevarme la mesa.

Fortún apoya sus manos en la mesa y se levanta. Los hombres que han acompañado al gobernador se apresuran a retirar los muebles de aquel salón improvisado.

—Espero vuestras noticias —le asegura Fortún muy serio, entregándole las misivas que el otro rechaza.

—Esperaréis en balde. Jamás, Fortún, escuchadme bien, jamás regresaréis a Navarra mientras yo sea gobernador. No sois bien recibido en el reino. Y os recuerdo que vos mismo os forjasteis el destino que ahora tenéis. Os enfrentasteis al rey y eso es traición.

—Algún día os arrepentiréis de vuestras palabras.

Fortún insiste con las cartas, mostrándolas delante del rostro del gobernador. Este se retira con un gesto de desprecio.

—Quemadlas. No os van a servir de nada.

Enigmática sonrisa la que muestra Fortún ante sus palabras. El duelo de miradas lleva las manos de ambos a la empuñadura de sus espadas. Los hombres que han acompañado a Climent desenvainan. La incertidumbre campa a sus anchas entre los terrenos de los dos reinos.

—Nos veremos en Navarra —dice muy convencido el *banido*.

Los dos hombres muestran sus dientes. Ambos saben que Fortún ha puesto sus dos pies en Navarra.

—Retroceded u os haré prender.

La sonrisa de Fortún se ensancha, mientras se retira sin volver la espalda a

su rival.

Fortún se refugia en el rincón más fresco de la casa. Con el cuerpo un poco encorvado hacia delante y las manos a la espalda, deambula de un lado a otro de la habitación. Su rostro maneja un gesto reflexivo y su mirada se pasea por los distintos puntos del suelo sin posarse en ninguno en concreto. Delibera sobre la entrevista y, realmente, no sabe en qué punto se halla. Climent de Launay se ha negado a llevarse las cartas. Eso es algo que no tenía previsto. No entiende a qué viene esa animadversión, que parece personal, hacia él. Pero, a estas alturas, tampoco le extraña que alguien en Navarra esté maquinando en su contra. Si ellos perdieron sus propiedades, otros las ganaron. ¿Quién puede culparles?

Se sienta en el suelo. Tal vez la dirección del viento cambie. Tal vez no. Quizá se hubiera olvidado de soplar para ellos, pero él está dispuesto a mover sábanas y ropas que sustituyan a las ráfagas de aire. Está dispuesto a soplar. El anochecer se acerca, igual que lo hacen sus fantasmas. Y, mientras trata de ahuyentarlos, toma pergamino y pluma.

Muchas veces, García, en las largas noches de nuestro destierro, os preguntabais cómo estarían nuestras tierras, quién miraría las cosechas, quién repararía nuestras casas, quién se preocuparía por los montañeses, quién recorrería la Cuenca. Cuando me preguntabais por vuestro palacio de la Navarrería, nunca os contestaba. ¿Para qué, si ya sabíais la respuesta? ¿Para qué, si todavía a veces siento el olor del humo en mis ropas y el sabor agrio de la derrota pegado a mi pecho? Bien sabíais que había desaparecido. Y yo, indignado, os relataba una y otra vez cómo los franceses habían irrumpido en la sacristía de la catedral, donde se guardaba lo recaudado para la décima de Tierra Santa, y lo habían robado. Quince mil libras de sanchetes, os gritaba enfadado. Pero vos seguíais preguntando por nuestro palacio como si os hubierais vuelto loco y eso fuera lo único que os importaba. Y ahora creo saber el porqué. Queríais que recordara que el palacio de los Almoravid sigue allí. No importa si todo ha sido reducido a cenizas. Lo importante es que estuvo y está ahí. Y aunque el fuego devorara sus paredes y el viento borrara hace años nuestras huellas, allí están nuestras raíces. Aquello que nosotros llevamos desde Elcarte.

¹⁹ *Seigneurs, sachiez. Chanson* compuesta por el rey Teobaldo I de Navarra exhortando a la participación en la cruzada. La traducción, recogida en www.navarra.es/NR/rdonlyres, dice así:
Señores, sabed que los que no partan / Para la tierra donde Dios vivió y murió / Y no tomen la cruz de Ultramar, / No podrán ir al Paraíso. / Quien tenga compasión y memoria al alto Señor / Debe guerra y venganza para librar su tierra y su país. / Todos los malos se quedarán aquí. / Los que no aman a Dios no recibirán ningún honor. / Algunos dicen; Mi mujer, ¿qué hará? No dejaré a mis amigos / Locos son los que se preocupan de sus mujeres y sus amigos. / No hay más que un amigo: El que fue puesto / En la Cruz por nosotros.

²⁰ Partirán los valientes que aman a Dios / Y el honor de este mundo, los que sabiamente / Quieren llegar a Dios / Y se quedarán los perezosos. / Ciegos son los que no pueden servir a Dios / Al menos una vez y / Que pierden así la gloria del mundo. / Dulce señora, reina coronada / Rogad por nos Virgen bienaventurada, / Para que no desfallezcamos.

UN ENCUENTRO INESPERADO

El calor es tan insoportable que Martín se sofoca solo con pensar que debe colocarse la loriga, la cota de malla y el yelmo. El sudor le corre por la frente y la cara. Su camisa está empapada y su boca reseca clama por un poco de agua. ¡Agua! ¿Por qué la han racionado? No tiene ningún sentido, cuando cuatro ríos cruzan la ciudad. Tiene que encontrar la forma de llegar hasta el más cercano. «No creo que sea buen momento para abandonar tu puesto, Mano y Media». «Eso lo decís porque no estáis aquí aguantando este calor. Y tampoco está Felipe III, quien andará bien fresco en el convento franciscano desde donde dicen que dirige las operaciones». «No te muevas, hazme caso. Y prepara tus armas».

Martín se sienta en el suelo. Han transcurrido algunos meses desde que Enguerrand le pidió que no se apartara de él. Casi tantos como los que llevan a los pies de Gerona en un asedio implacable de la ciudad que defiende Ramón Folc VI de Cardona. Esto no ha sido un paseo como el de Figueras. Esto es la guerra con mayúsculas. Llegaron a Gerona el 26 de junio y ya es agosto. Dentro de la ciudad resisten algunos caballeros, dos mil quinientos soldados y ciento treinta jinetes, junto con algunos vecinos. Mira al cielo vacío de nubes. Los suministros no están cortados. La flota francesa todavía domina la zona de Rosas, por lo que no tiene sentido que les nieguen el reparto de agua.

El joven nota cómo las paredes de su boca se pegan entre sí. La lengua raspa. Y los dedos de su mano derecha, esos que no tiene, comienzan a dolerle. Alrededor, sus compañeros parecen tener la misma sensación que él, pero eso no le sirve de consuelo. No puede dejar de preguntarse por qué sigue allí. Enguerrand le pidió las cartas prometiéndole que se las daría al rey. Y él aguarda la respuesta a su promesa. Nunca debió confiar esas cartas a Enguerrand. Lleva varios días sin verle. Pero ya no hay remedio. Algo se

agita en el campamento. Tal vez, las primeras protestas. Los hombres se mueven y él se levanta también sin saber por qué. Pero está dispuesto a unirse a quien sea que comience a demandar el agua. Sin embargo, se equivoca al pensar que en aquel ejército cruzado alguien se va a rebelar contra Felipe III. Los hombres abren un pequeño pasillo por el que puede ver a varios jinetes. Reconoce a uno de ellos: Roger Bernardo III de Foix. Un sexto sentido lo pone alerta. Si Roger, al que Felipe le ha conferido el mando de las tropas en el sitio de Gerona, se mueve, eso significa que todos se moverán pronto. Y sin agua. Roger Bernardo III de Foix estuvo en Navarra en 1276. Martín lo conoce. No porque lo haya visto o tratado, sino porque su padre y los demás *banidos* han hablado de él. Por eso sabe que participó en el saqueo de la Navarrería. Con su contribución en aquella campaña se ganó de nuevo el afecto del rey, que había perdido en 1272. Entonces, él y el conde de Armañac se aliaron para combatir al señor de Sompuy. El rey prohibió el enfrentamiento y mandó llamar al conde de Foix a su presencia. Este ignoró la orden, lo que le valió que Felipe III se presentara en Foix, sitiara el castillo y terminara encerrando a Roger Bernardo III en una mazmorra. Sus territorios fueron confiscados. Pero tras su implicación en la guerra de la Navarrería, el conde volvió a obtener el favor real. Sus dominios le fueron devueltos. Martín lo observa desde la distancia. Está vestido para la batalla. El navarro no espera las órdenes. Dejando a un lado la ingrata sensación de calor, se termina de preparar mientras no deja de pensar que Felipe III perdona. Si había indultado a Roger, ¿por qué no iba a hacerlo con su padre? Se ajusta los guantes negros y toma su espada en la mano. Al conde le acompañan otros caballeros a los que Martín no puede ver la cara. Y, por lo tanto, no reconoce a otro veterano de aquella jornada de 1276. No está en su destino que ambos se encuentren en este momento, sino un poco después.

No tarda en extenderse por el campamento la orden de ataque. Ramón Folc se ha atrincherado en la parte alta de la ciudad. Ha mandado desmochar todas las fortificaciones de la muralla que puedan ser de utilidad a los cruzados. Solo hay un punto débil por el que poder atacar. Y ese es la iglesia de Sant Feliu, situada fuera de la muralla. Y hacia allí se dirigen. Traspasan el puente de Piedra. La visión del agua fresca es una tortura para todos. «En cuanto la ciudad caiga, recibiréis vuestra ración de agua». Esa es la consigna. Esa, la estrategia en la que se basan para espolear a los soldados. Uno de ellos se lanza al agua. Lo rematan los ballesteros antes de que pueda tragar el

primer sorbo. Si alguno ha tenido la misma idea, la sed se le pasa de súbito. La infantería es la primera en traspasar el puente. Los sitiados perciben el avance y los reciben con una salva de flechas que rasgan el cielo con un zumbido de muerte, pero con un resultado poco favorable. Las tropas francesas continúan su avance espoleados por la voz de Roger y la de sus ayudantes.

Para cuando Saiatua pone un pie sobre el puente de Piedra, las hostilidades ya han comenzado. Martín nota esa extraña tensión que le mantiene alerta; en una especie de limbo entre el miedo y el valor. Se aproxima el momento. Ya lo ha percibido otras veces. No muchas, pero su escasa experiencia como mesnadero le permite conocer un poco de ambos sentimientos. Se pregunta si esta vez será diferente. De reojo controla los movimientos de los demás caballeros. En el seno de la formación se siente seguro, por el momento. Al llegar a las inmediaciones de la iglesia, Martín comprende lo inútil de ir a caballo en ese asalto. Lo más probable es que ni siquiera llegue a participar. ¿O sí? Cuáles serán las intenciones de Felipe en este ataque?

Martín comprueba que los sitiados están preparados para repeler los embates. Varias rocas caen desde los muros que los cruzados tratan de escalar, llevándose a varios hombres por delante. Que Dios se apiade de ellos. Desde su posición, asiste al esfuerzo de los soldados franceses por erigirse sobre la pared, mientras les lluevan flechas y piedras. Con su mano derecha sostiene fuertemente las riendas de Saiatua. «Tranquilo».

Desde el suelo, las órdenes de continuar el asalto se repiten. Los hombres lo intentan, pero todavía queda mucho para doblegar a Ramón Folc y sus fuerzas. Roger observa desde cierta distancia las maniobras de su ejército. Martín lo ve dirigirse a uno de sus hombres de confianza y hablar con él. Inmediatamente, este llama a unos cuantos soldados y se dirige hacia otro punto. Martín sonríe. «Divide y vencerás», se dice. Pronto va a comprobar si las fuerzas de los sitiados son capaces de hacer frente a varias amenazas a la vez. Y sí, lo son al principio, pero el desgaste se nota al cabo de unos instantes. La defensa afloja, lo que da alas a los hombres que tratan de superar los muros. El primer cruzado tiene dificultad, pero una vez abierta la brecha... todo se desencadena deprisa. Parte de la pared por la que se ha iniciado el asalto cede y eso permite que el acceso de los hombres sea más fluido. Los sitiados huyen hacia el interior de la muralla. Es una evacuación

en desbandada. Han tratado de defender Sant Feliu, pero, una vez abierto el camino, lo mejor es guarecerse dentro de la ciudad y esperar acontecimientos.

El repliegue de los sitiados permite un avance rápido a los cruzados. Los hombres se afanan en registrar todos los rincones de la iglesia, en la que campan a sus anchas. Nadie se preocupa de detener los desmanes que se empiezan a producir. En aquel recinto sagrado, ya nadie recuerda la sed y el agua. Todos buscan oro y objetos de valor.

Martín sigue a los caballeros una vez que el acceso queda despejado. Apenas quedan enemigos que despachar. Aun así, se entrega con valor y seriedad. La oposición cede poco a poco. Mira alrededor. No tiene mucho interés en encontrar tesoros. Lo único que desea es saciar su sed. Mantiene su espada en su mano como precaución. Los hombres no atienden a razones cuando el oro aparece delante de ellos. Y Martín ha escuchado, a escondidas, decenas de veces, narrar a su padre el sacrilegio cometido en la catedral de Pamplona, donde los franceses no respetaron ni la tumba del rey Enrique, pues pensaron que su recubrimiento dorado era oro.

Las murallas cercanas parecen despejadas, pero García le ha repetido a menudo que siempre hay que estar alerta. Las recorre despacio con la mirada. El sol es implacable. Martín solo desea poderse escapar hacia el río. No cree que nadie le eche en falta. No ha hecho amigos en los días que lleva junto a las tropas francesas. Tampoco ha recorrido aquel largo camino para eso. Y su oficial ya le ha visto entrar en el recinto, por lo que nadie podrá reprocharle una conducta de cobardía. Y dadas las circunstancias, con unas tropas lanzadas al pillaje, decide que no le interesa recibir un corte por pelearse por unas migajas de oro. Contempla un poco más las murallas. Ya no debe quedar mucho de Gerona por conquistar. En medio de tanta gente y de tanto alboroto se siente solo. Pero no es una sensación del todo desagradable. Si lo piensa bien, la mayor parte de su vida ha transcurrido en soledad. García se ocupó de su educación siempre que sus obligaciones se lo permitieron. Nunca había tenido amigos de su edad. Juan Alfonso era una excepción tardía. En aquel instante de inmensidad absoluta y de infinita pequeñez, se pregunta si está en el lugar adecuado. La sed le abrasa y lucha para el rey que se lo ha quitado todo a su familia. ¿Se habrá equivocado al tratar de llegar a él? Una sonrisa se escurre lentamente por la comisura de sus labios. Dura un instante. Vuelve grupas. Parece que los hombres están contentos. Algunos soldados acaban de asaltar la tumba de san Narcis y buscan allí riquezas escondidas. Se

desentendiéndoles y fija la vista en dos hombres que conversan. Uno es Roger Bernardo de Foix. Al otro no lo conoce, pero sabe que es el mismo que ha visto aquella mañana junto al conde. Los observa. ¿Pondrán coto al saqueo? ¿O permitirán que continúe hasta el final? Roger se aleja. El otro hombre le da la espalda. En ese momento, un reflejo distrae a Martín. Frunce el ceño y dirige su mirada hacia la muralla. Tiene el tiempo justo para reaccionar, cuando comprende lo que va a suceder. Guarda su espada, pica espuelas y cabalga a galope hacia el caballero con el que acaba de hablar Roger. Sin pensárselo, se lanza hacia él. Lo empuja lo justo para ocupar su sitio durante unos instantes. Los suficientes como para recibir la flecha en su lugar.

Por efecto de la carga, los dos ruedan por el suelo. Martín acaba boca arriba. Siente un terrible dolor en su brazo. No se atreve a mirárselo. No quiere constatar con su vista lo que su instinto le dice; que la flecha ha atravesado su carne y asoma impunemente por delante. Se lleva la mano izquierda hacia la herida. Duele tanto que desea que le arranquen el brazo. Alguien se le acerca. Se trata del hombre que ha derribado del caballo. Le calcula una edad parecida a la de su padre. Martín observa su mirada directa de incompreensión, primero; de asombro, después. Pero no es ese tipo de asombro que aparece ante un acto de valentía o de estupidez (porque así se puede catalogar lo que acaba de hacer según se mire). Es otra cosa lo que Martín percibe en su mirada. Y, de repente, es como si dos personas que no se han visto nunca antes, se reconocieran.

«¡Beaumarchais!».

—¡Eustache Beaumarchais!

—¡García!

—No soy García, *messire*.

Eustache Beaumarchais se levanta. Tiene la sensación de haber retrocedido diez años en el tiempo. Sabe que no puede ser; que ese joven que tiene delante no puede ser García Almoravid, señor de la Cuenca y de la Montaña. Pero aun así... Esos ojos, esa mirada. Aun sabiendo que García está muerto...

—¿Puedes montar? —le pregunta Beaumarchais en romance navarro. Aunque es una pregunta, suena como una orden.

Martín asiente. Se levanta y por primera vez se mira la herida. La flecha ha traspasado la cota de malla y sigue allí reclamando su trofeo. ¡Podía haber

sido su corazón o su garganta! ¿En qué había pensado? Aparta ese razonamiento y fija su mirada en Beaumarchais. Una extraña sensación atenaza su cuerpo; no sabe si por la herida o por el encuentro inesperado. Desconocía que Eustache estuviera allí. Sabe que durante los últimos años ha luchado en Navarra contra los aragoneses, pero no tenía ni idea de que se hubiera desplazado al encuentro del ejército del rey.

Monta en Saiatua y sigue al exgobernador de Navarra. Cruzan el puente de Piedra. El ruido de la corriente le suena como una risa burlona. Se obliga a mirar al frente para desasirse de aquel insulto. Cuando cruzan, cierra los ojos un instante, abatido, librando su propia batalla contra el calor y contra la desagradable sensación de tener una flecha pellizcada en su brazo. El dolor se expande por todo su cuerpo como si lo transportaran todas las venas de su interior. Al abrirlos de nuevo, siente un destello incómodo. «¡Aguanta!». «Voy a vomitar». «¡Aguanta, Mano y Media».

La bilis recorre su garganta y arrastra una desagradable sensación. Cuando todo está fuera, se siente revivir. Recibe la sombra de la primera de las edificaciones como una bendición, pero tiene que tragar fuerte cuando descubre adonde se dirigen. Entran en el convento franciscano. Aquel es el lugar donde se han celebrado los consejos de guerra. El sitio donde se refugia Felipe III de Francia. Eustache descabalga. Martín se deja caer desde la grupa de Saiatua. Un sirviente recoge las riendas de ambos animales, mientras los dos hombres entran en el edificio. El eco de las pisadas resuena en la cabeza de Martín. Se retira el almófar hacia atrás y repite la operación con la crespina, metiéndosela dentro de la cota de malla. El dolor le lleva a acercar su mano a la herida. «Por favor, que alguien me quite esto ya». «Ja, ja». «No es nada gracioso. No recuerdo que las heridas recibidas junto al de Lara dolieran tanto». «Siempre es la última la que más duele, Mano y Media».

—Aguarda aquí.

Martín se detiene y se apoya en la pared. Eustache desaparece por una de las puertas que quedan a su izquierda. El joven se sienta en el suelo. El sudor se ha pegado a sus cabellos oscuros y a su rostro. «¡Hazlo!». Se mira el brazo con algo de pánico. Toma aire. Retira todas las plumas del final del arma. «¡Hazlo, Almoravid!». Agarra la flecha con fuerza. Sabe que cuanto menos se lo piense, mejor. Su respiración se acelera. Aprieta los ojos hasta hacer desaparecer sus pestañas. Grita. Estira. Abre los ojos. El dolor se refleja en sus iris negros, mientras el arma se desliza por entre su carne. Agotado por el

esfuerzo y la sed, recuesta la cabeza sobre la piedra muda. Aprieta la flecha ensangrentada en su mano, como si fuera el único vínculo que lo ata a la vida. Le parece escuchar el ruido de una puerta, pero tiene la sensación de que esta se ha abierto muy lejos. Alguien se detiene delante de él. Debe de ser Eustache. Eleva la vista y pide agua. Beaumarchais se ríe y le ayuda a levantarse. Entran en una pequeña habitación en la que el único mueble es un camastro, situado debajo de una ventana enrejada. Eustache le indica que se siente y lo deja solo. Un poco después aparece un hombre, uno de los apotecarios que acompañan al ejército de Felipe III. Sin ni siquiera mirarlo, el recién llegado le quita la cota de malla y el gambesón y le rasga la camisa, dejando al descubierto la herida. El apotecario se queda muy quieto, examinando la lesión, y en la mente de Martín solo se repite una palabra: ¡Agua! La pide como si fuera una letanía, una súplica, una razón de vida o muerte, pero el médico le ignora. Se deja caer hacia atrás sobre el camastro mientras aquel hombre hurga en su herida y se la cose de manera inmisericorde. Martín cae en una especie de sopor. Solo reacciona cuando aquel trata de quitarle el guante. Por fin, desiste y se va. El joven se queda adormecido. El dolor del brazo se mitiga un poco ante la urgencia de beber. «Mencía, ¿eres tú? Dame agua».

No es muy consciente de la llegada de Beaumarchais, pero comprende que su situación se ha vuelto peligrosa, cuando Eustache le acerca un vaso de agua y, al ir a cogerlo, descubre sus manos desnudas.

—¿Cuál es tu nombre?

El vaso tiembla entre sus dedos. Bebe con rapidez y acerca el vaso para reclamar más. Pero Beaumarchais niega con la cabeza. Cierra los ojos tratando de tomar las riendas de su situación, sin conseguirlo. Cuando vuelve a abrir los párpados, su mano mutilada se agranda ante su mirada. En esos momentos, el dolor del brazo le parece igual de insoportable que el de sus dedos amputados, exhibidos ante Beaumarchais. Al menos, ha indultado la pulsera que le regaló Mencía.

—Soy Martín de Elcarte —dice por fin, depositando el vaso en el suelo.

Un relámpago de ira cruza por las pupilas de Beaumarchais. Saca su espada y coloca su punta justo encima de la herida de su brazo. Martín toma aire. «No dejes de mirarlo». «Creo que me odia». «Me odia a mí, Mano y Media; no a ti».

—Estamos en medio de una guerra. No tengo tiempo para juegos —

Beaumarchais mueve la espada y la aprieta contra su pecho—. Sé que mientes. Si aprecias en algo tu vida, será mejor que seas sincero. Así que explícate rápido o te juro que te mataré aquí mismo. O tal vez te lleve a la celda más oscura de las mazmorras de Toulouse y me olvide de que te he dejado allí.

Sabe que no miente. Sin haberse encontrado jamás antes con él, conoce a ese hombre como si hubiera compartido su exilio. Felipe III de Francia lo eligió para el puesto de gobernador de Navarra por su experiencia en solventar conflictos como senescal de Toulouse. Se ha pasado casi toda su vida en un campo de batalla. Siente la espada sobre sus costillas.

—No os he mentado. Soy Martín de Elcarte. Martín... Almoravid de Elcarte.

El joven nota cómo se infla la vena de la sien de Beaumarchais. Por un momento cree que va a clavarle la espada, cortarle la cabeza de un tajo o golpearlo con saña con el pomo de su espada. Cualquiera de esas opciones puede ser, pero el momento pasa y Beaumarchais afloja la presión, aunque sin retirar la espada.

—¡Continúa! ¿Qué haces aquí?

«Mide tus palabras, Mano y Media». «No es fácil hacerlo».

Es cierto. Martín no tiene mucha experiencia en casi nada y, mucho menos, en tratar con un hombre curtido como Eustache Beaumarchais.

—Estoy aquí...

—¡Vamos, habla! —se impacienta.

—He sido enviado por Juan Núñez de Lara para traer un mensaje al rey.

—¿Y dónde está ese mensaje?

—Lo tiene *messire* Enguerrand Le Portier de Marigny.

—Sería divertido si no estuviéramos en medio de un combate.

—Hablad con él, *messire*. Enguerrand os dirá que no miento.

Eustache se muestra escéptico. La presencia del muchacho le remueve viejos recuerdos.

—¡Detén tu lengua, muchacho!

Martín se calla. En esos momentos se arrepiente de haberse dejado engañar por el de Lara.

—¿Qué relación exacta tienes con el traidor García Almoravid?

«¡Calma, Mano y Media!».

—García era mi tío. Soy hijo de Fortún Almoravid. Vos lo conocéis. Estuvo con vos... estuvo con vos cuando las tropas francesas entraron en la

Navarrería.

Una sonrisa burlona se refleja en el rostro del veterano caballero. Aquellos meses a los que se refiere Martín fueron unos de los más complicados de su vida. Y delante de él está este joven que tanto se parece a su mortal enemigo, recordándose.

—¿Qué te pasó en la mano?

—Un caballo me reventó los dedos durante la guerra de la Navarrería.

Con descaro, Beaumarchais fija sus ojos en su extremidad mutilada.

—Te quedarás aquí hasta que yo lo diga.

—¿Ahora soy vuestro prisionero?

—Lo eres —le dice devolviéndole sus guantes negros—. Por cierto, tu tío tenía unos iguales.

Beaumarchais coge la espada de Martín y se la lleva. La puerta se cierra con un golpe y, enseguida, el joven Almoravid escucha las dos vueltas de la llave al girar sobre la cerradura. Se vuelve hacia la pared y apoya su brazo izquierdo sobre las piedras pulidas. La ventana no es demasiado grande, pero entra la suficiente luz como para no hacer de aquel un lugar lúgubre. Cansado y abatido, se sienta en el camastro.

«Y ahora, ¿qué?». «Ahora toca esperar».

Y le toca esperar bastante. Hasta tal punto que cree que Beaumarchais se ha olvidado de él a propósito. El calor, el hambre y la sed lo mantienen entre la desesperación y la furia. Han pasado dos días desde que le hirieron y nadie ha ido a visitarlo. Solo Beaumarchais sabe que está allí. ¿Y si a él le pasa algo? Está el apotecario, pero no cree que él haya puesto mucho interés por memorizar que ha atendido a alguien en aquella celda. Tal vez el ejército se haya movido. Tal vez todo haya terminado y a él lo hayan dejado allí para siempre.

Sentado en el camastro, estira la cabeza hacia el sol que se cuele por las rejas. Sus ojos siguen a un par de moscas que han entrado en la celda y que revolotean por ella. Fuera, todo parece normal. Nada hace pensar que, a pocos pasos, tiene lugar un asedio. Coge el vaso de barro en el que Beaumarchais le ha ofrecido agua y se lo vuelve a llevar a los labios. Lo inclina, exigiéndole que suelte toda el agua que no tiene. A pesar de saberlo, a ratos repite ese gesto amargo y cansino como si fuera una ubre de la que

podiera sacar cuanta leche quisiera. Rabioso, se tumba. Pero al poco se vuelve a sentar, incómodo, pensativo, valorando su situación, dándole vueltas a la extraña circunstancia de su encarcelamiento. Salvas la vida a un hombre y te recompensan encerrándote.

Se ha convencido de que su herida no es grave. Aunque le duele, puede mover el brazo hacia arriba y hacia abajo. Mientras el sol descende, se pregunta quién habrá ocupado aquella celda antes que él. En medio de sus reflexiones, un sonido lejano, en el momento justo antes de anochecer, le hace prestar atención. Se escuchan pisadas, lejanas, todavía, pero es más de lo que ha oído en los últimos días. Cuando se detienen detrás de su puerta, Martín mira hacia ella, dispuesto a abalanzarse sobre quien llegue y escapar. Se dispone a ello, pero en el último momento tiene que refrenarse. Dos hombres armados entran con las espadas por delante.

—*Messire* Eustache dijo que lo intentarías.

Martín clava los ojos en un tercer hombre que aparece por detrás, cargando una enorme bandeja con comida y agua. Lo reconoce, es el joven con el que se tropezó en el campamento de Philippe, al que ayudó a recoger los pertrechos que otros le tiraron. Se fija bien en su aspecto. Tiene pocos años más que él, es alto y fuerte, de tez muy blanca y una amplia sonrisa que sus ojos azules intensifican. Parece de carácter extrovertido y se mueve con desenvoltura con la bandeja, aunque la espada que cuelga de su cinto deja claro que no es un sirviente. Piensa en la suya; arrebatada por Beaumarchais.

—Siéntate y come.

Martín obedece a la primera orden sin decir nada. Está todavía algo desconcertado con aquella visita y mira a todos los hombres que han invadido su pequeña celda.

—¿No comes?

—Lo haré más tarde —sentencia, mordiéndose las ganas de hincar el diente a aquellos manjares.

—*Messire* Beaumarchais dijo que desconfiarías —comenta el recién llegado pellizcando parte de la comida y llevándosela a la boca.

—Parece conocerme muy bien —afirma irónicamente.

—Dice que eres navarro —deja pasar un rato de silencio para permitirle reflexionar—. Yo también lo soy.

Martín entorna los ojos, dubitativo, considerando una noticia que no termina de creerse.

–Me llamo Oto.

–Yo soy Martín Almoravid de Elcarte.

–Lo sé –le dice, guiñándole un ojo y sentándose cerca de él en el camastro–. Tu tío es una leyenda.

–¿Una leyenda?

–Sí –confirma, separando con los dedos otro trozo de carne y comiéndoselo.

Martín sigue su mano con la mirada, deseando comer, pero cauto al mismo tiempo. Lleva dos días sin probar bocado y ahora le ofrecen un banquete.

–Examinaré tu herida.

Sin pedir permiso, Oto le coge el brazo y retira la venda.

–Has tenido suerte. La flecha no tocó tu hueso y la herida cicatriza bien – dice con voz de experto.

El joven navarro siente la mirada directa de Oto en su rostro. El zumbido de varias moscas cerca de su oído le hace menear la cabeza para espantarlas.

«¡Suerte, sí! –piensa–. Si hubiera sido una herida seria, ya estaría muerto. Nadie parece tener mucho interés en que siga vivo. Mejor dicho, es Beaumarchais el que carece de ese interés».

–Eres fuerte –le dice mirándolo desde varios ángulos.

Martín se echa hacia atrás en un gesto de incompreensión. Oto le hace sentir incómodo.

–Come y vive. Está buena –le confirma, mientras le roba otro trozo de carne. Después se sirve agua y bebe un trago–. El agua está fresca. La acabo de coger.

Oto se levanta y se despide. La celda se queda otra vez en silencio, absorbiendo el eco de unos pasos que se alejan. «Es un personaje extraño». «Extraño o no, te ha traído comida y bebida, Mano y Media». «Puede estar envenenada». «Él mismo la ha probado delante de ti. Tú deberías hacer lo mismo». Martín toma aire. Lo primero que hace es servirse agua. Se bebe dos vasos seguidos. «Tranquilo». Mira la carne. Parece deliciosa y su estómago le apremia a decidirse. Coge un hueso rodeado de una gruesa capa de carne y se lo lleva a la boca. Mastica con cierto temor al principio, pero luego se deja llevar por la agradable sensación de su sabor. Está sabrosa, aunque, después de dos días sin comer, cualquier cosa le sabría buena. Su estómago agradece la deferencia, pero su cabeza le recuerda que es mejor racionar lo que tiene.

No sabe cuánto tiempo va a pasar sin recibir una nueva visita.

A partir de aquel día, Oto es el único contacto con el exterior. A través de él trata de descubrir cuáles son los planes que Beaumarchais le tiene reservados. Pero Oto, o bien se calla, o bien le contesta con evasivas; lo cual es igual de frustrante. Poco puede sacar de lo que el joven le cuenta. Parece más predispuesto a ser él quien realice las preguntas.

Por un lado, Martín anhela sus visitas, pues suelen presagiar agua fresca y buenas viandas. Pero, por otro, Oto le pone nervioso. A veces se queda mirándolo sin ningún pudor y luego se echa a reír.

Aunque el primer día no lo hizo, los siguientes se queda a comer con él.

—¿Qué piensas de la situación en Navarra? —le pregunta aquella tarde Oto.

—Era muy pequeño cuando nos fuimos.

—Pero dice *messire* Beaumarchais que has luchado con Juan Núñez de Lara.

—He luchado con él, sí, pero eso no me hace conocedor de la situación del reino.

—¿Y qué piensas del gobernador?

—¿De Launay? No lo conozco.

—¿Y te parece bien que haya un gobernador en Navarra?

—Yo preferiría que fuera la reina quien rigiera el reino.

—¿La reina? ¡Estarás de broma!

Martín no dice nada. Oto se levanta y se queda muy serio, observándolo. Hay algo duro en su mirada que luego se transforma en sonrisa.

—No sé qué me gusta más de ti, tus silencios, que son muchos, o lo que tus pocas palabras dicen.

—¿Cuándo voy a salir de aquí?

—Siempre tan directo.

—Llevo aquí doce días y nadie me ha dado explicaciones. Fuera se está librando una guerra en la que yo puedo ser útil.

Oto no es alguien que se arredre con las palabras.

—Hay algo que quiero decirte desde hace días —Martín eleva su mirada hacia Oto—. Quiero que sepas que no me importa.

—Que no os importa, ¿qué exactamente?

—Lo de vuestra mano.

Todo el cuerpo de Martín se tensa. Oto se arrima mucho a él cuando coge su mano derecha enguantada y aprieta el lugar donde deberían estar sus dedos. El joven navarro se remueve inquieto y empuja a Oto.

—¿Acaso habéis perdido la cabeza?

—Tal vez —acepta con la mejor de sus sonrisas—. Te arriesgaste por mí sin conocerme. Los que tiraron mis cosas podrían haberte matado por entrometerte.

—¿Quiénes eran?

—Eran... No importa. Te veré mañana —dice a modo de despedida.

Pero al día siguiente, Oto no aparece. A Martín le extraña, pero casi agradece su ausencia. Aquel joven que dice ser navarro, pero que está cada día más claro que no lo es, lo desconcierta. Sin embargo, es su único vínculo con el exterior. Empieza a desarrollar una dependencia hacia él. «¡Me está sonsacando información!», exclama de pronto en alto mientras da vueltas por la habitación. «Por supuesto que lo está haciendo! Beaumarchais no quiere un alborotador, ni un espía aquí, pero mucho menos lo quiere en Navarra. Me hubiera gustado ver la cara del bueno de Eustache cuando le dijo lo de que os gustaría ver a la reina Juana rigiendo el reino». Casi puede escuchar la risa de García. Mira a través de la ventana. Fuera sigue haciendo calor. Los muros le protegen en parte, pero a través de las piedras también se cuele la canícula. En esos momentos, daría uno de sus dedos enteros por una jarra de agua.

Algo lo desvela entrada la noche. Se sienta en el camastro. Achaca su repentino desvelo al calor, o a alguna de aquellas moscas pesadas que cada vez se introducen en la celda con mayor prodigalidad, y a las que él, para entretenerse, mata; o tal vez sea que lleva largo rato recostado sobre su brazo herido. Pero pronto nota una presencia cercana. No cree en fantasmas, mas por un instante diría que hay uno en aquella celda.

—He pensado que te apetecería un poco de compañía.

Antes de que se encienda la primera vela, Martín reconoce aquella voz.

—¿A vos o a mí? —pregunta medio dormido todavía. Parece que Beaumarchais tiene mucha prisa por conocer sus intenciones.

La risa de Oto se escucha clara y fresca.

—No he podido venir antes. ¿Te gustaría oír algo?

—La verdad es que no, Oto. No quiero escuchar vuestras historias. Y, para ser sincero, tampoco deseo vuestra compañía en estos momentos.

—Eres cruel, Martín.

–Aclaradme algo. Soy yo el que está encerrado, esperando una explicación, y ¿soy yo el cruel?

Se escuchan sonidos de pasos. Oto se acerca a él y deja una vela en el suelo, encendiendo otra poco después.

–Oto, es tarde. Deberíais dormir un poco.

–Pides un imposible. Quiero explicarte por qué no he podido venir antes. Todavía... Ha sido excitante y a la vez terrible –dice sin esperar una invitación–. Ayer supimos que el rey Pedro III se había decidido a mover su ejército. Tuvimos noticia de que había salido desde Barcelona con quinientos caballeros y cinco mil infantes. Roger de Foix eligió a los mejores cuatrocientos jinetes franceses y salimos a su encuentro –hay emoción en sus palabras y sus ojos brillan a la luz de las velas. Su juventud se acentúa con cada una de sus palabras–. El rey aragonés se entretuvo en Montserrat. Mientras, los almogávares que le acompañan se adelantaron. Cargamos contra ellos. No os voy a negar que sentí miedo –me han dicho que son guerreros feroces–, pero mi hermano se mantenía a mi derecha y eso me dio ánimos. Eso y pensar en vos. Fue una sensación extraña. El rugido del comienzo desapareció de pronto y sentí como si el tiempo me atravesara y se ralentizara. No sé si me entiendes. Los vencimos, Martín. Hicimos retroceder a los fieros almogávares.

Oto se calla, como esperando una confirmación. Martín sabe de lo que habla su compañero. Su madre amedrentaba a sus hermanos contando historias sobre los fieros guerreros almogávares, que él escuchaba a escondidas porque Teresa evitaba narrárselas a él. Siempre protegiéndolo, temiendo que no podría defenderse. En cierto modo, siente envidia por no haber participado. Y todo porque se le ocurrió salvar la vida al hombre equivocado. A pesar del entusiasmo de Oto y de estar encerrado, no puede dejar de ser cauto. Sabe que los almogávares no han dicho su última palabra. Tal vez hayan retrocedido, pero siempre van a estar ahí, en primera fila.

–¿Qué sabéis de la situación de Gerona? –le pregunta.

Oto deposita la vista en el rostro de Martín.

–Ramón Folc ha pactado una tregua con Roger de Foix. Si en veinte días no recibe ayuda del rey Pedro, rendirá la ciudad.

Martín mira a Oto. Tiene los cabellos húmedos, ojeras pronunciadas y la sangre todavía le salpica el rostro. Seguramente la emoción, el miedo y la excitación no le han dejado dormir hasta ese momento.

—¿Por qué me dijisteis que erais navarro?

—Fue porque... No lo sé —se recuesta en la pared. Sus ojos parecen perdidos en la distancia. Fija la vista en una de las velas y luego en el joven navarro—. Solo quería que confiaras en mí.

—¿Mintiéndome?

Martín está cansado de esta situación. «Veinte días», piensa mientras contempla el rostro casi lampiño de Oto. Mira su espada y aprieta los dientes. De un rápido movimiento, se la arrebató y, antes de que pueda protestar, le asesta un fuerte golpe en la cabeza. Oto pierde el conocimiento. Martín no se siente demasiado bien por lo que ha hecho, pero era su única alternativa. Siente que todos están jugando con él: Beaumarchais, Enguerrand... La puerta está abierta, la llave en la mano de Oto. Duda que a esa hora haya llevado guardias con él. Es su oportunidad. «Martín, apresúrate». «García, *mesedez*. Oto está inconsciente». Se toma su tiempo. Examina su espada. Prácticamente está virgen, impoluta. No tiene mella por ningún sitio y la superficie parece recién forjada. No parece pertenecer a alguien que asegura haber participado en una reciente campaña. Se la coloca encima de la mano y busca el punto de equilibrio. Se halla cerca de la empuñadura, lo que permite un manejo sencillo y natural. Ejecuta varias filigranas en el aire y este le devuelve un silbido agudo y rápido. Luego se acerca al joven y lo registra a conciencia. Encuentra un puñal en su cinto. Lo coge y lo observa. La hoja es gruesa y ancha y termina en una punta fina. En la empuñadura tiene un pequeño grabado. Martín lo acerca a una de las velas. Descubre un escudo similar al de los Almoravid. «No te engañes, Mano y Media. Has visto ese escudo recientemente». Es cierto. Lo portaba Roger Bernardo de Foix, quien es vasallo del rey de Aragón por alguno de sus territorios. En este caso, pues, no se trata de los tres bastones de azur sobre campo dorado de los Almoravid, sino de las barras de Aragón, el blasón del conde de Foix. Martín pasea la punta del puñal por su mano enguantada. «¿Quién eres en realidad, Oto?». «¿Acaso importa? ¡Lárgate ya! Cualquiera diría que sientes pena por el muchacho». «Déjalo, tío». Se asoma. Algo le hace dudar, pero se obliga a no mirar atrás. Sale. Todo está silencioso y, sin embargo, nota una carga extraña. «Es el calor». El calor; eso debe ser. Mira hacia atrás. Su respiración se acelera. «No mires a Oto. Sal de aquí, coge un caballo y vete». En ese momento se acuerda de Saiatua. Se pregunta qué habrán hecho con él. Tal vez algún cruzado esté subido en su grupa. O tal vez no se haya dejado

montar. Saiatua es bastante agresivo con los desconocidos. Imaginarse la escena le hace sonreír. Lo buscará y se marchará.

Sigilosamente se desliza pegado a la pared. Un paso, dos pasos. Y, de repente, algo sale de entre las sombras. Delante suya, dos soldados aparecen como surgidos de la pared misma. Se prepara para hacerles frente. Eleva su brazo izquierdo sobre su cabeza, seguro de salir airoso del lance. Pero descuida su retaguardia. La sorpresa es mayúscula cuando un fuerte golpe en la cabeza y en el hombro le hace precipitarse al suelo. Le falta el aire y no puede evitar la fuerte sacudida. Sin poder evitarlo, pierde el conocimiento.

—¿Es así como agradeces mi interés?

Martín está desorientado. Le duele la cabeza, la espalda, pero la peor herida es la de su orgullo.

—¿No habrías hecho vos lo mismo?

De su boca sale una voz desconocida. Es la suya, pero parece arrancada de alguna cueva subterránea.

—Tal vez. Supongo.

Martín cierra los ojos y se mantiene quieto. El dolor en esa postura es menor. Sus pensamientos discurren con lentitud. Emite un sonido gutural de rabia y de impotencia.

—¿Cuál es el problema? ¿Por qué Beaumarchais no me deja en libertad?

—*Messire* Beaumarchais.

—*Messire* Beaumarchais —repite con sarcasmo—. ¿Así es como agradece que salvara su vida?

—¿Salvar su vida? Osaste asaltarlo.

—¿Asaltarlo? ¿Eso es lo que os ha contado? Me jugué la vida por él. Y recibí la flecha que lo podía haber matado.

El sonido de una carcajada detiene la argumentación de Martín.

—Parece divertiros verme enfadado.

—No te lo voy a negar.

Martín no se contiene más, de un salto, se pone en pie, arrebatada la espada a Oto y le amenaza. Siente un fuerte pinchazo en su cabeza que le traspasa el ojo derecho, pero se mantiene firme.

—¿Piensas matarme?

—Tal vez os lo merezcáis. Pero no lo voy a hacer.

–¿Puedo preguntarte por qué?

–Me seréis más útil vivo. –le comenta al tiempo que tuerce su boca hacia la izquierda en una mueca mitad sonrisa, mitad ironía.

–Tú... dirás –titubea Oto–, pero te recuerdo que hay dos soldados ahí afuera.

–De nada os servirán una vez muerto y luego puedo hacerles frente sin que nadie me ataque por la espalda como un cobarde –Martín tiene que esforzarse para mantenerse en pie. Su respiración se agita.

–Tú tampoco fuiste demasiado caballeroso.

–Yo os atacué de frente.

Oto se queda callado.

–Este es el trato –argumenta Martín–. Os dejaré marcar sin heriros, si me conseguís una entrevista con *messire* Beaumarchais.

–Eso no va a ser posible.

–Entonces... no me sois de utilidad –declara Martín dando un paso hacia Oto.

La expresión de su rostro es de total seriedad. Estira su mano hacia delante y apoya la punta de la espada en la clavícula de Oto.

–Martín... por favor.

–¿Quién sois, Oto?

No se lo piensa mucho a la hora de contestar.

–Mi nombre es Oto. Soy el hermano bastardo de Roger Bernardo de Foix.

Ya lo ha dicho. Oto no es muy apreciado entre los hombres de su hermano, ni entre los de su padre, por lo que nunca alardea de sus orígenes. Se arrodilla delante del navarro y cierra los ojos, esperando que la espada se clave entre sus huesos y su carne. La presencia de Martín es especialmente vívida en ese instante. Contrariamente a lo que espera, la presión de la espada desaparece. Abre los ojos, incrédulo. El rostro del navarro está cerca del suyo y no sabe cómo interpretar su reacción.

–Sigo queriendo hablar con Beaumarchais.

Oto lo mira con aire incierto. Martín aprecia sus temores, pero también su fortaleza, aunque en ese momento le pueda más su retraimiento. Una sonrisa traviesa acaricia el rostro de Martín. No es capaz de matar a un hombre a sangre fría, pero debe sacar ventaja de la situación.

–No sé qué es lo que estás pensando –se atreve a decir Oto–, pero creo que no me va a gustar.

–Haremos una cosa. Os dejaré marchar, pero me quedaré la espada y el puñal. Vos me conseguís una audiencia con Beaumarchais. Una vez haya hablado con él, os devolveré vuestras armas.

–A mi hermano no le gustará saber que las he perdido.

–Pues acelerad vuestras gestiones.

Oto cumple su parte del trato. Diez días después, Beaumarchais se presenta en la celda de Martín. La entrevista es breve, tensa y el joven solo consigue fútiles promesas. El que fuera gobernador de Navarra mantiene una actitud distante y fría y su mente parece estar en otro sitio. Cuando Martín le pregunta qué ocurre en el asedio, se limita a decir que todo está bajo control. A duras penas, logra que le prometa hablar de su liberación cuando el asedio termine. El joven Almoravid se queda prácticamente igual a como estaba. Cuando Beaumarchais se va y la puerta se cierra tras él, se cierra también todo contacto con el mundo exterior. Piensa que Oto se presentará inmediatamente a recuperar sus armas, pero no se acerca por la celda. No le falta, sin embargo, algo de comer y de beber los días que siguen. Una pequeña bandeja que alguien introduce por una gatera de la puerta le sirve de sustento. El calor y el hedor, sin embargo, lo asfixian allí adentro. En numerosas ocasiones se sube al camastro y trata de alcanzar una pizca de aire fresco. Tiene la ropa sucia, su incipiente barba ha dejado un rastro en forma irregular en su rostro y la inactividad lo está matando. En fin, está de mal humor. Su mayor entretenimiento consiste en matar las moscas que entran por la ventana y en hacer rayas en la pared con el puñal, descontando los días que quedan para que se cumpla el plazo marcado por el pacto. Eso y planificar su escapada, si llega el día y Beaumarchais no se presenta tal y como ha prometido.

«No sé por qué estás de mal humor, Mano y Media. Debiste escapar cuando tuviste la oportunidad. Pero te empeñaste en demorar la partida. Parecía que no querías dejar solo a Oto. ¿Acaso sentiste pena por él? Por si no te has dado cuenta, es un cobarde. Tú mismo viste su espada. Impoluta. Supongo que la lució en la carga, pero apuesto mil monedas de sanchetes a que ni siquiera hizo por rozar a uno de esos almogávares de los que alardea haber matado». «No es el momento para sermones, tío». «Tuviste la libertad en tu mano, pero preferiste ser ¿qué? Un estúpido». «Solo quise hacer bien

las cosas. Enemistarme con Beaumarchais no va a ayudar a mi causa». «Pues elegiste mal. ¿Crees que Beaumarchais se va a acordar de ti?». Martín coge la espada de Oto y la cruza en el aire varias veces hasta caer rendido sobre el camastro. Está furioso, sí. Enojado. Se revuelve y golpea la pared con su puño.

El enfado continúa arraigado en su corazón. Acaba de marcar la vigésimo primera raya, lo cual significa que el plazo para la entrega de Gerona acaba de vencer. Se sube al camastro y mira por la ventana. No se ve nada, pero espera al menos que algún sonido le indique cómo se desarrolla la jornada. Sin embargo, por ahora, nada se oye. Los ruidos llegan de repente, pero no proceden del exterior, sino del pasillo. Coge el puñal y se lanza hacia la puerta. Espera a que la bandeja de comida aparezca por la ranura y engancha la mano que la sujeta. La comida cae al suelo; parte dentro y parte fuera.

—¡La llave! —exige.

Una voz temblona y asustada le contesta desde el exterior.

—No la tengo, señor.

—¡La llave!

—Os lo juro, señor. Oto me encargó que os trajera su comida todos los días. Soy solo un sirviente del señor de Foix —reclama casi ahogándose en su propio miedo.

—¿Qué le ha sucedido a Oto?

—Está enfermo. Como muchos otros.

—¿Enfermo?

—Sí. Disentería, peste, señor. No lo sé.

—¿Se ha entregado la plaza? —pregunta colocando el puñal cerca de la muñeca para que aquel sirviente lo note claramente.

—Nuestros hombres han empezado a marcharse. La plaza ha sido rendida a Beaumarchais.

—¿Y adónde van?

—No lo sé, señor.

—¿Y Oto?

—No puede moverse, señor.

—He de salir de aquí, ¿entiendes?

—Yo... no puedo ayudaros.

–Necesito que hables con Beaumarchais. Yo puedo ayudar a Oto. Todos se están marchando. Los que se queden morirán. ¿Lo comprendes?

–Yo no puedo ayudaros.

–Oto morirá.

El sirviente se queda en silencio.

–¿Quieres que Oto muera? –insiste.

–Por supuesto que no, señor –dice algo airado–. El señor Oto es bueno.

–Lo sé. Habla con Beaumarchais. Recuérdale que estoy aquí.

Sin darse cuenta, Martín estira del brazo del sirviente. La cabeza de este se pega contra la puerta. La posición le incomoda. Empieza a temblar.

–Señor, por lo que más queráis. Si me cortáis el brazo...

Martín escucha los sollozos. En un instante de impotencia aprieta el puñal contra la carne hasta que brota la sangre. Luego se arrepiente y suelta al sirviente, quien se marcha a la máxima velocidad que sus atemorizadas piernas le permiten.

«¡Le has dejado marchar!». «¿Qué queráis que hiciera? ¿Cortarle la mano? Solo habría conseguido arruinar su vida, sin lograr mi propósito». «¿Acaso se te ha olvidado ser un Almoravid?». «¿Se os olvidó a vos serlo cuando abandonasteis la Navarrería a su suerte?». «Eso ha sido una falta de respeto, Mano y Media». «Solo es un intercambio de pareceres, García».

Martín está contrariado. Sabe que el día que Oto se quedó dormido en su celda debió tomar precauciones y ser más rápido. Le duele reconocerlo, pero es la verdad. Solo había querido hacer las cosas bien. En lo más hondo de su ser siente que Beaumarchais tiene la llave no solo de su destino sino también del de su padre. Y huir de él significará quemar todas sus posibilidades. Sin embargo... Mira hacia la ventana, luego hacia la puerta. Lucha por contener su rabia y su impotencia. Todo dentro de él amenaza con explotar. Y, aunque sabe que derramando su cólera contra los escasos enseres de la celda no va a conseguir nada, se enfrenta con su pequeño camastro como si fuera su peor enemigo. Cuando considera que lo ha derrotado, deja que sus manos caigan lánguidas a lo largo de su cuerpo. Tiene la respiración agitada y el aire viciado y espeso de la celda es difícil de aspirar. Apoya sus manos en una de las paredes y deja que su cabeza caiga hacia delante como símbolo de su derrota.

«Hay veces en que no se puede ser bueno, Mano y Media. Elegiste mal. Elegiste la peor de las opciones». «Es fácil decirlo cuando uno conoce el

desenlace». «No te atreviste a hacerlo, reconócelo». «¿Insinuáis que fui un cobarde? ¿Un cobarde como vos aquella noche en la Ciudad?». Silencio. «¿Ahora decidís no hablar?».

Enfadado consigo mismo, Martín se acerca a la puerta con el puñal y trata de hacer saltar la cerradura. Su enojo no ha menguado, pero por lo menos aquella tarea le reporta algo de sosiego. Empieza con saña, pero poco a poco se relaja y estudia con detalle aquel cerrojo. Sus ojos negros descansan en su forma. No le parece difícil de atacar con un puñal. Solo tiene que desencajarlo. Se entretiene durante un buen rato y cuando comienza a obtener frutos se pregunta por qué no lo ha intentado antes. Tal vez su tío tenga razón. Tal vez no se había atrevido a ser libre. O quizá solo fuera que no estaba preparado para enfrentarse a hombres de la talla de Beaumarchais. Él, obviamente, no es su padre; ni tampoco, García. Él es tan solo un joven inexperto que sueña con lograr aquello en lo que su tío y su padre han fracasado. ¡Cuán estúpido ha sido! Ahora se da cuenta de que, para aquella empresa, no basta con estar allí, ni con plantar cara a Beaumarchais. Ahora está seguro de que al exgobernador de Navarra lo último que le importa es lo que le pueda pasar. Ni siquiera es seguro que *messire* Beaumarchais esté todavía en Gerona. Trabaja con empeño, mientras sus pensamientos flotan dentro de su cabeza. Falta poco, lo sabe. Esboza una sonrisa. Lo tiene.

Engancha el puñal en el cinturón y toma la espada en la mano izquierda. Se asoma con cuidado. Nadie vigila. Vuelve la cabeza hacia atrás, mirando por última vez la celda en la que ha pasado el último mes. «Sin remordimientos», se dice mientras traspasa el umbral. Enseguida capta el silencio que le rodea. «Abandonado a mi suerte». Por los pasillos sudorosos todo parece atrapado en una turbadora quietud. Avanza con cuidado, atento a cualquier sonido o movimiento. Se acerca a la parte ocupada por el rey. Extrema las precauciones en vano. Donde antes había guardias, no queda ni la sombra de sus cuerpos, ni el eco de sus voces. Felipe III de Francia se ha marchado. Respira con fuerza, en un gesto de alivio, y trata de orientarse para salir de aquel convento. Un franciscano se asoma en ese momento. Martín, instintivamente, se pone en guardia y eleva su espada. Después del susto, el franciscano se santigua y se aparta del camino del navarro. «Paz y bien», le escucha decir. Martín baja su arma y pregunta por Beaumarchais y por el rey. El dedo índice de la mano derecha del franciscano señala una puerta al final del pasillo. Sigue sus indicaciones y atraviesa aquella salida. El calor lo

abofetea en el rostro y la claridad ciega sus ojos. Cierra los párpados y se pone la mano derecha sobre la frente a modo de visera. Parpadea entre lágrimas. La sensación es incómoda. Se pasa el antebrazo por la cara. Parpadear le ayuda en los siguientes instantes. Comienza a andar y recorre los alrededores solitarios analizando los indicios. No hace mucho, aquellos parajes estaban tomados por los hombres del rey Felipe, ahora el lugar aparece desierto. Atraviesa el puente de Piedra y escala la muralla. A su izquierda queda la iglesia de Sant Feliu, por donde se produjo el último asalto a la ciudad, en el que él participó. Reconoce algunos soldados cruzados intercambiando palabras en la lengua de oil que él todavía no domina. Pero lo que verdaderamente llama su atención es un pequeño claro al otro lado de la iglesia, en el punto donde empujó a Beaumarchais y lo hirieron. En el suelo, hay un montón de hileras de ¿muertos? No entiende nada. Salta hacia su izquierda y centra su vista en aquellos bultos. Hay decenas de cadáveres olvidados. Su ceño se frunce, preguntándose cómo ha muerto toda aquella gente. Un desagradable olor se incrusta de repente en sus fosas nasales. Es el olor que la muerte y la derrota dejan tras de sí. ¿Ha muerto toda esa gente de hambre? ¿De heridas? Su instinto le hace girarse y subir la espada.

—¿Te preguntas qué ha ocurrido, Almoravid?

Los ojos de *messire* Beaumarchais lo miran intensamente. No parece sorprendido de encontrarlo allí. Durante unos instantes, ninguno de los dos aparta la mirada del otro y las espadas permanecen a media altura, suspendidas en su propia amenaza.

—¿Es verdad? ¿Han rendido la ciudad? ¿O la habéis tomado al asalto? — pregunta por fin Martín.

—Roger Bernardo de Foix cumple sus promesas. Y Ramón Folc, también. Ha rendido Gerona tal y como acordaron.

—¿Y eso? —señala los cadáveres de la plaza.

—Han sido días de mucho calor. Ha faltado comida. Y hemos sufrido una invasión de moscas. Muchos hombres han enfermado.

—¡Oto! —exclama. Pero lo hace en un tono tan bajo que Beaumarchais, o bien no lo escucha, o no hace caso de su comentario.

—¿Y el ejército cruzado? ¿Adónde se dirige?

—Eso no es de tu incumbencia. Creo que aquí nos separamos, Almoravid. No te voy a preguntar cómo has logrado salir de la celda. Solo espero no arrepentirme de no clavarte mi espada en este instante. Sin embargo, no

esperes que sea tan amable la próxima vez que nos crucemos, así que te aconsejo que regreses a... Bueno, que regreses adonde quiera que esté tu hogar.

—Mi hogar está en Navarra —dice con cierta rabia.

Beaumarchais sonríe, baja su espada y se la guarda en el cinto. Martín permanece en silencio. Estudia el rostro de su interlocutor. Un hombre que sabe muy bien esconder sus emociones. Sin embargo, hay emociones que no se pueden ocultar. «Se te da bien hacer nuevos amigos». «Os odia, tío». «Me congratula saber que todavía despierto emociones en Beaumarchais, a pesar de estar muerto». «Fuisteis un hueso duro de roer para él». «Los Almoravid somos difíciles de digerir. ¿Sabes algo, Mano y Media? Estuvo a punto de conseguir que todos nos pusiéramos de acuerdo». «¿Qué falló?». «Beaumarchais desconocía el funcionamiento de nuestro reino. Poco sabía de nuestras costumbres y de nuestros fueros. Y creo que sigue sin conocerlos. Navarra es un reino muy diferente a Francia».

Martín sigue con la mirada la marcha de *messire* Beaumarchais. Con su mano derecha sobre la cintura y la izquierda esgrimiendo la espada de Oto observa la ciudad rendida. Más allá de las calles vacías que pronto tomarán como suyas los doscientos hombres que Beaumarchais tiene intención de dejar de retén, no hay nada. Lo único que queda, pues, es reconocer que su aventura ha terminado. Da igual lo que haga. Ha tropezado con Enguerrand y, lo que es peor, con Beaumarchais y eso es un escollo difícil de salvar. «¿Hay alguna forma de ganárselo, García?». «Mucho me temo que eso es lo único que conseguirás de él, por ahora. Procura no cruzarte en su camino en los próximos años. No cuando sabe que te debe la vida». «Ha dejado claro que me deja libre y no me ha atacado. Creo que estamos en paz». «Un Almoravid nunca estará en paz con Beaumarchais, no te engañes, sobrino». «Se lo debe a mi padre».

Las fuerzas cruzadas concentradas cerca de la iglesia de Sant Feliu están a punto de iniciar su marcha. Un movimiento rápido de varios hombres llama la atención de Martín. Se hace el más absoluto de los silencios. Al poco, se abre un pasillo por el que desfilan varios hombres. Ramón Folc sale el primero. A pesar de la distancia, Martín aprecia su rictus serio y su mirada de resignación. Los hombres de Pedro III de Aragón abandonan la ciudad. La

ayuda prometida no ha llegado. El silencio se prolonga más allá de la marcha de los defensores y continúa cuando las tropas francesas se encaminan hacia el norte y desaparecen de su vista. Martín permanece allí cuando los doscientos hombres a los que Eustache Beaumarchais ha dejado al cargo de la ciudad queman los cadáveres de la plaza. El humo se eleva al cielo y el hedor se hace casi insoportable. El vuelo de un pájaro capta su atención y sigue el trazado de su devenir por el cielo vacío de nubes. El calor aprieta. Mira la espada que su mano izquierda sigue enarbolando. ¡Oto!

Salta de la muralla a la que se había subido para observar los acontecimientos y se dirige al soldado que comanda la guarnición.

—*Messire* Beaumarchais me ha dicho que vos sabríais decirme dónde se encuentra Oto de Foix, el hermano de Roger Bernardo de Foix —miente.

Aquel hombre tarda en contestar. En sus pupilas, Martín ve brillar un atisbo de indecisión. Separa sus piernas por si tiene que sacar su espada. Hay un instante en que cree que aquel francés va a mandar prenderlo, que Beaumarchais ha dado órdenes al respecto. Sin embargo, ese instante pasa y el cruzado señala un edificio del interior de la plaza, cercano a la iglesia. Martín camina hacia allí tomándose su tiempo. Conforme avanza, el olor a vómito, heces, orina y muerte se hace más patente. Martín tiene que reprimir sus propias ganas de devolver. Reuniendo todas las fuerzas de que es capaz y respirando lo justo para que sus pulmones no acusen la falta de aire, entra en el edificio. El panorama es desolador. Hombres abandonados a los dislates del destino, murmurando plegarias, clamando ayuda, gritando, suplicando la muerte; resignados, los menos. Su primer impulso es salir corriendo. Nada se le ha perdido allí. Y, si, por una casualidad del destino, Oto se encuentra allí, más le valdría estar muerto. Un hombre vomita cerca de él. Su mirada se desvía al suelo y ojalá no lo hubiera hecho. Aquello que pisa es... No puede reprimir la arcada y él mismo devuelve lo poco que su estómago contiene. Continúa su camino escrutando cada uno de aquellos rostros tan solo un instante y evitando su mirada cuando esta se confunde con la mirada de súplica que recuerda haber visto en los ojos de Mencía, justo en el momento en que la vida la abandonaba. Desea alejarse de allí, pero sus pies lo llevan hacia el final del pasillo. Y entonces ve a Oto. Está pálido y muy quieto. Sus ojos miran al techo sin pestañear. Martín se asoma por encima de él. Le parece atisbar una sonrisa en el rostro del de Foix que se borra en el momento en que cierra sus ojos.

–Cuando me trajeron aquí, siempre supe que, si fallecía, la muerte vendría a recogerme disfrazada con tu rostro.

–Siento decepcionaros, pero no vengo a arrastraros al mundo de los muertos, sino al de los vivos.

–No tengo fuerzas...

Martín coge a Oto, le hace levantarse y lo saca de allí. Nada más poner los pies fuera, varios soldados se revuelven contra ellos con las espadas en alto.

–¡Detente! No te lo puedes llevar. Los enfermos deben estar aislados. Órdenes de *messire* Eustache Beaumarchais.

LÁGRIMAS EN EL DESIERTO

Johana sale a la calle como todos los días. Su rostro sereno esconde tristeza y melancolía, pero no está dispuesta a quedarse en su habitación marchitándose. Inicia su rutina pensando en las cosas que va a hacer, aunque luego realmente no pueda llevarlas a cabo. Y no porque carezca de tiempo, sino porque no está en su mano conseguir las. Sale de casa de sus suegros a la misma hora de todos los días y realiza el mismo recorrido hasta llegar a las tierras donde un día se levantará su casa. Unos pasos más atrás, marcha su doncella. El terreno está despejado y es amplio, pero Ximeno todavía no ha dado las órdenes oportunas para que se inicien los trabajos. Se pregunta si ese momento llegará alguna vez. Suspira sin habérselo propuesto. Una ráfaga de aire acaricia su rostro y con ella llega el recuerdo de Juan Alfonso. Ha tratado de sacárselo de la cabeza, pero su imagen, su voz, su rostro... llegan a ella sin haberlos convocado. Sabe que está mal, pero no puede evitarlo. Sin embargo, ha hecho el firme propósito de olvidar al castellano y de darle una oportunidad a su matrimonio, de entregarse a Ximeno y de hacerlo feliz. Quiere conocer de verdad al hombre con el que se ha casado. Pero parece que él no está dispuesto a concederle esa oportunidad. No lo ha visto desde... Un nudo se instala en la boca de su estómago. Cada vez que lo piensa se siente más y más avergonzada. Ximeno y ella... Cierra los ojos apesadumbrada. No se da cuenta de que ha llegado a su destino. Aquel día, sus pies no se detienen. Lo ha intentado todo, piensa desesperada. Y Ximeno no se aviene a estar a su lado, a compartir su lecho, a dedicarle unas palabras. Los sirvientes han empezado a murmurar. Su suegro la mira con reprensión y su suegra no para de cuestionarle si se encuentra bien. Y ella solo puede callar y caminar, caminar y callar, y, quizá, esperar un milagro. Y, mientras tanto, se sumerge en la rutina y piensa en la manera de cambiar las cosas con Ximeno.

Se detiene y mira al frente. Se encuentra desorientada. Se da cuenta de que el pueblo queda demasiado atrás. Ha andado más de lo que pensaba, más de lo que debiera. De pronto nota una gran agitación dentro y su corazón se acelera. Su hermano ocupa entonces todos sus pensamientos. Es más que una intuición. Algo le dice que Martín está en peligro. Tiene la impresión de que el suelo bajo sus pies se curva. Trata de sostenerse. Grita. La visión se le nubla y cae.

Sus oídos captan una voz. Es la de una mujer que parlotea sin cesar y cuyas palabras salen de su boca sin demasiado sentido.

—¿Cómo ha ocurrido... qué van a pensar los señores... cuando lo sepa el señor Ximeno... se habrá lastimado la señora Johana y ahora cómo la voy a llevar...? ¡Ay, buen Jesús!

La perorata sigue.

—¿Johana? —la voz que la llama ahora es diferente. Una voz de hombre que le habla con cierto desasosiego y preocupación. Siente el roce de sus palabras al lado de su oído. Un susurro de paz en el que se quiere perder para siempre. Un jardín de flores escogidas, un vergel en medio del desierto donde depositar sus lágrimas—. Johana, mi bella flor. Despertad. Despertad y que me miren vuestros dulces ojos. Apiadaos de este pobre mortal cuya alma suspira por vuestros besos. Sed mi ángel una vez más. Despertad, mi bella dama. Despertad y dejadme contemplar el cielo de vuestra mirada.

Abre los ojos. Le cuesta enfocar. Unos iris verdes y dorados la miran de cerca. Vuelve a cerrar los ojos. Su barbilla tiembla y comienza a llorar.

—¿Johana? ¿Os encontráis bien?

¡Ojalá pudiera cerrar los oídos igual que los ojos!, desea. No puede ser verdad. No puede ser verdad, se repite.

—¿La conocéis? —el obispo de Calahorra dirige su pregunta a Juan Alfonso.

—Es Johana Almoravid, la hija de don Fortún, ilustrísima.

Nada más oírlo, don Martín García se arrodilla junto a la muchacha. Se pregunta qué hace la joven tan lejos de su hogar, pero recuerda que la muchacha se ha casado con el sobrino de don Pedro Ximénez de Aibar.

Juan Alfonso le da un poco de agua. Johana bebe sin abrir los ojos. Está avergonzada y confusa. Recuerda haber tenido una premonición sobre su

hermano y, de repente... Se aprieta contra el pecho de Juan Alfonso buscando su contacto y su calor, sabiendo que esa será la última oportunidad que le brinde la vida de estar junto a él.

—¿Sabéis algo de mi hermano? ¿Le ha sucedido algo? —es su primera preocupación—. He sentido como si me llamara y de pronto el suelo ha comenzado a moverse bajo mis pies.

—Tranquilizaos —le dice Juan Alfonso—. Nos encontramos hace unas semanas. Lo dejé en buenas condiciones de salud.

Johana abre los ojos por fin. Tarde o temprano tendrá que enfrentar el hecho de que Juan Alfonso está aquí.

Entre el obispo y don Gómez García de Toledo la ayudan a levantarse.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta el de Haro a la sirvienta que sigue murmurando frases inconexas.

—Iba caminando y de pronto... se ha desplomado.

—Debemos llevarla a su casa —dispone el obispo.

Johana mantiene la mirada fija en el suelo. No está muy segura de si es real lo que está viviendo. Es imposible que Juan Alfonso esté en Aibar.

—Tomad mi caballo, montadla en él y adelantaos —dice el heredero de Cameros—. Yo... os alcanzaré más tarde.

Entre el abad y el obispo suben a una pálida Johana al caballo de Juan Alfonso. El joven se queda quieto mientras ve cómo se alejan de allí. No tiene intención de acercarse a Aibar. No le da miedo enfrentarse a Ximeno, pero no quiere perjudicar a Johana.

—¿Vamos, señor?

Juan Alfonso gira su cabeza hacia la izquierda. No contaba con la sirvienta.

—Aguardaré aquí a que regresen el obispo y el abad. Todavía hay luz y nos queda una larga jornada de camino que podemos aprovechar.

—No es que quiera entrometerme en vuestra vida, señor. ¡Dios me libre! Pero mi amo me matará si sabe que os he dejado marchar sin ofrecer os su hospitalidad a vos y, por supuesto, al obispo y al abad. Además, habéis salvado a mi señora de un buen golpe en la cabeza.

—No ha sido nada.

—Si no la llegáis a coger, se habría golpeado con una de estas rocas y Dios sabe lo que hubiera sido de ella —hay cierto temor en su voz. Si le hubiera pasado algo a Johana, ella habría sido la responsable.

Juan Alfonso mira hacia Aibar. No es propio de él dar esquinazo a los atolladeros de la vida, sino enfrentarse a ellos. Sin embargo, es muy difícil luchar contra su corazón.

—¿Señor?

Caminan en silencio. No están lejos del pueblo. La sirvienta le pregunta si sabe llegar a la casa y él le recuerda que ha estado ya en la morada de los Aibar no hace mucho. La muchacha parece recordar, se excusa y, tras manifestarle su deseo de llegar cuanto antes junto a Johana, se aleja corriendo. Juan Alfonso se orienta enseguida. Aibar es un sitio pequeño. Cuando entra en la casa, don Martín y don Gómez charlan con don Martín Ximénez de Aibar.

—¡Ah! ¡Habéis llegado! Y, al parecer, en un momento muy oportuno —le dice el de Aibar saludándolo.

Juan Alfonso corresponde con una sonrisa.

—Johana se ha acostado. Dice que está bien, pero por si acaso he enviado a uno de los sirvientes en busca del médico. Tal vez tenga una buena noticia que darnos —dice en tono satisfecho, guiñándole un ojo a su hijo que acaba de aparecer por la puerta.

Juan Alfonso se queda quieto. Ximeno pasa a su lado sin quitarle la vista de encima y se coloca cerca de su padre. Los dos jóvenes se retan con la mirada. Hay una cuenta pendiente entre ellos, que ahora flota otra vez en el aire. Antes de que ninguno de los dos pueda decir algo, Martín Ximénez de Aibar hace la invitación que Juan Alfonso esperaba no escuchar. La dirige hacia el obispo, por lo que él nada puede hacer para rechazarla. Y, poco después, se encuentran todos reunidos en torno a una mesa, degustando una buena comida. Entre las bandejas, los asados y las copas de vino, las miradas de Ximeno y de Juan Alfonso se retan como afiladas garras. En cuanto puede, el de Haro se excusa y se levanta. En las cocinas, los sirvientes cuchichean. No es su intención escucharles, pero las palabras llegan a sus oídos sin pretender oírlas. Y hablan de Johana y de Ximeno. Cuando se percatan de su presencia, los cuchicheos cesan y los sirvientes se se dispersan para atender cada uno a sus tareas. Se dirige hacia los establos, para buscar la compañía de su caballo, y allí también escucha cosas que no le gustan. Igual que ha ocurrido en las cocinas, los comentarios se detienen al notar su presencia. Sabe que no hay que dar importancia a las habladurías que corren de boca en boca entre sirvientes, pero lo que ha escuchado no puede sacárselo de la

cabeza. Busca su caballo y se pega a él. Seguramente es el único que puede comprender lo que siente en esos momentos. Y eso es mucho decir.

–¡Persona aviesa y dañina! ¿Qué creéis que estáis haciendo aquí?

–Algo que vos parece que habéis descuidado.

–Os advertí que no quería veros.

–Para mí tampoco es ningún placer. Acompaño al obispo y al abad y no era nuestra intención desviarnos hacia Aibar.

–¡Qué casualidad que os encontrarais con mi esposa!

–¿Hasta cuándo, Ximeno? –el rencor oscurece los ojos claros del de Aibar–. He estado unos instantes en vuestra casa y vuestros sirvientes no han parado de murmurar. ¿Y sabéis qué dicen?

–No me importan sus comentarios.

–Pues deberíais prestarles atención.

–No sabía que ahora os dedicabais a dar crédito a las habladurías.

–Os diré algunas de las cosas que he oído y luego vos dais crédito a las que queráis –Ximeno saca su espada. Juan Alfonso la mira, pero no se amilana ante ella–. Vuestra cocinera dice que no consumasteis el matrimonio la noche de vuestra boda, ni ninguna otra, puesto que las sábanas de vuestra cama han permanecido impolutas desde aquel día, que se lo ha dicho la doncella de Johana. Vuestro panetero piensa que Johana tiene un amante. Vuestro mozo de cuerdas cree que os comportáis de manera diferente desde que trajisteis a vuestra esposa de Calahorra. Decidme, ¿cuál de ellos es mentira?

Ximeno permanece en silencio, con el rostro encendido y su mirada retadora.

–El resto de sirvientes –continúa el de Haro– piensa que Johana se ha desmayado hoy porque está encinta, aunque no se atreven a decir quién puede ser el progenitor. Incluso vuestro padre lo manifiesta en voz alta para acallar los rumores que crecen día a día en su casa. Y vos, en vez de aplacarlos, ¿qué estáis haciendo?

–Todo eso no son más que insensateces que os habéis inventado.

–¿Lo son? Nos conocemos desde hace mucho tiempo, Ximeno. Y sí, maldita sea, siento algo por Johana. Pero es vuestra esposa y juro que no la he mancillado. Aquel beso fue una despedida, algo que nos debíamos. Y si no sois capaz de ver lo que hay en ella, lo desesperada que está por teneros cerca, por haceros feliz... es que no os la merecéis.

Juan Alfonso aparta la punta de la espada con su mano. El de Aibar se acerca mucho a él antes de pronunciarse.

–Tal vez las sábanas de mi esposa no hayan aparecido manchadas porque, después de todo, alguien la tuvo antes que yo. Y, tal vez, mi esposa se haya desmayado porque sea verdad que esté embarazada. ¿Lo está, Juan Alfonso? –le espeta entre dientes.

–¿Qué clase de locura se ha apoderado de vos?

–Marchaos de mis tierras. Y no volváis jamás porque, si lo hacéis, habrá un baño de sangre y os juro que no será la mía la que riegue el suelo de Aibar.

Ximeno permanece largo rato en la puerta de su habitación antes de atreverse a entrar. Por fin lo hace. Johana está en la cama, vuelta hacia el otro lado. Ni siquiera se mueve al escuchar el ruido de la puerta, por lo que el joven piensa que tal vez esté dormida. Sin embargo, al acercarse, descubre que su esposa tiene los ojos abiertos.

Nada más verlo, se sienta en la cama y se atusa los cabellos. Lo observa en silencio mientras se acerca. Un escalofrío le recorre los brazos. Su esposo no ha pisado aquella habitación desde la noche de su boda y en aquel momento le expresó cuánto la odiaba.

–¿Estáis bien? Me han dicho que habéis sufrido un desmayo.

Johana asiente sin fuerzas. Está intranquila por su hermano y la persona a la que menos esperaba ver se encuentra delante de ella.

Ximeno se sienta a su lado y toma su mano izquierda entre las suyas. La llegada de Juan Alfonso ha unido rabia, resentimiento y venganza. Mira a su esposa. ¿Qué mejor desquite que hacerla suya ahora que Juan Alfonso está allí?

Las manos de Ximeno se aprietan y la suya tiembla en el hueco que forman. No se atreve a mirarlo. No se atreve a moverse. Se espera cualquier cosa. Incluso un turbulento manotazo que la tumbe sobre la cama. Hasta anticipa el dolor que seguirá. La mano derecha de Ximeno se separa de la suya. Johana eleva su mirada hasta depositarla sobre los ojos azules claros de su esposo. La mano derecha de Ximeno se acerca despacio a su rostro y lo acaricia trazando líneas que cubren sus pómulos, sus ojos, su frente, su barbilla y su nariz. Son los únicos detalles de sutileza que se permite. Agarra

fuertemente el cuello de su esposa y la atrae hacia él mordiendo sus labios y su boca, buscando urgentemente un lugar en el que refugiarse. Quiere que toda la casa escuche los gritos de su esposa y que taladren los oídos de Juan Alfonso.

–Creo que deberíamos bajar a despedirnos. El obispo comentó ayer que se irían al alba.

La sola idea de enfrentarse a la mirada de Juan Alfonso la aterra.

–Seguramente ya se habrán marchado –comenta Johana desenredando sus piernas de las de su esposo.

–Vamos –insiste Ximeno, dándole un beso en la frente y saliendo de la cama. El de Aibar se siente bien aquella mañana. Y se muestra como un esposo dulce y feliz.

La joven se levanta y arrastra la sábana con ella, cohibida de exhibir su desnudez. Todavía no sabe cómo digerir la extraña sensación de aquella noche en la que se han juntado miedo, placer y dolor. Ximeno sonríe ante el gesto. Al dejar la cama al descubierto, una mancha roja brilla a sus ojos. Los sirvientes tendrán algo de lo que murmurar aquella mañana. Se acerca a su esposa por detrás y la besa en el cuello.

–Vestíos, esposa mía.

Los invitados están a punto de despedirse cuando los esposos llegan. Juan Alfonso se traga su orgullo cuando Ximeno se presenta ante él exhibiendo a Johana como un trofeo de caza que acabara de cobrarse. Y tiene que sujetar sus manos cuando el de Aibar le susurra un gracias en el momento de la despedida. El de Haro guarda las formas, pero en lo más hondo de su corazón siente la más absoluta de las derrotas.

Cuando se monta en su caballo, solo un pensamiento lo acompaña y ese es el deseo de clavar su espada en el vientre de Ximeno y hacer que la punta salga por su espalda. Poco antes de doblar la esquina, gira su cabeza. Ximeno y Johana están entrando en la casa. Si esperaba encontrarse con la mirada de su amada, es un sueño fútil. Ni siquiera eso le ha concedido su ejecutor. Pero Johana se las arregla para girarse y ser ella la que cierre la puerta. Un instante de felicidad sostenido en el frágil balanceo de dos miradas. «Después de todo, en quien piensa Johana cuando está con Ximeno, es en mí. ¡Adiós,

dama de primavera!»), murmura.

CAMINANDO HACIA LA MUERTE

Martín saca su espada y se coloca delante de Oto. Hay cinco soldados preparados para hacerles frente. El joven navarro se pregunta cuántos de los doscientos caballeros y cinco mil infantes que han dejado de retén en Gerona estarán dispuestos a unirse a ellos.

–Martín, déjame aquí y márchate. No merece la pena morir por mí...

–¡Callaos! Necesito pensar.

El imperativo deja a Oto sin palabras. Martín sostiene la espada del de Foix en su mano izquierda. «Pensaba que no ibas a meterte en más líos, Mano y Media». «Pues os equivocabais. La vida es muy aburrida sin retos. Vos siempre me lo recordabais», piensa con cierta sorna. Martín sujeta a Oto por la muñeca y se arranca hacia su derecha. Cualquier movimiento hubiera sido una temeridad y ese lo es, también. Pronto se da cuenta de la debilidad de su compañero. Eso va a ser un punto en su contra.

–Corred hacia la iglesia y esperadme en la cara oeste. ¡Hacedlo, por el amor de Dios! –le exige Martín, mientras comienza a repartir mandobles.

Oto trata de sacar todas las fuerzas que tiene, pero son insuficientes. Pocos pasos después, dos guardias le interceptan el paso. Está asfixiado, le queman los pulmones y una debilidad extrema se esparce por cada rincón de su cuerpo. Afortunadamente, estar enfermo le sirve también de escudo. Ninguno de los soldados quiere acercarse.

De reojo, Oto observa a Martín. Se defiende gallardo. Admira su maestría, pero se pregunta si será suficiente.

–Moveos, Oto. Hacia la iglesia –le grita en romance navarro, tratando que los franceses no comprendan sus intenciones.

Oto lo intenta. Si al menos tuviera una espada para intimidarles... Sigue corriendo. Martín surge de repente y se coloca a su lado. Vuelve a asir su brazo y tira de él. El navarro grita y Oto tiene la sensación de que todo ocurre

a su alrededor como si estuviera soñando. Y se pregunta si no estará sufriendo una pesadilla. Sin embargo, nota el calor que traspasa el guante de Martín y es consciente de cada uno de sus movimientos. Martín chilla, reparte órdenes, cruza su espada y empuja a Oto. Alcanzan la pared oeste de la iglesia. Los soldados parecen rendirse. Instante que Martín aprovecha para escalar por la muralla en ruinas. Poco dura la tregua. Decenas de flechas comienzan a caer a su alrededor.

—¡Oto! —grita. El zumbido es cada vez más constante y cercano. El de Foix está verdaderamente asustado. Quiere gritar. Desea decirle a Martín que se olvide de él, que se marche solo, pero su fatiga le impide incluso hablar.

Llegan a lo alto y Martín estira del brazo de su compañero. Saltan al otro lado de la muralla. Sin soltar a Oto, el joven navarro se dirige hacia el río. Se meten en él. La continua sequía ha menguado el caudal. Martín envaina su espada, agarra a Oto por la cintura y le hace pasar su brazo sobre su hombro.

—¡Corred!

Él lo intenta, pero sus pies apenas tocan el suelo. Martín corre por los dos. Oto no sabría decir cuánto tiempo llevan corriendo por el río con las flechas cayendo sobre ellos, hasta que el agua les llega a la cintura y se dejan arrastrar por la corriente. El joven Almoravid permanece alerta hasta que los gritos y las flechas desaparecen. Poco a poco se acerca a la orilla. Con mucho esfuerzo sale y arrastra con él a Oto. Se sientan en el suelo, empapados, agotados, pero ninguno de los dos puede dejar de reírse. Cuando se recuperan un poco, se levantan y se alejan del agua.

—Descansemos —propone Martín.

Oto no se hace de rogar. Se sienta con la espalda apoyada en un tronco. Mientras, el joven navarro busca leña y enciende un fuego.

—Quitaos la ropa.

A Oto le pueden el sueño y el cansancio. Su rostro brilla febril. Sonríe débilmente. A Martín le parece que murmura algo.

—¿Qué? —pregunta.

—Nada.

—Os ayudaré —le dice.

Martín dispone unos palos, despliega la ropa y la coloca cerca de la hoguera. Hace calor, por lo que cree que no habrá problemas para que se seque pronto. El joven se ausenta después, en busca de algo para comer. No encuentra nada, así que se dedica a preparar unas trampas.

–Eres mañoso. Y paciente.

–Mi tío me enseñó a ejercitar la paciencia.

–Debe de ser una gran persona, tu tío –Oto habla despacio. En su rostro y en su voz se aprecian los rastros de la enfermedad.

–No se lo digáis a Beaumarchais.

El joven de Foix parece reflexionar.

–Veo que, aunque me asegurasteis que mi tío era una leyenda, no lo conocíais

–No lo tomes a mal. Yo solo... –Oto detiene su discurso. Martín no sabe si lo hace porque está cansado o porque no puede hablar de eso con él.

–Vos solo hicisteis vuestro trabajo. Beaumarchais os pidió que me vigilarais y me sonsacarais información.

–¿Enfadado?

Martín se encoge de hombros. Hay una pausa incómoda.

–Así que lo que hay entre tú y *messire* Eustache es algo personal – concluye por fin Oto.

–Podéis considerarlo así. Voy a colocar las trampas. Vuelvo enseguida. No os mováis de aquí.

–Creo que me será fácil acatar esa orden –bromea–. No llegaría muy lejos, te lo aseguro.

Martín se levanta. Viste solo sus calzas. Lleva el pecho al descubierto y en su brazo se nota la herida reciente de la flecha. Oto lo sigue con la mirada hasta que desaparece entre los árboles.

Cuando el navarro regresa, Oto está adormilado. Le parece sumamente vulnerable. Tal vez ha sido imprudente al sacarlo de Gerona, pero allí estaba condenado a morir. Alimenta el fuego y se sienta cerca del de Foix. Comprueba su respiración. Es tranquila. Estira su brazo derecho. Desde lo de la flecha lo nota un poco anquilosado. Tiene que moverlo aunque le duela. Se levanta y masajea la zona. Luego comienza a hacer círculos. Trata de concentrarse en el movimiento para olvidar el dolor. Pero sus ojos van hacia la pulsera de su muñeca. La ausencia de Mencía es un dolor que ninguna fríega o movimiento mitigará jamás. Se sienta de nuevo, tratando de evocar aquel rostro y aquella sonrisa que le hicieron tan feliz. «Fue injusto. Fue totalmente injusto. Tenía que haberlo matado –se dice–, tenía que haber matado al padre de Mencía igual que él hizo con su hija». Oto se revuelve a su lado. Tal vez sueña o tiene una pesadilla. Pero no se atreve a despertarlo

ahora que lleva un rato sin vomitar. Mira alrededor. En él recae la responsabilidad de tomar decisiones. Despliega el mapa. El agua lo ha perjudicado un poco, pero aún sirve. Y prácticamente se lo sabe de memoria. «Y ahora, ¿qué vas a hacer, Mano y Media?». Martín se lo piensa. «Ahora, a casa». «¿Crees que Oto estará de acuerdo?». «Oto hará lo que yo diga. Ya habrá tiempo de volver a Foix». «Lo hará, sí, pero por motivos diferentes a los tuyos, motivos que tú no pareces querer ver». «No sé de qué me habláis». «Ahora que ya no puedes contar con Beaumarchais, piensas que Oto te servirá». «Estoy intentando encontrar una salida, García».

Martín se centra en el mapa con el propósito de trazar su rumbo. Lleva largo rato centrado en él. El fuego se refleja en sus ojos oscuros.

—¿Qué te preocupa?

Martín gira la cabeza y se encuentra con la mirada azul de Oto.

—Vi al ejército cruzado abandonar Gerona. Marchan hacia el norte. No tiene sentido.

Martín entrecierra los ojos y mantiene sus pupilas clavadas en las de su compañero. Este parece disfrutar del momento.

—Lo único que sé es que Felipe III dio la orden de retirarse al Ampurdán.

—¿Y no sabréis cuál es el motivo?

—¿Importa eso mucho? Son órdenes. Él sabrá por qué lo ha dicho.

Martín se toma su tiempo.

—¿Es posible que vuestros oídos hayan escuchado algo más? Os lo pregunto porque nos ayudaría mucho saberlo para nuestro próximo movimiento.

—Poco después de caer Gerona, el rey recibió una noticia que lo dejó turbado. Y luego tomó esa decisión.

—¿Qué noticia?

—Todo parecía irnos bien hasta que a finales de agosto recibimos nuestra primera derrota en el mar. Las fuerzas de Pedro III resistían como podían con once galeras al frente de las cuales estaban Ramón Marquet y Berenguer Mallol. Nuestros marineros se enfrentaron a ellos en las islas Formigues. Tenía que haber sido una victoria para nosotros, pero apareció el almirante Roger de Lauria. El rey Pedro III lo había hecho llamar desde Sicilia. Su llegada ha sido la peor de las noticias. El 3 de septiembre nos derrotaron por tercera vez, frente a las costas de Cadaqués.

—¿Vencidos?

«No sé por qué te extrañas. Estás hablando de un almogávar». «Que estaba muy lejos de aquí». «¿Acaso nunca escuchas a tu madre y todas las historias de los almogávares que cuenta?». «Era a mis hermanos mayores a quienes pretendía atemorizar con esas historias». «Y lo conseguía». «Por supuesto que no». «En cualquier caso, tenías que haberlo previsto». «¿Acaso lo previsteis vos?». «¿Sabes qué ha venido diciendo mientras marchaba a todo trapo sobre las olas?». «Déjadme adivinar. ¿*Dispierta fierro*²¹?». «Supongo que eso también. Lo que decía era: “No sólo no pienso que galera u otro bajel intente navegar por el mar sin salvoconducto del rey de Aragón, ni tampoco galera o leño, sino que no creo que pez alguno intente alzarse sobre el mar si no lleva un escudo con la enseña del rey de Aragón en la cola, para mostrar el salvoconducto del rey aragonés”²²».

–Mucho me temo que sí.

–¡No hay suministros! –dice en un susurro.

–Parece que te ha afectado mucho la noticia. Si llego a saber, no te digo nada.

Martín apenas hace caso de las últimas palabras. Esta revelación lo cambia todo. Instintivamente mira hacia el sur. Viajar hacia allí puede significar caer en medio de las tropas aragonesas. Y el norte tampoco constituye ninguna garantía. Está perdido. Necesita pensar.

–Oto. Si hubiera sabido antes lo de la derrota naval... No sé. Tal vez hice mal en sacaros de Gerona.

–Ya es tarde para lamentaciones, Martín. Hiciste lo que te pareció más conveniente. Y yo te seguí. Tal vez ahora quieras descansar un poco. Se ve que lo necesitas.

El joven Almoravid deja que su mirada se pierda en la distancia. No tiene miedo, pero se da cuenta de que carga con un sentimiento de impotencia y desasosiego. Sabe que desde que dejó Calahorra no controla nada de lo que ocurre en su vida. «García, ¿es verdad?». «¿Verdad? ¿Qué?». «Lo que contó mi padre sobre vuestra muerte». «Te aseguro que fue bastante suave en sus descripciones». Martín traga saliva con dificultad. Se le pone la piel de gallina.

No pensaba quedarse dormido, pero la excitación da paso al abatimiento y el cansancio puede más. Sin embargo, traslada sus preocupaciones a sus

sueños. Y en ellos se mezclan los acontecimientos de los últimos días con todos sus miedos. Cuando lo despierta Oto para hacer el relevo, tiene su camisa empapada en sudor. No sabe si se debe al calor, a su desasosiego o a haberse contagiado de la disentería. Se sienta y apoya su cabeza en el árbol. Centra su vista en las llamas. Aparte del crepitar del fuego, no se escucha ningún sonido que le haga temer un imprevisto inoportuno. Pero su cabeza permanece alerta, como le enseñó García. Roger de Lauria, Beaumarchais, Felipe III, el delfín, Roger Bernardo de Foix... Algo nervioso, busca el contacto en la pulsera que le regaló Mencía. La dulce y bella Mencía.

—¿Una prenda de amor?

Amanece lentamente y suaves haces de luz se desparraman entre los árboles. ¿Por qué Oto tiene que ser tan intuitivo?

—¿Cómo se llama? —Martín aprecia un tono de inquietud en la pregunta.

—Se llamaba Mencía.

—¿Llamaba?

—Murió.

—Lo siento. De veras. ¿Puedo preguntarte qué paso?

Martín gira su cabeza y se encuentra con la mirada azul y limpia de Oto.

—La asesinó su padre. De un hachazo que acertó entre su hombro y su cuello —dice señalando con su mano en su propio cuerpo el lugar donde cayó el arma—. Yo estaba delante. No llegué a tiempo. Solo pude sostenerla entre los brazos mientras se desangraba.

La mirada oscura de Martín se pierde en el tiempo. Se encuentra de nuevo en Bagibel, en la cabaña de Mencía y de su hermana. Vuelve a oler a leche y a queso. Duele. Oto no se atreve a interrumpir aquel momento. Solo desliza su mano sobre la de Martín y acaricia la fina cuerda trenzada por la muchacha que fue el amor de su compañero. El navarro parpadea varias veces y su vista regresa al presente.

—Debemos movernos. Mi primera opción era llevaros a mi casa, esperar allí a que os recuperarais y los acontecimientos cambiaran y viajar después a Foix. Pero lo que me revelasteis anoche lo cambia todo. Los aragoneses caerán en esta zona dispuestos a reconquistar cada trozo de tierra con todas sus fuerzas. De ahí el repliegue de vuestro rey. Creo que estaremos más seguros al amparo del ejército cruzado. Esa es mi opinión, aunque me gustaría también escuchar la vuestra.

—Estoy enfermo, Martín. Aunque agradezco tu gesto, solo soy una carga.

–¿Queréis dejar de decir eso?

La intensidad de su voz le hace callarse de golpe.

–Lo siento. No pretendía gritarte –se disculpa el navarro.

«Si tuviera a Saiatua. Si tuviera mi espada...». «Pero no tienes nada de eso. Mira a ver si ha caído algo en tus trampas, busca agua, comed algo y largaos de aquí, Mano y Media».

Tras dos días de camino, Martín comprende que deben detenerse. Aunque sabe su objetivo próximo –la noche anterior ha visto los fuegos de los cruzados desde su refugio–, Oto se encuentra muy débil. Sin embargo, es plenamente consciente de su peligrosa situación, pues a sus espaldas también se vieron las hogueras de las tropas del rey Pedro III. Martín se pasa su mano enguantada por sus cabellos negros para apartárselos de la cara. Sus manos sudan dentro de sus guantes, pero fiel a su costumbre, permanece con ellos puestos. Oto está tumbado en el suelo. Se le ve delgado y pálido. Sus huesos están cubiertos por una fina capa de carne. Y lo que más preocupa a Martín es que su estómago apenas retiene la comida, ni la bebida. Se encuentra al borde de la extenuación. La situación se complica día a día. En sus trampas ya no caen animales. El agua escasea. Solo cabe esperar un milagro, aunque se conformaría con un pequeño cambio en su suerte: una ligera mejoría en la salud de Oto, toparse con un río, encontrar su caballo, que apareciera alguien que le diera un buen consejo... Se sienta al lado de su compañero.

–Deberías dejarme aquí y buscar refugio en algún sitio.

Martín no contesta. Oto le repite aquello a diario y empieza a estar cansado de oírlo. Mira a lo lejos y luego cierra los ojos. En su zurrón, improvisado con ramas y las cuerdas de su camisa, queda una última ración de carne. «¿Para Oto o para mí? Si me la tomo yo, Oto seguramente morirá. Si se la guardo a él, lo más probable es que la vomite y moriremos los dos». «La elección parece obvia, Mano y Media». «Sí, parece clara».

La respiración de Oto es entrecortada. ¿Qué va a hacer? Se siente responsable.

–Martín, quiero decirte algo.

–¿Dónde os criasteis? –le interrumpe el joven, temiendo que otra vez comience el de Foix con la cantinela de que lo abandone a su suerte.

Oto lo mira con ojos entornados.

–En el castillo de Foix. ¿Lo conoces?

Martín niega despacio.

–Enhiesto se exhibe en la cima de una escarpada montaña. Inexpugnable – le asegura–. Estoy convencido de que te gustaría el lugar. Al pie de la montaña hay una fuente de aguas claras y frescas.

–¿Os gustaría beber de esa agua?

No hace falta escuchar su contestación. Su rostro lo dice todo.

–Tengo un poco de esa agua aquí. ¿La queréis probar?

El de Foix entorna los ojos. Martín se acerca a él con la escasa agua que les queda. Gota a gota la vierte en la boca de su compañero. Cuando concluye su tarea, se prepara. Pronto vendrá el retortijón, la náusea y el vómito. Pasan unos instantes y el cuerpo de Oto permanece relajado. Martín se asusta.

–¿Oto? ¡Oto!

El aludido abre su ojo derecho y sonrío fugazmente.

–¿Estáis bien?

–No lo sé. ¿Me he muerto?

–No, que yo sepa. A no ser que yo esté muerto también.

–Me pareces muy vivo.

–Tal vez esta noche queráis probar un poco de carne.

–Te lo diré a la noche.

Oto duerme casi todo el día. Martín permanece gran parte de ese tiempo a su lado, pero aprovecha algunos instantes para explorar los alrededores. No se atreve a hacer fuego para no delatar su posición. Encuentra un huevo solitario en un nido y se lo come. No hay nada más, a excepción de aquel trozo de carne que ha decidido reservar para Oto. Si ha retenido el agua...

Un nuevo amanecer se anuncia por el horizonte. Martín se despierta con la sensación de haber sufrido una pérdida. Y entonces recuerda el paseo que, en sueños, se ha dado por otro bosque, por otro reino, de la mano de Mencía. Y pesa, y mucho, el beso que no han llegado a darse, y la caricia que ha roto el sol al despertarlo, pero que todavía quema en su mejilla. Se incorpora y choca contra algo. Al elevar la vista, no puede creerlo. Saiatua se encuentra a su lado. Su suerte parece haber cambiado.

Con Saiatua cerca, Martín se anima. Despierta a Oto y le hace montar en él. Si caminan lo suficientemente deprisa, piensa mientras toma las riendas,

aquel mismo día pueden alcanzar al ejército cruzado. Avanzan con rapidez. La marcha se hace amena. Los dos parecen de buen humor. Oto sigue débil, pero ha comido la carne y lleva casi un día sin vomitar. Todo va a ir bien.

Tal y como ha previsto, alcanzan al ejército francés poco antes del anochecer, próximo a una localidad llamada Besalu. Los dos piensan que sus pesadillas han terminado, aunque no sea así.

–Será mejor que me dejes hablar a mí –dice Oto.

Tras identificar a Oto, los dos jóvenes son bien recibidos. Sin excesivo entusiasmo –constituyen dos bocas más que alimentar–, pero con cierto interés –son dos combatientes extra–. Se integran entre los soldados que marchan en retaguardia y aquel día duermen al raso también, pero amparados por la protección de otros soldados.

A la mañana siguiente se levantan temprano. Oto tiene hambre y eso es buena señal, pero Martín le advierte de que coma despacio y poca cantidad.

–Nos turnaremos con el caballo –propone Oto.

–Vos primero –acepta Martín.

Es la primera vez desde su rescate que Oto toma la iniciativa y no habla para decir que lo deje atrás. Con buen ánimo, avanzan hasta el campamento principal donde se encuentran el hermano de Oto y el rey. Lo alcanzan a media mañana, detenidos frente a las puertas de Besalu. Dentro, encerrado a cal y canto, Asbert de Mediona se muestra dispuesto a defender la plaza. «Otro asedio», piensa algo molesto Martín. «Eso significa que Felipe todavía no se ha dado por vencido, Mano y Media. Por algo le apodan *le Hardi*²³».

El asedio a Besalu les entretiene algún día y la estrategia no les sale bien a los cruzados. Asbert demuestra ser un defensor hábil. Tras varios días de espera, el de Mediona acepta recibir a trece caballeros. Cuando los trece alcanzan el interior, los defensores caen sobre ellos sin piedad e, inmediatamente, todas las fuerzas defensoras salen al exterior y se enfrentan al ejército francés, que se muestra débil y falto de reacción.

A Martín, el ataque lo sorprende solo a medias. Desde pequeño, su tío le ha enseñado a permanecer siempre alerta, a estar atento a los animales, a observar los detalles, a oler el viento. Y Saiatua se ha mostrado nervioso toda la mañana. Cuando las puertas de la ciudad se abren y comienzan a entrar los trece elegidos, el caballo no hace sino patear y cabecear y eso lo pone alerta.

Y cuando el último caballero desaparece tras el umbral de Besalu, algo se transmite a través del aire que le hace quedarse inmóvil. Con cierta calma, desenvaina su espada. Sin embargo, no tiene tiempo de advertir a Oto, porque el enemigo se les viene encima sin apenas tiempo para reaccionar.

—¡Oto! —grita cuando los defensores se abren hueco a golpe de espada entre los sorprendidos sitiadores y la sangre empapa ya la tierra reseca—. ¡Montad!

El joven de Foix sube en Saiatua. El animal se ha acostumbrado a él y no se le hace extraño. Martín siente la presión del enemigo, que se ha echado encima y ha alcanzado su posición. El joven navarro espera órdenes espada en mano, pero estas no llegan. A diferencia de otras veces, el ejército se muestra vulnerable. Sin nadie al mando, todo se vuelve caos. El enemigo resulta ser más numeroso de lo que una población de pequeñas dimensiones parecía capaz de albergar.

—¡Por aquí! —le grita Oto, tratando de hacerse entender por encima del griterío.

La avalancha de soldados los separa. Martín resiste pie a tierra sin retroceder un ápice. El joven navarro se bate con valentía y arrojo, como es propio de su carácter. Sus compañeros caen uno a uno a su alrededor. Cada vez está más solo, más aislado, pero en su ciega pelea no se percató de ese hecho. Seguirá en el campo de batalla mientras la muerte o sus superiores no lo reclamen. A su derecha, un soldado recibe un corte mortal en el cuello. El herido se tambalea unos instantes y cae sobre él. Martín siente el peso de su muerte. Grita, mientras se lo quita de encima. Se agacha para evitar un lance que busca su cabeza. Sus brazos se mueven con rapidez. Y, justo entonces, se da cuenta de que ya no queda ningún compañero al que arrimarse para hacerse fuerte. Mencía, Fortún, Johana, Teresa, Juan Alfonso... sus rostros pasan como un fugaz relámpago por su mente. «*Su eta gar*». Busca con la mirada, pero solo ve enemigos. En ese momento, puede tocar la punta de al menos seis espadas dirigidas hacia él. Un ligero temblor lo invade al preguntarse cuál de ellas será la que robe su vida. Eleva su hierro una vez más. El sudor le recorre la cara. El almófar se hace pesado. Jadea. El dolor reaparece en su brazo derecho. Pero no se rinde. Morirá de pie. El soldado de su derecha eleva su arma. Por contagio, el resto lo hace también. Martín, con el corazón palpitando en su garganta, grita y aprieta la empuñadura de su espada. No tiene escapatoria. ¿A qué esperan? De repente, a sus espaldas, se

abre un hueco por el que surge un caballo.

–¡Monta!

Martín agarra el brazo de Oto y sube a la grupa de Saiatua en el último instante. La espada de un adversario resbala por su pierna, rasga la calza y hiere la carne de su gemelo. Martín mira atrás. Siente vergüenza de su repliegue, de su huida, pero sabe que estaría muerto si Oto no llega a aparecer. De no ser por él, todavía seguiría a los pies de Besalu y habría dejado de respirar. Saiatua se esfuerza por alejarlos de la batalla. Siguen a otros muchos soldados que han emprendido la fuga, aunque Oto parece saber adónde dirigirse. Busca al rey.

Todo lo que envuelve a Martín le parece irreal. Acaba de vivir algo que días atrás era impensable. El ejército cruzado está herido de muerte. La retirada es un caos que no presagia nada bueno. Las fuerzas están mermadas por la disentería y el calor. Y el enemigo parece no estar dispuesto a ser clemente. ¿Cómo es posible que la situación haya cambiado tanto desde la victoria de Figueras? Siguen las huellas marcadas a tormento por los soldados que se alejan, añadiendo a ellas su propia angustia.

Tras el desastre de Besalu, las fuerzas cruzadas se dispersan. Unos hombres se dirigen hacia La Massana y pasan a Francia por el mismo sitio por el que entraron, dejando lejos a las fuerzas de Pedro III. Otros corren hacia Agullana y encuentran paso franco por Le Perthus. El resto, entre los que se encuentran Martín, Oto y el propio rey Felipe III, se quedan rezagados.

Con Oto a las riendas de Saiatua, los dos jóvenes cabalgan con los hombres de Roger Bernardo de Foix. Se mueven lo más deprisa que pueden para arribar a tierras francesas. El enemigo se deja ver todos los días. Sin tregua, los hostigan con pequeñas escaramuzas que los van mermando. En las orillas de los caminos se quedan los heridos, los enfermos y los muertos. Poco a poco, el enemigo se hace fuerte. Y este ataca no solo desde el exterior; sino también desde el interior, puesto que hay un enemigo mucho más peligroso que desangra a los cruzados desde dentro. Afortunadamente, Oto se encuentra mejor, pero las condiciones en las que marchan les obligan a ser prudentes.

–Y ahora, ¿qué? –le pregunta Oto aquella mañana, mientras aguardan la

hora de partir. El joven de Foix muestra una absoluta admiración por Martín.

El navarro otea el horizonte. Grandes nubarrones van engordando sus panzas grises y el aire empuja la humedad hacia los caminantes.

—Están tan cerca que me pregunto por qué no atacan ya.

Mira a Oto con sus ojos oscuros como pozos, en actitud pensativa. Su compañero no contesta. Bien sabe que Martín no ha hecho la pregunta para eso.

—Y aún más, Oto —sigue Martín reflexivo—, me pregunto por qué no atacamos nosotros.

El de Foix se encoge de hombros. Es una mañana extraña.

—¿Cuánto calculas que falta? —pregunta Oto, quien se ha dado cuenta de la valía de su compañero.

—No mucho.

—¿Crees que lo conseguiremos?

Martín mira al cielo antes de responder.

—Todo es posible.

—He traído algo de comer y toda el agua que he encontrado.

—¿Cómo está vuestro estómago?

—Bastante bien —le asegura. Ha observado la actitud de Martín y ha aprendido que este no pierde su tiempo en lamentaciones cuando surgen contrariedades. No se quejó cuando lo conoció encarcelado, ni cuando habían avanzado sin provisiones ni agua, ni cuando lo habían herido en la pierna.

—Me alegro.

Oto lleva muchos días comiendo poca cantidad. Dice que el estómago se le llena enseguida y eso le preocupa a Martín. Se ha quedado muy débil y la huida contrarreloj no ayuda a su recuperación. Pero le gusta su actitud optimista. Tal vez no tenga que preocuparse tanto por él a partir de ahora.

—¿Eliges tú el sitio para sentarnos a comer?

Martín mira alrededor. Cualquier espacio puede ser igual de bueno o igual de malo. Los enemigos los rodean. Tiene la sensación de que sus respiraciones y su odio les llegan con el viento que se está levantando.

—¿Puedo preguntarte algo? —le cuestiona Oto cuando se sientan—. ¿Por qué viniste a combatir con nosotros desde Navarra?

—No vine a combatir, Oto.

—Entonces, ¿cómo acabaste formando parte del ejército cruzado?

—Es una larga historia. Una larga y aburrida historia.

–Me gustaría oírla.

–¿Por qué vinisteis vos? –se apresura a preguntar Martín que no desea hablar sobre ello.

–Te lo diré si tú compartes esa historia conmigo.

Martín se siente incómodo y se levanta. Oto se pone en pie también.

–Es una historia aburrida –repite.

–Eres oscuro como tus ojos –murmura Oto–, pero brillas tan intensamente como ellos.

–¿Se puede saber qué sandeces estáis diciendo?

Oto se queda silencioso unos instantes, pero no aparta su mirada de los ojos de su interlocutor. Martín, molesto, se aleja unos pasos.

–Mi hermano me obligó a venir –confiesa Oto. Martín se detiene y escucha–. Me dijo que prefería que muriera en esta guerra a escuchar hablar de la cobardía de su hermano bastardo en cada rincón de Foix. Creo que todavía está sorprendido de que siga con vida.

El navarro desenvaina la espada de Oto que lleva a su cintura y se la entrega a su dueño de un modo brusco.

–Demostradle que está equivocado.

Y, diciendo esto, Martín se aparta de Oto y del grueso del ejército. En su lento paseo, advierte cómo el enemigo comienza a atenazarlos. «Estoy en un buen lío, tío». «Y habéis regalado vuestra espada, Mano y Media. Eso es lo último que debe hacer un caballero cuando se aproxima la batalla y el enemigo lo está rodeando». «En cualquier caso, no era mía». «No me hagas reír, sobrino».

–¡Martín!

Se gira. Oto está a dos pasos de él. Antes de hablarle, el joven de Foix parece medir sus palabras.

–Mi hermano me ha conseguido otra espada. Me gustaría que tú conservaras la mía.

–Aprecio vuestro gesto –dice Martín algo más calmado.

Oto se acerca con una sonrisa y le devuelve la espada con el escudo de Foix.

–Hace un rato, has preguntado por qué no atacamos, ¿cierto?

Martín asiente.

–No soy muy ducho en cuestiones de armas, pero creo saber la respuesta.

El joven Almoravid lo mira con curiosidad, animándolo a continuar.

—Mi hermano hablaba de ello con *messire* Enguerrand de Marigny y *messire* Hugues de Bouville cuando me he acercado a verlo —hace una pausa antes de proseguir y baja el tono de su elocución—. El rey está enfermo.

—¿Cómo de enfermo?

—No sabría decirlos el alcance de su enfermedad.

—¿Disentería?

Oto se encoge de hombros. No tienen tiempo de más charla. El ejército se pone en marcha justo en el momento en que el cielo comienza a descargar una tremenda tromba de agua.

La lluvia cala sus ropajes. El incesante aguacero estorba la visión y entorpece el avance. Los caminos pronto se enfangan y las caballerías tienen serios problemas para seguir adelante. El ruido ensordecedor del agua hace que todos marchen en silencio. Es el último día de septiembre del año 1285. Se dirigen hacia el collado de las Panizas, al paso de Le Perthus. Y a cada paso que dan, Martín se pregunta cómo será la orografía de aquel lugar. Y un sexto sentido le dice una y otra vez que no deben seguir avanzando. Mira alrededor, desesperado. Tiene la sensación de que el enemigo ya ha tomado posiciones y de que los esperan escondidos. «García, guíadme», piensa mientras cierra los ojos y el agua moja su rostro y sus cabellos. «Sigue avanzando. No te rezagues».

—¿Qué ocurre, Martín?

—No os separéis de mí. Atacarán en cuanto amaine.

—¿Atacar? ¿Estás seguro?

Martín asiente con la cabeza.

—Estad alerta.

En cuanto el chaparrón se hace menos intenso y se convierte en una fina lluvia, el primer grito de guerra rasga el aire. Oto mira a Martín y lo imita cuando este desenfunda su espada. Oto cabalga sobre Saiatua y Martín marcha a pie. El enemigo se deja ver enseguida a su derecha y luego a su izquierda. Los rostros pintados en colores negros y rojos de los almogávares juegan a esconderse y aparecer. En un instante, la batalla se desata. Y ellos, los almogávares, son los primeros en cargar con su característico grito: «¡Dispierta fierro! ¡Matem, Matem! ¡San Jorge y Aragón!». Son fácilmente identificables por sus cinturones y sus abarcas de cuero, sus azconas, sus

*coltell*²⁴ y sus escudos redondos. El nerviosismo se apodera de Oto. No dice nada, pero su mirada trasluce la necesidad de que alguien le diga qué debe hacer. En la mente del joven Almoravid se mezclan por un momento las imágenes de la batalla del bosque con las que están ocurriendo en el collado de las Panizas. Le parece increíble cómo las sensaciones se repiten. Sin embargo, en el bosque, Juan Núñez de Lara estuvo a su lado y ahora no estaba bajo las órdenes directas de nadie. Despacha de un tajo al primer enemigo que se le acerca, pero inmediatamente otro ocupa su lugar. El barro atenaza sus piernas y el frío dejado por la lluvia en sus ropas empapadas hace que sus músculos se muestren torpes. Sin embargo, sus sentidos se empiezan a agudizar conforme la refriega se prolonga. Mientras, Oto despacha espadazos desde el caballo, más con miedo que atino, pero sigue en pie. Suerte que Saiatua es un caballo que no se arredra. Un caballero francés cae cerca de Martín. Su cabalgadura queda suelta. No se lo piensa dos veces y salta sobre ella. Gira la cabeza para asegurarse de que Oto anda cerca y le silba.

—¡Vamos!

—¿Adónde?

—Hay que proteger al rey. Tened cuidado con las flechas.

Avanzan soltando golpes a diestro y siniestro, abordando al enemigo, esquivando flechas y conjurando a la suerte para que no los abandone. Martín abre camino y se mueve como si estuviera hecho para la batalla. Un poco más adelante distingue los emblemas de Enguerrand de Marigny, de Foix y del rey. El navarro dirige su mirada a Oto una última vez. Este no sabe interpretar muy bien su significado. ¿Este es vuestro momento? ¿Enseñadle a vuestro hermano de lo que sois capaz? ¿Me despido de vos? El de Foix ve a Martín saltar de su caballo y ponerse en la vanguardia, codo con codo con aquellos que tratan de abrir camino.

No tiene ni idea desde cuándo lleva cruzando su espada. No ha tenido tiempo para pensar, solo para repetir sus movimientos una y otra vez y estar atento a lo que acontece a su alrededor. Pero en aquel momento comienza a sentir que un tremendo cansancio lo arrastra. Los gritos continúan, pero sabe que cada vez son menos los cruzados que siguen en pie. Busca al rey, que resiste montado sobre su caballo, protegido por varios hombres. El círculo se

estrecha sobre ellos. Martín se acerca. Cada uno de esos caballeros hace frente a más de tres enemigos a la vez. Justo cuando llega, cruza su espada sobre uno de ellos. Eso evita que el arma enemiga caiga sobre el hombro del más joven de ellos. Inclina su cuerpo hacia la derecha y esgrime su espada con fuerza, provocando un tajo en la pierna del enemigo, que cae al suelo al no poder sostenerse. El joven al que ha protegido y Martín se miran durante un instante. El navarro reconoce aquella mirada fría y directa que nunca se cierra. Una sombra le hace reaccionar y pierde el contacto de aquellos ojos. Empuja al delfín lo suficiente como para ocupar su lugar y ocuparse del enemigo que trataba de herir al rey de Navarra. Y así continúa durante un tiempo que le parece una eternidad. Moviendo sus brazos, atascado por el fango, buscando aire que entre en sus pulmones y mirando a un enemigo que parece multiplicarse como las gotas de agua que los han martirizado durante el avance de aquella jornada. Martín trata de ver el cielo sobre su cabeza. Tal vez lo único que pueda salvarles sea la lluvia. El cielo sigue gris y plomizo. Su avance es lento. Apenas ganan terreno en aquel collado. Martín siente una gota correr sobre su rostro, pero no acierta a discernir si se trata de sudor o de lluvia. O, tal vez, de sangre. Debe de ser lluvia, porque a esa siguen otras. Y luego el cielo se abre de nuevo, dejando paso a una lluvia torrencial que arrastra barro mezclado con sangre por los caminos, bajo los pies de aquellos que todavía siguen con vida. Incluso a los muertos se los lleva, apartándolos de las veredas, entregándolos a la naturaleza.

Los enemigos se retiran poco a poco. En lo alto del collado le parece distinguir una figura quieta que mira todo. ¿El rey Pedro? Coge una ballesta abandonada y apunta. La silueta desaparece antes de que pueda disparar. Martín se vuelve hacia lo que queda del ejército francés con la respiración entrecortada. Se dejaría caer allí mismo y se abandonaría a su suerte. Observa la actitud de los oficiales. Allí se encuentran Enguerrand de Marigny, Hugues de Bouville, Roger Bernardo de Foix, el rey de Francia, el rey de Navarra y... Eustache Beaumarchais. ¿Cómo es posible?

Durante un interminable tiempo, ambos se sostienen la mirada, se reconocen y se retan, pero ninguno de los dos se mueve. Alguien ayuda a Felipe III a descender de su caballo y todos los nobles se mueven, llevándose consigo al rey de la vista del resto de los soldados. Martín envaina su espada y camina despacio. Busca a alguien. Durante la batalla ha estado tan centrado en lo que tenía delante, que ni siquiera se ha acordado de él. Pero en ese

momento, mientras el agua lo golpea con fuerza, se acuerda de Oto.

Lo encuentra sentado en el barro. Tiene algún rasguño en brazos y piernas, pero parece estar entero, a pesar de que su mirada deambula perdida. A su lado, Saiatua parece velar por él.

–Vamos, Oto. Ya ha acabado.

El de Foix no se mueve. Martín se agacha a su lado y le pone una mano en el hombro.

–Oto, debemos continuar.

El de Foix lo mira, aunque Martín tiene la impresión de que no lo está viendo. Sin preguntarle, lo ayuda a ponerse en pie y le obliga a caminar.

–Creo que lo he matado –confiesa turbado.

–¿A quién?

–No lo sé. Pero creo que está muerto. Dios no quiere la muerte, Martín.

–Y vos tampoco. Solo habéis defendido vuestra vida. Lo hubiera lamentado si... bueno, si hubieseis muerto vos.

–No tenía derecho a matarlo, Martín –dice mirándose las manos.

–Tal vez no lo hayáis hecho. Tal vez solo esté herido.

–Yo mismo cerré sus ojos y supliqué su perdón. Y el de Dios para su alma y... la mía.

–Entonces, hicisteis bien.

–Hubiera preferido morir yo –le asegura.

–Vamos –le dice Martín cogiéndolo del hombro. Hace frío–. No penséis más en ello y centraos en ver a cuántos hombres podéis ayudar.

Oto se entrega a esa tarea y eso parece sosegar algo su alma en pena. La lluvia cesa, pero las nubes tapan las estrellas. Es una noche gélida, oscura y siniestra. La humedad les impide preparar fogatas y todos están ateridos de frío. Se apiñan cuanto pueden junto con los animales para darse calor y protegerse, no ya del enemigo, sino de sus propios miedos. Son muchos los gritos que se escuchan aquella noche y por la mañana más de uno se despierta junto a un compañero muerto. Todos se encuentran taciturnos, las ojeras les llegan hasta mitad de la cara, los dientes les castañetean y lo peor... está por llegar.

–¿Cuándo acabará esto? No creo que podamos superar otra jornada como la de ayer.

El cielo de aquel primero de octubre de 1285 se muestra tan gris y plomizo como el día anterior. Los caminos están embarrados, igual que sus

botas, sus calzas, sus cabellos...

—Ellos están igual que nosotros —le asegura Martín, tratando de insuflarle ánimos a su compañero y, de paso, también a él mismo—. Comprobad vuestras armas, que todo esté en orden. Y preparaos lo mejor que podáis y sepáis. Cuanto antes crucemos la frontera, antes estaremos a salvo.

Martín se vuelve hacia su caballo y se asegura de que la silla está bien colocada. Repite el gesto muchas veces. Cuando se da cuenta de que es inútil comprobarlo una vez más, se aparta del animal. Despacio, se quita el guante de su mano izquierda y se da algunas friegas en los brazos. Estira los dedos y los recoge varias veces, comprobando que todavía tiene fuerza para empuñar la espada. Alrededor todo parece tranquilo. La calma que precede a la tempestad, piensa. Se pone de nuevo el guante, saca su espada y se deja caer de rodillas. Agarra fuertemente el pomo, hincando la punta en el barro. Oto le imita. Martín cierra los ojos, apoya su frente en el pomo y comienza a rezar. «Señor, dadme fuerzas en la batalla», ruega. Aquel pensamiento le recuerda algo que a menudo le contaba su tío. Había un salmo, el 144, cree recordar, que utilizaron muchos caballeros un siglo atrás como plegaria. Muchos de ellos incluso lo grabaron en sus espadas. Un antepasado suyo, de nombre también García Almoravid, mandó incluir esa leyenda en las armas que su familia utilizó en la batalla de las Navas de Tolosa en 1212. Decía así: *Benedictus Dominus Deus Meus, qui docet manus meas ad proelium, et digitos meos ad bellum*. Bendito el Señor mi Dios, que adiestra mis manos para el combate, y mis dedos para la batalla. «Amén», dice, y se levanta. Al buscar a Oto con la mirada, se percata de que este habla con alguien. Cuando termina, el de Foix se dirige a él.

—Mi hermano quiere vernos.

—¿A los dos?

Oto asiente.

Martín observa que el parecido entre Oto y su hermano es notable, pero que el primero se apoca cuando está al lado del segundo.

—Mi hermano quiere conocerte y pedirte que hoy formes parte de sus hombres de armas.

—¿Le habéis advertido de que no soy un caballero?

—Sí, lo eres.

—Oto...

—Mi hermano espera. Y no es hombre paciente, como pronto comprobarás.

Martín se acerca a saludar al conde de Foix y le muestra sus respetos.

–¿Te ha hablado mi hermano sobre mis disposiciones?

–Lo ha hecho, *messire*, pero antes de ponerme bajo vuestras órdenes, creo que deberías saber algo sobre mí.

–No me interesa tu pasado, siempre y cuando demuestres hoy el mismo coraje que mostraste ayer.

–De eso podéis estar seguro, *messire*.

–Entonces, no hay nada más que hablar. Partimos inmediatamente – advierte. Cuando ve asentir a Martín, desvía su mirada unos instantes hacia Oto y se retira.

–Has impresionado a mi hermano –dice Oto a Martín.

–Creo que habéis sido vos el que lo ha impresionado.

Las tropas del rey Pedro III esperan el inicio de su marcha para atacar. Los cruzados apenas tienen tiempo para ocupar unas posiciones adecuadas cuando ya se encuentran de nuevo metidos en la batalla. Los dedos de Martín se enroscan alrededor de la empuñadura. Comprueba que el resto de sus armas está cerca. El puñal en su cintura; la ballesta que encontró abandonada el día anterior amarrada en la silla de Saiatua. Toma aire, llena sus pulmones y grita como gritaron otros Almoravid antes que él. «*Su eta gar!* ¡A Sangre y fuego! ¡Apellido, honor, valor, rey, Navarra!».

Martín se coloca a la izquierda de Roger Bernardo. Hace frío, está hambriento, el cansancio lo arrastra y el sueño es mucho. Pero el joven Almoravid trata de pensar en sus padres, en su hermana, en Juan Alfonso y en Mencía. Por ellos debe ser valiente, por ellos debe cumplir con su deber. Y si Dios lo llama aquel día a su presencia... entonces solo pide su absolución y su perdón. Sabe que de eso se encargará Oto.

El enemigo arremete con fuerza en los primeros compases del ataque. Las fuerzas cruzadas menguan rápidamente. Martín sigue las órdenes del conde de Foix y se encarga de cubrir el lugar por donde los hombres de confianza del rey tratan de evacuar a este. Al borde de la extenuación, con su brazo izquierdo falto de fuerzas, su estómago reclamándole comida y su garganta y su boca reseca, empieza a dar golpes baladíes que ya no perturban a un enemigo que se mofa de ellos. El barro atrapa sus movimientos. Ya no sabe si lleva botas o si las ha perdido. Cae de rodillas. Una espada enemiga acaba de acertarle en su pierna, en el mismo sitio en el que le hirieron en Besalu. Está a punto de rendirse, extenuado. Le cuesta mantener los ojos abiertos y su

cuerpo erguido. Levantarse le parece un acto imposible. Pero una voz a su lado muerde su orgullo.

—Me habían dicho que un navarro no se doblega jamás.

Las palabras llegan en francés. Martín advierte a su lado la figura del delfín y se muerde los labios para no soltar un grito de dolor. La herida de su pierna es dolorosa y escuece, pero saca fuerzas de donde no las hay.

—*Sire*, estáis en lo cierto —le contesta, poniéndose de pie.

El cielo vuelve a descargar la lluvia de sus negras nubes. Y Martín cree que todo va a comenzar de nuevo. «Se me acaban las fuerzas, tío». «Solo un poco más, Mano y Media. Estáis a punto de entrar en las tierras que domina Jaime II de Mallorca, el hermano del rey Pedro III. Y sigue vigente el pacto que firmaron Jaime y Felipe III, por el cual les permitía el paso franco por sus tierras, en detrimento de su hermano».

Eleva de nuevo su espada, mientras la lluvia golpea su rostro. El agua se mete en sus ojos, en su boca y en su pensamiento. Refresca su garganta y le parece que los enemigos ya no son tan contundentes. Observa cierto repliegue. No sabe si achacarlo a alguna orden recibida o al cansancio, que también hace mella en el enemigo. O tal vez los catalanes se conforman ya con ver desaparecer al enemigo de sus propiedades. Le parece ver de nuevo a Pedro III en la loma de uno de los altos cercanos. Con prisa, enfunda su espada. Salta del caballo, toma la ballesta, la arma y dispara. Al instante, la figura sobre la que ha disparado desaparece sin que pueda saber cuál ha sido el resultado de su lance.

Lo más deprisa que puede, sigue a los hombres del conde de Foix y, poco a poco, los gritos de la batalla se ahogan en el estruendo del aguacero. Y se quedan atrás. Han pasado la frontera.

La marcha hacia París es lenta, silenciosa y tétrica. Transitan un camino de barro y sangre, por el que marchan como almas en pena. El rey Felipe III está tan enfermo, que es incapaz de sostenerse sobre su cabalgadura, por lo cual, a toda prisa, construyen una litera para colocarlo sobre ella. A partir de ese momento, varios hombres se turnan para llevarlo. Se acercan a Perpiñán. Sobre el hombro izquierdo de Martín descansa en esos momentos la parte delantera de la litera. Apenas tiene fuerzas para sostenerse y ni siquiera él comprende cómo puede seguir dando pasos. Oto marcha detrás de él. Y, por

delante, a caballo, cabalgan Philippe, el heredero, y su hermano Carlos de Valois, a quien Martín ha conocido poco antes.

La entrada en Perpiñán se produce en medio del más absoluto de los silencios. En la cabeza de Martín resuenan algunas de las murmuraciones que ha escuchado durante las últimas horas. Algunos dicen que Dios los ha castigado por profanar la tumba de san Narcis en Gerona. «¿No es de ella de donde había salido aquella plaga de moscas que había extendido la enfermedad entre las tropas francesas?», comentan. Otros dicen que el rey Pedro III ha sido herido por una flecha durante la última batalla. Por un instante, Martín piensa en la flecha que ha lanzado a aquella figura de la loma, pero decide no hacer caso a ninguna de esas murmuraciones. Es preferible centrarse en el presente. Y el presente tiene el nombre del rey que él ayuda a trasladar sobre sus hombros. Felipe III de Francia agoniza. Puede escuchar sus delirios. Nadie dice nada mientras avanzan lentamente por las calles de la ciudad, hacia la residencia del rey Jaime II de Mallorca.

El eco de los caballos de los hijos del rey Felipe III resuena en el patio de Honor. Y de forma muy débil, la voz de Felipe III *el Atrevido* trata de hacerse oír.

–Vuestro padre, el rey de Francia, os llama, *sire* –se atreve a decir Martín.

El delfín desmonta rápido y ordena que depositen la litera de su padre en el suelo, sin apartar la vista de Martín, como si le hubiera molestado que tomara él la iniciativa. Parece decirle que se las verá más tarde con él. Martín y los demás hombres se apartan y dejan al rey a solas con su hijo. Carlos, unos pasos más atrás, aguarda las órdenes de su hermano.

Philippe se arrodilla ante su padre y acerca su oído. Nadie más que él escucha las palabras que le dirige. Transcurre un largo rato durante el cual todos se mantienen hieráticos. Al cabo, Philippe se levanta y llama a su hermano. Carlos se arrodilla al lado de su padre, recibe su bendición y mira hacia Philippe. Este se vuelve a acercar y se agacha al otro lado de su padre. Un tenso silencio lo envuelve todo.

–Deberíamos dejarlos solos –dice Martín.

Es cierto. Los príncipes se merecen un momento de privacidad con su padre. Todos asienten y se giran para marcharse. Pero, en ese instante, el rey de Navarra toma la palabra.

–Esperad. No os vayáis. El rey, mi padre, ha muerto.

Ha buscado un sitio a cubierto. Todavía siente el frío incrustado hasta los tuétanos, pero el suelo sobre el que descansa está seco. Se halla en ese momento en que la mente empieza a asimilar el transcurrir de unos acontecimientos que van a marcar el curso de su vida. Este 5 de octubre de 1285, Martín se sienta en el suelo, solo, como tantas veces en su vida. Y, delante de él, se abre de nuevo una encrucijada. Sabe que se ha cerrado una etapa en su devenir, pero en aquel instante no tiene fuerzas para pensar en ello. Se siente totalmente derrotado. «Solo fracasamos cuando dejamos de intentarlo, Mano y Media». Martín resopla. El sonido de unos pasos le hace girar la cabeza. Oto se acerca a él y se sienta a su lado, en el suelo de piedra.

—¿Cómo está tu herida?

Martín se mira la pierna.

—El apotecario me ha dicho que la tendrá que cortar —dice muy serio. Y luego una sonrisa traviesa acude a su rostro.

—¿Cómo puedes bromear con algo así? —dice Oto escandalizado.

—Si os sirve de consuelo, estaré listo para el combate en unos pocos días.

—No sé si eso me alivia o me asusta.

—¿Y eso que lleváis ahí? —dice Martín atento ya a otros asuntos.

—He pensado que un poco de vino te entonaría el cuerpo y el alma.

—Habéis acertado.

El joven Almoravid acepta la invitación.

—Vine aquí en busca de justicia —le confiesa de improviso a Oto, rompiendo el silencio de aquel pasillo.

—Creo que no os entiendo muy bien.

—Hace unos días, me preguntasteis cuál era el motivo que me había traído a estas tierras.

—¿Y qué clase de justicia reclama un navarro en estos lares?

—Hace nueve años, se libró una cruenta batalla en Navarra. Tal vez hayáis oído hablar de ello a vuestro hermano. Él estuvo allí. *Messire* Beaumarchais, también. Él era gobernador de Navarra y comandó las tropas francesas junto al conde d'Artois. Mi tío, García Almoravid, era el caudillo de las fuerzas navarras. No hace falta que os diga quién fue el vencedor. Nos masacrasteis —dice con ímpetu, como reclamándoselo a su interlocutor—. Mi padre se unió a Beaumarchais en el último momento. Tal vez previó el desastre que se avecinaba. Aunque no le sirvió de mucho —Martín interrumpe su narración y bebe un sorbo de vino—. Mi tío también debió prever la hecatombe y huyó la

noche anterior al ataque junto con el resto de los cabecillas de la revuelta, dejando la Ciudad abandonada a su suerte. Perdimos. El rey Felipe III fue implacable. Nos envió al exilio y nos arrebató todas nuestras posesiones. Durante la firma de la paz, el rey Felipe, sin embargo, llegó a un acuerdo con el rey Alfonso X de Castilla para que se nos perdonara y se nos devolvieran nuestras tierras. Ese pacto nunca se llevó a efecto. Hemos vivido nueve años exiliados. Por eso vine, a reclamar justicia. Juan Núñez de Lara me pidió que trajera un mensaje al rey y firmó otra carta hablándole a Felipe III favorablemente de mi familia –toma otro trago. Esta vez de manera pausada.

–¿Y dónde están esas cartas?

–Se las entregué a Enguerrand Le Portier de Marigny. Él me dijo que se encargaría de hacer que le llegaran al rey.

Se quedan en silencio. A lo lejos se escuchan pasos y algunos susurros, pero nadie se atreve a entrometerse en el silencio de la muerte. Oto se revuelve en el suelo. Lleva largo rato en la misma postura y está incómodo.

–¿Qué planes tienes a partir de ahora? –le pregunta el de Foix.

–Dormir. Creo que podría dormir una semana entera –una ligera sonrisa se pinta en el rostro de Oto–. ¿Creéis que me lo permitirían?

Un nuevo silencio y otro sorbo de vino.

–¿Ha tomado alguna decisión el rey Philippe? –pregunta el navarro tras paladear el caldo.

–Su deseo es enterrar a su padre en la abadía de Saint Denis²⁵, donde descansa su abuelo san Luis de Francia. Pero, dadas las circunstancias, no es muy recomendable hacer tan largo viaje con un cadáver... bueno, ya sabéis.

–Cierto. El viaje a París es demasiado largo. ¿Y adónde se dirige?

–A Narbona. ¿Te gustaría acompañarlo?

–No creo que sea conveniente y, en realidad, otros asuntos me reclaman –dice con cierta pesadumbre, consciente de que ha arriesgado su vida y no ha servido para sus fines.

–Aparte de dormir, espero.

–Aparte de dormir –constata–. ¿Tenéis más de esto? –pregunta mostrando la copa de vino.

Oto niega dos veces.

–Estaba pensando... –el de Foix hace una pausa, como si no supiera muy bien cómo continuar–, que tal vez te apetezca visitar Foix. Serías bien recibido y allí podrías descansar y recuperar fuerzas. Después de todo, tienes

que viajar hacia el oeste si regresas a tu reino y la ruta por Aragón puede ser peligrosa.

–Lo pensaré –dice Martín, mostrándole la copa como si brindara.

El joven navarro apoya la cabeza en la pared y deja la copa en el suelo, entre ambos.

–La derrota es amarga –comenta Martín–. Deja un vacío inmenso y una tremenda sensación de impotencia. Y la muerte del rey... la ha acentuado.

–Es cierto, pero en el fondo me alegro de que todo haya acabado. ¿Buscamos un sitio donde dormir?

Martín no contesta. Se ha quedado dormido.

Oto lo despierta al día siguiente por la tarde. Se encuentra en una habitación grande a la que no recuerda haber llegado por su propio pie. Alguien ha cuidado de su herida y le ha cambiado el vendaje. Mira a su compañero pidiendo explicaciones.

–Pensé que aquí estarías más cómodo. ¿Has descansado?

–Como os dije, podía haber dormido una semana entera en cualquier sitio. Pero mucho me temo que no he dormido tanto.

Se encuentra algo desorientado y abochornado por la presencia de Oto.

–No, solo han transcurrido unas horas. Te he despertado porque mi hermano quiere hablar contigo. ¿Estás listo?

Martín contempla su aspecto. No se encuentra en muy buenas condiciones, aunque supone que ninguno lo estará. Oto le muestra una vasija con agua. Se lava un poco y se peina con los dedos.

–Bastará –le asegura el de Foix entregándole su espada.

Martín se la ciñe a la cintura, se ajusta los guantes y sigue a Oto hacia una estancia situada en la parte norte de aquel palacio, todavía inacabado. Trata de entrar en ella con paso decidido, pero la herida le hace cojear. Aun así, no se detiene y avanza todo lo deprisa que puede. De pronto, se frena al reconocer a todas las personas que acompañan al conde de Foix. Gira el cuello y se percata de que Oto se ha quedado atrás. No puede creer que le haya tendido una trampa. Trata de retroceder, pero se topa con el cuerpo de un guardia que le impide el movimiento. Sin miramientos, le pide su espada. Martín no pone impedimento en entregársela. En estas circunstancias, cualquier rebeldía sería castigada con severidad. Su corazón se acelera y su

cuerpo se tensa. «¡García!». «Te diría que recordaras que eres un Almoravid, Mano y Media, pero tal vez, solo por esta vez, debes mostrarte sumiso».

–Continúa –le susurra Oto, que se ha acercado a él–. Confía en mí.

Pretende hacerlo, pero nota como si perdiera el control de su ser, mientras avanza hacia el hombre que, un poco más adelante, le escruta desde su pose hierática. Su cojera se acentúa. El conde Roger Bernardo le da la bienvenida, marcándole con un gesto de su brazo el camino que debe seguir. Martín le contesta de la forma más amable que encuentra, sin apartar la vista del hombre que le espera. Camina despacio, sintiendo la mirada severa de Eustache Beaumarchais y de Enguerrand Le Portier a su derecha y la curiosidad de Hugues de Bouville y de Carlos de Valois a su izquierda. Y, enfrente... enfrente, Philippe I de Navarra se mantiene en silencio.

Cuando calcula que se encuentra a una distancia prudencial, hinca la rodilla derecha en el suelo, tragándose el dolor que le produce la postura forzada y su orgullo. Se pregunta por qué Oto no le ha advertido de nada.

–*Sire* –dice con la voz más clara y a la vez más humilde que puede–, lamento profundamente vuestra pérdida.

El rey hace un gesto de asentimiento.

–Levántate, Martín Almoravid –dice en romance navarro el rey, pero durante el resto de la conversación se dirige a él en la lengua de oil–. Acércate, quiero verte bien.

Martín obedece y se acerca con prudencia.

–He tenido una larga charla sobre ti y sobre tu padre con varios de mis caballeros–. Aunque entiende las palabras del rey, Martín agradece que Oto esté a su lado y le traduzca al oído, para que no haya confusión posible–. He de confesarte que la conversación ha sido tensa. Mis caballeros no son muy favorables a tu causa –Martín siente ganas de replicar al rey. «Contente o lo estropearás todo»–. Al parecer, vuestra familia cayó en desgracia tras la guerra de 1276.

Martín siente la mano de Oto apoyada en su brazo.

–Así es, *sire*.

–No voy a decir que me alegre saber que un súbdito de Navarra se enfrentó a mi padre. Sin embargo, he sabido que Fortún Almoravid estuvo a nuestro lado cuando cayó la Ciudad. Y Juan Nuñez de Lara se ha explayado sobradamente al contar tu heroica actuación en la última confrontación en la frontera navarra.

La rigidez se mantiene en todo el cuerpo de Martín. Es consciente del silencio que se ha hecho en la sala y de la tensión con que todos los presentes siguen el discurso del rey. Trata de mirar a Philippe, pero su gesto impasible lo incomoda. El rey gira su cabeza y un sirviente, hasta entonces invisible, se acerca a él y le entrega un documento. El cuerpo de Martín se tensa, sus puños se cierran levemente y un escalofrío recorre su cuerpo.

–Acércate.

El joven se aproxima muy despacio.

–He decidido sancionar vuestras peticiones.

Martín se queda boquiabierto. ¿Está diciendo el rey que ofrece su perdón? ¿Que su padre puede regresar a Navarra? ¿Que puede recuperar sus posesiones?

–Pero entiende bien algo, Martín Almoravid de Elcarte. No voy a tolerar ningún desmán en el reino. Dile a tu padre que su exilio ha concluido. Que es de mi agrado que regrese a Navarra y le sean devueltas aquellas tierras que le fueron confiscadas, siempre y cuando me jure lealtad y me rinda homenaje por ellas. Aquí te entrego la carta que confirma mi decisión y las instrucciones para el gobernador Climent de Launay. Me rendirás vasallaje en nombre de tu padre y luego él deberá ratificarlo ante el gobernador.

–Estoy abochornado, *sire*. Dadas las circunstancias, es más que un honor que tengáis tiempo para ocuparos de los asuntos de mi familia. Estoy sumamente agradecido por ello –dice, y vuelve a arrodillarse ante Philippe.

–El rey de Navarra no se olvida de sus súbditos.

–Para nosotros significa mucho vuestro gesto, *sire*.

–Ahora, puedes retirarte. Mañana, antes de marcharme, te armaré caballero y escucharé tu juramento. Vete, vela tus armas y prepárate, Martín Almoravid.

El aludido recoge su espada y se dispone a regresar a su habitación, pero Beaumarchais lo retiene.

Los dos se miran durante un largo rato.

–Quiero que sepas que le he hablado al rey a favor de tu padre.

–¿Le habéis dicho también que me tuvisteis encerrado en Gerona?

Beaumarchais sonríe. Martín da un pequeño manotazo y se deshace de la mano del exgobernador. Este se aleja.

–Espero que el parecido con tu tío se limite solo a tu aspecto físico –escucha.

Martín se gira. «Olvídate de él, Mano y Media». Clava su mirada en el exgobernador de Navarra y le muestra el documento que acaba de entregarle Philippe. Muy despacio, se gira y sigue a Oto.

Una vez en sus aposentos, pone las cartas a buen recaudo y se prepara para velar sus armas. Todavía siente un regusto amargo del último encuentro con Beaumarchais, pero, al final, puede más su alegría por todo lo conseguido. «Tío, decidme que no es un sueño. El rey ha escuchado nuestras pretensiones y además ha dicho que me armará caballero mañana». «Parece que lo habéis conseguido, Mano y Media. Ahora ya puedo descansar en paz».

²¹ *¡Despierta fierro! ¡Aragón, Aragón! O ¡Desperta ferro! ¡Matem! ¡Por Aragón y San Jorge!* Eran los gritos con los que los almogávares entraban en batalla.

²² El cronista Bernat Desclot puso estas palabras en boca de Roger de Lauria, cuando fue interpelado por el conde de Foix en 1285.

²³ *Hardi*: Atrevido.

²⁴ *Coltell*: Cuchillo largo que utilizaban los almogávares.

²⁵ Felipe III *el Atrevido* de Francia fue enterrado primero en Narbona y después llevado a Saint Denis, cerca de París.

REX PEPERCIT EI

Sentado sobre una roca, Martín extiende su mirada sobre el horizonte infinito. Sopla una ligera brisa que revuelve su cabello corto y arreglado. Lleva ropa nueva y limpia y se siente descansado. Detrás de él, las paredes gruesas y centenarias del castillo de Foix se izan enhiestas y orgullosas, ancladas sobre una roca calcárea, a unos 197²⁶ pies de altura. Una altura no tan exagerada como Oto había dado a entender.

Oto ha sido un anfitrión entregado. Su hermano, el conde de Foix, sigue junto al rey Philippe IV, por lo que él se ha encargado de hacerle sentir en aquel castillo como en su casa.

–¿Estáis listo?

Martín se levanta y mira a Oto. Su instinto le dice que debajo de aquella solicitud que siempre ha manifestado hacia él se esconde un sentimiento que Martín prefiere obviar.

–Estoy listo.

–¿No os dejáis nada?

El joven Almoravid sonrío agradecido. Las alforjas de Saiatua van bastante cargadas. Gracias a la generosidad del conde de Foix, Martín adquirió en Perpiñán algunas telas, cuero y una pieza de orfebrería para obsequiar a su familia. Y Oto se ha ocupado de proporcionarle alimento y agua para unos cuantos días.

–¿Puedo preguntaros algo antes de partir?

Martín se encoge de hombros.

–¿Por qué me ayudasteis en el campamento cuando me tiraron los pertrechos?

–Me recordasteis a alguien que conozco bastante bien.

–¿No hablaréis de vos?

Martín sonrío.

—No sois la clase de persona que me imaginaría sometido a burlas.

—¿Ah, no? —le dice levantando su mano derecha. Oto asiente.

—¿Y habéis saldado vuestras cuentas?

—Ahora somos amigos. Dos buenos amigos, creo.

—Me alegro.

—Creo que la percepción que ahora tiene Roger de vos también ha cambiado.

—Lo aprecio, de verdad, pero no es algo que me importe mucho. Tengo otros planes.

—¿Otros planes?

—Cuando maté a aquel hombre... No sé cómo explicarlo. No quiero volver a sentir esa sensación nunca más, Martín. A partir de ahora me dedicaré a salvar almas para Dios.

Martín lo mira con una amplia sonrisa.

—Creo que os irá bien.

—Os voy a echar mucho de menos. Habéis sido... habéis sido más que un amigo para mí. Espero que me recordéis como tal.

—Siempre os contaré entre mis amistades. Se me va a hacer raro no teneros revoloteando alrededor a cada momento.

Oto se ruboriza y parece avergonzado. Martín se abraza a él con fuerza.

—Gracias —dice el navarro—. Gracias de corazón. Habéis sido muy amable. Nunca os podré agradecer suficiente que me abrierais el camino hacia el rey.

—Os repito que yo no hice nada. Vuestra actitud, entrega y valentía en Le Perthus y vuestra disposición durante la retirada llamó la atención del delfín, del rey, quiero decir.

Martín se separa un poco y fija su vista en los ojos azules de su compañero. Puede que Oto no sea muy diestro con la espada, pero sabe que fue él quien propició el encuentro con el rey, aunque lo niegue. Y por eso le estará eternamente agradecido.

—Espero volver a saber de vos.

El joven de Foix asiente con una sonrisa melancólica trazada en su boca.

—Escribidme cuando estéis instalado en Navarra.

—Lo haré. ¿Estáis seguro de querer que me quede con vuestra espada?

—Puesto que la vuestra se perdió durante el asedio a Gerona y yo espero no tener que usarla más... es justo que la conservéis.

—La usaré con honor y valentía.

–No me cabe duda.

–Adiós, Oto.

–Adiós, Martín.

Oto permanece inmóvil, mientras Martín se monta en Saiatua y desaparece por el camino. La sombra del castillo se proyecta sobre su cuerpo y él siente su peso como si se tratara de algo físico. Martín gira su cabeza y saluda una última vez con la mano.

Por encima de su plato, Teresa mira a su esposo. Ha pasado demasiado tiempo desde que Martín se marchó de aquella casa para acompañar a Johana y ahora aquel caserón se le hace demasiado grande y vacío.

–Fortuño, ¿os encontráis bien?

Fortún parece sumido en profundos pensamientos.

–Mujer, ¿por qué no iba a estarlo? –dice sin apartar la mirada de la comida.

–Vuestra prima nos espera mañana en el castillo.

Fortún se rasca la cabeza. Aquella visita es la última de sus preocupaciones. Tiene otros asuntos en la cabeza, pero sonrío a su esposa y le asegura que tiene muchas ganas de celebrar aquella reunión familiar.

–Fortuño, estoy preocupada por Martín. Llevamos mucho tiempo sin recibir noticias tuyas.

–Juan Alfonso nos aseguró que se encontraba bien.

–Lo sé. Pero os recuerdo que también terminó confesándonos que iba al encuentro de los cruzados y que pretendía...

–Estará bien. Las últimas noticias aseguran que el rey francés estaba consiguiendo victorias.

–Pero, ¿no os parece que han transcurrido demasiados meses? Y conozco a los almogávares lo suficiente como para saber que lo intentarán todo...

–Callaos, mujer, y dejad que sea yo quien se ocupe de los asuntos de batalla. Martín sabe cuidarse. Si no hemos recibido noticias contrarias, es que sigue con vida –dice levantándose. No quiere hablar más del tema. Él también tiene miedo de que alguien lleve a su puerta la noticia de que Martín ha muerto, igual que meses atrás sucedió con García. O lo que es peor, que jamás llegue esa noticia y nunca sepan qué le ha sucedido a su hijo.

Teresa recibe el beso de Fortún en su frente con resignación. Siempre ha

tenido una predilección especial por Martín. Dos lágrimas se escapan de sus ojos. Se las seca rápidamente, antes de que su esposo se vuelva a sentar con una jarra de vino entre sus manos. Doña Teresa se lleva un trozo de pan a la boca, pero el alimento no llega a su destino. Su mano se queda colgando lánguida delante de su rostro. Ha escuchado un ruido, y un escalofrío recorre su piel.

—Alguien ha entrado en la casa. Deberíais ir a ver.

Fortún no da mayor importancia a sus palabras. Seguramente serán sus sobrinos, o Juan de Vidaurre, quienes de vez en cuando se pasan de visita sin avisar. Ya saben el camino.

Doña Teresa permanece atenta. Se escuchan claramente unas pisadas que se acercan. Parecen pertenecer a una sola persona. Se gira hacia la puerta. Es extraño que quien se encuentra al otro lado no haya saludado para advertir de su presencia. Todos lo hacen. Sus ojos se abren mucho, suspende la respiración, como si de un momento a otro fuera a aparecer un fantasma. La puerta se abre por fin y, en medio de ella, aparece un joven espigado, pero fuerte. Cuando se quita la capucha, Teresa Artal se lleva la mano al pecho. No sabe si reír o llorar.

—¡Padre! ¡Madre!

Teresa se levanta y se abraza a su hijo. Fortún mira la puerta sin pestañear, observando fijamente aquella figura que nada recuerda al Martín que los dejó unos meses atrás. Teresa lo conduce hacia la mesa y enseguida se pone a trajinar para dar de comer a su hijo y dejar que los dos hombres tengan tiempo de saludarse. Martín se sienta al lado de su padre. Teresa lo hace frente a ambos. Un brillo intenso adorna las pupilas de aquel joven Almoravid. Aunque había pensado esperar un poco para darles la noticia, la impaciencia le reconcome por dentro. Se lleva la mano a la túnica, saca la carta y la deposita en la mesa. Despacio, dejando que se vea el sello que la lacra, la desliza hacia la mano derecha de su padre. Padre e hijo se miran durante unos instantes. Martín sonríe.

Muy despacio, Fortún rompe el lacre y comienza la lectura ante la atenta mirada de su esposa. Martín aprieta la mano de su madre y da tiempo a su padre para que asimile la lectura. Se ha quedado boquiabierto. Al poco, Fortún comienza a leer la carta en alto. Sus emociones son como un paseo en un caballo desbocado. No se lo puede creer.

—¿Felipe *el Atrevido* ha consentido en hacer justicia por fin?

–No exactamente, padre. Felipe de Francia ha muerto. Fue su hijo, Philippe I de Navarra quien me dio esto. Yo presencié cómo lo firmaba y colocaba su sello sobre el lacre.

Fortún se abraza a su hijo. A pesar de intentarlo, no puede impedir que se le salten las lágrimas.

Tras satisfacer las preguntas de su madre y hablar a solas con su padre para contarle los detalles de su participación en la guerra y de su encuentro con el rey, Martín corre al castillo de Calahorra. Se muere de ganas de hablar con Juan Alfonso y de saber qué ha sido de su aventura con el obispo y el abad.

–¡Guante Negro! No puedo creer que hayas... que hayáis vuelto. ¿Y estas ropas?

–Para mí también es un placer volver a veros.

Ambos se abrazan con entusiasmo.

–¿Habéis comido?

–Mi madre me ha cebado –dice llevándose las manos a la panza.

–Entonces, salgamos a celebrar vuestro regreso. Creo que tenéis muchos avatares que detallar.

Se dirigen a una de las tabernas de la ciudad y piden la jarra más grande de vino que tienen. Se sientan frente a frente.

–Contadme, ¿consiguió el obispo hablar con el rey Felipe?

–¡Oh, sí! –dice Juan Alfonso–. Pero os aseguro que el encuentro fue francamente decepcionante. Teníais que haber visto con qué desdén y soberbia nos trató. Solo porque había conquistado un par de plazas y se creía que aquello iba a ser un paseo para él. Es un rey...

–Era un rey –le interrumpe Martín.

Juan Alfonso lo observa con curiosidad.

–¿Acaso ha muerto?

–Muerto –confirma el joven.

–¿Lo visteis morir?

–Prácticamente... murió en mis brazos –alardea.

–Me encantará escuchar esa historia.

Martín se arma de paciencia y narra de nuevo toda la historia para su amigo. Cuando termina, Juan Alfonso lo mira incrédulo.

–Aún no me puedo creer lo de las moscas. ¿Una plaga? Debió de ser cuando menos incómodo.

Martín se recuesta un poco hacia atrás recordando cada uno de los instantes que pasó encarcelado. Tal vez ese aislamiento le salvó de caer enfermo, después de todo. En su camino de regreso, se sintió mal. No le quedó más remedio que quedarse un par de días en San Juan de Pie de Puerto aquejado de calenturas y escalofríos. Llegó a pensar que se había contagiado, pero al día siguiente la fiebre remitió sin más consecuencias.

Ya de noche, abandonan la última taberna, camino del castillo. Hace frío y se abrigan con sus capas. La tensión y los silencios que compartieron durante el viaje ha desaparecido. Vuelven a ser dos amigos, aunque ambos sean conscientes de que, durante un breve periodo de tiempo, militaron en bandos enfrentados. Pero ambos evitan hablar de ello. Prefieren actuar como si eso nunca hubiera ocurrido.

–¿No se os hizo extraño estar presente cuando murió el rey?

Los calagurritanos se han refugiado en sus casas ya y las calles solo devuelven las sombras informes y diluidas de sus cuerpos.

–Todo fue muy rápido. Depositamos la litera en el suelo y sus hijos apenas tuvieron tiempo de despedirse de él.

–Debió de pesar mucho en el corazón de Philippe.

–No sé cómo se tiene que sentir en ese momento el hombre que sabe que ha llegado el turno de sustituir a su padre y que, a partir de ese instante, él es el rey. Creo que Philippe esperaba aquel desenlace tarde o temprano, como lo esperábamos todos. El rey estaba muy enfermo y la retirada fue como tratar de avanzar en el mismísimo infierno. Fango, barro, lluvia... y un enemigo que no estaba dispuesto a ser clemente. Pero supongo que tenía esperanzas de llegar a París. Durante todo el tiempo, Philippe estuvo al lado de su padre. Tiene temple, es calculador y metódico.

–Parece que le admiráis.

Martín se detiene un instante y mira a su amigo.

–Todavía no sé por qué lo hizo. No me explico por qué se animó a firmar aquella carta y a armarme caballero.

–Vos habéis dicho que creéis que Oto os ayudó en eso.

–No dudo de que Oto habló bien de mí y de que movió algunos hilos, pero, aun así, Philippe no parece el tipo de hombre en el que se pueda influir. Cuando estaba delante de él, la mañana en que me armó caballero, por un

instante creí que iba a cortarme la cabeza.

Juan Alfonso se ríe. Llegan al castillo. Un agradable calor los acoge cuando traspasan el umbral. Martín se quita la capucha y se sacude los pies.

–Creo que se trata de un gesto hacia Navarra, de un guiño a sus súbditos, a los que no conoce –comenta Juan Alfonso.

–Supongo que tuve suerte de estar allí y compartir aquel momento algo vulnerable para él.

–Sea como fuere, los hechos son los que son, Martín. Y regresáis a Navarra. Me imagino que vuestro padre no querrá demorar la marcha.

–Estáis en lo cierto...

El sonido de unos pasos le hace girar la cabeza e interrumpir su conversación. Al observar la persona que ha aparecido se queda helado. En aquel instante cree ver un fantasma. Siente ganas de reír y de correr hacia aquella figura que parece haberse materializado delante de él, pero bien sabe que Mencía está muerta.

–¡Milia! –se adelanta Juan Alfonso.

–Buenas noches, señor. He oído la puerta y venía a preguntaros si necesitabais algo. Vuestro padre y doña Theresa Almoravid están en el salón.

–Iremos ahora a saludarlos. Puedes retirarte.

Juan Alfonso se coloca frente a Martín.

–Recomendé a Milia a la señora Almoravid cuando se quedó sola. Lleva ya algunos meses a su servicio y al de mi padre. Lo siento. Debí advertiros de que ella estaba aquí.

–No importa –dice Martín todavía algo impresionado. Mientras vivía Mencía, nunca reparó en el parecido de las dos hermanas–, aunque por un momento creí que ella estaba ahí delante.

El heredero de Cameros palmea la espalda de su amigo y ambos inician el ascenso.

–No somos muy afortunados en amores. Vos perdisteis a Mencía y yo nunca podré tener a vuestra hermana.

–Dos almas solitarias, dos corazones desdichados. ¿Y María? ¿Os habéis casado con ella?

–Os dije que esperaríais vuestro regreso –los recuerdos de Juan Alfonso regresan a Aibar, justo al instante en que sujetó el cuerpo de Johana y evitó que se golpeará con el suelo–. Supongo que ya no puedo postergarlo más. Mi padre y mi futuro suegro me están presionando para que fije una fecha.

Espero que no me falléis ese día.

–Estaré aquí, a vuestro lado. Os lo prometo.

–Si todo sale mal, al menos tendré a alguien con quien emborracharme.

–Tal vez debierais darle una oportunidad a María.

–Tal vez, Martín. Ahora vayamos a anunciar las buenas noticias a mi padre y a doña Theresa.

Siento una nueva energía dentro de mí, García. Hoy he recibido la mejor de las noticias, y ha llegado de la mano de mi hijo Martín. Supongo que estaréis orgulloso de vuestro sobrino. Gracias a él, regresamos a Navarra. Ya he mandado aviso a Juan González de Baztán, a vuestra hija, Juana, y a Juan de Vidaurre.

Los recuerdos son dolorosos todavía, pero duelen menos al saber que mañana mismo me pondré en marcha. He decidido viajar solo con Martín. Cuando tome posesión de mis tierras, haré llamar a Teresa. No sé qué decidirá Iñigo.

Como supondréis, estoy deseando pisar la tierra de Navarra y hacerlo sin temor a que nadie me atravesase con una flecha o con una espada.

Quizá, hermano, tuvierais razón y solo vuestra muerte haya permitido este regalo que hoy saboreo como el mejor de los vinos, después de nueve largos años. Si es así, es justo reconoceros que vuestra muerte no ha sido en vano. Me hubiera gustado ver la cara de Beaumarchais cuando escuchó las palabras de perdón de boca de Philippe. Me hubiera gustado estar allí y darle un buen pisotón. En este frío día de principios de noviembre del año del Señor de mil doscientos y ochenta y cinco, siento un agradable calor en mi corazón.

Fortún retiene aquella carta entre sus manos un largo rato. Contempla las letras, pero no relee lo escrito. Desvía su mirada hacia el fuego de la chimenea. Alguna corriente fina de aire parece controlar las llamas, pues estas se mueven como si danzaran. Pero en realidad, lo que hacen es reclamar su comida. Fortún se acerca y deja caer aquellas palabras sobre ellas. El fuego se las traga inclemente, como ha hecho siempre. Todavía contempla su retorcido morir cuando Teresa le avisa de que tienen invitados.

Baja con cierto nerviosismo. Juan González, Juan de Vidaurre y Juana lo miran expectantes. Por sus caras, reconoce que Teresa ha guardado el secreto para que sea él quien se lo revele.

–No os lo vais a creer. Pero el momento que estábamos esperando ha

llegado –y sin demorarse, les deja ver la carta firmada por Philippe de Navarra.

Enseguida, todos se contagian de su buen humor.

–Creo que alimentabais demasiadas expectativas para este momento –la voz de Iñigo Almoravid hace que todos se giren–. Haréis mal en regresar a un sitio en el que no os quieren. Creo que es una trampa para mataros igual que hicieron con García. Más valdría que hicierais caso a la experiencia.

Dejando constancia de su parecer y asegurando que él jamás retornará a Navarra en esas condiciones, Iñigo desaparece del lugar de reunión. Ni la llamada de su hermano, ni la insistencia de su cuñada hacen que cambie de opinión. Fortún se vuelve hacia los invitados. Piense lo que piense su hermano, no está dispuesto a que nadie le amargue el mejor día que ha tenido en los últimos años.

–Estáis todos convidados –les dice.

El vino corre de mano en mano y preparan algo semejante a un banquete. Entre risas aguardan la llegada de Martín para escuchar de primera mano aquella buena noticia.

Es tarde cuando se terminan el vino y las viandas, pero nadie parece querer acabar aquella velada.

–Por la justicia –dice Fortún bebiéndose las últimas gotas de su jarra de vino.

Martín llega y lo reciben con aplausos. Él se ruboriza. Todavía no da mucho mérito a lo que ha conseguido.

–Mañana mismo –anuncia Fortún–, Martín y yo nos pondremos en camino. Espero que me acompañéis.

Juana y su esposo se miran.

–¿Qué ocurre, Juan de Baztán?

–No os lo toméis a mal, Fortún, pero no creo que esa invitación a regresar a Navarra nos incluya a nosotros.

–Juana es una Almoravid.

–Lo sé, pero, en cualquier caso, Juana y yo hemos hablado mucho sobre este tema últimamente. Pasara lo que pasase habíamos decidido quedarnos aquí. Este es el sitio en el que queremos criar a nuestros hijos –dice poniendo su mano sobre el vientre abultado de su esposa.

Fortún no da crédito a sus palabras. Siempre han sido ellos los más entusiastas con la idea de regresar. Es su sueño; por lo que han luchado

durante todos esos años. A García le costó la vida. La mano conciliadora de Teresa calma sus ánimos. Aunque le cueste admitirlo, debe respetar la decisión de sus sobrinos.

—¿Y vos? —le pregunta a Juan de Vidaurre.

—Soy viejo para empezar una vida en cualquier otra parte. Aquí estoy bien. Creo que me quedaré con ellos.

—Es curioso —manifiesta Fortún algo decepcionado—, hace unos meses todos queríamos regresar a Navarra cuanto antes.

—A veces la vida cambia mucho en poco tiempo —dice Martín.

Todos lo miran. Unos meses atrás, él ni siquiera habría estado invitado a participar de una conversación tan trascendental. Ahora es un caballero.

—Respetaré vuestras decisiones, aunque os aseguro que me produce gran pesar dejaros aquí —reconoce Fortún.

—No estaremos tan lejos unos de otros —afirma González.

—Eso es cierto.

Se dicen adiós. Pero no es una despedida triste; más bien, festejan el comienzo de una nueva vida.

Fortún tira de las riendas de su caballo y se detiene justo antes de llegar a Portalapea. Decenas de sonidos se agolpan en sus oídos. Y allí donde mira, ve correr a un niño, gritar a una mujer, morir a un hombre. Cierra los ojos. El olor a humo y a muerte le parece tan real, que es como si hubiera retrocedido nueve años de golpe. Por un momento cree que no va a ser capaz de atravesar aquella puerta que separa el burgo de San Cernin de lo que fue la Ciudad de la Navarrería.

—Vamos, padre.

La voz decidida de Martín lo arranca de la nostalgia. Su hijo tiene razón. No ha hecho un viaje tan largo para quedarse atrapado en el portal de la Galea. Hinca espuelas y su caballo se mueve dócil. Toma aire para aceptar la visión de sus ojos. Pamplona se acaba allí, en un devastado solar que las malas hierbas han conquistado. Donde antes se erigía la Navarrería, solo queda devastación. Se baja del caballo y saca su espada arremetiendo contra las zarzas y los matorrales. Martín lo sujeta por detrás.

—No merece la pena, padre.

Fortún lo mira como si en ese momento no lo reconociera, pero se deja

vencer por la fuerza de su juventud. Caminan en la semipenumbra del atardecer, imaginando las calles que un día bulleron de actividad, hasta detenerse en lo que tiempo atrás fue la rúa de los Peregrinos. Fortún vuelve a sacar su espada y se precipita sobre las hierbas que han escondido el solar donde un día se levantó el palacio de los Almoravid. Martín, esta vez, no lo detiene, sino que lo acompaña en su tarea. Arrancan sin piedad cuanto se opone a su paso, hasta que de entre las hierbas y el tiempo salen las cenizas. Eso es lo único que queda de la antigua Ciudad y de su morada. Extenuado, Fortún cae de rodillas. Deposita la espada a su derecha y hunde los dedos desnudos en el suelo quemado. La tierra suelta y húmeda se agarra a sus uñas. Excava con todas sus fuerzas y deja correr entre sus falanges aquellas antiguas cenizas, mezcladas con la tierra. Introduce sus manos bajo las cenizas de la Navarrería y las deja allí durante algún tiempo. Cierra los ojos para no ver los fantasmas que parecen querer escapar de las entrañas de la tierra. Agarra un buen puñado de cenizas y las aprieta con rabia, como quien no quiere perder el único recuerdo de algo muy querido. Sus ojos contemplan durante largo rato los restos donde yace toda una vida. Despacio, se lleva las manos al rostro y se restriega la piel hasta casi hacerse daño. Martín se agacha a su lado, se quita los guantes e introduce también sus manos desnudas bajo las cenizas, allí donde están los cimientos del palacio Almoravid. «Esto es todo lo que queda de vuestra casa, tío, de nuestras raíces». Martín espera escuchar de nuevo esa voz en su cabeza, pero en su lugar solo oye la risa clara de Mencía. Y hasta él llega el recuerdo de sus ojos melosos y sus cabellos dorados, y la calidez de sus manos. Mira al cielo emborronado por una gran nube de color añil. Y le da la sensación de que dos lágrimas se dibujan en su inmensidad. El recuerdo de Mencía lo amortaja de nostalgia.

—Este es nuestro sitio, Martín.

Las palabras de su padre resuenan dentro de su cabeza. Siente tantas sensaciones encontradas, que se nota mareado. Las cenizas de la Navarrería envuelven la pulsera de Mencía. Y descubre que, tal vez, no esté en el lugar adecuado. El sueño de García era volver a Navarra. Y también el de su padre. Y, quizá, durante algún tiempo compartió ese sueño con ellos. Pero, en realidad, su corazón está enterrado en Bagibel y allí permanece. Por un momento, con las cenizas de la Navarrería cubriendo sus manos, siente que ha perseguido el sueño de otros y que ahora ha llegado el momento de tratar

de hacer realidad los suyos propios.

Fortún, sin embargo, se deja traspasar por aquel vaivén de sentimientos. Ha vuelto. Todo lo que queda de su vida pasada está enterrado en aquella tierra que ahora pisa. Empezará de nuevo. Se levanta y mira todo aquello que lo rodea, dispuesto a no ver más muerte y destrucción en el paisaje yermo, sino a vislumbrar vida y oportunidades. Si un Almoravid tiene que resurgir, piensa, no hay mejor sitio para hacerlo que renaciendo bajo las cenizas de la Navarrería, donde un día estuvieron su morada y sus raíces.

No muy lejos de allí, en la Casa de la Moneda, situada en la rúa de la Cuchillería, el oidor²⁷ hace sus anotaciones bajo la mirada del gobernador. Climent de Launay está contrariado y se le nota. El regreso de Fortún Almoravid es un contratiempo. No quiere en el reino a un alborotador, a alguien que se pueda alzar en armas. Aunque no hay muchas voces que lo dicen, él sabe que los Almoravid todavía tienen partidarios incondicionales en Navarra. Y está también la presión de la Junta de Infanzones de Obanos, partidaria de su retorno. Está convencido de que Felipe III jamás hubiera accedido al retorno a Navarra de Fortún Almoravid. No sabe en qué estaría pensando su hijo para tomar esa decisión, pero odia que el asunto haya terminado así. Su ceño se frunce cuando, junto con el nombre de Fortún Almoravid y la relación de sus propiedades en la Montaña, Sangüesa y Tierra Estella, el oidor apunta: *Rex perpeccit ei*. El rey lo perdonó.

Pamplona, 13 de junio de 2016.

Begoña Pro Uriarte *me fecit*

²⁶ 60 metros de altura.

²⁷ Oidor o Maestro de Comptos. Se encargaba de controlar las cuentas reales.

NOTA DE LA AUTORA

De todos los protagonistas de la guerra de la Navarrería de 1276, la historia de Fortún Almoravid es la más llamativa y curiosa. Tras ser desterrado, logró regresar a Navarra, donde no solo recuperó sus posesiones y rentas, sino que llegó a ocupar el puesto de alférez del estandarte real. Tres fueron las preguntas que me movieron a escribir esta historia: qué pasó con los *banidos* durante sus años de exilio, dónde estuvieron y qué sucedió en 1285 para que el noble navarro fuera perdonado.

Para tratar de dar respuesta a las dos primeras, encontré algunas claves en los textos de Javier Zabalo Zabalegui. Este autor, en *Juan Almoravit de Elcarte, un navarro arzobispo de Sevilla (1299-1302)*, afirma que «son escasas las noticias sobre los nobles navarros que se exiliaron en 1276», pero da algunas pistas que ayudan a situar a los *banidos* en la zona de Calahorra. Zabalo desvela que, el 7 de octubre de 1280, Gonzalo Ibáñez de Baztán –tío de don García Almoravid y *banido* como él, exiliado en Castilla– hizo testamento en Calahorra. También apunta que un tal Juan Almoravid fue abad de Alfaro y en 1287 fue promovido a la sede episcopal de Calahorra-La Calzada. Y lo relaciona con Fortún Almoravid al mencionar que, en 1298, este Juan Almoravid tomó parte en Pamplona, junto con el obispo de esa sede, otros eclesiásticos y nobles navarros –entre ellos su pariente Fortún Almoravid, por entonces alférez del reino– y representantes de las buenas villas, en una asamblea para la defensa de los fueros. Otra de las claves para situar a estos personajes en Calahorra es la figura de Theresa Almoravid. Esta dama era hermana o sobrina de Juan Almoravid y poseía por entonces el señorío Almoravid, situado a los pies de la sierra de Moncalvillo, cuyo centro era Daroca de Rioja. Esta noble fue, además, la segunda esposa de Juan Alfonso I de Haro, teniente de Calahorra y señor de Cameros.

En otro de sus estudios, *El acoso de guipuzcoanos y alaveses a los*

ganaderos navarros, Zabalo hace la siguiente cita referida al merino de Estella, Sancho Ortiz de San Millán: «Pero probablemente le causaron mayores preocupaciones los rumores que corrían acerca de que García Almoravid y los suyos pretendían infiltrarse en Navarra. Con objeto de impedir la supuesta invasión de esos exiliados –refugiados en Castilla tras la guerra de la Navarrería, como es sabido–, el merino reclutó a los mesnaderos de San Vicente, Laguardia y Viana, y con ellos estuvo vigilando los puertos de Toro, Herrera y Lapoblación de Marañón durante cuatro días». Estos tres sitios mencionados se encuentran justo al norte del señorío Almoravid.

Mi siguiente línea de estudio fue el entorno de Calahorra y Juan Alfonso de Haro. Agradezco inmensamente la investigación de Tomás Sáenz de Haro, plasmada en su tesis: *Calahorra su entorno rural (1045-1295). Expansión demográfica y económica e implantación y transformaciones de las estructuras feudales en una ciudad de la frontera castellano-navarra*, de la Universidad de Salamanca. En ella encontré información muy interesante sobre Calahorra que he utilizado en este libro. Resaltaré aquí solo este texto: «Juan Alfonso de Haro es el señor de Calahorra [...] Entre noviembre de 1283 y julio de 1284, el infante don Sancho le retira la tenencia, que pasa a manos de don Sancho Martínez de Leiva. Desde julio de 1284, Juan Alfonso recupera la tenencia de Calahorra. [...] Su primera esposa será Constanza y de ella nació su hijo también llamado Juan Alfonso de Haro». Al nombrar a sus miles hace referencia al señor de Aibar: «Martín Jiménez de Aibar, supuesto pariente de uno de los principales miembros del cabildo catedralicio [de Calahorra], el arcediano y deán don Pedro Jiménez de Aibar. Se trata de una familia al servicio de don Alfonso López de Haro (padre de Juan Alfonso) y la corona navarra».

La conexión entre Juan Alfonso de Haro y Fortún Almoravid la pude comprobar en varios documentos del rey Alfonso X *el Sabio* en los que ambos aparecen como confirmantes. Además, en la edición *Libro Becerro del Monasterio de la Oliva: Colección de documentos (1132/1500)*, aparece esta acotación en la que queda claro que la relación entre ambas familias era bastante estrecha: «Sepan quantos esta present carta veran o odra, que yo Pero Garcia de Mondragón, portero del sennor rey de Navarra, por mandamiento del noble sire Johan de Frenay, cambarlent del dicho sennor rey e su tenientlogar de gobernador en el dicho reyno, fui en villa de ÇiÇur Mayor a fer partición de ella entre la noble donna Johana Almorabit, de el

quart fija del noble don Fortuynno Almorabit del quart alferiz de Navarra que fue de una part, et los nobles don Alfonso de Aro, Alvar Díaz, Diago Lopiz, don Fortuynno e Alfonso Teylliz, fijos de Johan Alfonso de Aro, seynnor de los Cameros, de la otra part...».

La tercera de las preguntas ha sido más difícil de contestar. Zabalo trae a colación de este tema lo siguiente: «En 1284 figuraba todavía como *banido*, y solo en 1285 el perdón del rey (no consta si Felipe III, muerto el 6 de octubre de ese año, o ya Felipe IV) se incluye en la cuenta correspondiente a ese año, con la inequívoca expresión de: *Rex pepercit ei* (el rey lo perdonó)».

Aunque todo lo que se relata sobre la guerra entre Francia y Aragón en este libro es cierto, no hay constancia de que Fortún enviara a su hijo a Navarra junto a su hermana, ni de que Martín participara en las revueltas promovidas por Juan Núñez de Lara, ni en la guerra disputada en tierras catalanas entre Felipe III de Francia y Pedro III de Aragón. Pero lo cierto es que muchos de los nobles franceses involucrados en la guerra de la Navarrería, incluido Beaumarchais, estaban junto al rey francés en esta campaña. Lo que hace lógico pensar que Fortún contactó con ellos.

Sobre quién fue el rey que lo perdonó, me inclino a pensar que Felipe IV (I de Navarra). Dos motivos me llevan a ello. Primero, la larga involucración de Felipe III en la cruzada que emprendió contra el rey aragonés y las circunstancias de su muerte, justo el mismo año del perdón. En segundo lugar, el apoyo que Fortún Almoravid brindó a Felipe I en 1304, en pro del documento que el monarca francés extendió para que se convocase un concilio general sobre la memoria del papa Bonifacio VIII: «D. Fortun le quiso complacer en aquella terrible pretensión, y es el primero de los seis Grandes de Navarra, que para esto, en el mes de Abril de 1304 puso su sello en el consentimiento, que resume el Autor de la Historia de las diferencias de Bonifacio VIII y Phelipe el Hermoso, en las pruebas, pag. 131, y todos fueron: Fortunius Almoravit Gonfanarius Navarrae. (Esto es, Alferez mayor) D. Roger de Mauleón, D. Pedro Velaz de Guevara, Don Juan Corveran de Leet. D. Martín Ximénez de Ayvar, y D. Corvaràn de Mauleón. Y este acto de deferencia al Rey en un caso tan grave, es testimonio insigne de su amor, y de su reconocimiento», escribe el padre Moret en los *Annales de Navarra*. Hecho que da la impresión de que Fortún le debía un favor muy grande al rey.

No puedo terminar esta exposición sin recomendar la lectura del libro *D.*

García Almoravid, de Arturo Campion, donde se novelan los acontecimientos relacionados con la guerra de la Navarrería.

PERSONAJES

FORTÚN ALMORAVID. Hijo de García Almoravid *el Viejo*. Se desconoce quién fue su madre. Parece que pudo ser fruto de un segundo matrimonio de don García, ya que existe un documento en el que aparece junto a Teresa Ibáñez (esposa de don García) y no se le nombra como hijo suyo. Se casó con la noble aragonesa doña Teresa Artal de Alagón. En septiembre de 1266, acompañó a Teobaldo II a San Juan de Pie de Puerto. En 1276 estuvo junto a Beaumarchais en el burgo de San Saturnino cuando las tropas francesas entraron en la Navarrería y trató de defender la catedral. El 1 de septiembre de 1283 y el 10 de enero de 1284 estuvo junto al rey Alfonso X *el Sabio* en Sevilla. En 1285, Fortún fue amnistiado por el rey. En las cuentas de comptos de aquel año aparece la acotación de que el rey lo perdonó. En 1286, Fortún recibió rentas reales por valor de más de 654 libras en la merindad de Estella y otras en la de la Montaña. En 1291 aparece como el ricohombre más generosamente beneficiado por la hacienda real. Se le abonaron nada menos que 1.192 libras (823 correspondientes a la Montaña, 265 a Estella y 104 a Sangüesa). Lo que suponía el 29,3% de los gastos en metálico del compto del año. En 1294 ostentaba el título de alférez real. En 1299, Fortún y su esposa vendieron sus villas de Burguillo y Sorlada con todas sus heredades, palacios, viñas, collazos y collazas y todas sus pertenencias al banquero Pedro de Torres, a cambio de 12.000 sueldos de sanchetes. En 1300 se batió en duelo contra Martín de Aibar por una asamblea habida en Pamplona por Eustache Beaumarchais a propósito de la guerra de los burgos. En 1304, don Fortún firmó un documento en el que apoyaba al monarca Felipe *el Hermoso* para que se convocara un Concilio General sobre la memoria del papa Bonifacio VIII. Entre 1305 y 1306 suscribió varios documentos rechazando al gobernador francés y reclamando la presencia de Luis *Hutin* en Navarra, tras la muerte de su madre, Juana I. Incluso viajó a Francia como embajador de la Junta de Infanzones de Obanos para rogar al rey que viajara a su reino para tomar posesión de la corona. A partir de este momento, las noticias sobre él

son confusas. La primera hipótesis dice que en el año 1307 comenzaron a correr rumores en París de que Fortún Almoravid estaba dispuesto a proclamarse rey. A consecuencia de esto, parece que el rey Luis viajó a Navarra para ser coronado y se lo llevó prisionero junto a su nieto Martín Ximénez de Aibar. Según esta hipótesis, Fortún habría muerto en la prisión de Toulouse ese mismo año. Zabalo lo recoge así en su trabajo *Juan Almoravit de Elcarte, un navarro arzobispo de Sevilla (1299-1302)* y cita para ello a Lacarra. En los *Annales del Reyno de Navarra*, Tomo III, los autores citan a Garibay como defensor de esta misma tesis, pero ellos afirman que no encuentran en ningún documento una cita que avale este supuesto y que este carece de sentido, teniendo en cuenta la trayectoria de Fortún. Además, consideran probada su participación en 1308 en la batalla de Vadoluengo (vado de San Adrián) contra los aragoneses. Y que, si pasó a Francia con el rey, fue con motivo de la buena impresión que le había causado y con la intención de participar en las guerras que estaban teniendo lugar en Francia. En los *Annales de Navarra* se cita 1312 como fecha de su muerte.

GARCÍA ALMORAVID, EL JOVEN. Hijo de García Almoravid *el Viejo* y de Teresa Ibáñez de Baztán. Señor de las Montañas y de la Cuenca. Fue el principal caudillo de la Navarrería en la guerra del mismo nombre. Cuando las tropas francesas hicieron acto de presencia en la capital, y viendo que no serían apoyados por las tropas castellanas que permanecieron en El Perdón, abandonó la ciudad con otros nobles engañando a la población de la Navarrería y abandonándola a su suerte, haciéndole creer que los castellanos llegarían en breve, e incitándoles a que lo celebraran. Fue desterrado del reino y se le confiscaron todos sus bienes. Murió en la prisión de Toulouse en 1284.

MARÍA DE MARIGNY. Esposa de García Almoravid *el Joven*. Champañesa.

IÑIGO ALMORAVID: Hermano de Fortún Almoravid y hermanastro de García Almoravid, *el Joven*. Fue mesnadero de Teobaldo II (1259-1266). También estuvo exiliado en Castilla. Aparece como *banido*, y sus propiedades en Asúriz de la Valdorba (merindad de Sangüesa), en Garciriain (límite con

Elcarte) y en Arrarás, aldea del valle de Basaburúa (merindad de las Montañas) fueron confiscadas. En total, 52 sueldos de renta, 42 robos de trigo y 36 de cebada-avena.

JOHANA ALMORAVID (¿?-1350). Cuarta hija de Fortún Almoravid y de Teresa Artal de Alagón. Se casó con Ximeno Martínez de Aibar. En 1341 se la nombra como heredera de la villa de Zizur Mayor junto con los descendientes de Juan Alfonso I de Haro. En 1348 Johana nombra en su testamento heredero universal de sus bienes a su hijo Ximeno de Aibar, quien, entre otras propiedades, dispondrá de una renta en Zizur Mayor de 64 cahíces de trigo y 24 de avena. En 1350 aparece en su testamento que ordena que su cuerpo sea enterrado en la orden de Santa Gracia de Pamplona con el hábito de la propia orden.

JUAN ALMORAVID. Nació en Alfaro en 1243. Fue abad de la colegiata de Alfaro. Antes de 1281 fue deán del cabildo calagurritano. Entre los años 1287 y 1300 ejerció como obispo de Calahorra y La Calzada. A esta diócesis pertenecían algunos pueblos de Navarra: Laguardia, Viana y valle de Améscoa. Según se recoge en el documento *Los obispos de Calahorra en la Edad Media (siglos VIII-XV)*, de Elíseo Sáinz Ripa, «Almoravid de Carte vivió sangrientas circunstancias políticas con escenario en su diócesis y soportó el descontento del clero vizcaíno y alavés, sus súbditos. Celebró un sínodo, cuyas constituciones se conservan». El 24 de septiembre de 1290, en La Calzada, dio a favor del cabildo de Calahorra el estatuto de libre disposición de bienes. En 1297 presidió el sínodo de Logroño. En 1298 tomó parte en Pamplona, junto al obispo de la capital navarra y otros eclesiásticos y nobles navarros, entre los que se encuentra Fortún Almoravid (por entonces alférez), en una magna asamblea para la defensa de los fueros. En 1299 fue elegido obispo de Sevilla, cargo que ocupó hasta su muerte en 1303. Tenía 60 años. Está enterrado en la catedral de Sevilla. En una nota publicada en *ABC Sevilla* referente a la iglesia de Santa Ana de Sevilla, se dice que fue mandada construir por Alfonso X para pedir a la Virgen su intercesión por el mal que tenía en un ojo y le puso el nombre de su madre. Esta iglesia fue beneficiada por los prelados García, Sancho y Almoravid.

THERESA ALMORAVID. Sobrina o hermana del obispo Juan Almoravid. Dueña del señorío Almoravid, situado a los pies de la sierra de Moncalvillo, cuyo centro fue Daroca de Rioja. Sus posesiones comprendían el castillo de Robres del Castillo y las llamadas Siete Villas de Campos: Entrena, Fuenmayor, Hornos de Moncalvillo, Velilla de la Rad, Medrano, Navarrete y Sojuela. Se casó con Juan Alfonso I de Haro.

MARTÍN ALMORAVID. Se desconoce quiénes fueron sus padres. En 1293 aparece un Martín Almoravid como alférez real. Y en 1299 se nombra a un Martín Almoravid de Elcarte como señor de Calahorra junto a Juan Alfonso de Haro.

JUANA ALMORAVID. Hija de García Almoravid *el Joven*. Se casó con Juan González de Baztán.

TERESA ARTAL DE ALAGÓN. En el Tomo III de los *Annales del Reyno de Navarra* se la nombra como una noble aragonesa hija de don Artal de Alagón (pudo ser, por tanto, hija de Artal IV de Alagón y de Teresa Pere). Esposa de Fortún Almoravid.

JUAN GONZÁLEZ DE BAZTÁN. Fue uno de los desterrados tras la guerra de la Navarrería. Hijo de Gonzalo Ibáñez de Baztán y de Aldonza. En 1274 acompañó a su padre en una embajada navarra ante el infante de Aragón. En 1281 pasó con su suegro, el ricohombre don García Almoravid, 500 infantes y 60 caballos a aquel reino. Sus desavenencias con sus soberanos le hicieron establecerse en Castilla. El 27 de marzo de 1281 se le nombra como representante nobiliario de Castilla en los acuerdos alcanzados entre castellanos y aragoneses en Campillo, junto a Juan Alfonso de Haro. Entre los representantes aragoneses se encuentra su hermano Pedro Cornel. Juan González de Baztán aparece como confirmante en un privilegio en julio de 1283 acompañando a Alfonso X *el Sabio*, firmado en Sevilla. Con él comienza la andadura de los Baztán en Castilla. Se casó con Juana, hija de García Almoravid *el Joven*. Su nieto, Juan González de Baztán, fue el primer señor de Valduerna.

JUAN DE VIDAURRE. *Banido* junto a los Almoravid y los Baztán. Parece que era pariente de estos últimos. Fue señor de Cornago y poseyó el castillo y la villa de Cornago, en La Rioja, y varias villas y collazos entre los que se encontraban Arzoz, Araquil, Musco, Urroz o Azpíroz. En el libro de comptos de 1280, se señalan como villas confiscadas a Juan y Gil de Vidaurre, Abárzuza, Arizala, Artajo, Arzoz, Echaren, Learza, Lorca, Orindoáin y Soracoiz.

JUAN ALFONSO I DE HARO, apodado *el Bueno*. Señor de los Cameros. Nació en Circa, el 5 de septiembre de 1248 y murió el 7 de marzo de 1312. Se casó en primeras nupcias con Constanza (Mayor) Alfonso de Meneses, el 8 de febrero de 1268. De este primer matrimonio parece que fueron fruto Juan Alfonso II de Haro, Inés Alfonso, Alfonso Téllez de los Cameros, María Alfonso y Alvar Díaz de Haro.

Fue tenente de Calahorra en 1282. A partir de noviembre de 1284 vuelve a aparecer como tenente. En 1286, Sancho IV de Castilla lo nombró Merino Mayor de Álava por su fidelidad en el socorro de la plaza de Jerez. En 1297 conquistó la ciudad de Nájera, en manos de aragoneses y navarros. En algún momento antes de 1298 (algunos autores –como Tomás Saenz de Haro– fechan su muerte en 1292; otros, en 1312), se casó con Theresa Almoravid. Posibles hijos de este matrimonio serían Diago Lópiz, Alfonso López (consta como hijo de Theresa cuando se vende el señorío Almoravid) y Fortuynno y Alfonso Teylliz. Juan Alfonso I de Haro fue responsable de la muerte de Lope Díaz III de Haro.

El señorío de los Cameros estaba situado en la zona que actualmente separa la provincia de Soria de la Comunidad de La Rioja. Se transmitió por primogenitura dentro de la familia de los Fortuniones, a la que pertenecía Simón Ruiz (descendiente de los primeros reyes de Navarra).

JUAN ALFONSO II DE HARO. Señor de los Cameros. Hijo de Juan Alfonso I de Haro y de su primera esposa, Constanza (Mayor) Alfonso de Meneses. Se casó con María Fernández de Luna. Tras morir su padre, Juan Alfonso I de Haro (1312), el rey Sancho permitió la transmisión de la tenencia de Calahorra a su hijo. Aunque ya en vida de su padre parece que disfrutó de este privilegio, porque Juan Alfonso II de Haro aparece como tenente de

Calahorra al menos desde 1298. En 1299 lo hace junto con Martín Almoravid. Murió lanceado en Agoncillo en 1334 por orden del rey de Castilla, acusado de traición y de enviar cartas para la rebelión contra el monarca. Fue caballero de la Orden de la Banda, fundada en 1332. Como murió sin sucesión, el señorío de Cameros se transmitió a su hermano.

ALVAR DÍAZ. Hijo de Juan Alfonso I de Haro y de su primera esposa, Constanza Alfonso Meneses. Hermano de Juan Alfonso de Haro II. En él recayó el señorío de Cameros al morir su hermano.

MARTÍN XIMÉNEZ DE AIBAR. Noble navarro. Hijo de Ximeno de Aibar. Se casó con María Jordán. En 1232 aparece mencionada la cesión al rey Sancho, por parte de Martín Ximéniz de Aibar, hijo de Ximeno, y de su mujer María Jordán, de la villa y castillo de Grisén, a cambio de los molinos de Gallipienzo. En 1244, Teobaldo I creó cierto número de caberías, veinte de las cuales correspondieron a Pedro Jordán y otras veinte, a su yerno Martín Ximéniz de Aibar. En octubre de 1255 aparece mencionado entre los caballeros elegidos por Teobaldo I para acompañarlo por tierras inglesas (junto a, entre otros, García Almoravid). El viaje se realizó en 1256. En 1262 testificó junto a Juan Alfonso Carrillo y otros personajes en una donación al convento de Cañas de la condesa doña Urraca. Parece que en 1276 fue alcaide de Irulegui. En 1283 aparece como alcaide de Treviño. Fue milites de Juan Alfonso I de Haro, señor de los Cameros. Pariente (al parecer hermano) del deán de Calahorra, Pedro Jiménez de Aibar.

PEDRO XIMÉNEZ DE AIBAR. Deán de Calahorra. Hermano de Martín Ximénez de Aibar.

XIMENO MARTÍNEZ DE AIBAR. Era hijo de Martín Ximénez de Aibar y de María Jordán. En 1281 aparece mencionado que un Ximeno de Aibar apresó y secuestró al caballero Hurtado de Ollacarizqueta, miembro de la Junta de Infanzones de Obanos, y lo llevó a Sos. La Junta le obligó a liberarlo. Entre los junteros estaba García Almoravid. En los *Annales del Reyno de Navarra*, Tomo III, aparece una nota sobre él referente a 1299, en la que se dice que,

junto con su esposa Joana Almoravid, reclamó la prioridad para comprar los terrenos en Sorlada y Berguilla que don Fortún tuvo que vender.

PEDRO, GIL Y JORDÁN MARTÍNEZ DE AIBAR. Hermanos de Ximeno Martínez de Aibar.

LOPE Y GARCÍA XIMÉNEZ DE AIBAR. Hermanos de Martín Ximénez de Aibar.

MARTÍN SÁNCHEZ DE PIEDROLA. Noble navarro emparentado con los Almoravid y los Baztán. Parece que no formó parte de los *banidos* y que se movía con soltura tanto en Castilla como en Navarra. En 1264 poseía una huerta en Niebla y en 1294 recibió una elevada pensión del tesoro castellano por medio del judío Barchilón (24.000 maravedís). En 1298 aparece en Pamplona firmando con otros siete ricoshombres y demás caballeros, infanzones y representantes de las buenas villas de Navarra, un documento en defensa de los fueros del reino.

ALFONSO X EL SABIO. Rey de Castilla, entre 1252 y 1284. Se casó con Violante de Aragón.

SANCHO IV DE CASTILLA. Hijo de Alfonso X *el Sabio* y Violante de Aragón. Nació en Valladolid el 12 de mayo de 1258. Murió en Toledo el 25 de abril de 1295. Fue rey de Castilla entre 1284 y 1295. Al morir su hermano Fernando de la Cerda sin haber accedido al trono, en Castilla se abrió un debate sobre si la corona debía pasar a sus hijos o a su hermano Sancho. Apoyado por los nobles, Sancho subió al trono en 1284. En febrero de 1285 firmó en Ciria un tratado de no agresión con su tío Pedro III de Aragón. En marzo preparó en Burgos su ataque contra los benimerines, que habían desembarcado en Tarifa al frente de Abú Yusuf. A finales de abril partió a Valladolid, Medina del Campo y Villanueva hasta Ávila y después a Toledo, donde estaba el 21 de mayo. Allí recibió una embajada de Felipe III, quien le comunicó que iba a ocupar Aragón por disposición del papa y le pedía que no interviniera. Sancho no dijo nada en esos momentos, ofreciendo mandar respuesta más tarde. Envió entonces a don Martín, obispo de Calahorra, y a

don Gómez García de Toledo, abad de Valladolid, a la corte del rey Felipe, encargándoles observaran el estado del ejército, de la armada y de los abastecimientos con que contaba el francés. Los embajadores castellanos hallaron a Felipe III en Barcelona, donde ya había tomado muchas fortalezas. Se mostró orgulloso y displicente con ellos y volvieron descontentos. Pedro III le pidió ayuda, pero se excusó diciendo que tenía que atender una guerra contra los moros. Salió de Toledo el 12 de junio y fue a Sevilla por Talavera y Mérida.

FELIPE III DE FRANCIA. Llamado *el Atrevido*. Nació el 30 de abril de 1245 en Poissy y murió el 5 de octubre de 1285 en Perpiñán. Hijo de Luis IX y de Margarita de Provenza. Dio asilo a la reina viuda de Navarra, Blanca de Artois, y a su hija Juana, decidiendo el matrimonio de esta con su hijo Felipe. En 1276 nombró gobernador de Navarra a Eustache de Beaumarchais y envió tropas a Pamplona para enfrentarse a los sublevados. En la disputa por el trono castellano siempre tomó partido por los infantes de la Cerda, que eran sus sobrinos. En 1285 invadió Cataluña y sitió la ciudad de Gerona. Tras la derrota naval de su flota frente a la aragonesa, con su ejército diezmado por una epidemia de disentería, se retiró hacia Francia, donde murió nada más atravesar la frontera.

FELIPE IV DE FRANCIA Y I DE NAVARRA. Nació en Fontainebleau el 1 de julio de 1268 y murió el 29 de noviembre de 1314. Segundo hijo de Felipe III de Francia y de Isabel de Aragón. Al morir su hermano mayor se convirtió en heredero de la corona de Francia, además de la de Navarra, por su matrimonio con Juana I. No llegó a pisar suelo navarro. Le apodaban *el rey de Mármol* o *el rey de Hierro*. En 1285 tomó Figueres para su padre en la cruzada contra el rey Pedro III de Aragón. En 1307 inició un despiadado proceso contra los templarios que terminó con la muerte en la hoguera de su maestre, Jaques de Molay. Trasladó a Aviñón la residencia de los papas para tenerlos controlados.

CARLOS DE VALOIS. Nació el 12 de marzo de 1270 y murió el 16 de diciembre de 1325. Hijo de Felipe III de Francia e Isabel de Aragón. Fue armado caballero a los 14 años e investido rey de Aragón por el legado del

papa Martín IV, en 1284. Jamás pudo ocupar este trono y renunció a él en 1295.

PEDRO III DE ARAGÓN. Nació en Valencia en 1240 y murió en Villafranca del Penedés, el 2 de noviembre de 1285. En 1285, sin el apoyo de sus nobles, se tuvo que defender del ataque de Felipe III de Francia, quien invadió la zona de Cataluña. Logró rechazarlo.

ROBERT II D'ARTOIS (1250-1302). Conde de Artois. Hijo póstumo de Roberto I de Artois y de Matilda de Brabante. Primo del rey Felipe III de Francia y cuñado del rey Enrique I de Navarra, quien se casó con su hermana Blanca de Artois. Asedió y tomó Pamplona en 1276.

EUSTACHE BEAUMARCHAIS. Nació hacia 1235 en Othis y murió el 23 de agosto de 1294. Noble francés. Fue senescal de Poitiers y de Toulouse y gobernador de Navarra. Participó en la guerra de 1276 en Pamplona y en la cruzada de 1285 junto a Felipe III de Francia. Reforzó la muralla de Estella con la construcción de un castillo que todavía hoy conserva su nombre.

JUAN NÚÑEZ I DE LARA. Noble castellano muerto en Córdoba en abril de 1294. Señor de la Casa de Lara, Lerma, Amaya, Dueñas, Palenzuela, Tordehumos, Torrelobatón y la Mota, y señor de Albarracín por su primer matrimonio con Teresa Álvarez de Azagra. Hijo de Nuño González de Lara y de Teresa Alfonso de León. Acompañó a los reyes Luis IX de Francia y Teobaldo II de Navarra durante la Octava Cruzada. Estaba al lado de Fernando de la Cerda cuando falleció en Ciudad Real (25 de julio de 1275). Antes de morir, el infante le suplicó que cuidara de los derechos dinásticos de sus hijos Alfonso y Fernando, y él le juró que así lo haría. En 1276 se exilió y rindió homenaje a Felipe III de Francia. En 1285, fiel a Felipe III, luchó en la frontera entre Navarra y Aragón contra las tropas aragonesas.

REMIRO DE BEORTEGUI Y MARTÍN PÉRIZ DE JANÁRIZ. Miembros de la Junta de Infanzones de Obanos. Murieron a los pies del castillo de Leguín en 1313, tras la represión contra la Junta llevada a cabo por el gobernador Enguerrand

de Villiers y el inquisidor Milon de Noyers.

GÓMEZ GARCÍA DE TOLEDO. Abad de Valladolid enviado por Sancho IV como embajador al encuentro de Felipe III de Francia. Murió en 1324.

MARTÍN GONZÁLEZ. Obispo de Calahorra. Amigo íntimo y consejero de Sancho IV de Castilla. Viajó junto con Gómez García de Toledo como embajador para entrevistarse con Felipe III de Francia.

ENGUERRAND LE PORTIER DE MARIGNY. Hijo de Philippe Le Portier de Marigny. Fue chambelán y ministro de Felipe IV de Francia. Se educó con Hugues II de Bouville, chambelán y secretario del rey francés, como escudero. Se casó con la ahijada de Felipe *el Hermoso*, Juana de Saint-Martin, con la que tuvo tres hijos. Fue panetero de la casa de la reina Juana I de Navarra y su ejecutor testamentario.

HUGUES II DE BOUVILLE. 1240-1304. Hijo de Juan III de Bouville. Caballero y chambelán del rey de Francia, Felipe IV. Murió en la batalla de Mons-en-Pévèle, el 18 de agosto de 1304.

CLIMENT DE LAUNAY. Gobernador de Navarra entre 1283 y 1285.

JUAN MARTÍN. Encargado de los paños del hostel de Sancho IV.

ROGER BERNARDO III DE FOIX. Murió el 3 de marzo de 1302. Fue conde de Foix y vizconde de Castellbó y de Cerdaña. Hijo de Roger IV de Foix. Estuvo en Pamplona en 1276 con las fuerzas francesas, lo que le valió que el rey le devolviera los territorios que le había quitado entre 1272 y 1273. En 1285 participó en la toma de Elna y de Gerona, donde dirigió las negociaciones de paz.

OTO DE FOIX. Hijo bastardo de Roger IV de Foix. Fue arcediano de Urgel y obispo de Carpentras. Murió hacia 1332.

ASBERT DE MEDIONA. Fue el embajador del infante Pedro (futuro Pedro III de Aragón) en Francia, en 1274. Gobernador de Besalu. Defendió la plaza en la retirada de las tropas francesas y evitó que estas se apoderaran de la ciudad.

PEDRO CORNEL. Caballero de linaje aragonés. Hijo de Gonzalo Ibáñez de Baztán y de Aldonza Cornel. Fue consejero de Jaime I de Aragón. Luchó en la frontera contra Juan Núñez de Lara y logró vencerlo.

RAMÓN FOLC VI DE CARDONA (26 de mayo de 1259-31 de octubre de 1320). Fue vizconde de Cardona y gobernador de Gerona. Fiel colaborador del rey Pedro de Aragón en la defensa de Gerona durante la invasión francesa de 1285. Se casó con Toda Pérez de Urrea, con quien no tuvo descendientes. Contrajo segundas nupcias con María Álvarez de Haro en 1304, con quien tuvo a Ramón Folc VII y a Hugo I de Cardona. Fue enterrado en el monasterio de Poblet.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Borge, Ignacio: *Cambios y alianzas: la política regia en la frontera del Ebro en el reinado de Alfonso VIII de Castilla 1158-1214*. Biblioteca de historia. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2008.
- Antequera Luengo, Juan José: *Memorias sepulcrales de la catedral de Sevilla. Los manuscritos de Loaysa y González de León*. Facediciones, 2012.
- Aragonés Estella, Esperanza: *La moda medieval navarra. Siglo XII-XIII-XIV*. Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra, Año nº 31, Nº 74, 1999, págs. 521-562.
- Ayala Martínez, Carlos de: *Paces castellano-aragonesas de Campillo-Ágreda (1281)*. En *La España Medieval*. Universidad Complutense de Madrid, 2016.
- Barthe, Juan Bautista: *Colección de documentos para la historia monetaria de España*. Madrid, Imprenta de D. J. C. de la Peña, 1843.
- Bujanda, Fernando: *Archivo catedral de Calahorra*. Berceo, Nº 77, págs. 417-478.
- Cantera Orive, Julián: *Un cartulario de Santa María la Real de Nájera del año 1209*.
- Ciérbide Martinena, Ricardo: *Documentos inéditos occitano-navarros procedentes de las parroquias de San Pedro, San Miguel y San Juan de Estella (1254-1369)*. Memoriae L. Mitxelena magistri sacrum, Vol. 1, 1991.

- Diago Hernando, Máximo: *El linaje Arellano en tierras Camero-Riojanas a fines de la Edad Media. Los Haro de Camerosen los siglos XIII y XIV, análisis del proceso de afianzamiento político en el ámbito regional*. Universidad Complutense. Madrid.
- Elizalde, Ignacio: *La guerra civil de Pamplona en un poema del siglo XIII (1276-1277)*. Príncipe de Viana. Anejo, N° 8, 1988.
- Foronda, François; Genêt, Jean Philippe; Nieto Soria, José Manuel: *Coups d'état à la fin du moyen âge: aux fondements du pouvoir politique*. Broché. Collection de la Casa de Velázquez N° 91.
- Fortún Pérez de Ciriza, Luis Javier: *Colección de «fueros menores» de Navarra y otros privilegios locales (III)*. Príncipe de Viana, Año n° 46, N° 175, 1985, págs. 361-462.
- Gaibrois de Ballesteros, Mercedes: *Historia del reinado de Sancho IV de Castilla*, tomo 1. Madrid, 1922.
- García Arancón, M^a Raquel: *Tres linajes navarros bajo la Casa de Champaña*. Aragón en la Edad Media, N° 14-15, 1, 1999, págs. 599-616.
- García Bourrellier, Rocío y Usunáriz Garayoa, Jesús M^a: *Navarra 1212-1512, Amar y Convivir. Matrimonio y familia en Navarra. Siglos XIII-XVI*. Gobierno de Navarra. Departamento de Cultura, Turismo y Relaciones Institucionales. Caja de Ahorros de Navarra/Banca Cívica. Diario de Navarra, 2012.
- García de la Borbolla, Ángeles y Usunáriz Garayoa, Jesús M^a: *Navarra 1212-1512, Creer. Siglos XIII-XVI*. Gobierno de Navarra. Departamento de Cultura, Turismo y Relaciones Institucionales. Caja de Ahorros de Navarra/Banca Cívica. Diario de Navarra, 2012.
- González Blanco, Antonio y Pascual González, Hilario: *Las siete villas de Campo. En torno al origen de algunas estructuras medievales*. Cuadernos de investigación: Historia, Tomo 9, Fasc. 2, 1983, págs. 101-112.
- Goñi Gaztambide, José: *Los obispos de Navarra en el siglo XIII*. Príncipe de Viana, Año n° 18, N° 66, 1957, págs. 41-240.

- Gutiérrez y Achútegui, Pedro: *Historia de la muy noble, antigua y leal ciudad de Calahorra*. Amigos de la Historia de Calahorra, 1981.
- Iziz Elarre, Ana e Iziz Elarre, Rosa: *Los Aibar: Linaje de Reyes*. Ayuntamiento de Aibar. Oibarko Udala, 2011.
- Jaurgain, Juan de: *Histoire et Généalogie de la maison d' Ezpeleta*, Biblioteca Nacional de Francia, The European Library, 1877.
- Leroy, Beatrice: *La mort et la vie chretienne en Navarre au siecle XIVE. Etude de testaments de la seconde moitié du XIVE siecle*. Faculté des Lettres, Université de Pau, 1984.
- Martínez Exquerro, Aurora: *Léxico eclesiástico en documentos calagurritanos de la Edad Media (siglo XIII)*. Universidad de La Rioja, Biblioteca de Investigación, 1998.
- Menéndez Pidal, Gonzalo: *La España del Siglo XIII leída en imágenes*. Real Academia de la Historia, 1986.
- Monasterio de La Oliva: *Libro Becerro. Colección de documentos 1132/1500*.
- Moret, Joseph de y Alesón, Francisco de: *Annales del Reyno de Navarra*. Tomo III. 1704.
- Mugueta Moreno, Iñigo: *La nobleza en Navarra (siglos XIII-XIV): una identidad militar*. Iura vasconiae: revista de derecho histórico y autonómico de Vasconia, Nº 4, 2007, págs. 189-238.
- Munita Loinaz, José Antonio: *Las reducciones pecheras en el dominio monástico de La Oliva durante la crisis bajomedieval navarra (siglos XIV y XV)*, Universidad Complutense de Madrid. En *La España Medieval*, vol. 16. Madrid, 1993.
- Munita Loinaz, José Antonio: *Regesta documental del monasterio de La Oliva (1132-1526)*. Príncipe de Viana, Año nº 56, Nº 16, 1993, págs. 59-82.
- Narbaitz, Pierre: *Navarra o cuando los vascos tenían reyes*. Txalaparta,

2007.

- Nolla, J.M.: *El urbanismo de la ciudad de Gerona en la Alta Edad Media. Una primera aproximación*. Universidad de Gerona.
- Olcoz Yanguas, Serafín: *Notas sobre la reconquista de Calahorra (1045)*. Kalakorikos: Revista para el estudio, defensa, protección y divulgación del patrimonio histórico, artístico y cultural de Calahorra y su entorno, Nº 14, 2009, págs. 227-250.
- Ortiz de Zúñiga, Diego: *Anales Eclesiásticos y Seculares de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Sevilla, Metrópoli de La Andalucía*, Volumen 1. Imprenta Real, 1677.
- Pascal Ros, Alfonso; Tejero, Óscar; Perales, José Antonio: *Reyes de un Reino. De Iñigo Arista a Catalina I*. Diario de Navarra, 2008.
- Rubio Pérez, Laureano: *Los Bazán: Un linaje leonés con Señorío en la Baja Edad Media*. Tierras de León: Revista de la Diputación Provincial, Vol. 21, Nº 43, 1981, págs. 69-88.
- Salazar, Jaime de: *Algunas noticias sobre los Bazán y sus armas en el escudo de Valdepeñas*. Cuadernos de estudios manchegos, Nº 22, 1996, págs. 93-101.
- Salazar y Castro, Luis de: *Reparos históricos sobre los 12 primeros años del tomo VII de la historia de España del Doct. D. Juan de Ferreras*, Alcalá. Juan Antonio Pimentel, 1723.
- Sáenz de Haro, Tomás: *Calahorra y su entorno rural (1045-1295). Expansión demográfica y económica e implantación y transformaciones de las estructuras feudales en una ciudad de la frontera castellano-navarra*, Universidad de Salamanca.
- Sáinz Ripa, Elíseo: *Los obispos de Calahorra en la Edad Media (Siglos VIII-XV)*. I Semana de Estudios Medievales, Nájera, del 6 al 11 de agosto de 1990. Coordinado por José Ignacio de la Iglesia Duarte.
- San Juan de la Cruz, Lucas de: *Historia de Calahorra y sus Glorias*. Tela Editorial-Cuarto, Valencia, 1925.

- Sánchez de Mora, Antonio: *La trama vasallática de los Lara: Una aproximación prosopográfica*. Universidad de Sevilla. Revista da Facultade de Letras.
- Suárez Fernández, Luis: *Historia de España Antigua y Media*, Rialp, 1976.
- Torrent Orri, Rafael: *El castillo de la Carta-Pobla de Figueres, su primer hospital y la capilla de San Sebastián. Figueras, Villa Real*. Premio del Instituto de Estudios Ampurdaneses en los Juegos Florales del Ampurdán, año 1964.
- Ubieto Arteta, Agustín: *Notas sobre los «tenentes» de Calahorra en los siglos XI y XII*. Príncipe de Viana, Año nº 30, Nº 116-117, 1969, págs. 221-232.
- Yanguas y Miranda, José: *Diccionario de antigüedades del Reino de Navarra*. Javier Goyeneche, 1840.
- Zabalo Zabalegui, Javier: *El acoso de guipuzcoanos y alaveses a los ganaderos navarros. La «frontera de los malhechores» entre 1280 y 1349*. Príncipe de Viana, Año nº 66, Nº 234, 2005, págs. 53-110.
- Zabalo Zabalegui, Javier: *Juan Almoravit de Elcarte, un navarro arzobispo de Sevilla (1299-1302)*. Archivo hispalense: Revista histórica, literaria y artística. Tomo 84, Nº 255, 2001, págs. 71-86.
- Zuaznávar y Francia, José María de: *Ensayo histórico-crítico sobre la Legislación de Navarra*. Volumen 3. Baroja, 1828.
- Zubillaga Garralda, Miguel: *Los judíos de Calahorra: Una visión desde Navarra (siglos XIII-XIV)*. Amigos de la Historia de Calahorra, 2005, nº 10, págs. 87-114.
- Zudaire Huarte, Eulogio: *La abadía de Hartáis, antiguo señorío, en las visitas pastorales*.
- Varios Autores: Archivo General de Navarra. Colección de Fuentes referidas al periodo comprendido entre 1274 y 1321, con la compilación de la documentación real de la casa de Francia en Navarra, expedida entre las fechas indicadas, procedentes de las secciones de Comptos, Papeles

Sueltos y Cartularios reales.

- http://digital.csic.es/bitstream/10261/23075/1/SAD_DIG_IH_Diago_Anuar
- www.tudela.es/docs/archivo/archivo-catalogo-completo.pdf
- http://www.pedresdegirona.com/historia_mediev_5c.htm La Girona del segle XIII. La invasió francesa i el setge de 1285.

ÍNDICE

EL CASTIGO DE UN *BANIDO*
EL VENENO DEL PASADO
LA ESPERA EN LAS SOMBRAS
UNA FAMILIA DE LUTO
AMARRADO A LA PICOTA
VIEJOS AMIGOS
ENCUENTRO ENTRE HIERBAJOS
EL SEÑORÍO ALMORAVID
EL ROTO DE UNA CAPA
LA HERENCIA
ENTRE LA ÉLITE
COMPROMISO
AMOR ENTRE QUESOS
DELIRIOS DEL PASADO, ECOS DEL FUTURO
EL JOVEN QUE AMA... ENAMORADO DEBE LLAMARSE
DIEZ MIL SUELDOS
UN ESPÍA
DESPEDIDAS
SUELO NAVARRO
NOTICIAS DESDE NAVARRA
AMIGO DEL ENEMIGO
LAS PRIMERAS NOTICIAS DE NAVARRA
EL MÁS INESPERADO DE LOS REENCUENTROS
UN COLOSAL EJÉRCITO FRANCÉS
CLIMENT DE LAUNAY, GOBERNADOR DE NAVARRA
UN ENCUENTRO INESPERADO
LÁGRIMAS EN EL DESIERTO

CAMINANDO HACIA LA MUERTE
REX PEPERCIT EI
NOTA DE LA AUTORA
BIBLIOGRAFÍA